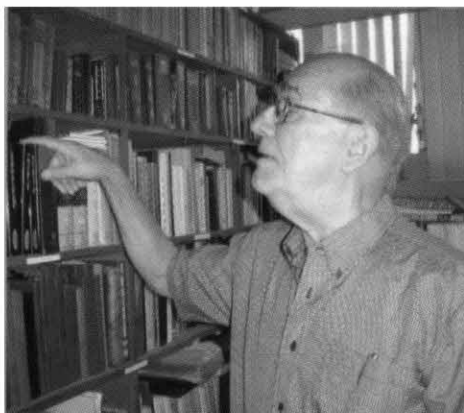




Hubo una vez un General

Róger Mendieta Alfaro



Hubo una vez un general es la cuarta novela de Róger Mendieta Alfaro, después de *La zarza y el gorrión* (1999), *El candidato* (1996) y *La piel de la vida* (1987).

Mendieta Alfaro, quien estudió Ciencias Políticas en Costa Rica, y es egresado de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad Centroamericana de Managua, además de los cuentos satíricos: *La casa de la yegua* (2001), es autor de *Olama y Mollejones* (1992), *Un asunto de honor y el clavel y las rosas* (1984), *El último marine, o la calda de Somoza* (1979) y *Cero y van dos*, (1978).

En *Hubo una vez un general*, el escritor logra el enfoque del protagonista de la novela, desde un ángulo absolutamente distinto: desapasionado y apasionante

Continúa en la solapa siguiente.

Róger Mendieta Alfaro

HUBO UNA VEZ UN GENERAL

Managua, Nicaragua
Mayo, 2005

Título:

Hubo una vez un General.

Autor:

Róger Mendieta Alfaro.

Editor:

Francisco Arellano Oviedo.

Diagramación:

Lydia González Martinica. PAVSA.

Portada y contraportada:

Estatua de Sandino que se encuentra en la Loma de Tiscapa, cuyo diseño es de Ernesto Cardenal; contraportada: mapa de Abelardo Cuadra, que describe el recorrido de la captura y asesinato del General de Hombres Libres; composición de ambas: Francisco Arellano Jr. PAVSA.

Managua, Nicaragua, mayo, 2005.

N

863.42

M538

Mendieta Alfaro, Róger, 1930

Hubo una vez un General / Róger Mendieta
Alfaro. --1a ed.-- Managua: PAVSA, 2005

421 p.

ISBN: 99924-59-50-6

1. MENDIETAALFARO, RÓGER-NOVELA
2. NOVELA NICARAGÜENSE-SIGLO XX
3. NOVELA HISTÓRICA NICARAGÜENSE

Hecho del Depósito Legal: Mag-0176-2005.

© Todos los derechos reservados.

Aunque gran cantidad de personajes y acontecimientos en esta novela son referentes históricos que están enmarcados en la supuesta realidad, es justo aclarar que se confunden y cobran mayor vivencia bajo el entorno de la ficción.

*A Norberto Salinas de Aguilar, (q.d.e.p)
Un gran amigo quien anduvo metido en estas cosas.*

I

—Es él —dijo el aviador.

Afirmó sus pies de pato sobre la grama y agudizó la mirada bajo el dorso de la mano derecha. Pensó que eso de venir a negociar era la mayor equivocación en la que pudiera trastabillar un hombre con las contradicciones del General. Mejor habría sido para él emigrar a otro país bajo la controversial versión del exiliado político. Después de la salida de los marines, no tendría pito qué tocar, si carecía de la adecuada estructura para orientarse en los complicados niveles políticos que debatía el Estado. Firmada la paz no le quedarán más que las alternativas de negociar sobre su proyecto de las Cooperativas del Coco, o liar sus maletas y disponerse a vivir soñando en la experiencia del exilio. Todo quedará definido una vez que haya entrado a la jungla de Managua, en donde se verán las caras con los inmundos caimanes políticos, a quienes tanto había criticado.

—Sí, claro. Es el avión —insistió el aviador con sonrisa de niño grande, y los ojos pegados sobre la luminosidad celeste, pincelada por evanescencias grises cuando los grandes nimbos que arrastraba el viento norte, surcaban la colgante atmósfera de la ciudad.

—¡No jodás, Rafael!... Eso no es ningún avión. Más bien parece un zopilote —dijo con tono sarcástico el teniente Freudiano Paniagua, palpando la 45 automática, que colgaba del nuevo fajón de tiros enrollado a la cintura.

Ahora más que nunca, los nuevos guardias nacionales deberían lucir pulcros, desafiantes, marciales, para establecer la diferencia. Es necesario estimular alguna sensación de temor o envidia en el inoportuno huésped, quien en cuestión de minutos entrará, procedente de Las Segovias, enfundado en su estereotipada fama de libertador, así como en versiones diversas de contenido fantasioso, llevadas hasta el satanismo por exageraciones viscerales de enemigos de los yanquis.

Freudiano Paniagua representaba la otra cara de la moneda del ejército organizado por Feland. Con divulgada fama de hombre malo y perverso, ciertamente le importa un bledo hacer honor al cognomento, y se esforzaba por parecer exactamente como eso. Y aunque por la apariencia cadavérica de su rostro daba la sensación de ser un hombre débil, enfermizo, y de vivir como a la espera del turno entre los señalados por la parca, el instructor de constabularios lo había escogido como un oficial de primera clase, por su indiscutible valor personal y la capacidad de arrojo y aguante mostradas en los combates contra el General, y la tenaz persecución de los guerrilleros. Cualquier jefe mafioso en New York o Chicago habría deseado tenerlo en su pandilla como capo competente en la lucha de los territorios, y en lo que tocaba a su pedigrí, no cabía dudas, que era un soldado amaestrado, hecho a la medida del interés de Somoza.

El teniente Freudiano Paniagua había sido transferido a la capital desde el cuartel operacional de la

Guardia Nacional, en las montañas de Jinotega, al Comando Central de la Guardia Constabularia en el Campo de Marte, donde el tigre tiene su cueva, para estar firme y listo en cualquier situación de emergencia.

Altamirano no despegaba los ojos del cielo, en el que el punto negro se divisaba, desaparecía a veces, y tomaba resplandeciente frente al brillante sol mañanero.

—Claro que es el avión —insistió Altamirano—. Es el Tomochic.

—¿el Tomochic? —dijo Paniagua.

—El avión de Sínser —dijo el aviador.

—¿Cuál Sínser? —insistió Paniagua, con voz gangosa, de desvelado, que gorgoteando en la cavidad nasal y los labios cetrinos de muerto, obligaba a recordar al paliducho paramédico de la morgue militar, quien mataba el tiempo rellenando de formalina cadáveres de marines maquillados para el regreso.

—El mismo a quien te referías hace un par de horas —dijo el aviador.

—Bromeaba —dijo Paniagua.

—Yo no —dijo el aviador—. Es el avión en que viene el General.

—¡Cuál general! ¿De qué general estás hablando? —volvió Paniagua, carcajeándose.

Desde los predios vecinos, el murmullo de la gente llegaba en oleaje. No sabía cómo, pero el pueblo estaba informado que en cuestión de minutos, alguien muy importante llegaría al aeropuerto. No se sabía quién, pero tenían información que el personaje que bajaría de Las Segovias, debería tener mucho peso, de acuerdo con operativo que había movilizó el ejército.

—Del que te trajo aquí —dijo el aviador, sin despegar los ojos del cielo, viendo cómo crecía el

zopilote plateado, giraba suavemente sobre la costa del lago y desaparecía entre las nubosidades suspendidas sobre los cerros que tiznaban de un gris blanquecino el cielo de la capital.

—No me ha traído nadie —dijo Paniagua.

Su voz gangosa sonó como el vuelo de un abejorro que choca contra las paredes, rebotó contra el piso y volvió a elevarse, perdiéndose en el bullicio.

—Entonces, estoy equivocado. Pensé que estabas aquí para dar cobertura a la llegada del General —dijo el aviador.

—¿Ese es tu general? —dijo Paniagua.

—Ese es el General —dijo el aviador.

—A ese general me lo paso por las bolas —dijo Paniagua, lanzando un grueso escupitajo que entró en el inoportuno ventarrón que alzó nubes de polvo de la superficie del aeropuerto, y transformó la saliva en bumerang, llenándole de pringue el rostro.

El oficial se detuvo furioso, bajó la cabeza y se limpió los pegotes de polvo y saliva con las puntas del pañuelo. ¡El que nace para chanco del cielo le llueve mierda! ¡Putá madre! —pensó Paniagua. Y maldijo el ventarrón, mientras se limpiaba los pegotes de suciedad que empañaron los espejuelos *Ray Ban* que le había obsequiado Somoza por su ejemplar conducta de combatiente.

Paniagua había arrancado de cero. Desde la miserable condición de vendedor callejero, y por recomendación de un testaferro liberal consiguió la oportunidad de enrolarse en la nueva Guardia Constabularia; había dejado atrás la carretilla de los helados y la capa de los toros en los encierros ganaderos de Rivas, por la bendita oportunidad de enlistarse como cadete. No dejó

que escapara la ocasión, pues para el heladero fue una especie de pan de liberación, en su pavoroso desierto de hambre. Tomándolo entre los colmillos se aferró al hueso como un perro callejero y lo sacudió con furia. En la Constabularia encontró sobrados motivos para ser feliz en el desencuentro con la pobreza; había trotado de arriba abajo, por meses y años enteros, por un trabajo decente y no había podido encontrarlo. De pronto, llegó la oportunidad, y se transformó en especie de rabioso boxeador, quien no pide ni da cuartel, hace daño en donde puede, y busca la vía más corta para ganar el combate.

El teniente Freudiano Paniagua, como la mayoría de los cabos, sargentos y oficiales que habían combatido contra los guerrilleros conducidos por el General, mandaba al diablo la temeraria idea de tener moviéndose al tigre en la insegura jaula dorada del presidente Sacasa. El sentimiento del oficial era compartido por un centenar de miembros de la Constabularia que el Acuerdo había organizado para Somoza, frente a la estratégica decisión de los marines, de abandonar el territorio. Era obvio que no todos los soldados abrigan los mismos temores que el oficial Paniagua, aunque hubiesen combatido con ferocidad de felino, y se tocaran los testículos en los combates contra Pedrón, el paradigmático y divulgado matarife, practicante del corte de chaleco y otras plausibles atrocidades, con la razonable diferencia, que estos muchachos no apacentaban ambiciones bajo el sobaco de Somoza. Rasos, cabos, sargentos y algunos de los oficiales actuaban como simples soldados, ignorantes de cuál era el verdadero peso de la carga que estaban obligados a llevar cuesta arriba en la compleja estructura castrense.

—¡Ja, ja, ja! ¡No sabía que fuese militar! —dijo Paniagua con visible tono de burla—. ¿Quién le impuso el grado de General?

—Si no fue Hoover debió haber sido Sellers. Por ahí debe de andar el asunto, ¿no es así, José? —dijo el aviador, dirigiéndose al periodista José Román, invitado al aeropuerto a curiosear las incidencias a la llegada del General.

Un nuevo ventarrón levantó oleajes de polvo entre los revueltos pies del pueblo. Observó que el avión giraba hacia el Norte sobre el lago, y esperó verlo aparecer entre los cerros del poniente. Pensó que tomaría pista en cuestión de segundos.

—No sé nada de milicia —advirtió Román— pero creo que los generales se hacen en los campos de batalla.

Espinoza ya no pudo escuchar la consideración del poeta, porque de pronto, las frases fueron ahogadas por el alboroto del tumulto que iba y venía sin parar, como el flujo y reflujos de la marea. El punto plateado en el cielo aumentó de tamaño. Al oficial Paniagua ya no le pareció un zopilote, sino una maldita y gigantesca águila depredadora, que bajaba de las sierras y zumbaba sobre las casas de la capital, tan amenazante como un terremoto. Ese batir de alas tan cercano le parecía fuera de lo normal, le resultaba algo sencillamente monstruoso. Ya lo había comentado con otros de los oficiales: no era lo mismo descubrir al alacrán bajo las piedras, en los pasadizos de la montaña, o aplastarlo con las bombas artilladas bajo la panza de los aviones, que sentirlo arrastrar la ponzoña sobre la piel, bajo el revés de la manga del uniforme.

Paniagua se dijo que permitir al enemigo pavonearse tranquilamente en los pasillos de Casa Presidencial, como había escuchado que estaban previstas las cosas, era decisión peligrosa sin pies ni cabeza, y sencillamente aberrante. Si tal cosa llegase a ocurrir, equivaldría a tener el alacrán, que para el caso sería el General, protegido y durmiendo confortable sobre los almohadones del poder.

Las maltrechas ventanas de madera y los estrechos andenes en abandono del desmedrado local del aeropuerto, semejaban la extensión del viejo edificio donado por el filántropo millonario Zacarías Guerra, para un asilo de huérfanos. Cuando el pájaro de aluminio perdió altura sobre la costa del lago, para reaparecer haciendo piruetas con las alas por encima de Casa Presidencial en la loma de Tiscapa, el pueblo convocado en el aeropuerto por el hervor de la noticia, gritó feliz y estalló frenéticamente, palmoteando, y echando vivas al General. Paraba por segundos para tomar aire y recomenzaba con estribillos, consignas sobre la paz y sobre lo negativo y fatal de la guerra; agitaba pañuelos y banderas azules y blancas, clamando que con la anunciada firma del Convenio, la guerra llegará a su fin.

—¡Allí está tu zopilote! —gritó Espinoza, al tomar tierra el pequeño Ryan. El aviador hubiese querido gritar a Paniagua, que volviese a ver cómo el zopilote tocaba tierra y se deslizaba en la grama con el General adentro, pero Paniagua, se había largado entre el tumulto en compañía del teniente Cousín, oficial de las fuerzas especiales encargadas de la seguridad del aeropuerto.

El General descendió del Tomochic, metido en sus botas altas, media caña y chaqueta café de cuero, con

revólver a la cintura; pañuelo rojinegro alrededor del cuello y sombrero de anchas alas, cubriéndole la cabeza. El empolvado aire de la ciudad penetró violentamente en sus narices como animosamente asombrado por la llegada del guerrillero. Luego del riguroso saludo militar, estimulado por los vítores del pueblo, se quitó el sombrero, y lo paseó imaginariamente sobre el mar rugiente de cabezas. Lo repitió una y otra vez, obligado por el oleaje de los pañuelos y el siseo de banderas y banderolas blancas y azules que crujían con saludos al General, y a los acuerdos de paz que llamaban al cese de la guerra.

Una bandada de palomas voló sobre la caseta del aeropuerto, desde donde se ejercía el control de los vuelos, ejecutó semicírculos sobre la pista del campo y se fue a posar entre los aleros del desvencijado hangar militar. El oficial Cousín, tomado por la emoción, reaccionó impulsivamente lanzando vivas al guerrillero. Algunos oficiales respondieron al saludo con el mismo entusiasmo con que había sido lanzado. El oficial no tenía por qué saber si su actitud era lo que se debía esperar de un soldado. No le importaba si su reacción era bien vista o no. La cartilla de instrucción militar no tenía una sola letra sobre control de emociones individuales. Por supuesto, que frente al enemigo sabía lo que tendría que hacer, especialmente en la hora del combate. Y esto era lo propio para ser un buen soldado. Cualquier otra disposición salía sobrando.

II

—Confío en el Presidente —dijo Salvatierra cuando todavía venían volando.

—Es buen hombre —dijo el General—. Ojalá sea capaz de controlar a la Guardia. Si lo logra, el esfuerzo que estamos haciendo no habrá sido en balde, y los proyectos que tenemos en mente serán oportunos en la planificación del futuro de paz y el desarrollo de Las Segovias.

—Ojalá prevalezca la buena voluntad de las partes, y se pueda conseguir la paz —dijo Rizo, alzando el tono de la voz para contrarrestar el zumbido del aparato.

—El señor Sacasa podrá lograrlo, si es que puede llegar a obtener el apoyo de los fusiles... —dijo el General, quien estaba pensando en Somoza.

Desde los primeros rumores de un eventual acuerdo de paz, la recién organizada Guardia Nacional se había convertido en horda vandálica, que aterrorizaba día y noche a indígenas y campesinos en despiadada carnicería. El robo de sus escuálidos recursos, la criminal ley fuga contra los hombres; las torturas y violaciones contra mujeres e hijas de supuestos guerrilleros, así como el incendio de sus propiedades, era la ley de la montaña.

—Si no consigue el apoyo de los fusiles no podrá contar con que va a manejar el poder —dijo Rizo.

—Esperamos que la Guardia esté con el Presidente —señaló Salvatierra.

—Debería estarlo, pero tengo mis dudas —dijo Rizo—. Sacasa debe hilar muy delgado, porque no conoce a la Guardia, y ésta la inventó Somoza con el soporte de los marines. Esto lo escuché en Jinotega, entre la gente que apoya a Moncada. Es como si hubiera salido de la propia boca del caballo, sonrió el doctor Rizo.

—Pienso lo mismo que el doctor Rizo —asintió el General.

—Somoza es el Jefe Director —dijo Salvatierra.

—Así es —dijo el General—. Estos son precisamente los riesgos que en política son necesarios afrontar.

Algo timbró en su interior. De pronto, le pareció que estaba pensando como político. ¡Qué cosas! ¡A lo mejor siempre había sido un político que a sí mismo incomodaba! Quizá esta fuese la razón para odiar tan rabiosamente a los conservadores. Después de todo, en el fondo, era lógico que reaccionara como un liberal de cepa. Sus experiencias de militar las había iniciado en aventuras facciosas, y bajo los generales que hoy mismo le perseguían. Obsesionado por contradictorios sentimientos en pugna, ardía en sus venas sangre de gamonales enraizados en la tradición. De tal manera que con un odio irracional, a lo mejor patológico, que enmascaraba la herencia desde tiempos de la Colonia, si es que surgía el inveterado conflicto bélico por el control del poder entre timbucos y calandracas, mechudos y desnudos, legitimistas y democráticos, liberales y conservadores, embestía visceralmente con ferocidad de miura contra la bandera verde del partido de Chamorro, en el que para colmo de su mala estrella estaba enfilado Dagoberto Rivas, el tipo a quien en el

atrio de la iglesia de Niquinohomo, y a la hora del Rosario, le había dado un tiro en la nalga.

De pronto, el zumbido del aparato le sonó a una historia mal contada de duendes, ceguas, cadejos o demonios que parecían burlarlo y lo ponían de espaldas a la pared. Experimentó cierta sensación de inseguridad que lo tomó del cuello, como si se tratase de una emboscada. No debería suponerse que el General estuviese confiado. Jamás había confiado en nadie, más que en los hombres que siempre estaban a su lado. Venían en el vuelo guardándole las espaldas Umanzor, Estrada y su medio hermano Sócrates. Y aunque aparentaba estar inquieto, transmite la sensación de alguien seguro de sí mismo, conciente de una misión vital. Es normal suponer que se sienta acosado por el torrente de supuestos que inciden en esta clase de operaciones.

Por supuesto le inquieta el problema de la seguridad de sus hombres y la suya propia. La paz es tarea insólita, mucho más compleja que la guerra. Claro la guerra se define con el oportuno golpe de los fusiles, pero las armas carecen de entendimiento: no escriben, no saben leer ni son culpables de nada. Sólo representan el instrumento que se alía con la muerte en su afán de destrucción al ceder ante lo irracional, proyectando su consigna en el hervor del gatillo. Pero los hombres...

Con la experiencia puede sopesar el ejemplo. A pesar de las evidentes intenciones de paz que manifiesta el Presidente, continúa latente y se intensifica la agresión criminal en contra de su gente. La estrategia de Somoza camina en dirección opuesta a la intención del presidente Sacasa. Los muertos porque se quisie-

ron fugar, los apaleados sorprendidos en sus viviendas, los inocentes encarcelados, los perseguidos y acosados en los rincones de la montaña, claman justicia; éstas son las cosas que inquietan al General.

Este es el panorama gris con el que viaja a Managua. Tras las murallas de esa selva sin Dios, se levanta el Campo de Marte, cueva del tigre depredador, el sitio ideal para que Somoza y su Guardia afilen la destellada. La Guardia es animal obediente, domesticado, carece de voz y actúa en función del jefe quien ha dispersado la inmundicia de los excrementos y los orines, sobre la conciencia territorial para señalar sus límites y engullirlos como propiedad suya. Ninguna fiera que no sea ésta, hablará con voz propia. Han aprendido a reaccionar en función de reflejos, condicionados al estímulo de la clásica mira del fusil y los metálicos golpes del plomo.

Lo entiende el General. Sabe cómo reacciona el hombre a la tentación del rifle cuando lo acaricia entre las manos. Luego de cualquier experiencia militar, la primera escaramuza, la sorpresiva emboscada, el primer caído en combate, el imponderable fenómeno del fusil entra en el hombre; y de pronto, es insólito pero normal, ya no hay hombre, ya no hay alma, no hay intención de bondad, sólo fusil y muerte al asecho, acurrucada en la mira de la muerte, la que transforma el alma del hombre en guiñapo de la ambición.

En Wiwilí los constabularios toman posiciones en las laderas de los cerros, emplazaron las ametralladoras, y divulgaron noticias y comentarios entre ciudades y villorrios. La misión es exterminar al bandolero. Somoza va a destruir al General. Pondrá punto final a las fechorías del bandido.

Las patrullas de la Guardia contactan a los jueces de mesta, les instruyen, forman una red de guardias

voluntarios, hablan y convencen a alcaldes municipales y jefes políticos, para que pregonen cuál es la verdadera misión de sus robots. Son instrucciones de Somoza, que deberán prevalecer al margen de cualquier acuerdo con Sacasa. Somoza piensa que no hay mejor argumento que los fusiles ni mejor medicina que las balas.

Pero, ¿quién es Somoza? ¿Qué vale Somoza? —piensa el General soñador, el iconoclasta—. Somoza vale por el empleo que tiene. Después nadie le vuelve a ver..., intenta darse respuesta, tratando de vadear el encubierto fantasma que le asecha. Pero, se responde con inocencia de montañés. El General piensa en sí mismo: *El hombre vale por lo que hace...*

La noche anterior, entre otros asuntos importantes, Salvatierra había hablado con el General sobre lo que Somoza estaría pensando. El ministro historiador parecía conocerlo lo necesario para emitir un juicio, y delinear el perfil del hijo de los marines. Pájaro de vuelo oscuro y de miles mañas, verdadero bandido con gran sentido del golpe de mano y una enfermiza obsesión por el poder, al que viene pisándole los talones desde un turbio pasado de conflictos históricos que son parte de la herencia de la familia. Padre y tatarabuelo estuvieron ligados al ejercicio de la política, bajo el signo violento y mágico de la guerra civil, o la eterna montonera revolucionaria. Verdadero oportunista, arrogante capo político, vestido de militar. Un subproducto de los conflictos armados que devienen de los tiempos de las intervenciones, las anarquías y las crisis institucionales en que el país ha oscilado dando bandazos, rebotando desde los días de Walker; un sordo prestigio enraizado en los conductores de horca y cuchillo,

amamantados por la violencia, y quienes jamás intentaron conducir la nave hacia el atracadero de la razón, porque carecen de razón. Sigue el Estado congelado en un tiempo que se ha embarbascado, y en el que ayer como hoy, la curul en el parlamento es símbolo del poder —poder de Alí Baba— y en su mesa se vierten mieles para sapos y alacranes.

—Por la pinta no hay manera de perderse —dice Salvatierra. El progenitor tuvo el mismo nombre, fue conservador de cepa y tiempo —imperios interventores, confiscación de la renta pública de los estados, guerras condicionadas bajo todo argumento y calibre, el 90% por la imposición de éstos— estuvo empadronado en el Partido Conservador que lideraba Chamorro. Fue un honorable senador de la República, quien rubricó con su firma la aprobación del Tratado Chamorro-Bryan, cuando éste pasó a instancias del Senado, luego de aprobarse en la Cámara de Diputados.

El General recuerda aquella otra lección de historia, cuando el ministro Salvatierra habló de otro de la estirpe del Jefe del Ejército: Bemabé Somoza, apuesto galán, revolucionario o bandido, el tatarabuelo de lanza en ristre y espada al cinto, rodela al brazo siempre dispuesto para la lucha placentera de la turbia gresca facciosa de los placeres heredados, quien no profesaba fe política ni creía en partido alguno. Y tuvo como aberrante modo de operar la práctica mercenaria: hoy exponía el cuero en favor de determinada facción política, consigna o grupo; y mañana, corría igual suerte, cual fueren los motivos, con quien menos lo esperaba. Todo esfuerzo, todo sacrificio, todo arrogante furor o servicio de su lanza, se movía y estaba en dependencia de la paga. Fue norma en su vida la práctica del asalto

y el chantaje. Por supuesto, la política produce gloria y ésta se multiplica en hedonismo cuando están de por medio suculentos dividendos. Bernabé Somoza jamás se embarcó en otra causa que no estuviese alentada por el interés mercenario. Vivió a su gusto y antojo, encabezando una banda de malandrines, un poco de corte mítica y de novelesco terror político. Fue el dolor de cabeza de ciertos ilustres bandidos tan temerarios como él. Su delirante campo de acción fueron las guerras civiles. Su actividad mercenaria fue la ocasión para que muchos de estos generales facciosos le encontraran en sus andares de bandido, y cruzaran armas con el desatinado Bernabé Somoza. El general Fruto Chamorro, último Director de Estado, y primer Presidente de Nicaragua, topó al mercenario en los cruces de la confrontación armada, le hizo capturar, y en la villa de Tola, ordenó su fusilamiento.

Son vivencias almacenadas en los recovecos del patrón ancestral de Somoza. Notables parientes suyos dejaron impresos en su alma, los signos del temperamento y los ambiciosos sellos de su poder. Quien se alzaba con el poder señalaba el territorio y ajustaba los linderos imponiendo las condiciones. Ningún ilustre caballero, con vocación de bandido político, habría podido escapar al demonio de estas tentaciones. Desde muy jóvenes, buscaron las armas y se acomodaron en la lucha por el espacio que debería ser suyo y era necesario controlar. Fue lo que aprendieron de sus padres; era la norma de la costumbre encamada en la cultura de la guerra civil que había sido heredada. De acuerdo a la práctica, el triunfo físico y el respeto moral estaban ligados a la pandemia política. Era bien visto reaccionar a esta mezcla de genes y orgullo en que se

expone la vida. El espacio vital está condicionado por el poder en que se justifica el existir dentro de la función pública: poder judicial, finanzas públicas, el control de los votos electorales y las fuerzas armadas. El General sabe que Somoza se pinta para estos menesteres.

Aunque tarde, reflexiona sobre lo complejo de la situación; se repliega un poco sobre sí mismo y se plantea supuestos: si el General es el héroe en la montaña, domador de duros como Pedrón y Umanzor, Somoza le aventaja en la endemoniada selva de la ciudad, donde los políticos han aprendido a hablar el sangriento lenguaje de los gorilas. Han diseñado sus trampas. Está claro, que en el león hay que obnubilar lo que de astucia tiene la zorra, para hacerlo caer en la trampa. Sonrió: ¿Cuál trampa? ¡Ya no podría volverse atrás! Ya casi estaba atrapado.

Pero en el General abunda lo que falta a Somoza: tiene testículos. Esto nadie lo podrá negar. Pero los testículos en un guerrillero sin amigos políticos de poder sólo son eficaces en la montaña. ¿Qué se puede esperar cuando sin ser político uno se ve precipitado en el abismo de la política, en el que no sólo cuentan los testículos, sino que maniobra la cabeza? Ella es quien define el costo de oportunidad en el juego de intenciones en que prevalece la política. Es lo que piensa Salvatierra.

Mientras el General es héroe nacional quizá fuera de tiempo, como la mayoría de los héroes coronados, quienes tiritan en pedestales de parques públicos en medio del abandono, Somoza es un bandido que tiene historia. Es manifiesta su vocación. En la ciudad natal de la esposa fue sorprendido con las manos en la masa falsificando moneda. Claro, pero es un bandido culto con conexiones de poder y ésto hace la diferencia.

Obtuvo un diploma de bachiller en el Instituto Nacional de Oriente de la radiante Granada, linda ciudad colonial que se refocila frente al Mar Dulce con su paraíso de isletas. El filibustero William Walker la redujo a cenizas, como una advertencia de la suerte que habría corrido Nicaragua bajo el gobierno esclavista: *Here was Granada.*

En la Atenas del conservatismo del XIX, barroca y provinciana, Somoza contactó a mentores de la docencia, en que destacaba Moncada, como director de escuela secundaria. Años más tarde, Somoza y Moncada comenzaron a girar en el ojo del huracán de la guerra civil que más tarde atrapó al General.

Los Somoza fueron parte histórica del cacicazgo regional que extiende recomendaciones, que funcionan como órdenes encubiertas a los correligionarios del mismo partido con que se consiguen ministerios, diputaciones, jefaturas políticas, alcaldías, judicaturas locales y de mesta. Los responsables de los comandos policiales en la comprensión territorial son impuestos por estas cartas que responden a nombramientos que nadie discute, y que son manipuladas a discreción y en beneficio del partido. Son el eje de la pequeña burguesía coloquial que vive del café, y de uno que otro cultivo y crianza del ganado en la economía de la época. Son encarnación del gamonal semifeudal que explota las condiciones, que rigen el abandono social, con necesidades de clase satisfechas a medio gas, dependiendo de los fluctuantes precios del café, el tabaco o el oro, que regula la banca extranjera, o la crónica maldición de la guerra civil.

Las condiciones económicas y sociales en que se mueve don Gregorio Sandino, son más o menos las

mismas que permite el sediento contubernio de la familia Somoza. El padre del guerrillero usufructúa ciertos vicios del Estado que no le dejan fuera de la pitanza del poder. Por la sola razón de estar empadronado en el Partido Liberal, don Gregorio goza el privilegio de franquicias postales, telefónicas, telegráficas y otras concesiones que en más de una ocasión estimularon la censura del General.

Por supuesto, estos son comportamientos estructurales que conforman y rigen realidades políticas y sociales en períodos de ostensible oscuridad que todavía prevalecen con elementales normas de gobernar, para regiones administrativamente abandonadas como en la Costa Caribe. Y aún cuando se ensaya un salto notable con intención de nación en la conducción del Estado —el período de los Treinta Años de gobiernos conservadores—, se dio media vuelta hacia atrás, y se continuó con el escamoteo de la cultura, la práctica de los vicios en la aplicación de políticas anti éticas que han incidido negativamente en administración del Estado. Aún hoy, en los albores del nuevo milenio, se predica pero no se practica la justicia social, la honorabilidad fiscal, el respeto electoral. Del diente al labio, se promete el oro y el moro bajo el ensalmo infeliz de la palabrería tramposa, inútil, especie de prédica de encomenderos a población de fieles hambrientos que sirve simplemente para nada. Quizás para conjurar perversos pretextos del diablo, fue que Moisés pidió al Señor, una lluvia de panes sobre el desierto. Hemos visto que resulta inútil hablar de Dios a seres humano con hambre, invocar paciencia o hablar de esperanza al miserable, cuando es alguien que ahoga y malgasta su vida con el estómago pegado a los huesos del espinazo. Al reflexionar sobre estas realidades,

es que bandidos sociales como el General, registran como un tiempo revolucionario el aparente tiempo perdido, en el que la furia popular acumula fuerzas, y se convierte en ciego huracán social que arrasa con sus oleajes.

El General consideraba que estas son debilidades que tienen origen en la raíz cultural, que es necesario superar. Asunto de un tiempo detenido en tomo a una angelical burguesía que fabrica héroes como alfareros a imágenes; que engorda rabiosos extremos en las contiendas armadas, y el sube y baja violento del corazón del poder; Campo de Agramante en que pacen los aparentes y eventuales enemigos políticos almacenando rencores, hasta que la carnicería llega a su fin.

Y retorna la paz de escaparate. Los suspendidos sueños de pianola y guitarra, de briosa y enjaezada bestia de monta, de carretas de bueyes adornadas de flores, teatros domésticos, románticos valeses y procesiones de penitentes, dando gracias a los santos patronos populares, por el final feliz de la montonera.

El acoso de Somoza a la gente del General, obviamente contiene un mensaje: *Yo soy el verdadero poder en este país. No permitiré que nadie que no sea yo mismo, esté más acá de los límites del territorio señalado por mis orines. Yo soy quien tiene el ejército y los fusiles. Es una advertencia específica y concreta.*

A través del doctor Rizo recibe información de cómo se regocijan los simpatizantes de Moncada, por el futuro ascenso de Somoza a la Presidencia de la República.

—¿Cuál presidencia? —dijo el General.

—Solamente hay una, General —señaló Rizo.

No quepa dudas que se cocina un plan tenebroso. Debiera suponerlo. Apenas se ponen los pies dentro del terreno de la política, uno se ve arrollado por el mundo de conspiraciones, frente al que es obligatorio planificar la defensa aunque no estén visibles los agresores.

—El arte de la toma del poder está condicionado por El Príncipe —piensa Salvatierra.

El General tiene sus propios planes que le prenden y le acorralan. No paraba de comentar alrededor de sus cooperativas agrícolas del Coco y los lavaderos de oro de la región. Sí. Así es y así lo tiene previsto desde su regreso de Mérida. Mentalmente ha abandonado los fusiles. Esta vez no ha habido yanqui ni Moncada; ni siquiera el orgullo propio que le condicione. Claro, la tarea no está concluida, porque quedan asuntos importantes qué definir. Anímicamente nada le perturba más que su propio y solitario sueño social de las cooperativas. En vez de medrar a salto de mata entre los meandros del Coco, y exponerse a ser cazado como ciervo en los laberintos de la montaña, él mismo, y sus guerrilleros, se entregarán al cultivo de la tierra. La región está llena de recursos que permanecen en el abandono y piden ser explotados para generar riqueza.

Aquí esta la respuesta para terminar con la miserable pobreza de Las Segovias. Hay un filón de oportunidades en la explotación de las minas y el tabaco. Por ahora, las reservas mineras no dejan nada al país, más que esos enfermos que deambulan, respirando el Becerro de Oro en bronquios y pulmones,

bajo un torturante infierno de silicosis, tristes y solitariamente podridos hasta rendirse a los pies de la muerte liberadora.

El tabaco Jalapa es preferido entre fumadores y masticadores. Tiene cierto olor a miel que se saborea a saga de placer y deleite con las papilas de la lengua. Sus hojas son gigantescas con relación a otros tipos de la especie, y es objeto de gran demanda por consumidores locales y en mercados de otros países. Sin embargo, por razones que se desconocen está prohibida la producción en escala industrial. Y es necesario licencia de la Administración de Rentas para el cultivo de áreas muy limitadas, que hacen imposible producción exportable que genere beneficios a los agricultores y rentas para el Estado. Ante el embrollo de las limitaciones, nadie parece interesarse en la siembra del tabaco. No caben dudas que la desfasada política productiva y el escabroso escenario de los conflictos armados, no deja mínimo espacio para búsqueda de soluciones a los problemas económicos del Estado.

—Tengo los ojos puestos en las cooperativas para resolver el problema de los campesinos y los indios —dijo el General.

—Hoy mismo hablará usted con el Presidente. Será su mejor interlocutor. Una vez que sea firmada la paz habrá suficiente tiempo y espacio para dar respuesta precisa a sus planes de desarrollo; no tengo la menor duda que son magníficos —afirmó el ministro Salvatierra.

—Espero que así sea —dijo el General.

—Usted lleva esbozado el plan de las cooperativas —dijo Salvatierra.

—Todo está escrito con lujo de detalles. Si el presidente Sacasa se interesa en él, no tendrá ningún

problema para apoyarlas. Es un proyecto muy claro. El plan está concebido para el desarrollo de una región casi inaccesible en el centro de Las Segovias, en que todo es pobreza y todo abandono —dijo el General.

Por un momento seguía pensando en sus hombres. Sus brazos derechos. Especie de propia conciencia que había marchado con él a todo lo largo y ancho de la aventura guerrillera. ¡Cuánto había costado convencerles de lo imperativo del viaje! ¡Me creyeron pero no me creyeron! —dijo a sí mismo, pensando en el general Pedro Altamirano que no estaba de acuerdo con el viaje y le había despedido con lágrimas. ¡Qué pena había sentido! ¡Cuánto esfuerzo había intentado para exponer bien las cosas! El grupo de sus generales, le había quedado observando con actitud de extrañeza. Cuando le advirtieron el por qué de los temores, quizá habían tenido razón. Fueron lógicos valederos sus puntos de vista sobre lo nebuloso de las condiciones de la entrevista con Sacasa. Estaría solitario en un ámbito que no era el suyo, que ni siquiera era capaz de sospechar a pesar de su olfato de guerrillero. Estrada le recordó los días oscuros en la soledad de Yucatán, cuando la gente de Portes Gil, pidió paciencia. Y le trataron como a un refugiado, haciéndole esperar casi un año para no llegar a nada. Pero el General estaba decidido y no se volvería atrás. Era el estilo del General.

Como si se tratara de dilucidar un problema de familia, el General habló a sus hombres. A todo el Estado Mayor fundido en un haz de voluntades, en un solo corazón, hermanos todos, como era lo usual. Expresaron uno a uno los puntos de vista con sus palabras, sus gestos, con la confianza que les permitía la alianza espiritual de la guerrilla. Con la salida de los marines

había llegado a su fin la primera fase de la guerra contra el interventor. ¿Ahora qué? ¿Cuál habría de ser la situación que debería plantearse para hallar una salida airosa y decente para una paz duradera y constructiva? Meditaron fríamente sobre las posibilidades. Algunos de los generales especularon sobre el peligro real de la Guardia Nacional.

—Ahora sí que estaremos frente a una verdadera guerra... —dijo el general Estrada.

Quedó viendo al General y los generales Altamirano y Morales asintieron con visibles movimientos de cabeza.

—Somoza y su Guardia Nacional son más peligrosos que los marines —continuó Estrada.

El general hablaba con autoridad. Era un hombre tranquilo y equilibrado, dotado de proverbial sutileza en cuanto a la realidad. Pensó que Estrada quizá tuviese razón. La segunda fase sería una guerra política y estaría definida en función de voluntades. No sería el rifle sino el hombre, quien a fin de cuentas, enrumbaría el timón y señalaría el rumbo y las condiciones. No quedará otro camino. De tal manera, que conviene ir estructurando el destino de la nación, diseñar el futuro. Los generales confían en el Jefe. El General no es un Moncada o un Chamorro, quienes entregaron la soberanía de la nación por nada, o peor aún, que simulan enfurecerse dando golpes de mano a presidentes democráticos del propio partido.

Los generales expresaron sus razones. Quienes no asistieron a la cita con el jefe del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, permanecieron resguardando los límites del espacio soberano que aún les quedaba. Altamirano, Raudales, Salgado, Colindres, a quienes jamás tembló el pulso bajo ninguna circunstancia, manifestaron aprehensión por la decisión que

se había tomado; pensaron que tal aventura podría acarrear problemas para los verdaderos planes del General.

—Ustedes, mis hermanos, siempre estarán a mi lado junto a los espíritus misioneros que apoyan nuestra cruzada libertadora —dijo el General.

Pedrón le quedó observando con muda y desgarradora tristeza. Este General era un tipo al que el general Altamirano nunca terminó de conocer; era un ser incompresible, extraño hasta la médula de los huesos, casi un loco de remate, en quien había confiado su furor de hombre dispuesto, y le obedeció ciegamente hasta las últimas consecuencias.

Sin embargo, por su instinto de luchador tuvo la percepción que el General se equivocaba, y que a última hora pretendía ignorar, lo que irremediablemente esconden las máscaras sobre los rostros de esos tipos de la calaña de Somoza.

En lo profundo del ánimo, al General es imposible soslayar el verse invadido por cierta extraña actitud racional sobre la tontería del temor. Tal desazón carecía de sentido en hombres como él, acostumbrados a las más deprimentes condiciones, en donde ver correr la sangre y olfatear la muerte luego de las emboscadas, eran experiencias de pena y dolor pero no de cavilación. Aunque talvez a sus hombres esta vez les asistía la razón. Con la llegada a la capital estaría entrando en las fauces del monstruo.

—Ojalá que esas pláticas con Sacasa, no vayan a resultar un pleito de burro amarrado con tigre suelto —dijo Pedrón a Estrada.

—¡Ojalá! Pues los toros son atados por las patas y los hombres por sus compromisos —dijo Estrada,

uno de los escogidos para acompañarle a Managua, como lo había sido en el viaje a Yucatán.

El Jefe guerrillero estaba decidido a correr los riesgos que fuesen necesarios. Aunque una cosa es la lucha política y otra la lucha armada, en que prevalecen absurdos de riesgos que jamás pueden preverse con exactitud. Le satisfizo experimentar inquietudes y temores. Después de todo, no era más que un ser humano quienes jamás podría encontrar escape total a la propia naturaleza. Le inquietó el salto que había experimentado de la guerrilla a la política. Un salto casi con garrocha, pensó. De planificador de emboscadas para desinflar interventores y guardias nacionales al servicio de los traidores; de entrenador de hombres rudos, casi todos analfabetas, obedientes como esclavos a las órdenes del amo; del repentino y emotivo viraje de la montaña cadenciosa, segura y arrulladora para cualquier montañés como él pretendía serlo, pero infernal e inhóspita para los marines acostumbrados al exclusivo traje militar de buen corte y excelentes zapatos, cigarrillos Camel y Lucky Strike, jamón de Virginia y otros enlatados, eso de entrar a la desconocida maraña de la ciudad que escapaba a su visión de lo accesible en un tarantulesco laberinto, no dejaba de ser impactante aunque sirviera de hospedero suyo, el colateral pariente y amigo Sofonías Salvatierra. El General conoce los laberintos y los puntos ciegos en las montañas de Las Segovias donde le resultaba no tan complicado luchar contra quien fuere, pero la ciudad es otra cosa, está repleta de trampas y de tramposos que son difíciles de ponderar.

En cuestión de minutos estaría entrando al minado espacio territorial, señalado con el orín de la ocupación,

y las mañas de Anastasio Somoza: único general en la historia del país, quien al simple artilugio de hablar inglés, y sin conocimiento de pistolas que no fueran las de alisar el cabello, heredó un ejército formal, apertrechado, casi de lujo por la calidad de sus oficiales, ostentando sobre el pecho fulgores de generalía. El esperado retiro del lamentable quiste de la ocupación instalada por mister Coolidge y consignada a mister Séller, bajo el pretexto de proteger intereses económicos de banqueros americanos, vino a significar para Somoza, el oportuno cierre en su ciclo de afirmación como Jefe de la Guardia.

Ayer como hoy, en el orden demográfico, social, cultural y económico se observa la división de algunas regiones en el más miserable abandono. Mientras en ciudades como Managua, León y Granada, al quedar libres de la sama de la ocupación, se dan condiciones de cambio en los derechos de ciertos núcleos sociales, el escenario que se advierte en Las Segovias, es contrario a la política conciliadora de Sacasa. Dado que los marinos han insuflado en los guardias nacionales un odioso espíritu de ocupación, de tal manera que éstos observan cierto comportamiento que es el eco de este tipo de soldados. El temor del General está centrado alrededor de proteger a sus hombres del brutal flujo de violencia desatado por Somoza. De manera puntual no habrá paz si no se respeta la vida, si no se evita descargar el odio militar en hombres que le han acompañado. Ahora que salieron los marines se habla de un arreglo de paz, pero Somoza ha multiplicado la presencia de la guardia a caza de indios y campesinos de quienes sospechan algún contacto con el General.

Recuerda al viejo amigo y consejero Froilán Turcios. ¡Cuánta razón tenía el poeta! Ahora que los marinos

se habían ido lo veía con claridad. Sí, cuánta razón le asistía, de acuerdo con el punto de vista en manejo de una respuesta inteligente y estratégica, con un mínimo trasfondo maquiavélico para reducir las tensiones políticas, las cosas caminarán mejor, recomendó.

Pero, ¿cuál Maquiavelo? ¿Con quién o quiénes debería hacer alianza el General? Su carta bajo la manga del saco es solamente Sacasa, presidente sin poder ni imagen en una nación hecha añicos, que arde en las brasas de la conspiración partidaria. En cambio, para Somoza es *El Príncipe*, el amigo visible y el factor de poder quien toma las decisiones. Su aventurada declaración sobre los tres únicos poderes existentes en Nicaragua —en que el General se ubica como el factotum de la solución al problema— ha generado un serio conflicto y atiza la rapacidad de Somoza. Los generales que negociaron el desarme de la llamada Revolución Constitucionalista en el Espino Negro, asumen que el rebelde se ha sobrestimado, cuando en verdad continúa en tierra de nadie, sumido en el abandono, sin claras posibilidades de salir adelante en sus planes de negociación; y por supuesto, carece de instrumentos políticos al alcance de la mano para recomenzar una guerra que sea justificable. No es un Chamorro o un Moncada en la jefatura de sus partidos.

Con Sacasa estaba de por medio el proceso democrático que pone fronteras al General. Calderón Ramírez, uno de los pocos hombres que merece su confianza y respeto, le había aconsejado sobre los mismos términos de Turcios: *Yo creo General, que si los americanos salen en enero de 1933, su cruzada ha terminado. Habrá así usted dado una gran lección, no sólo a los nicaragüenses, sino a Hispanoamérica,*

demostrando al Continente enfermo, cómo se puede pelear y morir por un ideal.

Los conceptos realistas de la carta de Calderón Ramírez quedaron girando en su mente. Era como llamada de atención a la que todavía no sabía qué demonios responder. Lamentaba ahora que hubiese tenido al maestro y director de Ariel, como traidor, habiendo sido éste, seguramente, el hombre más calificado para vocero de la causa antiimperialista. *Si salen los marines del país, no existe ya motivo que justifique su protesta en la montaña. Concluye el fragor de su lucha y la validez de su gloriosa misión independentista*, escribió el director de Ariel al discípulo General.

El problema es que los políticos piensan de una manera, y los guerrilleros al tomar decisiones no lo hacemos dentro del esquema mental de los políticos, refutó el General. De pronto se había devanado los sesos dándole vueltas a la idea de organizar un partido. No era asunto tan simple estructurar un partido. La acción política gira en torno a condición de intereses, valores y conflictos en que medran las vacas sagradas ligadas a la tradición. La Nicaragua de los tiempos del General —como la de hoy—, carece de una formadora cultura política; vive de reminiscencias de la acción histórica blasonada por los héroes y soterrada por los fetiches. La incultura política es la aberración en armas, comprometida en el efluvio demagógico de la palabra en acción, saturada de abundantes signos folclóricos. Mensajes ideológicos de contenido social, cultural económico, que entran por un oído y escapan por el otro. Coplas y parlamentos de El Guegüense y el Enano Cabezón, junto al baile de La Gigantona y Los Diablitos hacen reír o llorar, son el eco popular, llaman la atención

más que los mensajes cívicos de la imberbe cartilla patriótica que es incinerada cíclicamente en la demagógica plaza de la ignorancia. El Estado muestra señales de vivir un proceso de desmontaje, y de precipitarse en una oscura y efervescente realidad social, semejante a túnel sin escape. Dentro del indescifrable y distante embrujo de ver el destino de Nicaragua coqueteando con una sociedad humanizada, piensa el General, y se repite a sí mismo que es ya, ahora, el tiempo de montar el carro del Estado en una experiencia justa y democrática de nación.

III

Es un soñador. Con los ojos clavados en el pescuezo de La Venada, lanza en ristre, sostenida por las imaginarias manos de su corazón, como en él es anímicamente habitual, el General es la presencia del Quijote guerrillero. La cruenta lucha y lo simbólico de la cruzada independentista, le tienen prendido; su misión es no detener el paso, seguir adelante. No es tarea fácil. La montaña es una gigantesca casa sin techo, mundo de olores, ruidos y colores, pero paraíso infernal en el combate contra los yanquis. Se requiere de mucha fe, de sólidas agallas para contrarrestar las trampas que al profundo deseo de libertad le tienden en el camino. Es aventura en que pasa el tiempo, y pasa, y pasa, y generalmente resulta inexplicable y llena de frustración. ¡Cómo definir los motivos que le indujeron a luchar! No tienen explicación. Todavía el 17 de julio de 1926, luego del regreso de México, desde la abrumante soledad del mineral de San Albino, envía una misiva a doña América Tíffer: *Hace 18 días que estoy trabajando en este mineral, y pienso estar aquí sólo poco tiempo. Hoy envié un telegrama a mi papá, preguntándole si me ha llegado algo de México, para que en caso afirmativo, me envíe lo recibido a este mineral. No me siento feliz; ya no me gusta el sistema de vida de por estos rumbos y creo que me regresaré*

a México, tan luego gane el pasaje. Usted sabe que yo no tengo capital para trabajar aquí, y para vivir de sólo los brazos, es mejor por otros países. Saludes a todos y Ud. reciba el corazón de su entenado que la estima.

La epístola recibida por la esposa de Gregorio Sandino, parece haber sido escrita en momentos de confusión, cuando el aventurero aún no tiene definido el rumbo ni los ojos puestos en la guerra constitucionalista, que inquieta a los departamentos del centro y el pacífico desde la Costa Caribe, y que viene comandada por el general Moncada. De acuerdo con el espíritu de la misiva, no parece entrar en sus planes ningún movimiento armado.

Pero el hombre es un ser cambiante, y sea lo que haya sido el General: obrero de los minerales o aprendiz de revolucionario bajo el fascinante ejemplo zapataista, al regresar a la Patria le tocó vivir el descalabro político de la intervención armada de los Estados Unidos, y abrigando esperanzas de contribuir a limpiar el rostro del país de las telarañas interventoras, como un voluntario, buscó a los grupos de los constitucionales y se enroló en las filas de la revolución.

Por supuesto, el General es tradicionalista liberal, quien no escapa al canibalismo partidario que corroe la forma de gobierno de los partidos políticos. Odia a los conservadores que van viviendo a Chamorro y maldiciendo a Zelaya, caudillos referenciales sobre quienes cabalgan las crisis políticas. Persigue a los Chamorristas y les impone cuotas de rescate, a caza de fondos para la campaña guerrillera. Pedrón El Sastre, o cualquiera de los generales, hacen de publicanos en la recolección de los diezmos con amenazas de muerte o de secuestro.

Desde la Independencia Nacional, timbucos y calandracas, demócratas y legitimistas, liberales o conservadores, tienen fama de ser la misma mona en el aspecto político y el manejo del poder, y sólo se diferencian en el color del rabo. Aunque justo es reconocer que, en el conservatismo han destacado gobernantes serios, honorables demócratas y respetuosos de la Ley, con una solitaria excepción; mientras que la gestión liberal, irremediabilmente se ha visto condenada a ratificar su fama de incubadora de dictadores y ladrones. Claro está, partidos tradicionales, y otros de reciente data, han vivido improvisando la dinámica de la acción política bajo gran pobreza ideológica con programas de desarrollos sociales y económicos volátiles, en que no logra expresarse la vida de la comunidad. Y bajo una verdadera farsa ético-religiosa, pues mientras los conservadores manifiestan ostensiblemente su fe católica, siendo tenidos como iglesieros: practican sacramentos, ritos y celebraciones de la iglesia católica, romana, los supuestos liberales anticlericales tímidos o solapadamente aprovechados, practican la masonería, pero respetan normas de convencionalismos sociales, contraen matrimonio bajo la Santa Madre Iglesia Católica, en que ellos mismos fueron bautizados, e infunden la práctica en sus hijos, sin olvidar que en la hora de la muerte, por aquello de las dudas a lo desconocido, filas de veladoras arderán al pie del féretro, para alumbrar el rumbo que directo al cielo llevará el difunto, y por supuesto, si el fallecido es pez de notable empaque, le otorgarán santa sepultura entre pomposos ritos y solemnidades, siendo el cadáver conducido entre apretujadas filas de monseñores.

Recordó que no hacía mucho, amigos y simpatizantes, quienes no eran precisamente de los suyos,

intentaron organizar el Partido Autonomista que no le parecía mal, pero que tenía poco que ver con lo que consideraba un programa político, aunque se enunciara el tema específico de un antiimperialismo ideológico calculado e inteligente, esbozado en el cuerpo del proyecto. Concretamente, más que antiimperialismo torpe, era nacionalismo depurado, abordado por vez primera en el centro de una praxis que condicionaba las relaciones con Estados Unidos a un equilibrio de comprensión política y paridad entre los gobiernos que estimularsen los negocios de los estados, bajo razonable equilibrio y en función de comunes intereses.

Entre los firmantes del Partido Autonomista estaba el doctor Escolástico Lara y don Fernando Larios, sindicalistas de León, y el ex Presidente conservador, don Bartolomé Martínez, quien había sido elevado a Jefe de Estado con motivo de la muerte del presidente conservador, don Diego Manuel Chamorro. Mas los verdaderos motores que son base importante del insípido movimiento autonomista, son los conservadores Salvador Buitrago y Toribio Tigerino, ejemplares ciudadanos, quienes irrumpen con nuevas ideas, cansados de bregar bajo la conducción de las desfasadas prácticas caciquescas que aún prevalecen y son dominantes en la acción política de los partidos.

Este es el rígido esquema de la realidad política en el tiempo. Toda otra pretensión de agitar banderas que representen peligrosos conceptos ideológicos fuera de los carriles de la tradición, son considerados fallidos intentos que no van de acuerdo con esa fe caudillesca de sacristía y la conservadora línea de mando que obedece al gamonal. De tal manera, que todo intento que sale del riel tradicional para cualquiera de las

facciones, representa apenas un borroso espacio para el tintineo de los sueños y acciones. Para que la realidad camine es necesario que vaya condicionada a escenarios y contradictorias situaciones que están en las manos de los caudillos.

Y aunque el General es en cierto sentido providencialista, y mantiene especulando sobre el fantasma del milagro que puede alumbrar sus planes en los momentos cruciales, cuánto no habría deseado tener a mano los consejos de Turcios, para conjugar el rumbo y orientar la toma de decisiones que deberán ser soporte en el Convenio con el presidente Sacasa. Pero ya es tarde para variar la secuencia de los acontecimientos. Lo que tiene que ser, será contra viento y marea. El General hace un recorrido especulativo sobre el entorno del problema. Supone que no habrá nada a qué temer, aunque las condiciones no son claras por las características del asunto. De todas formas, a él siempre le ha tocado navegar en océanos agitados. Esta vez no será diferente y es seguro que no le faltará la asistencia de los seres invisibles, amigos suyos, protectores justos, habitantes de las dimensiones celestiales, quienes han sido soporte y medida en el paraíso soñado para su gente de Las Segovias.

Luego no tardará en golpear las sensibles puertas del ánimo esa cita de la capital, en que prevalece ese mundo de partidos y de generales; políticos quienes firman acuerdos que ponen en duda la soberanía y el sentimiento nacional. Es la constante histórica desde días de la Independencia, en que León o Granada fueron pivotes en que giró el destino de la nación, y en donde se planearon las guerras y se trastornó la conciencia del pueblo al margen de la realidad social,

destino político y proyección cultural en la totalidad de un Estado excluyente, como si Las Segovias y la Costa Caribe no fueran parte del territorio.

En los años de lucha a la par de campesinos y hombres duros como Pedrón, el General aprendió a identificar el alienado mundo de la montaña, como su propio mundo roto en los albores de la vida. Tenía razones inobjetable. La herencia remontaba a Longina Borge, su tatarabuela, india de pura cepa, pero enredada en raíces hispanas ligadas a las encomiendas, y se contoneaba en Margarita Calderón, imponente perfil de piedra, tallado en misteriosa carne indígena que estorba la visión feliz de su vida, marcada en la infancia por las miserias de la herencia. El General de Hombres Libres pareció condenado a una condición mimética, desde el punto de vista político, que viene a obnubilar el estrecho margen en que campean sus decisiones. Tiene conciencia que con la salida de los marines, la guerra, o lo que ha sido la justificada expresión de su guerra, ha llegado al final, como lo adelantó Turcios, y vino a confirmarlo Calderón Ramírez en la misiva de 25 de septiembre de 1932. Ha llegado a su fin el tiempo que la historia tenía previsto para la guerra. Cualquier conflicto armado ya no encontrará el asidero en que justificarse. Pero al General no cabe dudas, que con sus planes y proyectos autonomistas alzaré amenazante otra suerte de guerra. Presiente esos ventarrones que desatarán su presencia, y deberá estar listo, con ojos bien abiertos para enfrentar a las patrullas políticas enmascaradas y las conciencias obtusas armadas hasta los dientes que rodea a ese cascarón que quiere cambiar. La lógica y reaccionaria contrapartida de espíritus violentos, insatisfechos por las condiciones

en que se diluye el conflicto armado son estorbo para sus planes. La decisión de cualquier Convenio de Paz que llegase a firmar Sacasa con el bandolero de Las Segovias es una estúpida carlanca en los futuros planes del dictador. Para las huestes de Somoza tiene más lógica de triunfo, y es más congruente la guerra para una campaña de exterminio. En el esquema violento de la lucha por el poder no tiene sentido otra estrategia. De tal manera, que el General está totalmente consciente de que los enemigos harán lo imposible para destruirle. Bajo éstas y no otras condiciones, es que el clonado encomendero de los marines obtendrá definitivas ventajas políticas en que desbarran sus ambiciones.

—Así actúan los militares de la calaña de Somoza —dijo Salvatierra.

—En esta situación, la estrategia de la política se transforma en una guerra de intenciones que sólo puede enfrentarse con la acción —dijo el general Estrada.

El General quedó observando a Salvatierra y Estrada. Acudió a su memoria el simbólico ataque a Ocotul, cuando no quedó más alternativa decente que mostrar el puño a Moncada y a los marines, como clara señal que la entrega bajo el Pacto no tenía un final decente y más bien estimulaba otra guerra, ahora de independencia, frente al gastado sofisma de la cacareada revolución que terminó en el vergonzoso negocio de venta de los fusiles.

—¡Chingados! —exclamó y se dio con el vergajo sobre el dorso de las botas— ¡No tuvieron los suficientes cojones para decir que no!

Moncada, y Somoza son los principales obstáculos en el camino de la paz. Ejercen el control político y el

militar del país, y tienen la capacidad de alterar los instrumentos negociadores de que se vale el presidente Sacasa. El General ve la acción con sorpresa de diletante político, y le llena de espanto cómo en un dos por tres, desde antes de la famosa reunión de los generales, ya los puestos usufructuarios del pacto habían sido repartidos. Pero nadie lo detiene. El asunto de la paz debe concretarse a costo de cualquier riesgo. Es la verdadera misión del jefe de guerrilleros. Desea poner punto final a la dolorosa condición de persecución y venganza que está viviendo en carne propia toda la región segoviana. Sus pensamientos no se apartan un solo instante de su proyecto cooperativista del Río Coco. Tiene absoluta certeza de que su sueño rescatará a indios y campesinos, no sólo de la alienante condición del abandono estatal, sino que también de las montoneras armadas, innecesarias, perversas e injustas que los generales políticos de pacotilla, llaman peyorativamente revoluciones.

Mientras roncaba el motorcito del Ryan, escuchaba comentarios del doctor Rizo, sobre las cooperativas campesinas e indios del Coco, quienes según los proyectos del General, vendrían a ser los beneficiarios. Recordó que en 1928, el conservador Toribio Tigerino, uno de los propulsores del Partido Autonomista, había intentado ponerse en contacto con el jefe rebelde, pero el General no quiso recibirle, posiblemente prejuiciado por las comezones partidarias. Cinco años más tarde nadie sabía todavía cuál habría sido el obstáculo. Tal vez porque consideraba a Tigerino, conservador ultramontano, atrasado, como escuchaba entre los reaccionarios liberales, en los que incluía a su padre Gregorio Sandino, quien siendo un liberal de bando, clásicamente estaba enraizado en costumbres ultra

conservadoras, y no abandonaba el saco, la corbata, la leontina de oro y el chaleco, ni para hacer el rutinario recorrido a las parcelas campesinas, en donde regateaba acuerdos verbales de cosechas para el comercio de los frijoles. El General, a pesar de estar al frente de un grupo de guerrilleros —hombres sin partido, héroes de la montaña ruda y salvaje, algunos verdaderos bandidos sociales o reales en todo el sentido de la palabra— liderando una cruzada nacional independentista contra la intervención extranjera, no lograba escapar al estigma de la herencia facciosa, del discurso venal atiborrado de promesas y expresiones sin fundamento, atrincherado siempre tras el conflicto de la montonera. En todo tiempo, en todo lugar, en las decisiones que se tomaron frente a los problemas de las guerras civiles o las campañas anti-interventoras, el nudo necesario de desatar no es el del inveterado problema político, social o económico, sino el del hombre subcultural, ahogándose en la propia contradicción y las arcaicas formas de ver la vida desde el caparazón de la política. La cuestión ideológica representaba apenas una inquietud, un rumor que se tocaba entre discusiones a nivel del libro, pero que sigue siendo una disciplina impracticable bajo la herrumbre de la cartilla.

Al mismo General resulta contradictorio despojarse del sentimiento faccioso. Piensa como tradicionalista liberal atrapado por el resquemor visceral que responde al esquema mental político, y la falsa concepción, que para ser congruente con la causa que dirige, debe tomar venganza, persiguiendo a conservadores del partido de Chamorro. Arrastra en sus métodos de acción revolucionaria, el rollo repetitivo en los cambios de gobierno, cuando los partidos tradicionales requieren

de la violencia armada para meter luz al túnel de su ostracismo político y financiero.

Cuando se decidió por el ataque a Ocotul, impartió selectivas órdenes de atacar, saquear y cometer todo tipo de tropelías contra las casas de conservadores. Afirmaba Salustio Pastora, general del General, que su anti-conservatismo tradicionalista era una obsesión, psicológico rescoldo de imagen que arrancaba desde tiempos de Timbucos y Calandracas, sin otro sustento real que la incultura política. Está tan huérfano el General, en cuanto a consejeros políticos, más o menos libres de compromisos partidarios en quienes poder confiar, que al momento de recorrer sus cuadros para delegar funciones, tiene que convertir a sus hombres en especie de comodines, de tal forma que cuando esbozó la posibilidad de organizar un eventual contra-gobierno para responder a los planes formulados por Moncada y Somoza para quedarse con el poder, el aparente debutante político puso los ojos en el doctor Escolástico Lara, del non nato Partido Autonomista, a fin de que fuese primera opción en el pretendido Movimiento Renovador que de gobernar el país, deberá hacerlo con la intención de gobierno nacional. Y quizá el General no se haya equivocado con la selección de este hombre, quien meses más tarde en El Embocadero, al plantearse la decisión del viaje a Managua, y pedir al doctor Lara que emitiera su opinión. El consultado respondió:

—No estoy de acuerdo con ese viaje.

En esa ocasión, el General quedó viendo al doctor Lara. Dio media vuelta, y caminó hacia la puerta mayor de la Quinta Guadalupe, especie de Cuartel General, y mientras contempla la basta y densa serranía que

parece desgajarse frente a los rayos del sol tímido y mañanero, penetrando entre las hendijas grises del cielo, tuvo sus dudas. No encontraba pensamientos para el enfoque preciso de los temores, o precauciones que debería afrontar en el peligroso viaje a la ciudad, en donde afilaban sus fauces los tiburones políticos. Giró sobre los tacones, azotó con la tilinte verga de toro los contornos de sus botas, y dirigió al hermano la misma pregunta:

—¿Y tu Sócrates?

—Yo, obedezco órdenes —dijo Sócrates, sin ser claro al externar su opinión.

—Entonces, nos vamos —afirmó el General. Y ordenó disponer de lo necesario para viajar a Managua.

Conociendo el sentido verticalista en la toma de decisiones del General, es lógico suponer, que el viaje a Managua, a sostener pláticas sobre la firma de un Convenio de Paz, nadie ni nada lo habría podido detener. Posiblemente, desde que se iniciaron las consultas con el ministro Salvatierra, la decisión había sido tomada. Como en cualquier instante crucial en la vida del guerrillero, una vez más, su decisión fue tan violentamente rápida, esquemática y solitaria, que para Estrada y Umanzor que lo acompañaban en el vuelo, tuvo viso de ficción estar volando en el aeroplano que les conducía a Managua.

El General experimentó la sensación de viajar sólo. Pensó y repensó en cuánto le habría sido útil la presencia de un hombre recio, pero flexible y experimentado con prestigio moral y la experiencia en manejo de gavetas políticas como Toribio Tigerino, y quizá otro más de los del Partido Autonomista. Giró de nuevo alrededor de los conceptos del programa, lo atingente

al Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, que era puntual columna y médula de su estructura social y política. Trataba con cierto eufemismo diplomático lo que podía así expresarse, y rechazaba con firmeza la política intervencionista de cualquier potencia extranjera. Tomaba para el programa del partido, argumentos de senadores americanos que estaban contra la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua, y de aquellos que criticaban las innecesarias muertes de soldados yanquis en guerras sucias y conflictos provocados que no tenían sentido. El mensaje planteaba la ruinoso situación política, económico-social de Nicaragua, y hacía hincapié sobre los niveles de inferioridad moral y material en que se había precipitado el Estado a consecuencias de las inveteradas guerras civiles. Y hasta le habían llegado informes que el señor Tigerino no era bien visto en la férula de Chamorro.

Por fin llegó el momento crucial de entrar en la verdadera selva. El pequeño avión se deslizó sobre la pista y detuvo frente al hangar. Brevemente, experimentó un sentimiento extraño de inseguridad, que le asió por la garganta, produciéndole una sensación de ahogo. Pensó que tal vez fuera de felicidad, cuando observó que el pueblo luchaba por acercarse. Tragó saliva con dificultad. Desde antes de bajar del aparato quería correr al encuentro del pueblo, y por un instante tuvo temor de ofuscarse y continuar perdiendo el sentido de la realidad. Pero el General era un rebelde nato, y ante la pasión de la libertad desbordada, se preguntó, ¿qué cosa es la realidad?

Algunos hombres y mujeres del pueblo, llenos de júbilo, habrían querido levantarle en el aire. Desde las cercas, bellas damas, quienes no lograron llegar hasta

al aeropuerto, querían comérselo a besos, y una que otra —como aconteció en la Plaza de Toros del Distrito Federal— quizá fue sacudida por la ansiedad de lanzar las pantaletas, tomar al héroe para sí y acariciar el sueño de tenerlo sobre la cama.

No parece muy vital —murmuran algunas—, pero algo debe tener esta esencia de hombre. En lo que es para las damas, los mejores perfumes no se encierran en botellones. Sólo un hombre con suficiente testosterona puede vencer el miedo a la muerte, o comportarse como un tigre, piensan las que han esperado por largas horas desde que se difundió la noticia de su llegada, con la intención de verlo. El mismo lo iba escuchando a su paso en el trayecto seguido por el vehículo.

Entre la multitud buscó a Somoza. No le vio por ningún lado. Se contestó que sus razones tendría el jefe del ejército para no estar allí, esperándole. Pensó que a lo mejor lo encontraría en algún sitio, por aquello de la inevitable curiosidad, las especulaciones que podrían darse y la importancia que para el Jefe de la Guardia tendría su llegada a la capital.

Había rumiado tantas cosas alrededor de los peligros de la ciudad. “De las andanzas de esos políticos, quienes fingiendo patriotismo negocian con la sangre de los muertos”, como José María Moncada, quien convirtió en negocio la famosa Revolución Constitucionalista que había bajado de la Costa, vendiendo por diez pesos a cada hombre más el ipeñue del fusil.

Al paso de los vehículos, entre nutridos aplausos y dispendiosos mensajes de solidaridad que emanan de un pueblo, en que están representados diferentes credos políticos y condiciones sociales, el General se enamoró de la espontaneidad de la ciudad. Hacía tanto

tiempo, desde el abandono del hogar natal que había perdido el contacto con esta clase del pueblo, que siempre era más emotivo, siempre viviendo más hacia fuera. ¡Qué linda que es la gente de la capital! ¡Qué bellas son sus mujeres! ¡Qué expresivas! Esas manos batientes de los niños, y la grave sonrisa de los viejos que corren a aplaudir y decir cosas llenas de cariño para el General, deben de llevar algún mensaje que valdrá la pena escuchar. Los jóvenes se apelotonan sobre las cercas, retrecheros y desconfiados. De ahora en adelante, quizá ya no tendrán que temer el reclutamiento para la guerra que no es su guerra, que ha sembrado la orfandad en la gente pobre de manera puntual, y que mantiene las venas sangrantes, las llagas abiertas y los huesos del cuerpo del país pelados, generando miserias de toda clase. No habrá más sangre ni se llorará más en el simbólico funeral de los héroes caídos en combate. Cesará el inesperado dolor y las persecuciones entre meandros de los ríos y laberintos de la montaña. Es lo que espera el General. Pero, sobre todas las cosas, desaparecerá eso que suelen llamar *revolución*, en que repta el odio de la guerra civil, cual serpiente de cien cabezas.

Gran confusión invade los alrededores del hangar en la que sobresalen algunos periodistas con sus libretas de apunte, y deambula uno que otro personaje ligado a la vida política de esos que salen en *La Prensa*, *La Noticia*, y otros medios en que pululan revistas, revistas y panfletos que acostumbran imprimir las facciones políticas y hacen circular en las ciudades de importancia. Algunos divulgan con caracteres amarillista las novedades de la guerra.

Imaginó que andarían por ahí los principales de Granada y León. La crema política de confianza del

gobierno de Sacasa, conformada en su mayoría por estos caballeros, porque algunos visten de lino blanco, sombrero del mismo color, y uno que otro, saco y chaleco de casimir bajo un calor endiablado. El Jefe Director del Ejército es el poder tras el trono, pensó.

Y cómo no iba a serlo si como Satanás, el tipo estaba en todas partes. Le atribuían el don de la ubicuidad. Lo evidenciaba su presencia a través de los cuerpos de seguridad y de sus políticos informadores. Es normal que así sea cuando los mismos americanos lo tienen al tanto de todo. Desde los tiempos del gobernador Pedrarias Dávila, era lo más refinado que había surgido dentro de la fauna política.

Tomando en cuenta múltiples consideraciones que había escuchado alrededor de Somoza: es cachorro de tigre joven lleno de mañas, con jerga de estibador de muelles neoyorquinos, abundante y melosa verbosidad, aderezada con picantes chascarrillos, que vertidos al inglés, tienen sabor a opíparo entremés y hasta succulento plato para viejas alborotadas del servicio diplomático. Somoza es verdadero felino, sacado como por arte de magia, del sombrero de la ocupación. Había deambulado un tanto en los Estados Unidos, y estudiado rudimentos de contabilidad mercantil en una escuela de Filadelfia. Desempeñó trabajos rudos para ganarse la vida. Las fotografías todavía lo muestran como joven estirado, galán, bien formado y de muy agradable aspecto. No venía de familia pobre de dudosa reputación, como algunos de los enemigos políticos han dejado entrever, sino más bien de la casta del bandido clásico que ordeña la vaca del Estado hasta secar las tetas, y si no arrasa con todo lo que encuentra cuando administra la cosa pública, al dejar el cargo,

es como los zompopos, acarrea para su casa todo lo que puede, aunque sean los muebles del comedor de Casa Presidencial. El sector honorable de su familia poseía algunos bienes. Aunque, en lo personal, tenía deudas con la justicia por el famoso caso de falsificación de moneda.

Por supuesto, es lícito y reconfortante tener información del retrato hablado de su más peligroso enemigo político, quien al mirarle de frente, más le transmitiría la sensación de ser un protector, o amigo dispuesto a colaborar en la causa social que lleva entre ceja y ceja, y no el obsesivo Somoza, Jefe de la Guardia, quien parecía tener como principal objetivo exterminar a su gente.

—Es la sensación que experimentará, usted General, cuando lo tenga frente a frente —dijo Salvatierra.

—Debe ser un verdadero cabrón —pensó el General, ajustando el sombrero al cogote—. Cabrón y tramposo, murmuró en un siseo que pareció silbido.

Somoza era el hombre quien permanecía tras de Sacasa y era el sujeto, en realidad, con quien tendría que vérselas. Tal vez ni siquiera diría esta boca es mía. Estos tipos son así. Afilan las zarpas cuidadosamente, y luego escogen el momento preciso para lanzar la dentellada.

Es un ladrón con poder. Cuando los ladrones se hacen del poder, el poder los vuelve honorables, y dejan de ser ladrones —piensa el General—. Es la misma historia de siempre.

Y continúa dándole vueltas en la imaginación al asunto de la Guardia. En verdad el quid de la cuestión no es el presidente Sacasa, sino el poder y gobierno de la Guardia Nacional, concentrado en el puñado de

testaferros quienes acatan órdenes de Somoza. Le obsesiona la contradicción dentro de este conflicto de intereses. La Guardia no es un gobierno dentro del gobierno, sino que está por encima del gobierno. Un poder coercitivo que se manifiesta encubierto bajo la jefatura del general de los marines, es más funcional, y más coherente desde la óptica maquiavélica del poder, que la condicionada capacidad de gobierno de un presidente sin mando, que es una suerte de mono pintado sobre la pared.

Esto lo observa el General, pero no lo entiende, o no lo quiere entender, porque contradice sus planes. Más bien trata de justificar su inseguridad, o cierto derrotista convencimiento de que ya no hay mucho que hacer y todo está concluido. *No quiero la guerra, nada me haría volver a ella. Repito que me iré del país, antes de ensangrentar la Patria y cubrir de lágrimas muchos hogares*, declaró al diario *La Prensa*, tres días antes de su asesinato. Es prudente suponer que cualquier obstáculo con el que tropiece el Presidente, no será culpa suya, sino de las circunstancias.

Desde antes de subir al Tomochic, el General estaba más o menos seguro, lo que tendría que sortear en la llegada a Managua. El Jefe de la Guardia Nacional no era un queque que podría comerse con los dedos. Adorador de los fetiches del poder, venía rompiendo obstáculos, contra viento y marea de abajo hacia arriba, arrebatando desde el fondo lo que encontraba al paso, manejando los ases del póker con destreza de tahúr. Como se dice en el argot de los que no tienen otra salida ante la compulsiva condición de aventura: *la bebía o la derramaba*. El General conoce este detalle y está al tanto de las intenciones del jefe de la Guardia

Nacional. El secreteo político y los supuestos consejeros lo tienen al tanto de todo. Pero, ¿qué podía hacer ante esa frustrante realidad de quedar convertido en piedra en el fondo de la montaña, atrapado en el callejón sin salida de una lucha sin cuartel, y casi innecesaria ante la salida del interventor armado? Se dijo a sí mismo, que había que enfrentar lo peor, y era mejor planteárselo como cita con el destino. Era la constante del reto con el que había cruzado las armas un centenar de veces, desde su nacimiento hasta los duros encuentros con los yanquis. En estos niveles andaban las cosas y no quedaba escape. ¿A qué preguntar por el sitio en que tentaba el demonio de la suerte para su accionar en la lucha destinista? ¿Con qué propósito si el pueblo vería la luz con el rescate de la soberanía y él lo sacaría triunfante en la lucha independentista? Es la respuesta fundamental con razones suficientes en la cruzada redentora. Y resultaba sobrancero estar recibiendo amenazas. *Todo ha sido escrito en los anales del Universo. La impulsión divina es la que protege a nuestro ejército desde su principio, y así lo será hasta el fin.*

Hay algo que se mece en su interior como un péndulo, y que parece situarse en el centro del ir y venir de las cosas: quizá la solidaria y contradictoria respuesta para remachar en el alma del pueblo los fundamentos de una nación soberana, bajo los efectos promisorios de una paz estable.

¿Sabrá a qué atenerse este impoluto pastor de huracanes, loco irredento, iluminado, que arremete obsesionado por cambiar el rumbo que le había señalando el destino con la brújula de la historia? Diría que nadie lo sabe. Nadie puede tener certeza de los

acontecimientos. Sólo la gran fuerza universal puede preverlo y ordenarlo todo a su manera. Llámeme usted como quiera: Gran Arquitecto del Universo, Alá, Dios, Jehová. Nada puede escapar al fuego de las verdades eternas. ¿Protegido de los dioses? Cree providencialmente que están escritos y contados sus días en el Libro de la Creación: *“Yo no viviré mucho tiempo. Pero aquí están estos muchachos que continuarán la lucha emprendida: ellos harán grandes cosas...”*.

Contemplando los radiantes amaneceres de las montañas segovianas, el General meditaba al tibio frescor del futuro vivificante que se concentra en la montaña y se sentía realizado. Las puntas de los cerros, las indomables trochas, los sonoros laberintos en que penetra el viento silbando, se comportan como espíritus divinos, astrales, protectores de una alianza persistente, legítima y justa, frente a la rabiosa pertinacia de los extranjeros interventores. Astralmente navega con absoluta conciencia de estar cumpliendo el mandato de una misión redentora con visión del futuro, y el deber ético y patriótico de defender la soberanía de la nación. Es posible que los anacrónicos oficiantes de las facciones partidarias le tomen como a un loco atrabiliario, arrebatado por una fantásica propuesta política que resulta imposible deglutir. Y pregunta al eco insurreccionado en los atardeceres de los ululantes cañones selváticos: ¿Por qué tantas ideas complicadas, confusas, fuera del marco de la realidad, cuando se puede navegar tranquilo, sin más ruido que el rumor horizontal y el dolor del pueblo, que puede deslizarse sobre el pragmatismo ortodoxo, entre el que solazan los topos de la noche que rumian proyectos políticos equivocados, a zaga de la repetitiva

experiencia dogmática del pasado que debió sepultarse con sus vicios?

—Sólo la libertad es eterna. El hombre nace libre, pero sus congéneres o las condiciones de la herencia lo condenan —repetía el General, recreándose, implorando luces, meciéndose en la hamaca de sus mitos—. Cuando la mayoría de la humanidad conozca que vive por el espíritu, se acabará para siempre la injusticia, expresaba soñando.

En las montañas segovianas, los combates frente a frente contra la Guardia y los marines, jamás le hicieron temblar, pero maldice al sátrapa que aprovechando el armisticio a medias, redobla sus fechorías, persiguiendo y asesinando a su gente. ¿Qué hacer para enfrentar el doble rostro de la mentira, de la farsa de Somoza? Tal vez tendrá que sacrificarse, rediseñar la estrategia en los enfrentamientos contra la Guardia, para no dar lugar a que los hombres que están al frente en la negociación de la paz, mal interpreten sus intenciones, tomando de pretexto cualquier acción de sus guerrilleros. Un soldado como él, quien había esperado tanto a la hora de la emboscada, quien tiene la paciencia curtida, estaba bien claro que la respuesta está en saber esperar. Luego de la experiencia de Yucatán no quedaba más opción que hacerse a la vela en las tormentosas aguas del océano político, y maniobrar el bote en esos traicioneros afluentes llenos de tiburones humanos. Es una tarea dura dada las reverberantes condiciones de anarquía en que se bambolea el Estado.

Claro, Sacasa es hombre confiable, con criterio patriótico, éticamente considerado como excelente caballero, tranquilo, espontáneo, pero de inocentona

visión política e inadecuada disposición para penetrar en los andurriales de las funestas conspiraciones en que se mueven los caudillos. Es criterio del General, que al presidente Sacasa resultará imposible encontrar la solución a los problemas de un Estado en crisis.

Casi había olvidado la guerra, absorbido por los problemas que medra la política, cuando desde lo alto, a través de las veloces nubes grises, observó las primeras casas de la ciudad. Hizo a un lado los temores, cuando experimentó el extraño torozón de felicidad que apretó su garganta. Tragó espeso y respiró profundo, tomando el aire que le había robado la emoción. Zumbaron sus oídos al imaginario oleaje de pañuelos blancos, revoloteando cual palomas en vuelo que saludan al héroe. La mente está abierta a las más fantasiosas especulaciones. Hasta escuchó las notas del Himno Nacional que entrando por los oídos le pusieron erizo y tuvo que esforzarse para detener las lágrimas en el camillo de la garganta. Imaginariamente continuaba escuchando palmas y expresiones de consignas contra la intervención extranjera. Recordó que desde la escotilla de la nave, había observado con avidez el revoltijo del tumulto, los rostros de algunos políticos a quienes había visto en las páginas de los periódicos, hombres en traje militar y algunas autoridades del gobierno. Era lo razonable. Lo tenía previsto.

Entre la multitud, insistía en localizar a Somoza, pero no podía verlo. Mientras volaba había venido pensando que el Jefe del Ejército era factor importante del proyecto de paz. De tal forma, que es imperativo buscar soluciones con los únicos poderes visibles que hablaban por el Estado: el señor Presidente de la República y el Jefe Director de la Guardia Nacional.

En cuanto al presidente Sacasa tenía información de Salvatierra, que estaría esperando en el despacho. Pero no tenía el menor indicio de dónde habría de entrevistarse con el general Somoza, pues interesaba ponerle al tanto de tropelías de la Guardia; y hacer el reclamo oficial a que obligaba su visita en búsqueda de la paz.

Era seguro que todo estaba calculado en concordancia a los intereses del futuro dictador. En política, no existen acontecimientos que sean el resultado de la mera casualidad. Toda acción política es planificada, mordida y masticada por los autores del compromiso. Esto ha sido siempre así y no requiere de explicaciones. Por ello, los observadores de las acciones políticas sacan concreciones atando cabos, luego que se difumina la oscurana. Es normal, importante, que el jefe del circo tenga los monos entrenados. Si fallan éstos, siguen los payasos, los maestros de ceremonia, los volatineros, los hipnotistas, los magos, y al final los tigres y los lobos para el cierre del espectáculo, todo el repertorio en dependencia de la situación, y si es necesario pincelar de truculencias el *show*, deben sacarse del fondo del sombrero los conejos o los alacranes.

Repuesto de la acción tumultuaria, y consciente de sí mismo, luego de los abrazos, los vítores y los empujones, el General recuperó la calma, le abrieron paso y junto a Umanzor, Estrada y Sócrates, quien van tras él, caminó entre la marejada popular que sigue lanzando vivas y agitando banderolas. Abordó el vehículo que había sido puesto a su servicio y con suave voz, pero firme, muy suya, ordenó:

—A Casa de la Presidencia.

De pronto, llegó el momento que su olfato de guerrillero había oteado desde lejos. Al pasar la

caravana de vehículos frente a la Legación de los Estados Unidos, en la Loma de Chico Pelón, un raudo automóvil en que viajaba Somoza, dio alcance a la fila de carros que presidía el General. Alguien hizo un alto, gritando que atrás venía Somoza. El General ordenó detener la limusina. Los encarnizados enemigos de la montaña descendieron de los autos, y se dieron sendos abrazos como de viejos camaradas. A la invitación que hiciera el Jefe de la Guardia Nacional, ofreciendo su carro para conducir al Jefe de los Guerrilleros, los ayudantes de Somoza abrieron paso al General. Una vez que los generales subieron al coche del Jefe de la Guardia Nacional, juntos, en el asiento trasero, continuaron rumbo a la Casa de la Presidencia.

IV

El General no transmitía la imagen que todos esperaban tener frente a sí, si llegasen a conocerle. 1.65 de estatura y una aparente timidez que dibujaba en el rostro con el parpadeo de sus ojos negros, pequeños, en que parecía ausente el balcón sensorial de las pupilas, en que difumina la bravura del gladiador de espíritu terrible, el valeroso hostigador de los terribles marines del que hacen alusión los versátiles y truculentos reportajes de los diarios del mundo, o paradigmáticos cantos de poetas como Neruda:

*Estupendo como una llamada
para que nos de luz y nos de fuego
en la continuación de sus batallas...*

La respuesta quizá podría develarse en el rompecabezas de su existencia, porque Augusto Nicolás Calderón, de acuerdo con la inscripción en el Registro Público de las Personas de la villa de Niquinohomo, no es gratuitamente un amargado social, ni el paradigmático héroe modelado por la imaginación y la evidencia de los hechos sobre la estructura del bandolero; o el mítico personaje creado por el grupo de quienes hubieran querido encarnarse en él para imitarle en la respuesta de sus angustias del no poder ser lo que se quiere ser, sino que perpetuarse como el símbolo de lucha contra la injusticia en el tiempo, y como fuego

votivo que la sangre expresa. Este General de carne y hueso, de la más pura carne y los más fragorosos y ardientes huesos, viene rompiendo muros, escalando desde abajo hacia arriba, y según convicción patriótica en la premonición de su espíritu providencialista, desde que la criatura abrió los ojos, estuvo ligado al controversial mundo de la amargura social por el ombligo anegante de la injusticia y lacerante realidad del abandono. Estaba plenamente convencido de que había nacido para ser una enseña de esperanza para los pobres, y que esa guerra de guerrillas en que se movían los indios y campesinos de las montañas de Las Segovias, sólo eran el eco de las angustias que brotan del vientre patrio en la encarnizada lucha del hombre por reclamar espacios soberanos que son propiedad del pueblo.

Recuerda el General, que siendo todavía niño que sueña en la Navidad tras regalos del Niño Dios junto a los bordes de la almohada o entre las patas del camastro, el pequeño Augusto Nicolás, experimentó la desventura de ser sacudido por la escabrosa dentellada del abominable espectro de la injusticia humana. El Armagedón anímico que sacudió las entrañas de Margarita Calderón, fue el mismo que incidió profundamente en la existencia del General.

Era costumbre, entre ciertas familias pobres de Carazo y Masaya, aprovechar las temporadas de corte del café, para obtener algún dinero que supliera necesidades. Debido a la escasez de fuentes de trabajo, la madre del General, se incorporaba a estas labores. Pero en una de tantas temporadas de recolección de la cosecha, la madre del General recibió anticipo en dinero de parte del dueño de una de las haciendas,

comprometiéndose la mujer a pagar con su trabajo el dinero del adelanto. Pero la mujer no cumplió con lo acordado y se fue a cortar café en otra de las haciendas en donde pagarían mejor precio por la medida recolectada. Margarita pensó que con la diferencia obtenida en la paga mejorada, podría devolver el adelanto del otro patrón y todavía quedaría algo para cubrir necesidades.

Pero no hubo arreglo. El hombre reclamó a la mujer la totalidad del adelanto, y como la madre del General no pudiese devolver el anticipo, fue conducida a prisión con todo y niño por órdenes del alcalde del pueblo quien era el patrón del adelanto.

De acuerdo con su itinerario de necesidades, la madre del General servía de doméstica en casas de aquellas familias con capacidad para pagar sus servicios. Hacía labores de costurera remendona, pero al escasear el trabajo en la remendadera de fondillos, alternaba esta actividad lavando y aplanchando ropa de los finqueros. Y cuando no podía más con la violenta tarea de cerros de ropa curtida de manchas de plátano y suciedades, dejaba el trabajo de lavandera y aplanchadora y se iba a ganar el sustento diario como vendedora ambulante en las estaciones del ferrocarril de los pueblos en la ruta Managua —Masaya— Carazo, que hacía parada en villa Niquinohomo. Entonces se instalaba días o semanas enteras en los tenderetes de los mercados municipales de San Marcos, Masaya o Masatepe, ofreciendo a los pasajeros del tren de los pueblos, tiste, cajetas, cosa de homo, polveras, espejitos, o cualquier otra suerte de baratijas.

La agobiante experiencia de la cárcel trastornó los deseos de vivir del infante, precipitó su alma desgarrada

contra las paredes de un infierno más ardiente y enrarecido que aquel de llamas y demonios, de ánimas en penas y chisporroteantes almas condenadas que describía el cura en las charlas de catecismo.

—Noche terrible —recuerda el General—. Atiborrada de espeluznantes demonios, fantasmas de aparecidos, aullidos de coyotes y chillidos de ratas bajo una lluvia recia y pertinaz que se desbordaba sobre las aceras, y estallaba en estruendosos estampidos celestes que asían al lomo hiriente de relámpagos, que penetraban los resquicios de la cárcel. Fue aquí donde César Nicolás, pudo ver, sentir y hacer suyas las dolorosas contorsiones que se cegaban en la humanidad de su madre quien estaba en cinta y fue víctima de un aborto, quizá provocado por el dolor que produjo el sufrimiento.

Pero la mujer se mantuvo aferrada a un sentimiento de esperanza. El hombre de quien había sido la amante, mientras hacía labores de sirvienta ocasional en casa de los Sandino, era el juez local, la autoridad judicial del pueblo. Bajo su criterio ético y jurídico se administraba la justicia. Es seguro, y no duda, que don Gregorio desconoce la tragedia que también vive su propio hijo, acompañando a su madre en la cárcel. La amante del señor juez no tiene la menor duda que el hombre acudiría en su auxilio. El señorito don Gregorio tiene buenos sentimientos, llegará a la cárcel, a ayudar por lo menos al niño que necesita del padre. Es seguro que ignora la suerte que corren tanto ella como el niño, pero sobre todo Augusto Nicolás. No le cabían dudas de que apenas lo supiera ordenaría al jefe policial, o quien fuere encargado de la cárcel, para que bajo cualquier artificio, pusiera en libertad a sus deudos.

—Podría ser con una fianza —pensó Margarita en sus cavilaciones de fe. Ella había oído hablar del generoso artificio de las fianzas cuando había que ayudar a los correligionarios del partido. Los jueces se prestan a las peores sinvergüenzadas cuando uno tiene cómo pagarlas.

Aunque está segura que Josefa Martina no perderá un solo minuto para localizar al viejo de la manera que fuese, porque comenzaba a entrar la noche. Pero el señorito a decir verdad, ¿quién sabe en dónde estaría? Tenía tantos clientes que atender en la compra de los frijoles, que quizá andaba fuera del pueblo. Era seguro que para Martina se había vuelto problema localizarle. Pero sí estaba segura, que de alguna manera Josefa Martina encontraría la forma de ponerse en contacto con don Gregorio, si es que estaba fuera de su casa, lo buscaría por los barrios en que viven los frijoleros; y si estaba en casa con doña América, también sabría cómo hacerlo, esperaba contar con la ayuda de alguno de los frijoleros. Era casi un hecho que pronto, don Gregorio estaría al tanto de los problemas de Margarita. Aunque quizá al viejo le importara un pito. Era necesario, de vida o muerte, sí, sí, de vida o muerte que el señor juez estuviese enterado de la desgracia.

A la mayoría de los hombres puede que no importen las que fueron sus queridas, pero no es igual cuando se trata de los hijos, gemía Margarita, mientras apretaba el vientre con la cabecita del niño que se acurrucaba al lado, y mientras esperaba el milagro se daba sobijos en la barriga cuando arreciaban los dolores. Entre estallidos de truenos y relámpagos, mordía con desesperación los grilletes de su ansiedad. ¡Qué cosa más extraña la de este hombre! Ya debió saber qué

pasa al niño, pensó la mujer. Debíó haberlo escuchado por algún sitio. A dos cuadras de la casa de los Sandino quedaba el juzgado local, y junto a éste estaba el cuartel de policía, que también servía de cárcel. Margarita abriga la certidumbre, que por uno u otro medio, llegasen noticias a don Gregorio.

Pero todo se fue en esperanzas. No hubo una sola alma capaz de compadecerla. Sus gritos se deshicieron en ¡ayees! que emergían de la fosa carcelaria y llegaban a las lúgubres alamedas del parque. Al niño que ya tenía nueve años le pareció también extraño que nadie hubiese sido capaz de escuchar los lastimeros quejidos de su madre. Alguna vez había oído decir que así era la gente del pueblo cuando se quejaban los pobres. Los gritos pasaban desapercibidos como si no existiesen. Antes negaba creerlo, pensaba que quizá fuesen habladurías del padre Campos en su famoso sermón del Viernes Santos, cuando a Cristo lo bajaban de la cruz, y el cura hablaba de las liagas de Cristo, de los azotes dados a Cristo, de los escupitajos lanzados a Cristo, de la corona de espinas de Cristo, de los clavos de Cristo o la lanzada que tenía Cristo en el costado dada por el representante del judío mayor que era Jefe del Sanedrín. El rostro enrojecido, el verbo hinchado de furor lapidario, y el dedo en alto, acusador y fustigante, mientras resonaba en la envejecida nave del templo, con su *Sermón sobre la Sordera*, arremetiendo de arriba abajo, de izquierda a derecha, contra quienes tienen el alma sorda por la explotación y la avaricia. *Voy a solicitar al arzobispo Lezcano y Ortega* —amenazaba el cura a los mudos feligreses, que en su mayoría tenían cierto temor momentáneo a las imprecaciones del cura— que por el amor a Dios y

esperanza de los pobres, nos haga llegar de manera urgente, a cualquier cura exorcista de los que ahuyentan al diablo —si jesuita, un tanto mejor— para sacar el diablo a tanto tramposo y sinvergüenza, que en tiempos de los cortes de café, roban el trabajo de los pobres imponiendo a gusto y antojo el precio del cuartillo, el medio o la fanega, alterando además las cuentas de la paga en la liquidación del sábado. Estos sirvengüenzas, señalaba el cura, ni siquiera pagan con dinero contante y sonante el trabajo de los cortadores, sino que lo hacen con café, frijoles, arroz, sal, petates, o ropa usada, etc., etc., etc., que a los cortadores les viene resultando mucho más cara que comprarlas en el mercado municipal de Masaya... y además, en muchas de estas haciendas hasta acostumbran pagar con fichas que no niegan hacer efectivas cuando cierran comisariatos al final de la temporada. El ser humano en Cristo se salva por sus hechos y no por sus cuentos, o intenciones pagadas con unas tantas o cuantas misas. Dios no recibe coima ni le podemos chantajear, intentando comprar la entrada al cielo como se compra un billete para entrar al Circo de Firuliche. Al cielo sólo se puede llegar a través del amor al prójimo de manera especial, y no doblándole el brazo al pobre, obligándole a que comprima su estómago hasta escurrir los intestinos. No hay que robar a los pobres. Hay que escuchar el grito angustiado de quienes acuña el hambre con el dolor. Para los ciegos y los sordos de corazón no existe sitio en el cielo... sentenciaba el padre Campos, quien con su *Sermón sobre la Sordera*, más parecía un desajustado social que el tradicional cura aliado del diputado, el Jefe Político, el jefe del comando local y otros gamonales

del pueblo. Era tan fuerte el mensaje, que luego de la misa, los que habían asistido a ella, abandonaban las bancas de la iglesia destaqueándose los oídos.

Augusto Nicolás, aunque estaba muy niño, jamás olvidó cómo había oído suplicar a su madre toda la noche, cuando la mujer acosada por la impotencia se oprimía el vientre, y con los sangrantes gonces del puño golpeaba con desesperación el piso de la cárcel. Intentaba a veces paliar el dolor, apretando la frustrada redondez florecida contra las descascaradas paredes, cual si con aquella actitud pudiese obtener la mágica respuesta que atenuara el sufrimiento. Y aunque ella imploraba a gritos el amor de un Dios presente, esperanzador, justo y posiblemente cercano, acurrucado en algún rincón de la celda, el lamento parecía desgastarse en un quejido inútil, sin respuesta. Jamás lo habría supuesto, pero no parecía haber un alma en su desolado desierto anímico, que compadeciera su dolor.

Los ojos llenos de angustia, y la imaginación atrapada por espíritus de perversión que se materializan en laberintos de los pensamientos, y parecen mofarse de su condición de gorrión mutilado, el niño se recostó impotente, derrotado al regazo de la madre. Fue noche extraña, larga y desesperada hasta el filo del alba en que la mujer cesó de llorar, y quedó desmañadamente doblada, cual gaviota demibada por disparos de cazador en un miserable vuelo de hambre.

El niño ya no pudo dormir. Ni siquiera intentó hacerlo. Asido al cuello de la progenitura experimentó la percepción de estar atrapado en un asfixiante infierno de gritos, duendes y sobresaltos. Le pareció sonreír sin estar seguro de ello. Pensó que también él mismo estaba poseído por un espíritu de muerte. Fue cuando

obsesivamente pensó en los muertos. ¡Cómo era que soportaban el cosquilleo del fuego del infierno! El cosquilleo danzarán sobre los cuerpos en que va despejando esperanzas de cielo la *Señora del Escapulario*. Augusto Nicolás no comprende absolutamente nada, vacila, sólo tiene conciencia de que el amado cuerpo de la progenitora todavía sigue con vida, y es necesario sacarle del sordo golpe del dolor, del ladrido de la lluvia sobre las tejas y del horizonte de rayos que serpentea, desbordado sobre el lecho de la corriente. ¿Qué más podrá pensar Augusto Nicolás bajo el razonamiento de su entorno infantil? Cualquier expresión de duelo y error que no fueran las lágrimas le habría hundido en un vacío de inconsciencia. Dentro de los tres metros cuadrados de olor a berrinche y excreciones humanas, ratas, cucarachas y bichos de toda clase, se dan cita en el infaltable banquete de las pocilgas. Los ruegos del niño fueron inútiles; quedaron hundidos en tinieblas de la sordera; o tal vez continúen fijos en las paredes, habitando en los huecos en que se asoman las ratas. El guarda de turno dormía a pierna suelta borracho, doblado sobre la culata del fusil y la bitácora del registro carcelario.

Entre la desolación y el espíritu desgarrado volvía en sí. Experimentaba compulsivas ansias de gritar, de romper barrotes y puertas de la prisión, pero no tenía cómo hacerlo. De pronto, lo prendió un extraño sentimiento de pavor que lo mantuvo callado, hurgando el tamborileo de su corazón que sonó frenéticamente a inexorable grito de angustia, búsqueda de aliento, o muelle en abandono donde pudiese atracar la experiencia existencial de vivir la propia derrota.

La mujer recobró la conciencia, emitiendo gritos suaves, lastimeros que se ahogaban en quejidos. El

muchacho se incorporó. A tientas buscó cómo ayudar a su madre. Observó a través de las hendijas del techo, que la lluvia había menguado. Sentía pesadas las palmas de las manos, y palpó una a la otra en la oscuridad. Tenía húmedos los dedos, posiblemente de sangre, porque en la desesperación de la lucha se había partido las uñas y lastimado los gonces, cuando intentó forzar los barrotes.

Bajo esta traumática condición fue que practicó el oficio de partero para auxiliar a su madre; una experiencia increíblemente desconcertante, dolorosa y desgarradora bajo el sordo tambor de la lluvia y la penumbra de la noche —el flujo eléctrico estaba condicionado a la inevitable hora de suspenderlo— entre convulsivos estertores y desgarrantes gritos de dolor, entre sus gélidas y temblorosas manos, el niño sintió resbalar el feto gelatinoso y caliente.

Bajo el sepulcral silencio, interrumpido a veces por chorritos de lluvia que escurría de las tejas, tuvo la sensación que el frío externo del clima y el suyo propio del alma, se abrazaban en su corazón y mordían su humanidad de pies a cabeza. Cruzó los desesperados brazos sobre el pecho como apoyando en ellos su soledad, como implorando calor. ¡Cuánto echaba de menos el cálido saco de bramante, en que acarreaba café hasta el callejón de la medida! Allí el capataz apuntaba los medios, o las fanegas, bajo criterio de cuentas del gran capitán, porque con los puchos, lo que no llegaba a cuartillo, *no valía el más miserable pelo del culo* —como amenazaba el capataz de la medida— ni tampoco permitía agregarlo a los medios cortados el día siguiente, porque este día es este día, y otro día es el otro día, y un día nada tiene que ver con el otro. Los desgarrados y sucios sacos de bramante,

habrían sido oportunos para atender el parto de la madre, darle calor, confortarla, limpiar la sangre que se escurría desde adentro, ¡Dios sabía desde dónde!

Echó de menos la camisita remendada que llevaba encima al cruzar el dintel de la pocilga. Hubiera querido haber tenido a mano por lo menos dos, como cuando iba a los cafetales y esperaba bajo los árboles: una para soportar la lluvia, la suciedad de los surcos, mientras se rascaba las ronchas de los aradores que abundan en los plantaciones; y la otra para regresar a casa de la abuela una vez pasado el regateo de la medida. Llévate otro trapito para reponer el que lleva puesto el niño, si es que llueve, recomendaba Martina. Pero en esta ocasión, la camisa que llevó no fue suficiente para limpiar partes íntimas de la progenitora. A eso de la media noche, la camisita fue convertida en cientos de pedacitos: vendas, tiras, tapones sanguinolentos de todo tamaño, todo fue en balde en el intento de cerrar paso al incesante torrente sanguíneo que salía de la vulva de la madre. Una tarea dolorosa, salvaje, agobiante para su condición de hijo, y por supuesto, de niño sin la experiencia del adulto. ¡Qué tonto había sido! ¡Cómo no le ocurrió antes traer encima otra camisa, y no que vino a pensarlo hasta el último momento, cuando no servía para nada, porque ya no podía hacerlo!

—Oiga, José —confió el General al escritor de *Maldito País*, cuando fue entrevistado por éste en el trayecto a los campamentos de Las Segovias: *Mi madre se llamaba Margarita Calderón, y estaba empleada en una finca de Gregorio Sandino que fue mi padre. Soy pues, Román, un hijo del amor o de*

acuerdo a convencionalismos sociales, un bastardo. Abrí los ojos en la miseria y fui creciendo en la miseria, sin los menesteres más esenciales que requiere un niño, y mientras mi madre cortaba café, yo quedaba abandonado en el rancho o en medio de los cafetales.

Este fue el espectral entomo de su realidad infantil en que se evade la donada entrega del calor paterno. ¿Qué podría hacer el niño para enfrentar el problema si apenas estaba consciente de la magnitud de su tragedia? Con tempraneros y aciagos golpes sufridos en los albores de la vida: la miseria emboscada tras el nombre del padre, la maldad social, los escabrosos años de la niñez, colocaron pañales de dolor al hijo de Margarita; se ensañaron en él, precisamente en el tiempo del disfrute afectivo familiar. Esta crucial etapa de la vida del General fue sembrada con semillas de llanto y vientos de calamidades. El dolor le obligó a saltar etapas y le convirtió en adulto antes de la edad para serlo.

Es de suponer que Augusto Nicolás llevara grabado en la memoria cada golpe de puerta, cada ruido de pasos, cada intercambio de saludos de trasnochadores con los guardias del turno. Cada uno de estos momentos fue grabado como frustrante aldabonazo en lo hondo del corazón, y el alma del niño; ahí están almacenadas las escenas de sus experiencias, como en una película cinematográfica donde el gran actor es él, y en donde los personajes van repitiéndose cada minuto, saltando desde el subconsciente, materializándose como una eventual pesadilla de la que no podrá librarse jamás.

Y nada ni nadie será capaz de inducirle a cambiar el programa de la memoria. De tal manera que continuará su mente proyectando las escenas del filme, en

que ve a Margarita a ratos, para hablarle en voz queda sobre el oído del alma, sobre los días tristes de la niñez. Musitarle al oído algo sobre ese señor de los anteojos culo de botella, de saco y corbata, leontina de oro asida a la bolsa del chaleco con expresión de curandero, que le dicen que es su padre, pero que para el niño es como un extraño, como si no fuese el progenitor, porque nunca lo ve, porque jamás le prodigó una expresión de cariño. Aunque en alguna oportunidad, en los tiempos de hambre y en que mantuvo cierto interés en Margarita, don Gregorio hacía llegar alguna regalía a casa de la abuela, y la abuela hacía el comentario: ¡Ay, hijal! ¡Hijal! ¡La miseria tiene cara de perro!

La espera de la cárcel se volvió sin fin. El viejo jamás mostró la intención de querer ayudarlos. Pero Margarita nunca se dio por vencida, y murmuró para sí, que el honorable gamonal de Niquinohomo, era posible que no estuviera informado sobre la desgracia que se cernía sobre ellos. Pero no hubo tal esperanza más que la esperanza muerta, mientras el tiempo cayó agotado en un itinerario de murciélagos, cucarachas, ratas, pulgas y toda suerte de sabandijas, que ya no importaron tanto al niño como al inicio de la noche. ¡No hubo tal don Gregorio! ¡No hubo tal juez local! ¡No hubo tal padre! Las horas de la cárcel pasaron a formar parte de la estructura psicológica del niño que en tiempo de su madurez, fue soporte de motivación en la vida del General.

De tal manera, que mientras el niño crece va teniendo conciencia de su propio mundo social, y no puede olvidar las vívidas escenas de la madre entre los inenarrables estertores: cuando el señor sepa lo que nos pasa, es seguro que acudirá en nuestra ayuda;

es cierto que don Gregorio tiene su carácter, pero es buen hombre, intentaba consolar a la mujer.

Dentro de este atolladero del abandono, fue que al niño le ocurrió preguntar: ¿Quién era Dios? Y, ¿por qué Dios actuaba de esa manera que no les podía socorrer? ¿O es que había un Dios para los ricos y otro para los pobres? ¡No lo podía entender!... Son preguntas que le tomaron del cuello y le sacudieron cual espectros burlones materializados en desgarrantes chillidos de injusticia. Dado el grotesco espectáculo y lo breve de su existencia es impreciso comprender la dimensión de la realidad. Frío hasta los huesos y angustiado por la terrible experiencia existencial que ha venido enfrentando, no tiene la menor duda que entre llantos y estertores a su madre se le iba la vida.

En la imaginación del niño surge la visión del infierno. Se preguntó si no sería la cárcel uno de tantos infiernos que refería la abuela. En realidad no podía entender qué cosa fuese el infierno, aunque tenía alguna idea de aquel que veía en el retablo de la Virgen del Carmen, que colgaba de la pared en la vivienda de la abuela. Y para burlar al diablo la abuela había clavado cruces de palma bendita en el marco de la puerta. Augusto Nicolás tampoco tenía alguna idea de quién era el diablo.

Escuchando los truenos y observando el destello de relámpagos en los cuerpos colgantes de los murciélagos, había rememorado las historias del diablo. Mucho se hablaba del diablo en Niquinohomo. Sin quererlo había escuchado a viejos del pueblo, relatar largas historias del diablo, que le ponían como personaje elegante, muy rico, que en pasados tiempos de la vida del pueblo, había repartido oro en monedas, y

haciendas de café y caña entre los adictos a su culto. Y había un tal Chevo Hurtado, viejo mostrenco, grueso y un poco anegrado, que afirmaba tener pacto con Satanás si alguien se lo preguntaba.

¡Qué diablos ni qué nada! ¡Qué infierno ni qué nada! El muchacho cesó de lamentarse. ¡Si lo que su madre y él estaban pasando era peor que si les hubiera salido el diablo, peor que si los quemara el infierno! Íngrimo entre la tormenta desatada por una confusión de dudas y preguntas, y abrasado al desgarrante alarido de la injusticia, seguía sin entender la razón de su vivir. Helado hasta los huesos, angustiado por el sufrimiento, no tuvo dudas que su madre se estaba muriendo. La había escuchado quejarse toda la noche, exprimida por impotencia; con las manos sangrantes, la mujer seguía golpeando las paredes de la mazmorra sujetando la angustiada redondez florecida, como si con esto pudiera encontrar la respuesta que aliviara su dolor. Y aunque implora amargamente el amor de un Dios necesariamente cercano, el lloro viene a ser como grito inútil al que sólo responde la soledad.

Con ojos llenos de angustia y la imaginación atrapada por espíritus perversos, henchidos de burla, expandía y enrroscado en el remolino de sus pensamientos, mofando su condición de gorrión mutilado, se recostó impotente y derrotado junto al regazo de la madre. Había sido una noche extraña y tendida. Al brillar el alba cesó el llanto de la mujer y se fue quedando dormida, desmañadamente doblada, cual gaviota en vuelo de hambre, deribada por disparo del cazador.

Bajo el sepulcral silencio, interrumpido apenas por gotas de lluvia que escurrían de las tejas, sintió que el frío externo del clima y el interno del alma lo mordieron

de pies a cabeza. Cruzó los desesperados brazos sobre el pecho, apoyando en ellos su soledad, como buscando calor. Quedó del escabroso tiempo vivido un itinerario de ratas, cucarachas, murciélagos y sabandijas, que no importaron tanto como al inicio de la noche. Entre breves sueños de segundos sin tiempo, cierto sentimiento de dolor y venganza inflamó el subconsciente del niño que llenó de molestas figuras horrendas, vengativos seres endemoniados que suben del inenarrable rincón del terror a tomar venganza en su nombre. Fue un episodio brutal que al pequeño resultó un enigma.

Casi al rayar el alba, sobre los sanguinolentos desperdicios del parto frustrado, las manos llagadas y friolentas entre los muslos, y acurrucado al famélico cuerpo de la madre, el muchacho cerró los ojos, y al fin se quedó dormido.

V

No pudo precisarlo con claridad. No estuvo seguro si las razones de su regreso a Nicaragua obedecían al lamparazo del espíritu aventurero o al odio visceral que incitaban Adolfo Díaz, testaferro de los yanquis, o el vergonzoso *Tratado del Canal* firmado por Emiliano Chamorro. Lo importante, lo exacto, lo decidor es que está al frente en una de las columnas que luchan en la Revolución Constitucionalista que comanda Moncada. Él mismo había reclutado a los hombres quienes venían integrando su columna.

El General acampa con sus hombres en la *Loma del Beso*, frente al poblado de Teustepe. Es el responsable del flanco izquierdo de las huestes de Parajón. Las columnas están formadas con obreros y campesinos voluntarios de los minerales de San Albino, y se han integrado en ellas a hombres hechos y derechos de todo calibre y oficio: muchos de estos, contrabandistas, marcados por el rigor de los espacios sin ley en los pasadizos de la frontera; entre los campesinos e indios los hay bastante con experiencia militar, que forcejearon con flechas, armas o cualquier cosa, en las inveteradas guerras civiles, desatadas por los caudillos. De tal manera, que al echar un vistazo al curso de la historia, le tiene sin cuidado el propósito de esta revolución. Será una más, si es que están de por

medio los tradicionales guerreros que encienden y apagan la mecha de la guerra de acuerdo con los convencionalismos partidarios y la troglodita voz de los caudillos. Son los mismos: conservadores y liberales, quienes a cualquier clase de montonera armada le llamaban revolución. Esta guerra está dirigida por muchos de los generales que tienen la cola expandida desde antes de la firma del Tratado.

Él tiene sus propias ideas. Sabe lo que anda buscando y está decidido a conseguirlo. La permanencia en México le ha servido para aprender, y hasta experimentar cierta obsesión por el entomo ideológico de la Revolución Mexicana, aunque ésto le resulta casi un acertijo debido a su escaso nivel cultural. Desde luego, ha venido aprendiendo en diálogos con los sindicalistas mexicanos y la lectura de algunos clásicos y filósofos de la naturaleza de los siglos VI y V a. C. como Tales de Mileto, a quien el General considera uno de los Siete Sabios de Grecia. Su natural sentido de observación, la concepción del mundo remachada en su espíritu aventurero a través de viajes a países remotos, la vida de muelles y barcos mercantes dimensionadas imaginariamente junto a su sorprendente sentido de percepción, el General fue desarrollando cierto bagaje vivencial que lo acercó a la comprensión de múltiples problemas en el devenir social de su tiempo.

Y es un convencido revolucionario que se inspira en verdaderos caudillos agraristas como Zapata, Obregón, Carranza, quienes han dejado impreso sus perfiles de combatientes en las luchas sociales del continente; y claro está, no disimula frente a los hombres que le siguen, su simpatía por Pancho Villa. El General quizá habría querido ser Pancho Villa y hacer

las cosas como fueron hechas por este general del pueblo. *Pero Nicaragua no es México*, porque el aguerrido General está solo y Villa no estaba solo. El General es su propio plan, su propio quehacer y su propio proyecto antiimperialista.

Apenas quedan minutos, para que Moncada ordene a los diferentes generales retomar la marcha, y preparar el tren de guerra que se apostará en las cercanías de la capital a la espera de que se cumpla el plazo dado al gobierno conservador del presidente Díaz para reanudar el ataque. De allí en adelante, dentro de este entorno de triunfo, el General desarrollará su plan. No le cabe la menor duda que la oportunidad tocó a su puerta. Además, tiene la convicción de que actúa como un patriota, y de que sus acciones de guerra responderán y estarán condicionadas a las urgencias de la nación. Estos son asuntos que obedecen a una estrategia de lucha de la cual están conscientes sus hombres. El coronel Raudales y el capitán Maradiaga, desde sus primeras acciones junto al General, lo sabían de memoria.

En la espectacular altura de la Loma del Beso, experimentó cierta paz profunda, y la presencia de espíritus celestiales que durante la marcha hacia Managua le protegerían en las acciones de guerra. Pero repentinamente, los consabidos planes de avance se habían venido a pique, cuando surgió el asunto de Moncada en la negociación con Stimson. Fue algo que llegó sin explicación alguna. Con carácter de urgencia fue convocada la famosa reunión de los generales. El General recuerda que al cuartel central de la revolución llegó el coronel Diego López Roig, de Costa Rica, ligado a la facción liberal del ex Presidente Sacasa. El oficial

acompañaba y servía de traductor a dos oficiales norteamericanos que portan notas del señor Stimson, en representación del señor presidente Coolidge de los Estados Unidos, y se hacen acompañar por los doctores Manuel Cordero Reyes, Leonardo Argüello y Rodolfo Espinoza, como representantes del exiliado Sacasa.

El doctor Sacasa había sido segundo en mando en el gobierno conservador de Carlos Solórzano, víctima del golpe de mano, ejecutado bajo la funesta dirección del general Emiliano Chamorro, que el pueblo llamó *El Lomazo*. Fue un suceso deprimente, trágico y controversial, que un general conservador por inconfesables ambiciones de poder, derrocara al señor Solórzano, un presidente de su partido, y con ello puesto en evidencia el retorno al poder de su propio partido.

Los términos de la nota del presidente Coolidge hacían hincapié sobre la urgente necesidad de hacer abortar el conflicto armado. Éste fue el acuerdo final al que llegaron las cúpulas de los partidos, y claro fue, con el involucramiento y respaldo de los generales que mangonearon la guerra. Luego de un año de lucha, en que innecesariamente se ensañó la muerte en el pueblo, la anarquía y destrucción de las instituciones del país junto a otras acciones negativas que incubaron en la guerra, surgieron las famosas exigencias pacificadoras del gobierno de Estados Unidos, que fueron apoyadas por los políticos y mayoría de los generales. Moncada expresó sus razones, y preguntó al grupo de sus hombres si en verdad valdría la pena continuar la guerra, echando en saco roto el ofrecimiento de un pacto que debería capitalizarse en beneficios para su partido.

—Los términos del Mensaje del representante del presidente Coolidge, son específicos y claros —dijo Moncada—. El compromiso de que habla el señor Stimson es desmantelar la guerra.

—Luego de tanta sangre derramada, es humillante y ofensivo deponer las armas, para quienes hemos luchado en esta guerra, defendiendo la Constitución de la República y el honor nacional bajo semejantes condiciones. Y lo más grave para el Partido Liberal, es que tal acto es baldón y vergüenza para la soberanía nacional... —protestó el general Sobalvarro, jefe revolucionario quien había bajado combatiendo al frente de las columnas, desde Prinzapolka hasta los llanos de Boaco...

El Jefe de la Revolución se mecía tranquilamente en su hamaca de campaña. Sobalvarro lo quedó mirando con ojos de asombro. Moncada contestó con una sonrisa la insolente pregunta del inferior jerárquico...

—¿Esto es una imposición? —preguntó Sobalvarro.

—Sí, general Sobalvarro, es una imposición —respondió Moncada.

Se incorporó, dando un fuerte manotazo sobre la mesita que servía de escritorio. Reaccionó aparentemente, lleno de ira por el mensaje de Coolidge entregado por los marinos, pero hablando claro y sin pelos en la lengua, agregó:

—Es una orden de los yanquis desmantelar la revolución.

—Desde este momento, deben ustedes considerarse unos prisioneros de guerra —opinó el librero Alberto Gámez—. Se va a repetir lo del general Luís Mena: Moncada y sus hombres van a ser expulsados

del país, y un grupo de sus amigos va a ir a dar con los huesos a la cárcel.

Después de lo discutido sobre el Acuerdo entre los generales no había más tema de qué tratar. Quedaba claro que la voluntad del imperio determinaría el futuro de los acontecimientos. Y es de suponer que el Jefe de la Revolución Constitucionalista no oculta cierto temor ante la amenaza de rebelión que pudiese dividir a los generales. Entre sus filas militan hombres capaces de hacer frente a cualquier situación, por peligrosa que fuere, con apoyo de los generales políticos, que lograron el grado castrense en la Academia Militar del Dedo, como afirman despectivamente los viejos coroneles analfabetas que se salvaron de la horca o el fusilamiento en otras fallidas revoluciones. De hecho, estos hombres tomaron decisiones sobre vida o muerte de los enemigos, cuando estaba de por medio el maquiavélico interés político que practicaba el partido.

—Es imposición que no debe aceptarse. ¡Es humillante! —dijo Beltrán Sandoval, al ser informado de la decisión de suspender operaciones de guerra en las puertas de Managua.

Al mismo general Moncada habían oído lamentar, entre gestos de aparente desconsuelo con su estilo ácido y satírico, cuando criticaba al general Zeledón: *En cuanto a lo que yo pienso, no tengo deseos de inmortalidad. No aspiro a ser mártir como Zeledón. Ya estoy viejo para pretenderlo.*

Para el Jefe de la Revolución en el otoño de la vida, y frente a los nubarrones grises en que tamborilea el ocaso, la oportunidad de saborear las mieles del triunfo, y el disfrute de la gloria en las puertas de la partida a las regiones mustias, había llegado todavía a tiempo, y

no podía darse el lujo que se le fuese a escapar. Ciertamente es viejo, pero un viejo con agallas, quien ha venido de abajo hacia arriba luchando con toda su alma y fuerzas, porque ama la vida; y amar la vida en un hombre de su edad, es amar el poder; un poder que ha venido oteando desde hace mucho tiempo, y no ha de dejarlo escapar si lo tiene de las narices.

—Si puedo disfrutar de la vida algunos años más, cuanto mejor. Les digo esto, a propósito de la imposición americana, confiesa a quienes bajaron con él combatiendo desde la Costa.

Sus generales de dedo le quedaron observando. Quizá Moncada tuviera razón. Se han cometido tantos disparates para seguir insistiendo en ellos. Moncada respiró profundo y con el atiplado tono de su voz continuó:

—Yo no iría a la lucha contra el ejército americano por ninguna finalidad, así como por lo desastroso que sería para nuestro ejército y para el país en general. Sin embargo, mañana estaré de regreso. Reuniremos a los compañeros para exponer mi punto de vista, así como la gravedad del problema —palmoteó la mesa que hacía de escritorio, y alzando el tono de la voz con estilo de reto o de promesa en que comprometía su palabra, agregó:

—Y, si a pesar de todo, se resuelve ir a la lucha, yo mismo, dirigiré la campaña contra los americanos.

El General recuerda que antes de firmar el Convenio del Espino Negro, el general Castro Wásmer, en nombre de los generales, pidió tres días de plazo para resolver los pegones del desarme.

—Esto debe terminarse hoy mismo... —había respondido Stimson con arrogancia imponente,

manifestando radicalmente la decisión del imperio. Luego clavó los ojos en Moncada y agregó: —con los políticos ya no se puede tratar. Lastimosamente hemos estado perdiendo el tiempo. No queremos nada con los políticos que se dan sólo a la tarea de atacar al Departamento de Estado. Por consiguiente, es el Ejército el llamado a tomar la última decisión —dijo Stimson, quien ya tiene una idea concreta del andamiaje militar en que Somoza jugará un papel determinante, y del que Moncada deberá estar informado en esta segunda reunión de los generales.

—¿Entregaremos, señor Stimson, las armas victoriosas? —preguntó el primer actor de la película de una de tantas tragedias civiles que había vivido Nicaragua—. Pero, ¿qué se nos ofrece en cambio? Sacó a flote el perfil de mercader.

—Deseamos restablecer el orden, tal como existía antes del golpe de estado chamorrista —dijo Coolidge.

Moncada y sus generales confidentes saben muy bien que todo está negociado, que a estas alturas, el diálogo con el representante de Coolidge es puro teatro, pura pantalla...

—Nuestro ejército, señor Stimson, no ha venido peleando por puestos públicos, sino por algo noble: por ideales de democracia. El pueblo desconoce lo que es una elección libre —dijo Moncada.

El titiritero menor da algunos pasos cerebrales sobre el escenario del Convenio. Los títeres se aplauden unos a otros y sonrín a la espera de la brillante expresión final del parlamento. Han dejado de ser los grandilocuentes y feroces generales al servicio de la Guerra Constitucionalista, supuesta salvadora del

orden y de las leyes del Estado, para derretirse sin el menor pudor, ante el melodioso cascabeleo del representante del imperio. Ahora no son los militares, sino los políticos quienes están atizando el asunto en las entrañas de la guerra.

Por supuesto, la pírrónica decisión salta de uno a otro lado sobre el fracasado escenario de la revolución. Alegrementemente cayeron en la trampa —si es que hubo alguna trampa— y se llegó a lo concreto en el reparto del poder. Los otros generales, verdaderos fanáticos, quienes combaten por afán de combatir, los de cotona, caite y machete, que saben por experiencia propia qué cosa es guerra, y cómo se ganan o pierden las batallas, sin tener más que los cojones para salir adelante, no tendrán vela en el entierro, ni siquiera serán consultados. ¿Por qué habrían de serlo si no juegan un rol político ni representan a nadie más que a ellos mismos? Harán lo de siempre, regresarán a los ranchos una vez que termine el conflicto a esperar que estalle la otra revolución.

Moncada sonrió, como un mánager de beisbol mandó señales y escribió en su libreta con el propósito de que nada quedase afuera. Satisfecho, quedó observando al representante del presidente Coolidge.

—El pueblo nicaragüense desconoce lo que es una elección libre. Luego, señor Stimson, el ejército se conformaría con una declaración del Gobierno Americano, en la que éste se comprometa a super vigilar los comicios de la futura lucha electoral de 1928.

Más claro no cantaba un gallo. Una vez más el gobierno de los Estados Unidos pulsaba las cuerdas vocales del muñeco y lo convierte en cómplice para continuar interviniendo en la conducción política del país.

El plan intervencionista del señor Coolidge resulta de perillas a Moncada en su maquiavélico desliz hacia el poder que concreta en escalar la Presidencia de la República; mientras el General continúa obsesionado con el suyo de no cejar en la batalla contra el interventor. Y jura a sí mismo, que no permitirá bajo ningún artificio político con disfraz de militar, que la soberanía de la nación se traslade a las puntas de las bayonetas y de los fusiles yanquis.

—Y los hombres que lo acompañan, ¿en dónde están? —preguntó Moncada.

—Se marcharon a Jinotega, a visitar a los familiares. Ellos son de Las Segovias y quieren ver a sus hijos y estar con sus mujeres —dijo el General.

Y cuando se refiere al Convenio del Espino Negro que negoció Moncada con Stimson, el General manifiesta su desacuerdo con típicas expresiones traídas de México: *Estos chingados deben estar locos...*

El General hace memoria que desde que se enroló en la llamada revolución constitucionalista ya calentaba sus planes. La revolución que sueña nada tiene que hacer dentro del esquema político obsoleto de liberales y conservadores que ampulosamente llaman revoluciones. No son otra cosa que trágicas confrontaciones de grupos facciosos en que se desgasta el pueblo, y se dilapida el potencial económico de la nación. Estas funcionan como circo personal en que los gamonales políticos dirimen *vendetta* casi de familias, en una desatinada lucha por el control del poder pretextado en guerra civil. El mal tiene sus raíces en la vida fácil y la ambición de desenfreno.

Piensa, gesticula, chisporrotea en su mente una verdadera revolución social en la que incida para bien

del pueblo la transformación positiva del Estado. Produciendo cambios en los métodos de producción y las estructuras sociales en que impere la justicia. Quizá como piensa que funciona la actividad laboral en México, estimulada por la acción y presencia de los sindicatos. La de México sí es y ha sido una revolución, porque cambió la estructura social y económica del país e instauró una política de posesión de los ejidos, sentando las bases firmes para marchar hacia delante, en función del desarrollo del Estado. Sólo se puede hacer bien al pueblo participando de su quehacer, escuchando esos antiguos alaridos sin respuesta, que suenan como desesperantes latigazos para alma de sus gobernantes, pero que trágicamente no son escuchados; este grito de angustia es algo que debe atenderse antes de que se produzca la explosión... antes de que asole el dolor y la tétrica tragedia del hambre que invita a la cabronada de la injusticia...

Tradicionalmente, para los conservadores y los liberales el término revolución está ligado a la acción armada de facciones casi familiares. Los ejércitos se conforman con los mozos de las haciendas, bajo una condición de esclavos. No representan más propósito que al gobierno faccioso y sectario del Estado, y el compulsivo control del poder militar para uso y abuso del partido en el poder, para obtención de granjerías. Pero para el General, quien es también liberal —pero liberal de la orilla, del montón por su condición de hijo de la intemperie—, quien viene abriéndose paso desde el fondo del ostracismo, a quien le ha tocado vivir dolorosas condiciones de pobreza, ha trabajado en todo y ha hecho de todo: desde pintor de brocha gorda, mecánico, estibador, encargado de limpieza, electricista,

despachador de petróleo en la Huasteca Petroleum Co, hasta jefe de meseros en un hotel de Granada, y quien sobre el itinerario de sus andares, fue además emocionalmente sacudido en discusiones de bares, mercados y organizaciones obreras que estuvieron matizadas por alucinantes historias de caudillos, como la del agrarista Emiliano Zapata, quien impulsó y fue motor del plan de Reforma Agraria de la nación mexicana, y el controversial general del pueblo Pancho Villa, quien para la cultura autodidacta del General, son seres casi imaginarios, caballeros apocalípticos, quienes por sus múltiples hazañas y fantásticas heroicidades que les atribuyen, reverberan en su espacio mental y forman parte del alucinante motor social con el que alimenta su lucha.

Para el General y los soldados de su guerrilla la acción rebelde no comenzó con la firma del Pacto Stimson-Moncada, sino que nació en los minerales de San Albino, y se confirmó en Puerto Cabezas, cuando bajo el arrojo de los hombres que le acompañaban y la ayuda de las mujeres del burdel *Las Chicas de la Gaviota Mulata*, logró extraer del fondo del Prinzapolka, treinta fusiles y 10.000 tiros para comenzar las acciones de la guerrilla.

En la cruzada constitucionalista, el General no permitiría jamás que le tomen como mico pintado en la pared. Entiende bien que el ardid de Moncada, al aceptar las elecciones supervisadas por los marines, no es para rendir su rey, sino para negociarlo. El olfato de perro tigrero que tiene el General, lo hace suponer que la expulsión del presidente Sacasa de la Presidencia, ha complicado el futuro político del general Emiliano Chamorro. El inoportuno golpe de mano contra

Solórzano, lo sacó de circulación al ser eliminado del círculo político en el ajedrez de los yanquis.

Chamorro había sobreestimado su amistad con el Departamento de Estado, cuando supuso que por haber firmado el Tratado del Canal, tenía licencia de corzo ante el gobierno norteamericano, para hacer lo que le viniese en ganas. Como debió haberlo supuesto, Chamorro no tuvo capacidad para colegir, que los Estados Unidos tienen interés en dirigentes políticos confiables, y están en contra de testaferreros arrogantes que obstaculizan el Estado que desean controlar, y trastoman la política exterior que vela por sus intereses.

Dentro de este panorama político militar fue que surgió Somoza. Fue necesario localizar a un joven serio, prudente, más o menos simpático y que estuviese relativamente informado de la vida norteamericana. Como es de esperar —la historia es elocuente cuando se refiere a estos tipos —talvez un poco sinvergüenza, y preferiblemente que hable inglés, para no tener que recurrir a los intérpretes quienes puedan alterar el contenido de los diálogos o los textos que deberán aprobarse.

Fue fácil dar con el tipo. Anda por ahí un tal místico Somoza, nacido en San Marcos de Carazo, general en jefe de la famosa batalla del Guachipilín, montaje de su propio caletre, que fue librada en las rondas imaginarias del pueblo —sonrió sardónicamente el enviado de Coolidge—. Y además, buen mozo, inspector de letrinas en León, en abierta lucha circunstancial, aunque desempeña una labor mal oliente contra nubes de zancudos invasores en la lucha contra la fiebre palúdica y las plagas de diarreas, afinando la puntería sobre las amenazas tíficas en pompones de

la ciudad. Es un tipo agradable, inteligente, dicharachero con perfil de galán de cine, lo que facilitó el braguetazo de su matrimonio con Salvadora Debayle, hermana de Margarita, la musa quien inspiró el bello canto a Rubén Darío: *Margarita está linda la mar...*

Pero, además mister Somoza —Tacho, como le llaman algunos de los aguerridos generales, entre quienes se destacan los que jamás han volado un tiro— es traductor de lo más conspicuo en el argot americano, y soldado confiable para los marines y la Guardia Constabularia.

—Lo importante es que es nuestro amigo —dijo Coolidge.

Cuánto mejor para el éxito de los arreglos políticos y el futuro de Moncada, si estaría bajo el ojo de la Guardia Constabularia super vigilar las elecciones de 1928, y además el conteo de los votos de acuerdo con la letra chica del Pacto. El nuevo escenario sería delineado sobre lo pactado. Todo intento de esbozar un plan que saliese de los rígidos rieles tradicionales, sería perder el tiempo y echar pie atrás en los ideales del reformador del partido liberal que venía esbozando a su manera, con una conducción transformadora de la realidad social.

Desde muy joven, el General había reflexionado sobre las condiciones de vida del pueblo. Su capacidad de dolerse por los otros era enfoque fundamental en sus contradicciones en las que daba las más azarosas batallas. Tal vez por los recuerdos de la cárcel, o vicisitudes de la infancia jamás había olvidado, era esta una íntima inquietud que mantenía a flor de conciencia. Y el General estaba claro, pero bien claro, que para estimular los cambios sociales es importante y necesario

sacudir el espíritu de la nación con algo grandioso que el pueblo jamás olvidara.

Lo que había visto y vivido en México era un ejemplo que no podía quedar gravitando en el éter. Si alguna vez a Moncada le había cruzado por la mente, que el General era sólo un fusil accionado por una señal pabloviana de perro amaestrado, y que era ciertamente incapaz de tomar las propias decisiones, estaba totalmente equivocado. Desde la escaramuza de San Albino sabía hacia dónde le apuntaba el olfato. Por ello, comenzó a seleccionar a los hombres que formarían las columnas de sus combatientes, y les otorgó solemnemente los respectivos grados militares; luego les tocó el interés humano y les inculcó; les puso al tanto en que se fundamentaban las razones y el espíritu de la lucha. Era necesario poner punto final al entreguismo aberrante y la traición que corroe el alma de los generales de la revolución fallida. ¿Luchar para rendir los fusiles por diez dólares cada uno, exactamente frente a las puertas del triunfo? Era decisión que para un combatiente como el General no tenía sentido. Había sido como lanzar al cajón de desperdicios lo más importante de sus planes. Y todavía el traidor firmante del *Pacto*, se atrevió a preguntarle: ¿En qué academia militar ha ganado usted el grado de general? ¡Cuánta arrogancia puede guardar el alma de un ambicioso con luces! El bachiller y profesor José María Moncada, de pronto había olvidado el origen del grado de sus generales. Se dijo que tal vez habría que preguntarlo a los cabos y sargentos como Lolo Estrada, Sixto Pavón, Luis Soto, Lucilo Urtecho o Vidal Ampié, músicos de marimba los primeros; poetas de montaña y picapedreros de las minas de Jinotega, Tierra Azul y El Aserradero; o a los

tenientes Sinforoso Namendi o Saturno Petate, del barrio de Monimbó, Masaya, y de La Pita, en Carazo, impertérritos voluntarios liberales o conservadores, listos siempre a tomar el fusil y la chamarra para dar el paso al frente en las montoneras civiles, y volar verga día y noche, sin dar un solo paso atrás, para que a última hora, muchos gordinflones *generales de dedo* que andaban capeando el bulto, les dejaran afuera, y no les tomaran en cuenta para nada, de manera especial cuando llegaba el momento de repartir las mieles... ¡Qué vanidoso y olvidadizo era este general de pacotilla, quien en dos o tres ocasiones había sido auxiliado por sus columnas para repeler a los conservadores de Víquez y Benavente, en los llanos de Boaco y Las Mercedes! Ahora se le venía encima con esa burla grotesca del grado. Él es quien debe preguntarse a sí mismo: ¿De dónde le había venido el título de general? Sonrió pensando en el general Labios Apretados que le gustaba mofarse de todo mundo. A los generales de verdad como Emiliano Zapata y Pancho Villa jamás les cruzó por la mente la idea de ser presidente de México. La raíz de sus motivaciones estuvo centrada en el logro de cambios profundos en la estructura social y agraria de la nación mexicana. Lucharon por reformas en el agro y una mejor distribución de la tierra, de tal manera que la vida de los indios y los campesinos tuvieran al alcance los frutos económicos y sociales en que gravitaran los cambios de la estructura productiva.

De tal manera, que tales frases no tenían otro propósito que el de la ofensa o la burla, en boca del general de escritorio, quien desde aquella tranquilidad dispada y marrullera de la hamaca, apenas había

volado uno que otro tiro a patos migratorios o palomas salvajes, desde las barandas del chalet *Venecia*, su coto de esparcimiento en la laguna de Masaya.

¿Qué podría esperar el pueblo, en especial los obreros y los campesinos, de un hombre a quien sólo interesaba llenar las metas de su ambición? ¡Qué maravilla la de estos patriotas! Ahora resulta que los mismos jefes liberales le dan la espalda al liberalismo y se amarran con Díaz y Chamorro, los entreguista de la concesión del Canal para dar entrada a otra suerte de intervención extranjera dentro del mismo entorno imperialista. Una vez más retumban en sus oídos las virulentas frases del borrachito mexicano. Y se dijo, que a lo mejor, el tipo tendría razón de expresar tales ideas en el México de su tiempo, con las heridas todavía sangrantes. Era absurdo y ofensivo que decisiones que competen a los nacionales sean tomadas por extraños en un alarde de insensatez y ofensa a la soberanía nacional. De tal suerte, que al conocer la información que el consejo de los generales había dispuesto dar amplias e irrestrictas facultades al general José María Moncada, para que dentro de los términos del proyecto de Pacto presentado al Consejo de jefes y oficiales, arreglase con el representante personal del Presidente Coolidge, Almirante Latimer o el Ministro Americano, los términos definitivos del desarme general... el General dedujo que la intención del mensaje derivaba cierto eufemismo político que llevaría al desarme y entrega de los fusiles. Desde el mismo momento en que los generales están de acuerdo con el arreglo Moncada-Stimson la revolución ha sido negociada.

A lo menos el General no tenía vela en ese entierro y el Pacto más bien le venía a servir de motivación

para adelantar los planes. Se sintió satisfecho. Después de todo había logrado ingeniárselas para evadir la firma de la carta que apoyaba el desmantelamiento de la revolución, y que le habría colocado de espaldas a la pared, como aconteció con el resto de los generales que estamparon la firma dando luz verde al pacto. Todos, menos uno, informó Moncada. Una frase que quedó impresa en la historia cuando el General se negó a la entrega de las armas y se internó en las montañas de Las Segovias.

Para ganar tiempo y poner distancia a la feroz persecución de los marines y la Guardia, a mitad de la jornada habla con sus hombres, y desde El Cacao de Los Chavarría, escribe a Moncada: *Delego mis derechos en usted para que arregle el asunto como mejor le convenga y me participa de los resultados*. La intención de la nota es obvia: ¿A quiénes o a quién conviene el negocio de la entrega de los fusiles? Por supuesto, que a los intereses políticos personalistas del general Moncada, quien se postulará como candidato presidencial en las elecciones de 1928, que estarán controladas por los marines. Ellos pondrán o quitarán presidente.

En el contexto de este escenario, el General no tiene ningún papel que jugar. Recuerda el último rifirrafe que tuvo con el Jefe de la revolución cuando negó firma la carta de los generales. ¿Qué tipo de explicaciones podrá dar a las viudas, huérfanos de guerra y otros familiares de soldados quienes habían dado sus vidas por la causa liberal? ¿Qué hubiera podido decir a los que se mantienen sobre las armas, no por dinero ni por hambre de poder, sino porque les resulta inadmisibile que fuerzas extranjeras desembarquen en el territorio y dispongan de Nicaragua como les venga

en gana? Hubo frases fuertes en el forcejeo de las opiniones. Moncada se había puesto pálido de furia. ¿Quién se creía que era este hombrecito, con apariencia de campesino para hablar con tanta arrogancia al Jefe de la Revolución Liberal? ¿Cuál revolución? —se preguntó el General. En otras circunstancias tal vez le habría dado un tiro: las órdenes militares se acatan, no se discuten, piensa Moncada. Pero no es momento propicio para levantar la polvareda. Aún podía temerse una acción de rebeldía entre los artilleros y segundos jefes de columna con mando de tropa. Y al Jefe liberal no cabe dudas que el arrogante y aindiado muchacho de Niquinohomo, es tipo díscolo que se ha destacado como líder: sedujo militarmente a los soldados, de tal suerte que se ha transformado en evidente peligro para los mandos superiores. A Moncada no dejó de inquietar la alarmante praxis verbal a que recurrió el diminuto General. El jefe constitucionalista trató de persuadirle cuando le habló de sacrificios, para que bajo propio convencimiento y voluntad firmara la carta de entrega y desarme como lo habían hecho los otros generales...

—¡No hombre! ¡Cómo se va a sacrificar usted por el pueblo! El pueblo no agradece. Esto se lo digo por experiencia propia. La vida se acaba y la Patria queda —señaló Moncada.

Lo insinuaba paso a paso, suavemente, en tono casi paternal. El General le observaba con rabia y tristeza. ¡Y él quien había creído que era un patriota a quien no faltaban cojones! El Jefe liberal dio con el fuste sobre las botas y abandonó la hamaca en que se mecía plácidamente. Estaba lleno de fastidio, urgido. *Cuando noté que el Jefe de la Revolución no llevaba traje de campaña, me hizo suponer que todo había sido arreglado.*

Hubo segundos en que el General estuvo tentado a desenfundar la pistola y detener con un tiro el torrente verbal de Moncada que echaba por tierra sus ilusiones. El jefe militar de la revolución constitucionalista regresó a la hamaca y orondamente se estiró para escuchar las recomendaciones que hacía el aprendiz de general con una forma ilusa de abordar el problema, enredándose en un apocalíptico profetismo sobre la inminente tragedia nacional a que conduciría la intervención.

El Jefe de la Revolución Constitucionalista detuvo el balanceo de la hamaca, se incorporó airado, y bajo el influjo de una mirada de felino acosado tras los barrotes de las circunstancias políticas, pero dispuesto a jugar el rol de ser él mismo el espectáculo central del circo, con tono acaramelado y tras una cínica sonrisa, preguntó:

—Y a usted, ¿quién lo ha hecho general para que venga con consejos?

—Mis compañeros de lucha, señor —respondió el General—. Mi grado no lo debo a traidores ni a los invasores.

VI

—Este muchacho es simplemente un iluso. ¡Quién cree que es este Napoleón de pacotilla! —explotó Moncada con ojos inyectados de sangre por la furia que le produjo la contestación de aquella caricatura de general. No tuvo dudas que el tipo estaba loco, absolutamente de remate. A pesar de todos sus atributos de valiente, no era capaz de imaginar, ni entendía lo que era la guerra contra un ejército tan poderoso. Sólo un desquiciado cerebral se atrevería a combatir contra las tropas de los marines bien abastecidas y técnicamente entrenadas, bajo una rigurosa disciplina que sólo se puede lograr con el dinero de una potencia económica como los Estados Unidos. El dinero ayuda, auxilia, somete, levanta fortalezas y defiende. Es un total disparate pretender que un país pequeño pueda combatir contra éste, y mucho menos derrotarla con soldados hambrientos que carecen de lo elemental. Sin duda, este generalito no ha pensado de dónde saldrán los fusiles, las bombas, las vituallas y toda esa logística con que se debe contar para hacer frente a condiciones de acoso a las que obliga la montaña... Lo que vendrá, si es que la puede resistir, será una guerra larga, interminable, no el conflicto de meses, semanas o días, que son casi algo vacacional en las guerras civiles en las que los generales apenas aceitan

los rifles. Bueno. Allá él. Yo soy general de vivos no de muertos. Los muertos que descansen en paz, y permanezcan cómodos en sus tumbas —dijo Moncada, esbozando una maquiavélica sonrisa mientras se colocaba el sombrero y ajustaba los pantalones corriendo un hoyo de la faja.

No habría más que hablar con el desubicado muchacho de Niquinohomo. Lo que es él, ya sabe lo que hará al continuar las pláticas con Stimson. De todas formas, ya conoce el resultado. Se carcajeó. La risa resonó balbuceante sobre un espasmo de ahogo. Se entonó la garganta y escupió sobre el montoncito de aserrín al lado izquierdo de la hamaca.

¿Qué peligro puede ser para la paz y la estabilidad de la nación un pobre diablo como este general? ¡Realmente da lástima! ¡Debe estar loco de remate, si cree que es capaz de incidir en la vida política y el destino del país! Sólo alguien descerebrado, y sin la menor idea de lo que son los Estados Unidos, puede llegar a imaginar semejante disparate, pensó. Y volviendo al tic nervioso de ajustarse el cinturón, bajó de la hamaca y volvió a subirse a ella.

Pero el General sabe lo que pretende. No es ya el firmante de la amarga y pesimista misiva a doña América Tiffer desde los minerales de San Albino. Sus recientes experiencias de guerra le han descubierto a sí mismo; sacaron a flote su potencial guerrero en que se esboza el patriota. Y aunque considera vergonzosa la acción del viejo Moncada, es comprensible su actitud inmoral, retroalimentada con vicios del pasado cuando está a punto de ser demolido por el devastador paso del tiempo. Lo había dicho todo al hablar con toda la boca, al afirmar que no había nacido para mártir como

Zeledón. Y claro está: en río revuelto ganancia de pescadores, es consigna que va como la uña al dedo al caudillo constitucionalista. A esta altura de los años, en el tiempo del oportunista Moncada, no hay tiempo que perder: *de lagartija para arriba todo es cacería...*

El General había observado imaginariamente cómo alrededor de Moncada revolotean y se despedazan los buitres. Está convencido que le tocará jugar un papel decisivo en el destino del país, y que debe cumplir con el reto que las circunstancias señalen. Sería ridículo que fuera incapaz de descifrar los esotéricos mensajes de esa impulsión divina que está encima de cualquier otra acción. Es el tiempo de tomar decisiones que levanten la confianza y la fe en el pueblo. Es razonable que con la estación lluviosa, el endemoniado clima costero se hubiese ensañado en los huesos del jefe constitucionalista, agudizando su torturante mal de gota que le agobia día y noche. Y tiene para sí que los enemigos del traidor se llenarán de envidia o de falsa solidaridad, cuando se den cuenta del paquete político que ha negociado con el Pacto. Para eso se pintan los ilusos y quienes no tienen la oportunidad de tomar decisiones para hacerlas con acierto, o equivocándose. En política es mejor equivocarse que no hacer absolutamente nada, como decía el traidor, si se toma en cuenta que las circunstancias políticas, ocasionalmente, responden a la realidad como el juego de la ruleta rusa, cuando está de por medio el azar. El General está claro que nadie pondrá las manos en el fuego por él, si sale con el rabo entre las piemas, como un perro a quien otros de la especie expulsan del territorio; pero si es animal con suerte, es seguro que faltarán suficientes huesos para complacer a cientos de husmeadores en la perrera.

Él no inventó ninguna guerra. Todo el mundo está convencido de que el conflicto fue desatado por el anti-conservador Chamorro con el golpe de mano de *El Lomazo* al conservador Solórzano. De tal manera, que la firma del Acuerdo de Paz con Stimson, a fin de cuentas, es una especie de triunfo personal sobre la derrota calculada. Así, sin más ni más, tiene planeada sus acciones el General de la Hamaca, quien además de recibir los dólares por la entrega de los fusiles, ha obtenido promesa de su elección para presidente en los comicios del 1928.

El Jefe de los constitucionalistas no esconde sus maquiavélicas pretensiones. Después de una guerra civil, aunque resulte una fruslería cabalgar sobre el caballo de la paz, es algo que el pueblo reclama y que Moncada aprovecha, pues ya no queda tiempo para otro evento, para demostrar sus habilidades de general de montonera. Por esto había hablado a calzón quitado, como dice el dicho, al traer a colación el sacrificio del general Zeledón. Estaba convencido de que seguir patinando en el mismo lodazal era perder el tiempo, y muy tarde ya para cambiar lo que se había acordado. La suerte está echada. La Revolución Constitucionalista había pasado a mejor vida, era una historia que la había desmoronado el tiempo.

En tanto, desde que se enroló en las filas de la Revolución Constitucionalista, otras son las razones y los motivos que mueven la estrategia del General. Frente a las *chapiollas* columnas de sus obreros de los minerales, campistas de haciendas de ganado, hombres comprometidos con el contrabando de oro, el tabaco y otras sospechosas mercancías de gran demanda como el tráfico de armas por laberintos y

puntos ciegos de la frontera, el acosado pesimista de la derrotista carta a doña América Tíffer, es ahora alguien quien tiene claras las metas, y se enrumba de acuerdo con sus proyecciones hacia un futuro de reconocimiento y gloria. Su nombre está sonando en el mundo. Parece haber lanzado al circunstancial basurero del recuerdo, la sorda tristeza de su confesión a la madrastra. Nadie podrá cuestionar su compromiso de patriota, por haber tomado la firme decisión de no rendirse ante la agresión extranjera, ni entregar las armas a los marines de Calvin Coolidge, comandados por Hatfield.

Algo debió ocurrir en su alma de guerrero que se sintió lanzado de uno al otro extremo en su quijotesco escenario de libertador, en que flotan mundos fantásticos, materializados en sueños de amor y justicia. Cree que está al alcance de la mano la justificada motivación de su razón de vivir, y no permitirá que se escape y quedar plantado como un idiota. Siempre soñó ser alguien en la vida, ocupar el lugar que le había negado la paternidad biológica en la controversial oscuridad de su noche infantil. Recuerda los años de adolescencia cuando la familia de su padre enfrentaba días difíciles a causa de los inviernos que entumecían el desarrollo de los cultivos, y entonces surgía el regateo en la adquisición de los granos; y don Gregorio repetía: hay tiempos duros, hijo, la oportunidad es calva y cuando toca a nuestra puerta, no debemos permitir que se nos vaya...

Su oportunidad había sido la guerra liberal jefada por Moncada, y casi estaba seguro que no tendría nueva opción, porque este era su norte, y había venido al mundo a dirimir conflictos, a derribar ciertos mitos, y

ser como Bolívar o Morazán, dando ejemplos de dignidad al pueblo para que fueran imitados. Éstas y no otras fueron las razones que lo colocaron en el flanco derecho de las columnas de Parajón en el ejército de Moncada.

Observa, habla, estimula sobre la capacidad de lucha en el ánimo de sus voluntarios, y son fundamentales el acercamiento a los indios y los campesinos para conseguir su aceptación, su buena voluntad y el soporte de la logística. Con algo de cualquier cosa que ayude a necesidades de estas gentes, es fácil conseguir la amistad de quienes viven tiritando entre fiebres palúdicas, y sufriendo desnudeces bajo el rigor del gélido frío serrano que azota con furia, montado en las ventoleras, sobre los villorrios en la montaña.

El trabajo en los minerales por lo deprimente de las condiciones, es una guerra despiadada para lograr mitigar el hambre. El oro está teñido de dolor, silicosis y muerte. Mientras lo va palpando, lo toca, lo vive, el General va descubriéndose a sí mismo, y cual una recidiva anímica, aflora en él la nostalgia subconsciente de la herida abierta a la ventana del pasado. De pronto, reflexiona sobre la rebeldía de su razón. Declarar zonas neutrales, desembarcar y desplegar tropas desde barcos que disparan contra los ciudadanos del propio país tomando posesión de sus puertos, y además desarman al Jefe de la Revolución, no tiene duda que son actos de vandalismo.

Un mes más tarde tropas de los marines desembarcan en Corinto, seguido por el incendio de la ciudad de Chinandega, bombardeada por aviones yanquis. Este escenario de agresión extranjera obliga al General a un reflexivo debate sobre cuál es el verdadero precio

con que se debe valorar la existencia de la nación. ¿La libertad o el miedo? Acuden a la memoria algunos oscuros párrafos alrededor de la tragedia nicaragüense urdida por Jerez en connivencia con Walker. Todavía estaba fresca la tinta del Tratado Chamorro-Bryan, cuando el cansado José María Moncada —uno más de estos generales quienes responden al acomodo del poder— está rindiendo las armas de la revolución a cambio de personales beneficios.

Una vez más sintió vergüenza, como ocurrió en el bar en Tampico, por la entrega de la soberanía, cuando aquel mal compañero mexicano lo insultó, llamándole vende-patria por el compromiso de entrega del territorio nacional en el famoso Tratado del Canal, firmado por Chamorro. Ciertamente, en este crítico momento, el General hubiera querido que la tierra se lo tragara.

—Es torpemente un iluso. Se las da de Napoleón —dice Moncada, secándose el sudor de la calva que chorrea sobre la frente o dando fuetazos sobre el tacón de las botas de montar—. Sin medir las consecuencias, se apoya en cuatro pobres diablos palúdicos, harapientos y mal comidos.

—Hay que darle una lección —dijo Somoza.

—No sé por dónde deberemos comenzar —dijo Moncada.

—Habría que decidirlo —dijo Somoza.

—Piénselo. El general Somoza es un experto en esos menesteres —afirmó Moncada.

—Le vamos a quebrar el culo —rió Somoza.

—Es buen sitio para darle una lección —volvió Moncada, riéndose gangosamente.

A Hatfield, el comandante del cuerpo de marines, acuartelado en Las Segovias, el diálogo de los

generales le sonó a chiste cruel, de mal gusto, mientras Moncada y Somoza se detenían el estómago sacudido por las carcajadas.

En verdad en cuanto a apariencias, en opinión de Moncada y el socio Hatfield, el General no representaba una amenaza. No vale un comino considerar lo que tenga que ver con su gente o con sus armas. Tiene algunos fusiles que sacaron del Prinzapolka y unos tantos Concón, Krag y Hemphill, que han costado más sangre que dinero, que fueron conseguidos a través de traficantes de armas de la frontera con el dinero del salario de obreros quienes lo acompañan, ganado en los minerales.

Y en cuanto a lo que piensa la gente que va en pos del jefe guerrillero, Moncada conoce lo que ha manifestado el General: manejan otro plan y no bajaron combatiendo junto a las huestes de Moncada para entregar los fusiles cuando el extranjero los pidiese. Su gente y él no son instrumentos o cosas que pertenecen a alguien, y que pueden desecharse como un zapato roto que se tira al basurero cuando es imposible el uso porque no admite remiendo.

No entraba por el caletre de Moncada que el generalito de juguete albergaría la osadía de ponerse frente a las tropas yanquis y enfrentar el potencial de fuego de las armas modernas de los marines. Algo tendría entre manos el Napoleoncito de bolsillo si es que no se había vuelto loco. Parecía muy extraño, pero algo andaba en el caletre para urdir semejante desplante.

Bajo sentimientos de frustración el General concentra a sus hombres en Jinotega. Todavía no encuentra lógica la acción política de la traición de Moncada. El tal constitucionalista es un fiasco; apenas había dado

inicio la guerra y ya había rendido los fusiles. ¡General de qué era este Moncada! ¿General de la entrega?... ¿De la derrota o la traición?... Si lo hubiese conocido antes ni siquiera habría intentado unírsele y formar parte de las cacrecas columnas revolucionarias... ¡Qué chingado! ¿De dónde habría sacado este hombre que un hombre como él entregaría sus rifles? Se golpeó el pecho, y quiso soltar un rugido como de mono salvaje, al afirmar la posesión del territorio. Debería saber que estaba allí el hombre, el patriota, quien venía buscando cómo rescatar del fondo de la vergüenza a muchos de estos pobres diablos vestidos de generales. ¡Cuánta tristeza le infundía este circo improvisado! Lo positivo de tal situación es que tiene la certeza de que el desventurado destino del pueblo deberá pasar por sus manos. Pronto tendrían la respuesta.

Pero para Moncada, el General había optado por lo peor. En carta circular dirigida a las autoridades de Las Segovias, el jefe rebelde manifiesta los motivos que lo llevaron a tomar la decisión de rebelarse: Moncada ha quedado despachado. Ha dejado que el pueblo sea una víctima de la imposición yanqui. Desmovilizó al ejército luego de su regreso de Managua. Reconcenó a las fuerzas que estaban en Las Banderas y Boaco, y entregó los pertrechos de guerra localizados en Teustepe. Hizo diablos de zacate con todos aquellos recursos que estaban en nuestro poder. Organizó todo una estratagema para llevar agua a su molino en la convocada reunión de los generales. Yo estuve allí, con un grupo de los compañeros y escuché toda la historia sin decir una palabra. Estando frente a Moncada pregunté a mis hombres si estaban dispuestos a entregar las armas, y ellos contestaron con un pujido, y voltearon las espaldas...

Cualquier sospecha de duda acarrearía problemas al General y su gente. De tal manera, que por motivos de seguridad fue necesario callar o pretextar cualquier cosa. Desobedecer de forma unilateral el acuerdo del desarme, representaba el peligro de ser eliminado y llevado a la cárcel, mientras desmantelaban el ejército y concluían las negociaciones de Moncada con el delegado Stimson. Fue cuando no quedó más opción que recurrir al ardor de que son sus deseos acceder a la opinión de la mayoría de los generales. Hablaba de aquellos generales de Moncada quienes habían rendido su rey y asumido puestos bajo el compromiso político.

¿Y ahora qué?, se dijo. Y fue normal que con el síntoma del natural enfriamiento en el ánimo de la tropa, hiciera aparición el endémico y peligroso mal de la deserción. Aquella furiosa columna de voluntarios que habían bajado combatiendo entre montañas y regiones fangosas de Puerto Cabezas, Chontales, Jinotega, Boaco, animados por el sol de la gran revolución de la que tanto hablaba Moncada, iba quedando desierta y se redujo a 30.

Reflexionó confundido por la vocación de libertad en que parecía atrapado. No todos estaban de acuerdo con la lucha de la montaña. La guerra entre las facciones partidarias jamás había sido una verdadera guerra de montaña; algunos sólo, brevemente, pasaban o se guarecían en ella para estar a buen recaudo mientras cesaba el conflicto. Una guerra contra el yanqui sería otra cosa, algo de nunca terminar. De tal manera, que dispuso mandar al diablo a quienes quisieran abandonar su ejército en vista de que no tenían agallas para dejar el cuero y respondían a otro tipo de compromiso. A los hombres que quedaron bajo

su mando, planteó la idea de organizar el Partido Liberal de Las Segovias, porque ya el otro había muerto, se había entregado al yanqui, y las contradicciones políticas amenazaban con aniquilarlo. ¿Para qué había servido combatir desde la Costa contra las fuerzas de Chamorro, comandadas por Víquez, Benavente y otros generales conservadores, si a fin de cuentas, la guerra llegó a su fin, y no había servido para nada?

El jefe rebelde no está todavía claro sobre la luz que le orienta y ese terreno que pisa. Gira en derredor de posiciones facciosas en los partidos políticos. Siendo un liberal como su padre, no tiene la menor idea que en el contexto nacional pueda existir otra manera de hacer revolución. De tal suerte, que desde el punto de la costumbre, resulta difícil y engorroso poder liberarse de las ataduras políticas que tienen que ver con la existencia de la familia. De esos andumiales deviene el pequeño poder político que administra su padre en el marco de esta realidad; allí se originan los puestos de jueces o alcaldes, las habilitaciones bancarias, las cartas de recomendaciones que le hacen verse más grande de lo que realmente es. En este conceptual modo de ver la vida se asienta el peso del poder y la influencia de los Sandino. Dentro de este odiado escenario se desdibuja el rostro del cabrón Dagoberto Rivas, a quien como respuesta al reclamo sobre una estafa en el negocio de los frijoles, Rivas devolvió un puñetazo y el futuro General disparó el tiro que le entró en la nalga.

El país está infectado de esta clase de dirigentes, quienes se creen carismáticos y consideran que el pueblo les sigue, se desvive por ellos, son capaces de cualquier sacrificio justificando sus actos de proselitismo, cuando en verdad lo que siente el pueblo

es un condicionado terror a los vándalos, quienes hablan por la justicia y meten en la cárcel a los pobres, como ocurrió a Margarita, cuando don Gregorio desempeñaba el cargo de juez local.

Sin recursos concretos en qué apoyar sus sueños de David justiciero, frente a la rabia del gigante armado con acorazados, cañones, morteros, fusiles de todo calibre y encendidas águilas de fuego encarnadas en los aviones, el generalito de bolsillo sueña: *He dado órdenes a las fuerzas de Jinotega, como a las otros lugares, no presentar acción a las fuerzas de los marines, en caso de invadir dichas plazas, y que se reconcentren en el lugar donde estoy, San Rafael del Norte, para que las autoridades civiles escuchen las pretensiones de los yanquis, mientras tanto, quiero saberlo yo todo por telégrafo, para ir a esperarlos adonde a mi me convenga, y cerrar así el movimiento constitucionalista con un broche de sangre yanqui.*

Y concluye el bando político con un *no me importa que se me venga el mundo encima, pero cumpliremos con un deber sagrado. Protestaré por mi propia cuenta si es que no hay quién me secunde...*

Obsesionado por su alucinante sueño de libertador, el rudimentario Bolívar ha puesto precio a su cabeza. Los espíritus de Morazán, Zapata y Villa se posesionan del nuevo redentor. De acuerdo con este extraño sentimiento, el General actúa con ellos. Organiza el Estado Mayor del Ejército de los Montañeses, nombra jefes políticos en Ocotul, en donde señala que no entregarán ni un solo rifle que con tanto honor quitaron a los cachurecos, y ordena cambiar el nombre de El Jícara por el de Ciudad Sandino, nombrando en la Jefatura política del departamento de Las Segovias, a su

teniente coronel Francisco Estrada. De tal manera, que comienza a sentar las bases en la demarcación territorial, que de acuerdo con la concepción de su realidad política y social, deberá ser en el futuro la República de Las Segovias. Observa el General que ésta es una región muy rica en recursos naturales; que han esperado por siglos por ciudadanos honestos interesados, quienes quieran implementar programas de desarrollo y proyectos humanitarios que extirpen de Las Segovias la alienación cultural y las secuelas del atraso.

No se hizo esperar la reacción de Moncada y la nota conminatoria del capitán Hatfield, comandante de los marines: Este rebelde, en un tiempo General de los Ejércitos Liberales, es ahora un individuo fuera de la Ley, en rebelión contra el Gobierno de Nicaragua. Por consiguiente, aquellos que anden con él o permanezcan en territorio ocupado por sus fuerzas, lo hacen bajo su propia responsabilidad, y ni el Gobierno de Nicaragua ni el de los Estados Unidos de América, serán responsables por los muertos o heridos que resulten de las operaciones militares de las fuerzas nicaragüenses o americanas en el territorio ocupado por el bandido.

El General responde a las advertencias de Hatfield con el Manifiesto Político del Mineral de San Albino, en el que se evidencia su declaratoria de guerra: *El hombre que de su patria no exige un palmo de tierra para su sepultura, merece ser oído, y no solamente ser oído, sino también merece ser creído.*

Y arremetiendo contra Moncada, Díaz y Chamorro volcó sobre ellos epítetos de *traidores, desvergonzados y sicarios...* y saca a flote las cartas credenciales de identidad ancestral que le hacen sentirse comprometido con el pasado: *Soy nicaragüense y me siento*

orgulloso de que en mis venas circule, más que cualquiera otra la sangre india americana, que por atavismo encierra el misterio de ser patriota leal y sincero... alude a un internacionalismo de imágenes, de muelles, barcos mercantes, de fantásticos parloteos de bares y discursos de revolución y socialismo en reuniones de sindicatos. Vive sus días de lucha solitaria, sus momentos de abandono y sus angustiados aullidos de animal acosado. ¡Jamás se le ocurrió pensar que el Jefe de la Guerra Constitucionalista lo dejaría como la Novia de Tola, *mirando para el icaco!*

Como si fuera una protesta que debería ser escuchada por alguien —quizá en el infierno al que hacía alusión el padre Campos— obstinadamente, casi con rabia, comenzó a remover su pasado, darle vueltas, ponerlo patas arriba, allá por los días en que Longina Borge, cuchara en mano, cocinaba *el indio viejo* que junto a la *chicha bruja*, solía repartir don Mario Borge a indios y campesinos que bajaban de las cañadas a pagar promesas a Santa Ana. O talvez habría querido tener el poder de Jesús en los días de Lázaro, incorporarse desde su propia tumba anímica, itineraria, a la vitalista sensación de despertar la justicia, y hacer andar su reclamo frente a la escatológica presencia del tiempo emborronado de su niñez, rescatando sus ilusiones.

Pero hoy está firme ante el imprevisto reto investido de la propia coraza existencial: *Que soy plebeyo. No me importa. Mi mayor honra es surgir del seno de los oprimidos, que son el alma y el nervio de la raza. Los grandes dirán que soy muy pequeño para la obra que tengo emprendida. Acepto la invitación a la lucha y yo mismo la provooco, y al reto del invasor cobarde y de*

los traidores a mi Patria, contesto con mi grito de combate, y mi pecho, y el de mis soldados formarán murallas en donde se lleguen a estrellar las legiones de los enemigos de Nicaragua. La paz sólo tendrá sentido cuando los marines yanquis abandonen el territorio nacional —afirma en la nota al comandante Hatfield, quien tiene sus cuarteles en Jinotega.

No queda otra alternativa, más que la protesta armada. Piensan sus hombres que el General sabrá cómo responder. Tienen informes de cómo se meten al combate los marines. Entran en la pelea como Juan en su casa, sin tomar en cuenta las necesarias providencias. Desconocen el rigor de la selva y como ejército de ocupación, sólo han logrado éxitos de escaramuza, operando en el casco urbano de las ciudades. Así lo hicieron en Cuba, cuando llegaron a la Isla a imponer las insólitas condiciones de la Enmienda Platt. Igual estrategia de combatir mostraron en Santo Domingo y las Filipinas.

—Lo que es aquí no podrán comer pescado sin antes mojarse el culo —maldice el coronel Francisco Estrada, mientras aceita su viejo Krag-Jorgensen, que había logrado sustraer en la debacle del desarme.

El Manifiesto del Jefe de los Montañeses atiza la furia de Hatfield, quien envía al General una segunda nota desafiante y conminatoria: *Estimado Señor: Parece imposible que Ud. aún permanezca sordo a las propuestas razonables, y aún a pesar de sus respuestas insolentes a mis pasadas insinuaciones, vengo de nuevo a darle una oportunidad para rendirse con honor. Como usted debe saber, sin duda alguna, nosotros estamos preparados para atacarlo en sus posiciones, y terminar de una vez por todas,*

con su fuerza y su persona, si usted insiste en sostenerse...

Concluye la nota con una serie de recomendaciones y amenazas, en que le reconviene con el destierro y ponerlo fuera de la Ley: *Más aún, si Ud., lograra escapar para Honduras o cualquiera otra parte, a su cabeza se le pondría precio y nunca podría Ud., volver en paz a su patria, que pretende Ud., amar tanto sino como un bandido, que ahuyentaría a sus mismos connacionales.*

Y como si fuese el gobernador de Nicaragua, usurpando funciones que sólo corresponden al Comandante General de las Fuerzas Armadas, y en su defecto al Ministro de Defensa, que es quien tiene bajo su mando las operaciones de la Guardia Constabularia en la zona de Las Segovias, el capitán Hatfield le advierte: *Usted tiene dos días para darme una contestación que salvará la vida de muchos de sus seguidores; y si es Ud., el patriota que pretende ser, lo esperaré en el Ocotol a las 8 de la mañana del día 14 de julio de 1927. Haga favor de decirme en su resolución, sí o no. Yo deseo sinceramente, por bien de sus soldados y de Ud., mismo que sea así.*

—¡Cabrones, estalla el General! ¡Hasta dónde han llegado las cosas! Se combatió en balde y el honor nacional fue lanzado por la borda del barco de la entrega.

La nota de Hatfield le hacía sentirse mejor, era obvio que venía a darle la razón. Después de todo, el General está muy claro que no cayó en la trampa de los corruptos, quienes siempre están por ahí en cualquier revolución, justificando las zanganadas. Es todo lo contrario, a él le asisten suficientes razones para seguir

en la brega. No va a regresar a la casa de don Gregorio, con los brazos cruzados y el ánimo desinflado frente a doña América, a contar la triste historia de la revolución entregada a los interventores. Más bien cruzó en su memoria la imagen del cabrón de Hipólito Cajén, compañero sindicalista, quien le había ofendido injustamente en el bar de Tampico, quizá pensando en el Contrato de mercenarios de los filibusteros de William Walker, firmado por Francisco Castellón, Director Supremo del Partido Democrático —ahora Partido Liberal—, y el traficante Byron Cole, un tratante de esclavos de California, destinados a combatir contra las tropas del Partido Legitimista —hoy Partido Conservador—, quienes los mantenía agobiados bajo el fuego de sus cañones; o a lo mejor en la firma del Tratado Chamorro-Bryan, la opción de los 99 años para construcción del Canal Interoceánico por el Río San Juan. ¡Qué pensará Cajén ahora, cuando se entere que los fusiles de la revolución de los que le hablé alguna vez fueron negociados por diez pesos con los marines yanquis! *Gracias a Dios no estaré frente a él en el bar ni en ninguna otra parte*, pensó.

No quedaba otra opción más que comprometerse con la tarea de defender la soberanía nacional. Se dice a sí mismo que no le importa un comino lo que pueda sobrevenir. Está listo para cualquier cosa. Mentalmente, nunca antes estuvo tan preparado para una aventura de este calibre. Tal vez le tomarán como loco bajo el síndrome de la guerra, o acosado como por el disparatado complejo de Napoleón. Allá quienes quieran pensar así. De manera rotunda, estarán equivocados. Prácticamente le fue declarada la guerra. Las patrullas de constabularios bajo el comando de los marines

comienzan a penetrar la montaña y preguntan por el bandido. ¿Quiénes le siguen? ¿Hacia dónde van? ¿Cuál es el ánimo de sus combatientes? ¿Cuántos son los bandidos que le acompañan y quiénes son los jefes? ¿Con qué clase de armas están equipados los bandoleros?

Cualquier militar de escuela que hiciera el análisis comparativo entre las fuerzas de los marines y las columnas del General, posiblemente soltaría la carcajada, y tendría la sensación de que estaba asistiendo a una versión fantástica de muñecos animados en que abunda la ficción. ¿Cómo poder explicarse eso de un guerrero que no posee nada que valga la pena desde el punto de vista militar, pero quien además se atreve a desafiar a la potencia mejor armada de la tierra? Es lo que murmuran los entendidos, pero el General cree otra cosa. Y el 12 de julio de 1927, en aparente arranque de valentía que linda con la temeridad y la apasionante sensación del disparate, el jefe rebelde contesta al capitán Hatfield. *El Chipote. Recibí su comunicación ayer y estoy entendido de ella. No me rendiré y aquí lo espero. Yo quiero patria libre o morir. No les tengo miedo; cuento con el ardor del patriotismo de los que me acompañan. Patria y Libertad. El General.*

La nota de Hatfield y la respuesta del General abren una nueva fase en la proyección del conflicto. En el escenario de las especulaciones político militares, ha llegado a la fase final el tiempo del teatro y el coqueteo. El comandante de los marines, al tanto de las históricas experiencias vividas en otros conflictos, no esperó semejante respuesta del insignificante y solitario generalito, aparentemente incubado bajo el sobaco de Moncada. Pero el escuálido pez del raudal se había

transformado en tiburón difícil de atrapar con las redes del interventor en el profundo océano de la montaña.

Al enterarse de la respuesta del rebelde, el comandante de los marines apretó los labios con furia. No tiene dudas que frente a tal decisión se encuentra un sujeto extraño, verdadero loco de atar. ¿Quién suponía ser este tipo para mandarle al diablo? ¡Mandar a arriar patos nada más ni nada menos que a un capitán del glorioso cuerpo de marines de los Estados Unidos, era mandar al diablo a quien le enviaba; y esta es ciertamente una imperdonable equivocación, o gravísima ofensa contra el poder del imperio! ¡Piensa este providencialista, que la política exterior de los Estados Unidos para la América Latina, debe girar en torno a majaderías! ¿De dónde emergió este reciclado Bolívar, señalando a otros gobiernos que su amenazante actitud no debe preocuparles? ¡Cómo no va a sentirse amenazada la seguridad de un Estado soberano frente a las tropelías de un bandolerol...

Refuta el General: pero, ¿con qué derecho viene un extranjero a nuestra propia tierra a imponernos condiciones? Una cosa es la Guardia Nacional y otra los marinos. Mi guerra es contra el interventor, no contra los soldados con hambre, de caite y cotona, reclutados por la guardia para combatir con una paga de 50 centavos al día —ahora con zapatos gringos— los que sirven de carne de cañón en una guerra de intervención, contraria al motivo que estimula el espíritu de sus voluntarios, para defender el honor nacional en la soberanía de Nicaragua.

Los traidores que negociaron los fusiles los han dejado en el abandono. Ahora no es contra el ejército de Díaz y Chamorro contra quienes van a combatir,

sino contra los marines. Vamos a ser asesinados villanamente desde el aire, con bombas lanzadas por truculentos aviones; acuchillados con bayonetas extranjeras; tiroteados con ametralladoras modernísimas... fue en este momento de análisis y reflexión, cuando a los casados, y a otros que sin serlos no tenían los testículos en su lugar, optó por devolverlos a sus casas.

No podía borrar de la mente aquella imagen de Moncada con la sonrisa de chacal y mirada de reptil exigiéndole socarronamente obediencia militar o solidaridad banderiza. *¿O es usted un idiota o está loco, para tener la pretensión de derrotar a los Estados Unidos?* Pero el General quien había medido la dimensión de su lucha, demarcó su territorio y se encerró en la cruzada independentista que no dejaba otra salida: *Patria y Libertad*. Y acarició el contenido de su grito de lucha, su mantenerse firmes, su poner en alto los fusiles y la dignidad como la única alternativa que quedaba.

—Ellos están mejor armados. Sus fusiles, sus bombas, sus morteros y sus veloces aviones artillados pueden asesinar, destruir nuestras cosechas y meter el terror en los ciudadanos de los caseríos arrasados, pero nuestros campesinos son excelentes soldados y no requieren de *corn flakes*, *cigarrillos Lucky Strike*, *jamón californiano* o *cualquier otro delicatessen*, para adaptarse un poco mejor a las prioridades de la guerra. En sentido contrario, nuestros hombres, además de la guerra antiinterventora se mantienen combatiendo la crónica guerra de la pobreza: enfermedad, desnudez y hambre son los más despiadados generales de su guerra interior. Estas gentes miserables pero valientes, le hacían recordar desventurados días de su niñez bajo el asfixiante sol o la dura lluvia en medio de las

plantaciones, cuando hacía trizas su piel, rascándose las mordeduras de los ácaros conocidos como aradores, que se metían en la ingle, los testículos, las axilas, la espalda y periferia del ano, de tal manera que no quedaba un centímetro de su cuerpo que no estuviese cruzado por los surcos de los aradores y las redondas y encamadas ronchas que levantaban los piquetes de los bichos. Y como no quedaba más alternativa por qué decidirse, con la piel convertida en guiñapo, regresaba el día siguiente a vivir el mismo episodio de tortura bajo el sofocante sol y la dura lluvia sobre su perfil de cadáver. Allí estaban otros niños como él, lloriqueando bajo la fiebre palúdica, rumiando la existencia, riendo o lamentándose, bajo el infierno de los cortes de café, oyendo sin oír los tristes cantos de los cortadores o carrereando tras las lagartijas.

El General tiene la certidumbre que nació marcado por una especie de potencia que resulta imprecisa definir. Pasa atrapado noches enteras entre un vagabundeo de ensoñaciones que le tiene manos arriba junto al deslumbrante demonio de la irrealidad. Alzar el puño, rebelarse, protestar contra el interventor, es cuestión de principios y no de locuras, como quienes piensan que la vida es como un succionar de caracolas en la abundancia, y se arrodillan bajo las ubres del poder en la vaca del Estado. Él proclama que *¡Nació pobre y va a morir igual!... Que su lucha está centrada en la independencia del país y la liberación de los oprimidos.*

—¡Cuánto absurdo! ¡Está más loco que una cabra! Desde cuando un pobre diablo quien no se ha liberado a sí mismo puede hacer libres a los demás. No se conoce caso similar en la historia de revolucionarios o libertadores. Doroteo Arango, el famoso Pancho Villa; el agrarista revolucionario Emiliano Zapata; Morazán,

Bolívar, Martí, primero fueron libres ellos antes de embarcarse en la aventura de intentar hacer libres a otros —responde Moncada, cuando le preguntan por el cachorro de león que ha comenzado a llamar la atención de los universitarios, los poetas y se habla de él a diestra y siniestra en los mejores diarios del mundo, luego de la primera acción rebelde con el ataque a San Albino.

Los coroneles Ramón Raudales y Juan Colíndres comandaron el operativo del mineral. *Hicieron lo que debían* —afirma Santos López—. Expulsaron a los yanquis representantes de La Fletcher, concesionarios de las minas; tomaron el oro y lo trasladaron a Honduras para ser negociado con los traficantes del metal. Y con la dinamita tomada en el secuestro, más las armas y provisiones que pudieran entrar de Honduras: café, arroz, azúcar, frijoles, sal, fósforos y medicinas, las almacenaron en los buzones de la montaña, para estar prevenidos y contrarrestar cualquier acción armada de la Guardia Constabularia y de los marines yanquis.

Pero está muy claro, que es una acción temeraria y arriesgada combatir a la Guardia unida en una sola fuerza con los yanquis. Esto vuelve distante toda posibilidad de triunfo rebelde. Moncada considera que tal actitud es decisión descabellada, algo así como dejar el pecho descubierto ante las balas de Díaz y Hatfield. Es simplemente suicidarse.

A pesar de la pobre comunicación de la época, los actos del rebelde dan pie al desasosiego político y cierta inquietud social levantisca que hace arder el espíritu antiimperialista en el alma hispanoamericana. Las amenazas de Hatfield y la respuesta del General ensombrecen el inestable horizonte político del país con pincelazos grises, y conducen a un estado social

de guerra y anarquía. Moncada y los asesores del Acuerdo recurren a don Gregorio Sandino para que intervenga ante el General, a fin de que éste renuncie a su actitud de rebelde. El padre va tras el hijo. Lo alcanza en las cercanías de San Rafael del Norte, le pide deponer las armas. Después de todo, es su padre, y a lo mejor el hijo querrá escuchar consejos que serán tanto para el bien propio como de gran proyección a la paz de la nación. Pero falla en primera instancia, pues no logra entrevistarse con el rebelde. Ante la reticencia del General, don Gregorio pide a Blanca Aráuz que sirva de mediadora. Al fin acepta la paternal entrevista: *¡Es una locura, Augusto!* —advierte don Gregorio—. *¡Te van a matar! Tienes un porvenir en la política que debes aprovechar...* Continúa: *Lo que estás haciendo son disparates que no tienen sentido y te llevarán a la muerte. No se puede luchar contra un poder armado como los Estados Unidos. Pero todo esfuerzo fue vano.*

—*La paz sólo tendrá sentido cuando los marinos yanquis abandonen el territorio* —afirma en su respuesta a Hatfield—. *Los verdaderamente locos son los interventores yanquis, a quienes falta tacto e inteligencia para calibrar a un patriota de su envergadura, ni meditar sobre lo negativo de la campaña para un ejército como el suyo.*

El General reflexiona sobre el amenazante mensaje de Hatfield, y los enérgicos conceptos de su respuesta. Esperó pacientemente la reacción de los marines, hasta que uno de tantos días recibió información del general Carlos Salgado, jefe de una columna liberal que había combatido contra el presidente Díaz. Salgado manifestó la intención de integrarse al que ya llamaban Ejército Libertador, y combatir a su lado.

—Continúo al mando de mi tropa de 60 hombres, bien armados de fusiles Krag y parque suficiente para el inicio de las operaciones de guerra —dijo. Además informó al General de un contingente de soldados yanquis que avanzaba sobre Las Segovias.

La información de Salgado orientó al Jefe guerrillero a dar instrucciones al general Juan J. Colíndres y al coronel Ramón Raudales, quienes se trasladaran junto a sus hombres a sectores montañosos de las faldas de El Chipote. Allí tendrán el tiempo necesario para madurar los planes y poder mostrar el puño a los filibusteros de Hatfield. Está absolutamente seguro de que podrá contar con gente de entrega, dispuesta a partirse el alma en la heroica respuesta a los soldados de la intervención, a fin de sentar un precedente de temeridad y audacia que obligue a meditar dos veces la incursión de cualquier invasor en territorio rebelde.

A las columnas del General se había agregado Pedro Altamirano, conocido con el apodo de Pedrón, hombre corpulento, con estampa de oso salvaje, con sólida experiencia militar, lograda en las guerras civiles como soldado de fortuna o en actividades de contrabandista en el tráfico de armas, ganado y tabaco en la endiablada zona de la frontera, donde se le conocía como El Sastre, y había cobrado fama de ser inventor del Corte de Chaleco. Estaba entre los suyos el general Francisco Estrada, batallador, decidido, valiente, fiel como un perro, dispuesto a dar la vida en todo tiempo y lugar. Buen hombre, especie de bondadoso Quijote nacional que no le negaba el plomo a nadie, cuando estaban de por medio las causas justas; y Juan Pablo Umanzor, flaco, alto, desgarrado, pura sangre india, la mano derecha paralizada, y la pierna del mismo lado

imperfecta, por heridas recibidas en diferentes acciones; este hombre era de lo más disciplinado y obediente con un valor temerario casi salvaje. Cuando se encandiló la lucha por la soberanía nacional el General le ordenó hostilizar en el occidente del territorio al ferrocarril de Chichigalpa, y no había transcurrido una semana, cuando el coronel Umanzor contestó esta orden con el siguiente mensaje: *Todo está conforme sus instrucciones. Tomé la plaza de Chichigalpa y tengo sitiada la línea férrea desde Chinandega hasta La Paz Centro.*

Y qué poder decir del coronel Abraham Rivera, el Almirante Latimer del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, como se motejaba a sí mismo, carcajeándose de los yanquis. Rivera tenía bajo su control y dirección la flota de sesenta pipantes de todo tamaño y tonelaje, impulsados por remeros y palanqueros, capaces de transportar verdaderos contingentes de soldados, lo que un camión de cinco toneladas no puede hacer en una región montañosa.

Cuando Rivera hablaba de la vida y costumbres de los indios, abordaba los problemas de las comunidades con la autoridad de un antropólogo social, defendiendo sus afirmaciones, con lo que el jefe de la flota llamaba conocimiento de causa. Argumentaba que nada podía hacerse contra las costumbres y milenarios ritos de los indígenas, acostumbrados a desarrollar la existencia en el más perro y criticable abandono. Pensaba que era tarea muy dura y quizá tuviese razón, porque ayer como hoy, la Costa Caribe en donde se concentran sumos, ramas, misquitos, negros, creoles y otras etnias, como en la mayoría de las regiones del mundo, la población indígena continúa marginada a la

espera de una respuesta socio cultural y por supuesto humanizante.

Cuando la prensa comprometida llamó sanguinario a alguno de sus generales, él respondió categóricamente que el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional no estaba integrado con ángeles ni santos, y que los citados espíritus alegóricos solamente tenían sitio en la corte celestial.

La información del general Delgado sobre patrullas de marines entrando a la zona rebelde de *Las Segovias*, rebasó el borde de la paciencia, y el General decidió enfrentar a Hatfield en la propia madriguera de los cuarteles de Ocotal. Para cumplir con el tiempo que había señalado Hatfield, desde el mismo instante de recepción de la misiva, el General se dio a la tarea de mover los hilos de su respuesta. Ordenó al coronel Porfirio Sánchez que alistara el escuadrón de caballería y se desplazara por el sector periférico de la ciudad a hablar con indios y campesinos de valles y cantones a fin de convencerlos, y darles mano libre para que saquearan las viviendas, y alborotaran el ambiente tranquilo de la madrugada, mediante sonidos de pitos, golpes de latas viejas y gritos de escándalo y rebelión, y metieran en Ocotal un ambiente que infundiera pavor en habitantes de la ciudad. La inusual pero efectiva estrategia serviría de soporte psicológico a los soldados, mientras los coroneles Rufo Marín y Porfirio Sánchez, atacaban las posiciones de los marines y la Guardia Constabularia.

Desde la toma del mineral de San Albino y el nombramiento del general Estrada como Jefe Político de Nueva Segovia, así como del cambio de nombre de El Jícaro por el de Ciudad Sandino, todo estaba dicho

y así había que suponerlo. Reunió al Estado Mayor estructurado con los mejor de los hombres que decidieron acompañarle hasta las últimas consecuencias. Y una vez redondeado el plan previsto para la primera acción de guerra, las columnas dispuestas en posición de ataque, el General dio la orden de combate contra los cuarteles de Ocotal.

VII

Sigilosamente, sin menor tropiezo, los hombres comenzaron a descender entre la vegetación de aliento salvaje que se enroscada en los meandros, despeñando su prolífica feracidad entre troncos de caobas, cedros y pinos que se alzan cual gigantes de otras edades entre silbantes farallones de rocas milenarias, que señalan el espacio con sus aceradas puntas chirriante, proyectándose en la pizarra gris del tiempo. Concebido con sentimiento patriótico y cierto espíritu de aventurero, el ataque a los marines acuartelados en Ocotol, para el rebelde, se había convertido en una obsesión. Allí permanecía acuartelado el pretor Hatfield y una columna de la Guardia Constabularia, que el pacto había regalado a Somoza.

El coronel Rufo Marín, Jefe de Estado Mayor de los Montañeses, tiene bajo su responsabilidad la operación *Ocotol Ardiente*. Lleva como segundo en el mando al coronel Porfirio Sánchez, internacionalista hondureño. El coronel Marín entrará por el Nordeste, al frente de una columna de ametralladoristas que hará fuego sobre los postas y los caserones que sirven de cuartel a Hatfield y la Guardia Constabularia. El coronel Sánchez caerá por el Norte al mando de una ruidosa caballería con la misión de propalar el espanto, de manera especial entre los Paguaga y los Lovo, gamonales políticos

que controlan la producción de la región, y quienes a través de su influencia económica, controlan el dedo pulgar de los campesinos a la hora de las votaciones; representan el poder tradicional que encarna la ley que gobierna *Las Segovias*. Sánchez, además, tiene la misión de apoyar a los soldados de a pie, que acompañarán al coronel Marín.

El día es propicio para el asalto. Es la madrugada del 16 de julio de un 1927, día de pólvora, día de campanadas mañaneras en la catedral de Ocotal, día de júbilo general, por ser el día de la Virgen del Carmelo, muy amada y celebrada por los feligreses devotos, y habrá fiesta en la ciudad desde la madrugada hasta el anochecer cuando la Señora del Carmelo es despedida con cantos, rosarios, morteros, toros encohetados, danzas folclóricas y potentes cargas cerradas importadas de los países vecinos. La romería de promesantes llega desde todos los rincones de Somoto, Ocotal y pueblos de las fronteras de Honduras y El Salvador. La verdadera fiesta se inicia desde la noche de la víspera con gran algarabía de chischiles, música de chicheros y cantos tradicionales a la Virgen. Cuando apenas son las cinco de la mañana del 16 de julio, los promesantes avanzan de rodillas a esperar que en el templo abra la enorme puerta central para ingresar al altar de la Virgen del Carmelo en donde ya arde un mar de velas que se encienden desde principios de julio.

De tal manera, que los marines y constabularios, ignoraban que aquellos ruidos de latas rotas, los pitos de papayo y bambú, junto a estridentes retumbos de tambores indígenas, no formaban parte de alguna promesa a la Señora del Carmelo, sino que es el

temerario ataque del General rebelde sobre los marines de Hatfield y la Guardia acuartelada en Ocotál.

En miras de los fusiles de Marín y Sánchez estaba un tal Freudiano Paniagua, tipo rostro de palo y aspecto de lagartija: alto, flaco, rengueando de la pierna derecha, quien se había hecho famoso por ser destructor de ranchos, violador de doncellas, y que hinchaba su pecho como sapo cuando estallaba en carcajadas, maldiciendo a indios y campesinos que seguían al General, y sugiriendo a los jefes de las patrullas que colgaran de los testículos a quien negara información del sitio en el que estaba el General.

La rabia acumulada en el corazón de los campesinos facilitó la acción armada del ataque a la ciudad. Los hombres estaban ansiosos por vengarse de torturas, colgamientos y violaciones con que aterrizzaba el sargento Freudiano Paniagua. Y en la hora del asalto a la ciudad, los indios se desgajaron sobre ella esgrimiendo machetes, garrotes, hondas y sacos atiborrados de redondos preduscos de río para lanzarlas como pudieran. Con azadones agrícolas, retorcidas vergas de toros salvajes convertidas en fuetes y toda suerte de utensilios: baldes rotos, viejas palanganas y ollas lanzadas como basura en los cauces y las quebradas. Todo aquello que fuese utilizado para hacer un ruido infemal y enrareciera el ambiente fue una formidable ayuda, pues mientras las columnas de desarrapados caían sobre la ciudad y atrincheraban tras las bancas y los muros de cemento del Parque Duarte, afinando las miras de sus fusiles Rémington y Krag, y los de sus escopetas y sus bombas de fabricación artesanal, sonaban las ráfagas de Lewis y Thompson, hasta donde podían dar alcance los proyectiles. Y bajo el

estrépito de las bombas y las sostenidas ráfagas de metralla que semejaban rugidos de fieras salvajes en fantástico roce de fuerzas alucinantes, despertó la ciudad, los marines de Hatfield y los constabularios, hijos del Pacto.

Corrieron desesperadamente a colocarse tras las torrecillas del cuartel y muros de cemento frente al parque. Allí daban gritos y echaban maldiciones los hambrientos de Rufo Marín, cara a cara, atacaban y se escurrían entre las sombras de la noche siempre lanzando sus alaridos. Algunos de los marines se trenzaron a pecho descubierto con el arrojado grupo de palmazones, quienes con gritos de desafío se retorcían heridos o caían muertos, con la ansiedad de la justicia reflejada en las pupilas.

Entre un confuso oleaje de ¡Vivas al General! ¡Mueran los yanquis!, y estallido de bombas caseras, golpes de latas de querosín, redobles de tambor, sonoros toques de clarín, ruidosos relinchos de bestias y estrepitosos chirridos junto a golpes de ruedas y cascos como de *carreta nahua*, el coronel Rufo Marín mantenía el fuego y el arrojado contra la guarnición de Hatfield. Mientras por el Sureste, entre las cuadras de la asediada Ocotál se desplazaba alucinante, rugiente, el contingente de caballería al mando del coronel Sánchez. Cabalgan por la ciudad, toman posesión del templo, aunque no les mueve el odio brutal de Atila, sino un nacionalismo extraño que parece irreverente y chocante a la viciada cultura política de los *generales de dedo*, cuando no son ellos quienes desatan el terror en el nombre de la Ley y la fuerza.

Entre la confusión de las primeras ráfagas de disparos, el pueblo abandonó la inseguridad de sus

camas y algunos huyeron hacia las zonas rurales refugiándose en las fincas. Nadie podía olvidar la realidad que el General es un liberal ultramontano, obsesionado por el odio visceral contra los conservadores; odio faccioso letal, carroñero que remonta en el pasado cuando el cachorro de general, de villorrio en villorrio, de cantón en cantón, de tribuna esquinera o tribuna de taburete, va acompañando a su padre en la tarea de promover la propaganda política del Partido Liberal. Esta aversión partidaria se multiplicó el día del puñetazo que le dio en el rostro el conservador Dagoberto Rivas, y a la que el General respondió con la bala que perforó la pierna del agresor. El viciado comportamiento formaba parte de la mítica cultura del fusil, enraizada en los blasones familiares *sustentados* por las guerras civiles que convierten el camino del poder en competencia de muertes y fosas comunes. Hasta *El Divisadero* subía el humo de la pólvora y el enervante sonido de los gritos y las ráfagas de metralla.

—Excelente hora para un operativo de esta clase —dijo al General, guardándose la leontina.

—Así es —escuchó imaginariamente al coronel Rufo Marín que combatía como un león, tras las bancas del parque Duarte, frente a los cuarteles de los guardias y marines.

—Ya entenderá Hatfield y el cabrón de Moncada, que este no es un juego divertido —dijo el General.

—Van a saber quién es el General —escuchó a Marín, que avanzaba con la ametralladora en alto.

A los primeros disparos del coronel Sánchez, le pareció percibir que los marines caían como moscas, mientras nubes de indios y campesinos, descendían sobre la ciudad. Con sus anteojos de larga vista, desde

El Divisadero pareció tenerles al alcance de la mano y les gritó enardecido: ¡Adentro! ¡Adentro! ¡Ni un paso atrás, mis valientes! Todo fue concreto, planificado —gritó con seguridad, lleno de optimismo, exhalando un blancuzco vaho que se diluyó en el viento.

Desde que tomó la decisión de sorprender a Hatfield, especuló sobre cuál sería la reacción con que responderían los yanquis. Las notas firmadas por Hatfield eran suficiente evidencia para tener una idea concreta de quién gobernaba el país. El General tiene la esperanza que los gobiernos del vecindario se avergüencen y reaccionen contra el proceso intervencionista que es amenazante para todos, si son capaces de ver la imagen de sus repúblicas en el espejo del Caribe. Cuando recuerda el despliegue de las pancartas y escucha el rugido de las consignas tiene presente los actos de masa de los sindicalistas mexicanos. Sabe que va por un camino colmado de espinas y no tachonado de flores, pero que este sacrificio conduce a la independencia nacional y la liberación del pueblo.

Sólo los obreros y los campesinos llegarán hasta el fin, es una expresión del General que encierra un acto de fe por incuestionables razones. La guerra de la montaña no es ejercicio para señoritos. La montaña carcome, devora, enferma, desanima, mete terror en quienes no son carne de sacrificio y llevan el dolor a flor de piel y no entre la médula de los huesos, o los cascarones del alma por alguna de esas razones que tienen que ver con la existencia. El cerco y el corazón de la montaña están hechos para los duros; es fundamental condición que no se podrá eludir jamás. Y muy claro estaba que combatiendo en la manigua

bajo tales condiciones era elemental y sabido que *solamente los obreros y los campesinos...*

Desde *El Divisadero* la batalla es un espectáculo que no se ve en toda su bravura, pero que el General imagina, por las explosiones de las bombas y las ráfagas de metralla. Desde el sitio de observación, la ciudad parece una tarjeta postal derruida, encuadrada en la neblina y el humo de la pólvora; mientras que el adormecido brillo de los faroles, semejan puntas de luceros brillantes en un extraño juego de superposiciones nebulosas. El fuego de la libertad quema y ha caído sobre el rostro de la gente de Hatfield. En el ambiente prevalece una especie de tormenta, como si los ríos y las quebradas se hubiesen salido de madre, y las rocas de los cerros se desprendieran rodando en imprevisible terremoto. Huele a soledad y muerte en Ocotál. Ni Hatfield ni Moncada pensaron que aquel pobre diablo, el irreverente generalucho, sería capaz de proponerse tal acción en contra del ejército mejor armado del mundo. Más bien pensaron ir en su persecución para dejar libre de bandidos el sector de *Las Segovias*.

—No se lo esperaban —dijo el General.

Y pensó que era casi seguro que los pájaros de mal agüero se habrían dado con una piedra en los dientes, porque el bizarro coronel Marín, adiestrado en la tradicional escuela de las montoneras civiles, ahora en el Ejército de los Montañeses, al frente de sus 150 hombres, había caído sobre la ciudad, convertido en trincheras las torrecillas del templo y controlado la calle real que es el corazón de Ocotál; mientras que sus otras columnas avanzaban pegaditas a las paredes de adobe y madera, burlando el fuego de los constabularios y de la fusilería yanqui, que defienden sus

cuarteles con bocanadas de plomo, que estallan en el recién construido torreón del segundo piso de la antigua casona de la familia Paguaga.

Los sorprendidos marines se arrastran, buscando dónde atrincherarse y disparan sus Maxim, sus Lewis y Krag, observando cómo se desgajan sobre sus cabezas los cascarones de *taquezal* que las balas hacen saltar de las paredes. Y corren agachaditos, saltando, decididos, buscando de hueco en hueco, el sitio estratégico tras las almenas y los sacos de arena diseminados en el portal del cuartel para seguir disparando. Son valientes también los marines, piensa Sigfrido Luzón, uno de los palmazones.

—¡Oh!... ¡Ser unos *son-of-bitch!*... —exclamó Hatfield con sorpresa. Realmente no había esperado la operación Ocotal.

El capitán soñaba con New York, Londres, París, oníricamente perturbado por la gloria de poder y la concepción ruinosa de la guerra opresora cuando dejó el lecho, sobresaltado, por el estallido de bombas case-ras, ráfagas de metralla y disparos de fusiles. Comerciantes y políticos partidarios de Emiliano Chamorro, de manera especial, buscaron dónde esconderse de las huestes del guerrillero, pues pendía sobre éstos la anunciada amenaza que rodarían sus cabezas. Muchos decidieron escapar a Honduras.

Es un hecho que el plan ha funcionado como estaba previsto y había sido imaginado. La acción fue frontal y mucho más agobiante que la guerra de montoneras que veían venir casi siempre anunciada, y a las que estaban acostumbrados. No tenía importancia que se mofaran de su decisión de combatir a los interventores, que le dijeran loco, bandolero o traidor

al Partido Liberal. Él sólo sabía que era una especie de pequeño David nicaragüense, dispuesto a hacer morder el polvo de la derrota al apocalíptico gigante del Norte. Es lo que estaba escrito para él y a su juicio en la dimensión arcana: los perseguidos, los condenados, los olvidadizos, los que explotan y someten a los campesinos e indios de *Las Segovias*, habrán de pagar con lágrimas de sangre su mala memoria. Sea cual fuere su condición y rango, deberá ser así por haber sembrado el mal y haber cosechado estiércol en los predios del paraíso. Ha sido un despertar de horror, doloroso, de alaridos de indios esclavizados por hambre y la imponderable tragedia del abandono social, que vino a despertar el General rebelde, con la varita mágica de un eventual paraíso en que no falte sal, azúcar, medicinas, arroz, frijoles y ropa con que burlar el golpe del viento, y protegerse del frío en los días duros del invierno. Una vez que comenzó la *runga*, no sólo se escuchó estrépito de los fusiles, los golpes de las cutachas sobre las paredes de piedra, los ruidos de latas y las prolongadas voces de caracolas que rompían el aire y retumbaban en los oídos, sino que muchas cosas más que escaparon a la narración.

Pero los marines y guardias constabularios responden con desesperado valor, se trenzan en fragorosa lucha a muerte, repeliendo a los atacantes. Las casas de los conservadores de Emiliano Chamorro fueron víctimas del saqueo de campesinos e indios que bajaron de Pueblo Nuevo, Totogalpa, pueblos circunvecinos de Ocotol y las riveras del Coco.

—Los actos de guerra requieren algo más que un simple milagro —dijo Freudiano Paniagua, que observaba desde el torreón del cuartel, el desplazamiento

del coronel Rufo Marín, a quien había visto en alguna parte, enrolado en las columnas de las revoluciones inventadas por los políticos que adoman sus hombros con estrellas de generales—. Si fuera un guardia nacional merecería un monumento. No sé en que lugar habría que levantarlo, pero que se lo merece, se lo merece... se lo tiene ganado... es un soldado con cojones... quedó cavilando... ¡Ah, sí!... Señaló: Podría ser en la plaza del infierno, si es que el infierno tiene plaza en donde ensartar a cualquier *virote* que pueda servir de monumento... ¡Este tipo es el diablo! —apuntó sobre la mira de su fusil automático y descargó una y otra ráfaga de balas sobre las sombras de los *palmas* que se movían obstinadamente, disparando con furia, desde las bancas del parque.

“Soy indio puro de estas serranías, de donde también son los pendejos a quienes estoy disparando. A lo mejor ya me despaché a alguno hacia la otra vida. Por vez primera, he tenido la sensación de que me estoy disparando a mí mismo; de que me estoy suicidando —pensó—, pero en la guerra no queda otra alternativa que disparar. Estoy claro, convencido, de que ya no soy el mismo Freudiano Paniagua, hijo de la Sérvula Ruiz y Galfardo Paniagua, ése quien seguramente fui antes de entrar a la Constabularia. No. Ya no soy el mismo. El problema de la guerra es que te hace decirte: si no matas, te matarán a vos. De tal manera que lo mejor es defenderse, matando. ¡Qué vaina más jodida es la guerra!... ¡Y lo peor del asunto es que cuando llega a su final, ignorás por quién luchaste ni a qué cabrón defendiste!... continuó girando alrededor del controversial espacio en su itinerario de guerra.

Se dijo que estaba pensando pendejadas en vez de concentrar la atención en el traqueteo de las

ametralladoras afirmadas sobre los soportes de adobe. Era una lluvia de balas muy imprecisa, casi sin dirección, que rebotaba sobre las bancas de cemento y los árboles de almendro del parque llenos de zanates. Entre la alerta de los clarines, los golpes de cutacha y la enervante fanfarria de gritos, sonidos de latas vacías con ritmo de tambores y demás extraños ruidos, inoculados con frases de reto y rabia, maldiciendo al interventor mientras disparaban las rudimentarias escopetas, las bombas de mecate o los escupitajos de intención si es que se agotaban las expresiones que intentaban hacer caldear la rabia de los marines. Entre los heridos fue tomado prisionero el jovencito José Dietrick, un *palmazón* hijo de padre norteamericano y madre segoviana.

En las calles yacen abandonados incontables heridos y algunos cadáveres. Don Adán Palma, fino tallador de ataúdes, restaurador de imágenes, cofrade de los *Caballeros del Santo Sepulcro* fue alcanzado por las balas de los sitiados. El marino Michael Oblesky se dobló a la muerte, mientras silbaba un *swing*, frente a los disparos rebeldes: La mirada perdida en la nostálgica presencia de Peggy Durham, su novia del Nueva York amado y distante.

El ataque y defensa de Ocotál se libra en una lucha cuerpo a cuerpo, atizada por un infierno de pasiones y deseos reprimidos que es concreción de todo: rabia, furor, angustia, placer, venganza almacenada en la alacena de las injusticias sociales, que se vuelca como en un enjambre de huracanes revertido en odio, sobre un pueblo manso de ciudadanos sin muchas tachas ni sobresalientes emociones. Aunque es verdad que no puede discutirse que en tiempos de guerra civil, el

hígado del hombre armado ocupa el sitio de la cabeza. Quienes en gobiernos depuestos hicieron trabajos de serviles y delatores, en el de hoy cambiaron de bando, o de banda, para seguir funcionando, haciendo igual labor de zapa. Los conservadores son sus víctimas.

—Estoy con quien tiene el poder —contestó Mamo Ardón.

—Sos un servil de los Paguaga.

— No es cierto.

—No me digas que no, si estás trabajando en *La Cocoroca*, la hacienda de los Paguaga.

—Uno tiene que comer —dijo Mamo—. Si no trabajo no como, y los que dan trabajo son la gente que tiene con qué pagarlo... la gente de plata...

—También trabajaste con Paco León Peña.

—¿Cuál Paco León Peña?

—El teniente de la Guardia.

—Cuando estuve trabajando con el teniente Peña lo hice por hambre, no como liberal, y todavía no pertenecía a la Guardia —dijo Mamo.

—Tenés razón.

—Desde que se metió a la Guardia se hizo malo —dijo el palmazón.

—El único bueno que hay es el General. No mata por placer. Mata porque no le queda otro camino —dijo Mamo, arrastrándose.

—Vos sabes mucho —dijo el palmazón—. Yo solamente sé que hay que sacar a los yanquis.

—Mi otro patrón, el viejo Lovo, dice que los gringos son poderosos —dijo Mamo.

—No sé si son poderosos o no. Lo que sí sé, es que el General tiene los huevos muy grandes —dijo el palmazón.

—Sí, sí, claro tiene que tiene los huevos muy grandes... —repetió Mamo. Tartamudeó—: Muy, muy grandes... hurgó en los ojos del palmazón; le quedó observando el tiempo justo para tener idea si el muchacho había malinterpretado la comparación del poder con que se había referido a los gringos.

—Tiene más huevos que Hatfield y que el traidor de Moncada —intentó justificarse, para salir del embrollo de la duda—. Creo que sí... Claro que tiene los huevos muy...

—Acostumbrate a cerrar la boca —ordenó el palmazón—, que en boca cerrada no entran las moscas. Estate quieto que ya salvaste el pellejo... hiciste bien tu trabajo.

—¡No he hecho ningún trabajo! ¿Cuál trabajo?

—El del sapo.

—Alzó el calibre del fusil y lo colocó en la frente del batracio. No le gustaron sus ojos de reptil ni esa verbosidad quebradiza bajo el tono labioso de un verdadero hijo de puta. Recordó cuando en su orfandad había pasado por la lengua y los corrosivos sentimientos de aquel delator sin alma de La Trinidad, su pueblo de nacimiento, por quien asesinaron a su padre. De tal manera, que de ninguna manera debía pasar por alto las recomendaciones del general Ortez, primer comandante del contingente de palmazones, sobre el escarmiento que había que darse a los traidores. Accionó el gatillo y sonó el disparo que entró en la frente del delator dejando esparcidos los sesos alrededor del cuerpo que a un ritmo de contorsiones se estremeció repetidas veces.

“Te lo merecías —quedó pensando en el delator cuando dio la vuelta y se recostó sobre la pared para

continuar disparando contra el cuartel—. Hoy delataste a los Paguaga, mañana me vas a delatar a mí... o al General... En la guerra cualquier sapo es peligroso. Conviene acabar con él o mantenerlo bajo la piedra”, esbozó una mueca mordaz, de témpano, que al escapar de su alma conturbada por la muerte del delator se diluyó en una sonrisa.

Era esta su manera de ver la vida desde el asesinato de su padre, al negarse a marchar bajo la férula del bando político de uno de tantos generales que reclutaba *voluntarios* que eran llevados amarrados con mecates; y mientras la madre y los hermanos bajo ruda intemperie de las riveras del Coco eran crucificados por la diarrea y devorados por la fiebre palúdica, el futuro palmazón, discípulo del comandante Ortez, deambulaba como un anacoreta entre los rincones de la selva, cazando monos, saínos, conejos, y en ocasiones boas u otros reptiles para alimentar a la familia.

Entre los habitantes de la montaña, este trágico destino era normal en su existencia, y cuando trabajó en los cortes de caoba, apenas pudo obtener cierto magro alimento por trabajo sin ningún otro aliciente que pudiera justificarse. Sin embargo, dentro de la apremiante tragedia social, el palmazón recordaba los dichos de su madre, cuando por cualquier razón hablaba de los Paguaga: era una gran señora doña Ferlindita María Candelaria: muy arrecha, pero también muy cristiana; y don Edmundo Aristóbulo de Jesús, quien fue mi padrino, era un tronco de patrón, quizá el único humano para quien sirvió tu padre de ordeñador y campisto en haciendas de Las Segovias. Tal vez por estos comentarios el *palmazón* lamentaba la muerte del senador José María Paguaga, sorprendido por los

disparos de un constabulario cuando intentó saltar el muro del cuartel, tratando de escapar de la furia de los bandoleros.

Es difícil contrarrestar la debacle del ataque a Ocotál. Algunos asaltantes son vecinos de la ciudad que cobran venganzas por verdaderos o supuestos agravios recibidos en las pasadas montoneras civiles. Luz Aguirre y Serafín Elizondo, cayeron bajo el filo de los machetes vengadores y los disparos que hacen escapar del cuchicheo la famosa ley del revólver. Saltaron algunas viviendas al estallido de la dinamita, las ráfagas de metralla y los alaridos de cientos de indios y campesinos quienes cayeron sobre la ciudad, como si fuera el Juicio Final y algún afluyente rabioso del infierno se hubiese salido de madre.

En medio de esta debacle intentó huir el senador Paguaga junto a su hermano Salvador. Pensó que quizá le podría proteger el humo de la pólvora o el brumoso ambiente en las horas de la madrugada. Salvador escala la cerca, primero, y salta al patio del cuartel, perdiéndose en los matorrales que conducen al predio montañoso que conocen los Paguaga. Pero el ruido del salto sobre el suelo que ocasiona la acción de escape de Salvador, alerta al posta del cuartel, quien espera atento por más ruidos, por sombras o movimientos, y mantiene el rifle bala en boca. De pronto, el senador Paguaga sube al muro y se dispone saltar hacia el patio del cuartel. El soldado ve que una sombra extraña y difusa ha escalado por el otro lado de la tapia. Es alguien a quien no conoce y pudiera tratarse de un enemigo. Alza el fusil, apunta y dispara. El cuerpo del senador trastabilla sobre el lomo de la cerca, emite un grito de dolor y se derrumba sobre las zarzas del cuartel.

La tarde ha comenzado a deslizarse, esta vez bajo un cielo sin nubes, reluciente y distante. Aunque la ciudad sigue tronando y se mantiene estremecida por un ambiente de muerte y sangre, las huestes del General no han penetrado la feroz defensa de los cuarteles de los marines y la guardia. El coronel Rufo Marín concentra el fuego de los fusiles en el sector estratégico frontal del cuartel, en donde parecen estar sitiados los marines de Hatfield y los constabularios al mando de Darnall, pero quienes continúan controlando los interventores. Es cuando el coronel Marín, calculando el amenazante y real peligro al que quedará expuesta su gente con el bombardeo de los aviones, decide ensayar la fórmula temeraria de un ataque suicida, inusual, desesperado como si fuese un *kamikaze*, y se preparó mentalmente para vender cara la vida. Y arremetió valientemente contra el cuartel de los marines con todo lo que aún le quedaba, pero falló en el intento. Y el Jefe del Estado Mayor del Ejército Defensor del Derecho Nacional, cayó muerto frente a las gradas del cuartel.

Con la velocidad con que arde como reguero de pólvora, la desafortunada información voló de boca en boca, y fue imposible eludir cierto escozor de desaliento en la gente del General. En pocas horas se hicieron patentes los temores de los hombres del coronel Marín, cuando sobre la ciudad rugieron los primeros aviones que acudieron a dar protección a los marines de Hatfield. Volaron dos veces sobre el cielo de Ocotal y comenzaron a soltar sus pavorosas bombas orquestadas con fuego de ametralladoras sobre grupos de indios y campesinos quienes huían en desbandada a la orilla de los cauces de las quebradas y los senderos que entrecruzaban la sierra y llanos de la montaña.

Es la primera vez que indios zumos, misquitos, zambos y campesinos de las riveras del Coco, presencian el pavoroso espectáculo de bombardeos de los aviones de guerra sobre la fragilidad de sus ranchos. Por doquier que se desplazaban huyendo los grupos de población asechaba el fuego interventor de los pájaros metálicos. Va sobre ellos el estruendoso ruido de los motores que con la ferocidad de sus bombas y el fuego de la metralla doblegan, arrasan las copas de pinos y los centenarios caobas, y queda convertido en reguero de carne y sangre el ganado descuartizado.

Hasta *El Divisadero*, llegaron malas noticias al General. ¿Qué hacer? Tiene información completa de los diferentes pasos que se había propuesto, pero todo ha fallado. La gente del coronel Rufo Marín y el contingente de caballería del coronel Porfirio Sánchez, los doscientos cincuenta indios y campesinos quienes fueron enviados a saquear casas de conservadores, han cumplido con sus respectivas misiones, pero...

—Está tomado Ocotál, General.

—Todavía no.

—¿Y los marinos de Hatfield?

—Están sitiados en el cuartel, General.

—¿Y los traidores constabularios que apoyan a los marinos yanquis?

—También están sitiados en el otro cuartel. Hemos gastado gran cantidad de municiones, General. Para sacarlos de sus posiciones requerimos armas de mayor potencia y alcance. El coronel Rufo Marín quiso superar nuestra falta de equipo bélico y de municiones con un golpe de sorpresa... Pero, como usted sabe ya, el compañero Marín cayó combatiendo y no pudo alcanzar el objetivo.

—Siento lo del hermano Marín. La van a pagar muy caro —dio repetidos golpes de fuste sobre la albarda de su cabalgadura.

—¿Qué pasó con los enemigos de la Revolución y conservadores vende patria de Emiliano Chamorro? —preguntó el General.

Odiaba a los conservadores. Se sentía bloqueado mentalmente para expresar una opinión imparcial. Si le tocaba abordar el tema político de la intervención yanqui, expresaba que los liberales eran cabrones equivocados, mientras que a los conservadores daba el cognomento de vende patria por lo de la firma del Canal.

—Algunos están bien muertos. Otros abandonaron sus casas y algunos permanecen refugiados en la manzana del cuartel —señaló el sargento Matute—. Allí deben de haberse metido los cabrones conservadores. La casa del senador José María Paguaga queda junto al cuartel de la Guardia.

Se llevó el sombrero de alas anchas hacia atrás, tratando de escapar al recio viento del *El Divisadero*, que entraba por una especie de trocha entre los cerros, que se inclinaba hacia el río y reclinaba suavemente sobre la ciudad. En su rostro se dibujaba cierta amargura. El ataque a la guarnición de los marines y los sirvientes de la Guardia, no produjo los resultados que esperaba. Dio media vuelta viendo hacia el Oeste y respiró profundamente. El aire helado de la altura le entró por la nariz y le supo purificante y agradable. En cada respiración había algo inusual que debería tomar para fortalecer su estado de ánimo y alertar los rincones de la conciencia. Quedó viendo la ciudad, contemplándola como la vez primera, como a una desconocida. Y pensó que talvez era así, porque no había podido

tomarla. Dio nuevos golpes con el fuele, esta vez sobre las botas. Con las pupilas dilatadas como de iluminado observó al sargento Matute y le ordenó:

—Póngase en contacto con el hermano Porfirio Sánchez, y dígame que digo yo, que busque el combustible que sea necesario... escoja un grupo de duros de los que tengan cojones... quedó viendo a Matute... óigalo bien, que sean de los *palmazones* que tenga bajo su mando, y que se prepare para la noche...

—¿Sí, General?...

Matute le quedó viendo. Confiaba en el jefe. Pensó que a lo mejor tendrfa a mano la salida airosa para responder al potencial de guerra de los marines...

—¡Esta noche vamos a incendiar Ocotall! Lo haremos sin la menor compasión, como cuando dinamitamos los cuarteles y las casas de los conservadores —dijo.

Pero el general Porfirio Sánchez consideró una verdadera monstruosidad la decisión del General, porque involucrarfa el sacrificio de ancianos y niños, y otros innecesarios desastres en la aterrorizada Ocotall... y se negó a cumplir tal orden.

Al filo de la tarde, entre el humo gris de ciertas casas incendiándose en la periferia de la ciudad, y de algunos ranchos que bordeaban los ríos y las quebradas, un cortejo fúnebre deprimente y silencioso, que hacía rememorar la Procesión del Silencio en la Semana Santa de las viejas ciudades y pueblos nicara-güenses, bajó la pendiente que conducía al cementerio. Iba precedido a cierta distancia por una carreta tirada por bueyes, en la que yacían hacinados cinco sanguinolentos cadáveres, que representan el único y exclusivo acompañamiento del féretro de su jefe, el coronel Rufo Marín.

VIII

—Sembramos la muerte en las filas enemigas. Tomamos la ciudad, la destrozamos. Los campesinos la saquearon y devastaron. Los enemigos terminaron por refugiarse en una manzana de la ciudad donde les tuvimos a raya. Hubiéramos pegado fuego y dinamitado toda la ciudad, pero había muchos inocentes que hubieran sufrido las consecuencias, relata el General el pavoroso sitio de Ocotál.

En verdad, cuando planeó la acción esperó un triunfo inobjetable. La misión era tomar el cuartel y poner en fuga a los marines y a los siervos constabularios de Díaz y Moncada. Tal vez había adelantado los acontecimientos, calculado de forma precipitada la acción del asalto sin contar con las armas necesarias para enfrentar a la unidad de combate que estaba acuartelada. De todas maneras, lo que había sido hecho, hecho estaba; la decisión tomada había resultado un fiasco, pero algo se había aprendido del fracaso. Eso sí había comenzado la guerra por el rescate de la soberanía nacional que estaba secuestrada por los yanquis. Y como era de esperar Hatfield y Darnall arremetería contra los rescoldos del Improvisado grupo que se hacía llamar Ejército Defensor del Derecho Nacional.

Sí. No le cabe dudas que había calculado mal el ataque a Ocotál. No había tomado en cuenta el potencial

fuego de los aviones en que los marines concentraban la rabia de su poder. Esto lo pudo percibir desde los filones de *El Divisadero*, mientras meditaba sobre el caos que se cernía sobre la ciudad en el pico de la debacle. Los fóker de combate se dejaban venir en picada mientras soltaban sus bombas y disparaban las ametralladoras sobre la aterrorizada población indígena y campesina que intentaba escapar entre las zarzas de los llanos y los laberintos de la montaña. Dio algunas palmaditas cariñosas en el cuello de *la Venada*, y el animal sacudió las orejas.

—Vamos —dijo y la hincó con los talones.

Trató de ganar distancia sobre el territorio escarpado y lluvioso que le llevaría, no sabía adónde, pero era casi seguro que hacia algún refugio de los cerros en las cercanías de la frontera. En ese tramo del camino todo parecía más tranquilo y seguro bajo una luz lunar opaca y hermosa. Cuando le hablaron de la muerte del marine Michael Oblesky, el General pensó en Zelaya, caudillo liberal quien fusiló a los mercenarios Cannon y Gross, cuando intentaron volar por los aires el barco del gobierno liberal que transportaba soldados. Y aunque el tal Zelaya le hubiese simpatizado, no era santo de su devoción, porque en vez de contestar la nota Knox, como dignamente debió hacerlo, salió de alguna manera en estampida y dejó el gobierno en el abandono.

Se dijo que la muerte de Oblesky le había puesto ante Hatfield casi en la misma condición de Zelaya cuando éste fusiló a los piratas. Claro está, el General no es Zelaya, quien aprendió lecciones de milicia mientras cursaba el bachillerato en un colegio de París, y luego asaltó el poder desde arriba. Esta inclinación

por las armas le convirtió en jefe revolucionario y presidente de Nicaragua. Pero como se enredó en la gloria del poder, prefirió rendir su rey antes que ser congruente con lo que pregonaba y desafiar a los yanquis. ¡Qué divertido! ¡El gran general Zelaya sólo sabía gobernar desde arriba contra los enemigos enjaulados y atados con grillos y cadenas!

El General es la otra cara de la moneda del conflicto armado en cuanto a la toma de decisiones. Viene desde el fondo de la periferia social, luchando a brazo partido contra los vicios inhumanos que tienen que ver con la injusticia y el hambre. Nadie sabe lo que tiene en la mente cuando es sacudido por la enjundiosa locura que le pone fuera de sí y hace marchar contra los yanquis, como si el General fuese un don Quijote, y los marines, sólo armazón imaginaria de sus molinos de viento.

Cuando compara su orfandad bélica con la concluyente eficacia de los pájaros de acero, que dejan palpables huellas de destrucción, en el espíritu del General se entrechocan sentimientos de impotencia y rabia. Piensa que es más que denigrante vergüenza para el nicaragüense sufrir en la propia tierra la persecución y afrenta de una potencia extranjera, sea cual fuere el motivo o pretexto para tal persecución. La experiencia vivida en Ocotlán va de la mano con las crónicas y las fotografías de la confrontación mundial reciente, y le han sido útiles para avivar la memoria de esa lucha de los sindicatos de obreros y campesinos en Veracruz y Tampico.

Nos vencieron porque no pudimos vencerlos —piensa el General—. Es obvio, por los aviones. Sin los aviones, mala suerte habrían corrido los marinos

en Ocotal, después de haberme prometido despojarme de las armas por la fuerza. Los aviones se venían en formaciones, se dejaban caer como gavilanes, bombardeaban, ametrallaban y se volvían a elevar para repetir la maniobra, con lo que lograban herir o matar campesinos y reses, pero lo que lograron con eficacia fue sembrar el terror. Era la primera vez que se veían en Nicaragua aviones de guerra en acción, y para los indios, la primera vez que escuchaban su estrépito ensordecedor, declara a corresponsales extranjeros.

La suerte está echada, repite a sí mismo. Hoy más que nunca está muy claro de su papel de rebelde en armas. ¿Qué más podría haber esperado el traidor si había entregado las armas en una chingada transacción de centavos? No había otro camino más que la guerra de liberación, para echar al imperio del territorio. La única razón fundamental que existe para continuar la lucha es la independencia de Nicaragua. Y ello requiere sacrificio: triunfar o morir. Con esto queda todo justificado, incluso cualquier error en el que haya incurrido sin desearlo. Después del ataque a Ocotal, el General está colocado en el extremo opuesto del ruedo político. Reflexiona sobre la posible respuesta que dará el pueblo a su liderazgo de rebelde en armas una vez que prosiga en la acción, y ésta sea respaldada por la opinión popular. Considera que con la entrega de las armas a los marines, el Gobierno y el Partido Liberal quedaron desarmados, manos arriba y contra la pared. Es la oportunidad de hacerse fuerte, manifestar el liderazgo militar frente a un pueblo que ha podido presenciar cómo los que se llaman libertadores, lamentablemente se han rendido al interventor. ¡Qué ascol Y todavía Moncada se atreve a hablar de democracia, paz, seguridad y progreso, cuando más había

escurrido el bulto fingiendo lamentar la muerte de Zeledón. Olvidó Moncada que las fronteras de Nicaragua no comenzaban en León o en Granada, para terminar con la firma del Espino Negro en las rondas de Tipitapa.

El trayecto de Ocotal a San Fernando requiere de tiempo, sobre todo si el viaje se efectúa a lomo de mula y a pie. La semana anterior había cambiado el paso del encabritado *Obispo*, que vino acompañándole desde las minas de San Albino, por el suave lomo de *la Venada*, mula lenta, pero dura y muy hábil en escalar cerros y vadear escabrosos precipicios. Sonrió el General al recordar al padre de *la Venada*, un semental de pura casta que llamaban *El Salvaje*, que erguía sobre los cascos su elegancia de atleta olímpico, y *La Puta Toña*, la yegua artista del Circo Dúmbar, que bailaba en las patas traseras *La Cucaracha* y con las cuatro, alzando la cola y emitiendo relinchos *El Manicero*, y cuando oía carcajadas y nutridos aplausos, *La Puta Toña* agradecía, pelando los dientes al público, soltando nuevos relinchos y golpeando el suelo con los cascos, luego que el maestro de ceremonias la premiaba con caramelos. Cuando en 1926, *El Huracán Emiliano* voló la carpa del circo y cesaron las presentaciones, porque la situación económica se puso de mal a peor, a *La Puta Toña* la encerraron en *El Zacatal*, un potrero de los Báez de Chontales. Allí conoció a *El Salvaje*.

La imaginación es díscola —pensó el General— vagabundea si no tiene algo concreto en qué detenerse. Los recuerdos acuden a la memoria a llenar espacios que generan insatisfacción, cuando es prudente desear las vivencias que lastiman el alma. Quizá por ello

había vagabundado sobre el origen de *La Venada*. Pero, ahora discurría sobre otro asunto. Para el General los límites del territorio no estaban señalados por las fronteras, sino por el orgullo nacional que anidaba en la conciencia. Él era su propia frontera. Y pensó que en ocasiones, no hay mal que por bien no venga, y algo positivo había aprendido de Moncada cuando le mantuvo a distancia, enviándole a las inhóspitas y endiabladas regiones de *Las Segovias*. Y no es extraño suponer que el ataque al cuartel de Ocotál habría comenzado a gestarse cuando el General conoció la barbarie en que vivían los indios de las riveras del Coco y los campesinos de la frontera, quienes no tenían otra alternativa que vivir muriendo bajo el peso del abandono. O tal vez, la acción del asalto a Ocotál se refundía mucho más atrás: había comenzado a gestarse, a cobrar vida entre los olores a berrinche y rata muerta de la cárcel en que había vivido el aborto de su madre. Y cuando escucha las quejas de los grupos de indios y campesinos desarraigados quienes lo seguían, todos expresaban el mismo sentimiento de identidad nacional que se concretaba en la orfandad:

—¿En dónde naciste?

—Aquí, en el río.

—¿Cuál es tu país?

—Éste.

—¿Qué cosa es éste?

—Este rancho... este río... esta mujer... estos hijos...

Acostumbraban hablar con tono saltarín, entrecortado, moviéndose graciosamente. Con absoluto sentido de la propiedad, pues están pegados a la tierra como la uña al dedo desde el instante en que abrieron

los ojos. Y sólo la dejan abandonada temporalmente cuando el furor del tiempo se manifiesta en su contra. Es un nomadismo que tiene que ver con sus necesidades más que con los pies, pero que llevan y trasladan en sus matates y peroles los espacios sagrados y vitales que entretejen en círculos de regresión a los fundamentos de su paraíso en la historia de su tiempo y cultura.

—¿Cuál es tu patria?

—No sé qué es eso. Aquí nacimos, aquí vamos a morir.

Apenas parecen tener conciencia del área geográfica de la cual toman elementales medios de subsistencia. Esta alienante condición es el resultado de las políticas burocráticas en que se desgasta el Estado. Si no son los *sukyás* que sacan el rostro por ellos, no tienen a alguien que ponga las manos al fuego por ellos. Se sienten sin patria, y ni siquiera preguntan qué significa ésta. Para qué mirar hacia atrás, si una vez que se vayan los marines, el General va a reconstruir lo que quedará humeante sobre los escombros de esa revolución que terminó de enterrar Moncada.

Esta condición social es un cáncer que viene de largo; el monstruo depredador, de cien cabezas que comienza con *La Conquista*, proyectado en un miserable tiempo sin fin. La voracidad estatal encarnado en el clásico botín conceptual de la descamada *res pública* —la miserable nación despellejada— para enriquecer a los engreídos compañeros de viaje, a los impertéritos tahúres refocilados en la destartalada barca de la política. La sombra del filibustero en el camino de Moncada: *Rindes las armas revolucionarias que te dieron prestigio para el negocio con el gobierno, y te*

doy dinero y poder entre dignidades de Estado. Práctica usual, obsoleta pero atractiva, con aberrante trasfondo político que viene a confirmar el escabroso ensayo de la apertura de las potencias, que enmascaran las sangrientas garras tras del subterfugio de ser policías de la libertad.

El repliegue a la montaña ofrecía el mismo espectáculo de pavor: ranchos humeantes a lo largo del río y cruce de los senderos por bombardeo de los aviones. Al tercer día, bandas de zopilotes revolotean sobre cadáveres humanos, abandonados por aterrorizados pobladores, y de tendaladas de reses muertas ametralladas en la estampida frente a los portones de los corrales. Quedó viendo al general Carlos Salgado, no encontró qué decirle. El viento del Sureste traía un olor a cadáver que penetraba en las narices y se dilataba en la conciencia.

—Los hijos de puta no han parado de atacamos. Desde las seis de la mañana hasta que se ponen los nubarrones —dijo Salgado.

—Ni van a parar —dijo el General.

—Tengo la certeza de que columnas de constabularios están avanzando por la noche —dijo Salgado.

—Es casi seguro. Una de las campesinas que nos vendió tortilla con queso en *El Mico Pelón*, lo dijo en secreto a Teresa. Es la forma que tienen ellos de decir las cosas —sonrió el General.

—Es de suponerlo —dijo Salgado.

—Los cabrones no van a descansar hasta que nos den alcance —dijo el General.

—El coronel Sánchez y yo transmitimos las instrucciones —dijo Salgado.

—¿Sí?

—Ordenamos a la gente no caminar en grupos de cinco, y guardando cierta distancia cuando se retiren a las cuevas de seguridad —dijo Salgado.

—Con lo que hemos visto de los aviones es lo que más conviene —dijo el General.

Y dio algunas palmadas sobre el cuello de *la Venada* que puso las orejas hacia adelante y comenzó afirmando los cascos sobre los quebradizos y arenosos terrones del desfiladero.

Desde que observó la acción de los aviones en Ocotál, estos llenaron el espacio anímico del General, y no existió asunto que tuviese mayor relevancia que los aviones. En verdad no había tomado en cuenta tal amenaza. Zapata ni Villa habían combatido contra este tipo de aparatos. De manera que estructuralmente la guerra —su guerra— requería otra eventual estrategia que no debería ser la frontal.

Sobre el techo de uno de los ranchos que quedaba sin incendiar, vio un trozo de tela blanca atada a una vara, y tres harapientos niños llorando, acuciillados en la puerta. Acudió a la memoria la burda acción del sargento Paulino Norome, que con bandera blanca llegó al *El Desfiladero* con la traidora propuesta de capitulación de los marines, mientras el capitán Hatfield ganaba tiempo para que llegaran los aviones. *Pero no había tal intención de paz ni de rendición*, pensó.

—No tenían por qué hacerlo —dijo.

—¿Dijo algo usted, General?

—Sólo pensaba en voz alta —dijo el General.

Detuvo a *La Venada* frente al rancho, y ordenó al coronel Santos López que sacara dulce de la alforja y lo entregara a los niños. Aquella bandera blanca no era producto de la guerra, sino del hambre, pensó. Los niños con hambre son los mismos en todas partes.

Recordó las frases de su primo filarmónico Adalid Calderón: *los gordos mueren de diabetes y los desnutridos de paludismo o de tisis...* Sonrió recordando al primo Adalid, un virtuoso del contrabajo, del violín, de la trompeta, del saxofón, de la guitarra o cualquier instrumento que le pusiera frente a un atril. Había que detenerse para ver al primo Adalid cuando viajaba a Diriamba a tocar alguna parranda con la famosa *Jaz Carazo* o cuando lo hacía en Masatepe, para la *Orquesta de los Ramírez*, casi espiritualizándose con la llamada *Sacra missa*: puro órgano y violín, haciendo llorar a las viejas beatas con la *Agonía del Sepulcro*. El primo Adalid era el galán de los Calderones. De pronto, le ocurrió que no estaba de más dar sus vueltas a cualquier asunto que llegara a la cabeza. Servía para escapar brevemente de la obsesión del fracaso.

De todas maneras, estaba sobre la marcha. Después de todo, desde que vio descargar los bombazos sobre las casuchas en las rondas de Ocotil, estuvo seguro de que habría sufrimiento para rato. Ahora sí sabe hacia dónde camina. Tiene conciencia del sitio en que está ubicado, y justifica la decisión de luchar. Jamás creyó que cabría en esa fosa para cocodrilos en que Moncada había metido a sus generales. Simplemente habría sido uno más, sin padrinos de renombre, y jamás habría tenido espacios en su proyecto de las Cooperativas del Coco. Los motivos que le estimularon en su lucha nada tenían que ver con los de los Abánza, o los de los Parajones. No le interesan los clubes sociales, no pretendía retirarse a una casa de campo, ni que le consignaran a cualquier plácido engorde dentro de la burocracia estatal. No había nacido para tales menesteres. El General no fuma, no toma licor, está

más bien acostumbrado a la práctica de costumbres que lindan con las de un asceta, aunque no puede negar que le inquietan las faldas.

Cuando decidió incorporarse a las filas del ejército constitucionalista que combatía contra Díaz y Chamorro, la motivación que le indujo más que cualquier otra cosa, fue recuperar el espacio que le negó la sociedad en la que había nacido. ¿Cómo regresar a Niquinohomo con las manos vacías, si se expone a ser motivo de burla ante el conservador Dagoberto Rivas? Su enemigo de ayer, es hoy el alcalde de Niquinohomo, goza de poder político, y los testaferros suyos son los guardias municipales quienes junto a su madre lo encerraron en la cárcel. Ciertamente, don Gregorio Sandino goza de cierto estatus social-político que ayuda en ciertos problemas, pero los conservadores de Chamorro son quienes administran el poder en la villa, y las recomendaciones de los adversarios políticos por importantes que sean, cuando no son de la misma facción, siempre van al cesto de la basura. Moncada debió estar perdido de la cabeza, cuando fue capaz de hacer semejante proposición a un hombre con testículos como los suyos, quienes para integrarse a la revolución tuvo que conseguir las armas hasta con ayuda de unas valientes prostitutas.

Para ser menos visible a los aviones, el General ordenó la dispersión de sus columnas. La retirada a San Fernando, el punto de convergencia de los guerrilleros después de la batalla de Ocotál, fue una jomada agotadora, desesperante, en la que parecían quedar trancos los sueños con las voluntades rotas. Días, más días, más días, continuaron tronando los aviones corsarios con el fuego de sus ametralladoras rociando todo

el espacio en que se movían indios y campesinos. El acoso interventor no deja tiempo para pensar otra cosa más que en salvar el pellejo. Agazapados tras los troncos de pinos y caobas, parapetados tras relucientes rocas gigantes, redondas, emergidas quizá de las arterias del océano en un cambio de cambios que se pierde en las mutantes raíces de las edades, la suerte está echada. Con todo y ese dolor, con todo y esa pena de la escasez, falta de medicinas y exasperante rigidez del hambre, la marcha sólo tiene expresión para seguir de frente. En los enzarzados llanos y trochas de San Fernando, Las Flores, El Jícaro, Los Espejos van quedando colgados los pedazos de piel en los contradictorios cardos florecidos.

En las rondas de San Fernando le sorprende la persecución de los marines con fuego violento y cerrado. El General considera esta acción como su primera derrota. Lo consigna en sus cartas: *Después del ataque a Ocotal, nos alcanzó un escuadrón enemigo. Por poco me matan. Tuvimos que huir en desbandada.*

Y mientras marines y constabularios atizan la persecución, el General obtuvo información que tropas de ocupación avanzan hacia Quilalí. Para contrarrestar la acción ordena al capitán Sucinto Pérez abandonar Quilalí y salir hacia Divisiones de Agua, en donde deberá instalar un campamento. La experiencia de San Fernando obligó al General a reflexionar sobre la necesidad del cambio de estrategia. Del ataque frontal a los cuarteles no obtuvo los resultados que pretendía. De tal manera, que el curso de la lucha debe cambiarse para capitalizar la experiencia. La nueva estrategia deberá ir tomando forma, haciendo la práctica sobre

el espinazo de la montaña, los picos y faldas de los cerros, los inaccesibles raudales del Coco, los llanos de Pantasma y Yucapuca, y las profundidades del Bocay, sitios que mientras sus hombres entrenan y definen la estrategia de lo que será la guerrilla, habrá de ensayar una que otra acción armada como un mensaje al interventor, que habrá de multiplicarse en las operaciones de guerrilla.

Tal y como llegó la información, los marines acamparon en los llanos de Quilalf, mientras los aviones bombardearon la ciudad, y la aterrorizada población huía desesperada, con las miserias sujetas a la espalda, intemándose en zacatales, cultivos de maíz, cañaverales, quebradas y sitios rocosos del río que podrían servir de sombrilla para poder capear el bulto. Mientras tanto los marines entraron a saco posesionándose del pueblo, ensayando la clásica lección de terror, celebrando el triunfo sobre las ruinas humeantes, tomaron lo que pudieron, sin que escaparan a su furia depredadora, las campanas del templo, y la destrucción de algunas imágenes que se fueron flotando en el río.

No hay tiempo para curar las heridas, para enterrar los muertos, para verter lágrimas, para escuchar lamentos. El ruido infernal que hacen los aviones a ras del llano, van dejando las huellas palpables en evidentes surcos horizontales cavados por la metralla, mientras que nubes de zopilotes se disputan el botín revoloteando sobre las reses muertas, y cuerpos descuartizados de los monos aulladores que quedaron colgando en la maraña de la selva.

El General reflexiona, medita, esboza el plan que pondrá en acción, que será estratégico y vital en la lucha de la montaña. A medida que pasan los días,

tiene más claridad de conciencia en cuanto a su condición de jefe. Aflora en la voluntad del General la innata capacidad del caudillo. Ha sido tocado en la brega como por una fuerza extraña, difícil de comprender. A esta pregunta quizá sólo sean capaces de dar respuesta, los desarrapados que confían en el General, que van tras él sin hacerse ni hacer preguntas, arrobados por la voluntariosa acción de la palabra del jefe, por el sonido de sus frases, por el mensaje profético, providencial, mientras escapan al terror de los extranjeros que han invadido su *habitat*, convirtiéndolo en un infierno.

El General organiza el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional. Para integrarse a sus filas es requisito *ser voluntario liberal o indo-hispano, y tener como único jefe al General, que se define a sí mismo como: hombre leal y sincero, quien ha sabido defender con abnegación el decoro nacional.*

Mientras tanto, concluye el esbozo del Código Militar que normará su funcionamiento: *se desconocerá todo acto, toda orden o disposición de gobierno que no surja del propio seno; el Ejército no es una facción partidarista, que con su actitud trata de la división del Partido Liberal; Nueva Segovia se divide en cuatro zonas: Pueblo Nuevo, Somoto Grande, Quilalf y Ocotal, en los cuales operará un jefe expedicionario quien será nombrado oficialmente por el Jefe Supremo de la Revolución; está prohibido hostilizar a los campesinos pacíficos, pero se podrá imponer préstamos a los capitalistas nacionales y los extranjeros para sostener los gastos de la campaña; a los jefes del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional les está prohibido celebrar pactos secretos con el enemigo ni podrán*

aceptar convenios de ninguna clase. Quien no cumpliera esta disposición será juzgado en Consejo de Guerra; cualquier comunicación oficial sea cual fuera, quien la emita deberá incluir al final la consigna de: Patria y Libertad...

Algunas de las inquietudes sociales del General giran en torno a la experiencia revolucionaria de Huerta y Obregón, pero de manera puntual de Villa y Zapata, en quienes considera que está centrada la concepción agraria como pivote central de la revolución. Ellos son sus héroes, ellos encarnan un fervoroso sentimiento nacionalista que tiene que ver con la piel, la sangre y las profundas huellas del origen.

En el cuartel general de la cumbre de *El Chipote*, la noche es fría y la voluntad ardiente. Los combatientes suben o bajan por las laderas del cerro. El lugar es propicio para urdir planes, cambiar impresiones con los generales, recordar a los caídos y sacar lindas tonadas al mico —el violín de la montaña— junto al nítido culebreo musical del acordeón y el charrangueo de la guitarra. Y Cabrerita se soltaba recitando poemas: *Dice el sabio Salomón, que viste de filigrana: Coge bordón y macana y serás buen garrobero, pero tu mejor oficio es servir de corralero, que aunque te cague el temero comés buena mantequilla...*

Dotado de cierto inusual carisma y olfato de selección aunque el General niegue reconocerlo, los hombres que se le fueron sumando, aceptaron espontáneamente su jefatura absoluta y vertical que se desbordaba en el arrobado de una voz sentenciosa, de profeta y la profundidad de una mirada paternal rígidamente decidida y sentenciosa. Usualmente hablaba poco y otras se desbordaba tronando como rebalse de un río

en invierno torrencial, de manera especial cuando se refería a sus cooperativas agrícolas y los fantásticos proyectos de los lavaderos de oro que darían bienestar a indios y campesinos soterrando la pobreza. Frecuentemente solía decir: *Lo único que no es ingrato en este mundo, es la tierra; sobre todo, cuando sus arenas están repletas de oro.*

Pero el General está bien claro, que la respuesta al problema no es sólo asunto de la tierra —la tierra siempre ha estado allí en el mismo sitio—, sino de la concepción que se tenga de la nación y su pueblo; se concreta más bien la experiencia de vivir en un extenso espacio territorial donde la tierra no tiene dueño. Entonces, ¿de qué se asusta Moncada cuando afirmó que la propiedad es un robo? ¿Qué gana el pueblo y qué saca el Estado con tanta tierra ociosa sin planes que la pongan a producir, mientras los gamonales políticos se entregan a la tarea de colocar mojones sin límites de referencia y continúan apropiándose de las tierras?

El General sonríe. Después de todo, ha servido de algo que el aprendizaje haya sido sangriento y lleno de brutalidad. Era buena lección para conocer al enemigo. Para algo había servido la rabia y el desprecio que le tenía Moncada. Si no hubiese sido por esto, su decisión se habría complicado, y quizá hasta hubiese mordido el leño de la vergüenza al ser cazado en la trampa del desarme junto a los otros generales. Hasta cierto punto, el odio o la tontería del viejo general le había servido de puente para sus planes, porque cuando fue enviado por el Jefe de la Revolución Constitucionalista a entretener o dispersar a las tropas conservadoras, tuvo la oportunidad de conocer el ambiente y contactar a los hombres que necesitaba. En Bocay, Wiwilí, Quilalí,

Raití, Yacalguás, y en otras comarcas y villas, iba destituyendo así como nombrando nuevos alcaldes, jueces de cañada y autoridades civiles y militares. Hasta intentó cambiar el nombre a sitios y comarcas. Las Segovias fue el espacio revolucionario y vital en que comenzó a crecer, poniendo en práctica y afirmando la estrategia de la *guerra de guerrilla*, método original para enfrentar un ejército poderoso.

El General era un *destinista*. Desde muy joven creía y soñaba con sorpresas que tenía previstas el destino. Y especulaba que todo en la vida era asunto del destino, porque si le hubiesen asignado responsabilidades militares en las áreas urbanas, o el resguardo de los cruces de los caminos que interconectan ciudades importantes, el recién estrenado general no habría encontrado un terreno tan propicio para afinar el proyecto guerrillero. Su fe y confianza fueron la amazón espiritual que iba arraigándose en él, agigantándole interiormente luego del asalto a Ocotil.

Está anímicamente satisfecho. La tarde anterior visitó algunas comunidades del río en la compañía del coronel Abraham Rivera, comandante de la flota de pipantes. Andaba viendo a Jeremías Pantín y Lenca Susa, indios misquitos del cuerpo de palanqueros, heridos por rociadas de plomo disparadas desde los aviones. El sacerdote y jefe *sukya* le recibió con exorcismos para echar del General cualquier demonio de la mala suerte que descendiese desde la panza de los aviones; o liberarlo del *grisi siknis*, un mal de duendes embrujados que en un momento fatal de debilidad espiritual es capaz de entrar por la cabeza y enloquecer el corazón de los generales; volviéndoles débiles y cobardes. Las indias dieron vueltas en su rededor, bailando;

quemaron hojas de salvia, flores de viento, corocillo de ilán ilán y terciopelo, amapolas morenas de Jamaica con hisopo de hebras de mata de viento, le rociaron el cuerpo, desde las espuelas al sombrero de sortilegios, mientras saltaban en su rededor algunas de las viejas, profiriendo aullidos de monas congo y rugidos de puma. Cuando rugía el puma cantaba el pájaro cua, que según el *sukya* daba dureza al cuerpo, firmeza a la voluntad y valor en el combate. Al concluir el ritual del *sukya*, los hombres se empinaron calabazas de chicha que rociaban sobre los hombros y la nuca al escaparse de los carrillos, y las mujeres quienes acompañaban el ritmo del oficiante, se colocaron en círculo, mientras grupos de doncellas adolescentes en taparrabo, danzaban en tomo del General, sacudiendo rítmica y dulcemente las virginales desnudeces. Pensó que la visita a los palenques del Coco había sido de gran provecho. Sobre todo por la búsqueda de acercamiento con los pobladores y la visualización de algunos proyectos que ayudarían a la búsqueda de soluciones prácticas en beneficio de los indios, pero el coronel Rivera insinuó:

—Más difícil, eso es una cosa casi imposible. Estos indios tienen miles de años de vivir así y no conocen otra cosa.

—Por la misma razón que da usted, Coronel, porque no conocen otra cosa, el proyecto de las cooperativas vendrá a ser la solución —dijo el General.

—Talvez —repuso el coronel Rivera, encogiéndose de hombros.

Quando el coronel Abraham Rivera hablaba de la vida y de las costumbres de los indios, lo hacía como si fuese un antropólogo social, defendiendo sus afirmaciones con conocimiento de causa. Argumentaba

que nada se podría hacer contra las costumbres y los milenarios ritos de los indígenas, acostumbrados a rascarse los piojos en el más perro abandono. Ayer como hoy, la Costa Caribe como millares de regiones marginadas del mundo, continúan sin respuesta.

Rivera era el hombre del General, quien mejor conocimiento tenía de la vida y costumbres de los indios. Antes de enrolarse en el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, era una especie de patriarca hedonista, sin más intereses que el placer del sexo y las actividades que tuvieran alguna relación con su actividad de contrabandista de la frontera. Aunque es casado con una mulata de rasgos misquitos, a todo lo extenso del Coco mantiene relación sexual con más de trescientas indias entre los trece y dieciocho años, a quienes seducía con cualquier baratija, convirtiéndola en amante; siempre duerme y viaja con ellas en alguna de las pangas, hasta que el deseo se disipa, y las olvida al llegar el tiempo del abumimiento. Rivera camina con lentitud de prostático en períodos de crisis, y alardea de sus habilidades de *chamán* usando y abusando de supuestos poderes sobrenaturales, entre aquellos necesitados que le consideran brujo, al hablar con sus complicados términos mágicos de las enfermedades de la conciencia. Conoce tan bien a los indios y sukyas, que sabe muy bien hasta dónde le está permitido llegar entre ellos.

—Me admiten casi como si fuera uno de los suyos. Yo diría que soy casi uno de ellos, porque crecí entre los meandros de este río —confiesa al General, abriendo su bocaza con la lengua sarrosa y la dentadura desvencijada. Con desventurado aspecto de sapo al que sólo falta saltar, toma parte en las grandes

fiestas devocionales, en las que negros, misquitos, sumos, creoles y zambos saltan, cantan, emitiendo alaridos, cayendo poco a poco como tocados por espíritus fiesteros, contorsionándose a ratos, y quebrándose luego dentro de una danza monótona, lenta, girando de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de súbito, saltando como si trataran de escapar a un encantamiento que les posee; yendo hacia afuera y zangoloteándose rítmicamente al *Palo de Mayo*, en derredor del rollizo árbol escogido para la ceremonia, que semeja un enorme falo circundado de flores. La ceremonia, generalmente, tiene lugar a la entrada del invierno o cuando se van las lluvias para pedir que sean abundantes y generoso en el venidero. Y el rito se vive con mayor placer y entrega cuando entre las nubes, la luna asoma el rostro resplandeciente y muestra el radiante vientre, redondeado de fertilidad.

Es cuando despiertan del sueño los tambores, y los indios agitan los chischiles, suenan los pitos de bambú, las doncellas saltan, se contorsionan entre alegóricas genuflexiones que claman por cosechas y el regocijo de la tierra. Al misterioso dulzor de ocarinas, las viejas invocan los espíritus celestiales y lanzan buchadas de chicha de maíz fermentado, entonces los espíritus se regocijan tomándolo del aire, y tomándolo multiplicado en abundosas cosechas.

El coronel Rivera es tenido por el General, como respetable institución en el trayecto del Coco y los afluentes. Locuaz, divertido, fiestero, jodador, amigo de las bromas y los chistes, pero tremendamente salvaje y temerario en la pelea, se auto-califica el almirante Séller del Coco, por su *Gran flota de pipantes* —mucho mejor que la flota de Séller, que sólo navega

en el mar y encallaría en los ríos si se atreviera a cruzar la montaña— y por ser el hombre y el soporte logístico en la lucha que encabeza el General.

Un día de tantos, el poeta y periodista Froylán Turcios, director de la revista *Ariel*, que se editaba en Tegucigalpa, publicó un formidable reportaje, en que reconoce la imponderable locura patriótica que es capaz de despertar el General, con la sorpresiva hazaña rebelde del asalto a Ocotal, y aplaude su manifiesta disposición de empuñar las armas contra los dueños y señores del poder militar más poderoso del mundo. *Los conceptos que habéis hecho respecto a mi humilde personalidad, referente a mi actitud contra invasores de mi Patria, llenan de honda satisfacción mi espíritu, supuesto que vosotros sois los llamados a dar fiel interpretación con toda imparcialidad a mis actos. Vuestra revista ha abierto una brecha de gratitud en nuestros corazones, y en esa virtud sírvase aceptar, en nombre del puñado de valientes que me acompañan, y el mío propio, nuestros agradecimientos...*, responde al periodista Turcios sobre los conceptos vertidos en *Ariel*. Y continúa: *Esta ocasión me sirve para ratificar a Ud., en lo personal y así puede Usted hacerlo saber a vuestros colegas de prensa, a la intelectualidad hondureña, a los obreros y artesanos, y al pueblo en general de Centroamérica, así como a las naciones indohispánicas, que el General no se rendirá a los traidores, ni mucho menos a los invasores de mi Patria. Probar a los pesimistas que el patriotismo no se invoca para alcanzar prebendas y puestos públicos; se demuestra con hechos tangibles, ofrendando la vida en defensa de la soberanía de la Patria, pues es preferible morir antes que aceptar la humillante libertad del esclavo.*

Los ardorosos y sesudos reportajes de *Ariel* volaron a diferentes periódicos del mundo, levantando gran polvareda en el universo noticioso. De pronto, el periodista Turcios se convirtió en vocero y representante del General, y del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional. Los pueblos reaccionaron con el júbilo que despiertan los profetas. Se recibieron misivas de todas partes. En las laderas de *El Chipote* marchaban los grupos de indios y campesinos en pos de esa especie de Moisés, profeta de la montaña, quien ofrece alternativas a los emergentes problemas sociales que padece el pueblo. Sobre asnos, bueyes, cabras o las mismas espaldas, los hombres cargan los haberes y las mujeres llevan colgados a sus hijos semidormidos, con el cuello doblado sobre el cuadril, hambrientos, casi desnudos, van balanceándose con el azaroso movimiento de la jornada. Se han unido a los guerrilleros del General y tratan de escapar de los marines y los guardias nacionales quienes se desplazan patrullando la montaña.

Entre los voluntarios se habían enrolado viejos soldados indios y campesinos aventureros, o reclutas ocasionales de cualquier movimiento revolucionario. *Mejor enfrentar la guerra que estar muriéndose de hambre* —justifica Sulka Wilbi, nacido a orillas de los tremedales de la frontera hondureña, junto a los afluentes del otro lado del Coco. Y acuden a *El Chipote*, decenas de universitarios con la voluntad de sumarse a las aguerridas columnas del David nacional, mientras que una decena de barcos de guerra: cruceros y destructores de la Fuerza Naval de los Estados Unidos, permanecen anclados frente a las costas del Puerto Cabezas o surcan las aguas nicaragüenses: el *Cleveland* en Puerto Cabezas; el *Denver* y *Hatfield*,

en Bluefields; el *Lawrence*, en Río Grande; el *Coghland* en Prinzapolka; el *Milwaukee* en Corinto y el *Reuben James* y *Raleigh* en el Golfo de Fonseca. Todos transportan infantes de marina con bases en el territorio nacional, que el Brigadier General Logan Feland había organizado en distritos: 1293 oficiales y hombres de tropa en Managua; 624 oficiales y hombres de tropa en Granada; 593 oficiales y hombres de tropa en Matagalpa. Y en León, Somotillo, Ocotal, Estelí, Quilalí, el área oriental de Bluefields, en Puerto Cabezas, Barra del Colorado, Gracias a Dios y Prinzapolka, suman el abrumante contingente 6839 marines soldados y oficiales de un ejército extranjero, que bajo el signo de la prepotencia imperial, descienden de sus naves con amedrentantes redobles de tambores, y el frenético tañido de sus clarines, se asientan en las ciudades, se apoderan de las plazas, y toman posiciones en las alturas de las serranías, encarnando vergonzosa afrenta y aberrante amenaza a la soberanía nacional. El General se pregunta, ¿qué hacer? Entonces decide responder a la agresión con el sorprendente ataque a Telpaneca.

IX

Esta vez los haremos comer su propia mierda, morderán el leño de derrota —dijo el general Salgado con determinación, seguro de que la operación Telpaneca sería un triunfo que se tenía en la bolsa.

Doscientos hombres distribuidos en columnas, bajo el mando de los generales Díaz, Estrada y Colindres, y los coroneles Sánchez, Ramírez y Nigado, bajaron de los cerros para entrar al pueblo. La operación fue el resultado de días y noches de fatigosas marchas, bajo los crudos vientos de la montaña, la amenaza de bombas y el ametrallamiento de los DeHaviland y los Falcon que no les dejaban ver el sol claro. Temerosos de la experiencia de Las Flores y San Fernando, emboscaron a algunas patrullas para que cubrieran la retaguardia al otro lado del río.

Llovía a cántaros como si las cataratas del cielo hubiesen abiertos las compuertas para volcar su furor invernal sobre la tranquila Telpaneca. El sordo y feroz tamborileo de la lluvia tocaba al trepidante forcejeo de espíritus milagrosos de lo distante sobre el techo del cuartel, agujereado en los extremos de las soleras, en donde acostumbraban entrar y salir murciélagos para colgarse de las alfajías, que eran soporte de las tejas. Cuando el capitán Keimling, medio dormido, medio en vigilia, alzó la cabeza clavando los ojos en la solera

central y después bajo los catres, obsesionado por su fobia al chillido de las ratas y el vuelo de los murciélagos, fue que se produjo el potente estallido de la bomba de dinamita que hizo volar la esquina posterior del edificio de taquezal en el que se acuartelaban los marines.

Entre la bruma suspendida sobre la ciudad y un escenario enfurecido de relámpagos y truenos, se escucharon las primeras ráfagas de ametralladoras Lewis y sub-ametralladoras Thompson, a distancia convencional sobre el lado posterior de los cuarteles. El fuego de las máquinas fue reforzado con bombas de dinamita y explosiones de granadas, mientras que en el sector frontal, el edificio fue rociado con fuego del mismo calibre, cubiertos por fusileros y hombres de a pie, que armados de machetes, arremetieron con feroces embestidas en la puerta central del cuartel.

—¡Viva el General! ¡Viva el General! ¡Mueran los yanquis! —se escuchaban los gritos, mientras intentaban derribar el portón, lanzando alaridos de júbilo y arremetiendo con golpes de machete hicieron saltar astillas de la construcción de madera.

—¡Ey, capitán Keimling! ¿Para dónde va usted? —dijo el sargento Eadens, tomándole por los hombros, y empujándole hacia el interior del cuartel—. ¡Aquí vienen los bandidos!...

—¿Dónde? —dijo Eadens.

—Aquí —contestó Keimling, mientras disparaba al guerrillero, quien tenía en la mira a Eadens.

Ya herido, mientras iba cayendo, el fallido combatiente continuó disparando, impactando en el pecho al marine Glaser, quien corría en auxilio del capitán.

En los días del General, Telpaneca tenía de 2,000 habitantes, que espantados por el ataque, daban la

sensación de haber desaparecido, a excepción de los guardias y los marines quienes habían cavado trincheras, rodeándolas con alambres de púas *para protegerse de los bandidos*.

Durante el acoso a Telpaneca, como fantasmas que acechan, acudieron a la memoria del General, las incidencias de la infancia en la villa de Niquinohomo, cuando desde el fondo de la cárcel, escuchaba el rugir de gigantescas correntadas que desbordaban en la calle, por rebalsamiento de las quebradas, alumbradas por hirientes fogonazos de relámpagos que se fundían en truenos. Fue algo que jamás había podido olvidar y cuando afloró el recuerdo, comparó aquella noche infernal de su infancia en la cárcel del pueblo con el tormentoso escenario del ataque a Telpaneca. Con ferocidad las fuerzas guerrilleras atacaron por los cuatro flancos. En sucesivas columnas avanzaron casi de frente, a gatas, parapetadas tras de cualquier aparente obstáculo que sirviera de trinchera.

—Allá están los yanquis con sus patrullas de traidores —señaló Salgado, lleno de rabia, soltando las ráfagas de Lewis—. Entra por ahí, ordenó a un desarra- pado de la retaguardia de Estrada que venía por el Este.

El combatiente no escuchó y cayó doblado en el fango por el disparo del marine.

—Economicen las municiones —Keiling pasó la voz a sus sesenta hombres entre marines y guardias nacionales—. Y disparen sobre el fogonazo de los bandidos, ordenó, mientras el marine Glaser quien había sido herido de bala sin mayores consecuencias, se tambaleó al recibir un segundo impacto y se desplomó como muñeco de trapo.

Keiling se movilizó hacia el Sur, a través de las zanjas en las trincheras. Los combatientes del General

no paraban de disparar. En la oscuridad del fondo se escuchaban fortísimos golpes de cutachas sobre las paredes, o escandalosos toques de clarín con la intención de inducir una aparente acción psicológica. Los guerrilleros estaban al tanto de la topografía del terreno y consideraron tener a su favor las incidencias del tiempo. Cuando decidieron atacar la ciudad, los generales estaban de acuerdo que al desgajarse la tormenta tendrían a su favor un tiempo propicio para un combate de resultados positivos.

El cíclico vaivén climático de la voluble montaña oscura y circunstancial, los torrenciales inviernos que semejaban huracanes, sólo van de la mano con el que bien les conoce. No sólo es necesario mostrar al interventor el puño feraz y providencial de la naturaleza en alto, sino también la evidencia en lucha del General, de que no habrá un día o una noche en paz, mientras existan interventores que detenten la soberanía nacional. Está en lo suyo por lo que es justo y necesario entregar la vida si así lo exigen las circunstancias: *El hombre que de su Patria no exige un pedazo de tierra para su sepultura, merece ser oído, y no sólo oído, sino también creído...*

—La lluvia, los truenos, el fango, los ríos desbordados, no son un camino provechoso para los marines, piensa el general Sánchez. Y en un arranque de espontáneo ardor combativo, y la certeza del triunfo, llama la atención de Estrada: Vamos a ver hasta dónde aguantan estos gringos... vamos a probar si es cierto que tienen cojones, se carcajeó.

Ordenó a sus hombres que movieron la Thompson a la plaza, frente al cuartel y que continuaran con ráfagas aisladas, pero nutridas sobre la estructura media de las barracas donde chispeaba con violencia el fuego

de la fuerza interventora. La gente de Sánchez siguió avanzando y se atrincheró tras el costado Sur del templo, enganchando sobre un muro de piedras medio derruido, la añosa máquina Lewis, que con intermitencias de segundos, escupía fuego sobre la sección Noreste de barracas de los marines, en donde comenzaban las zanjas de las trincheras.

Telpaneca tiene una solitaria calle en la que convergen los pequeños barrios dispersos, en donde cobra presencia la vida de sus habitantes. Bajo la insondable oscuridad se tenía la sensación de que el ataque y la defensa de los cuarteles se efectuaba como en familia. Mientras una que otra mujer metida en años con experiencia de guerras civiles observaba a través de las hendijas lo que captaba el periscopio de sus ojos en la nubosidad fantasmal, de los que unos tantos son espectros surgidos de la propia imaginación del miedo, y no deja de observar de vez en cuando, que uno que otro soldado del General va cruzando la plaza, o cualquier otro revolucionario o marine dispara su escopeta, esgrime su machete o apunta con su fusil al emerger de las sombras, y forcejean contra otras sombras: sombras contra verdaderas sombras con vida de enrarecidas siluetas que hacen sonar el fusil o las ráfagas de metralla sobre otras sombras que corren entre las barracas; o intentan sacar heridos de los fangales, o alinear a los muertos para volver después por ellos, luego de que pase la furia del diluvio si es que fuere posible.

—Me voy con el General —dijo Lorenzo Pedro, besando al niño quien yacía tirado en el suelo, abrazado al terror de Emelina Pedro.

—Cuida al muchacho —dijo a la mujer. Acarició la frente del hijo mayor y el muchacho tomó el zurrón y

machete saliendo bajo la lluvia, acompañando a su padre hasta el cruce del *sampoal*, en donde esperaban otros campesinos quienes no querían estar en Telpaneca cuando llegaran refuerzo de marines y más guardias nacionales.

Después del ataque a cualquier poblado, valle, lo que fuere, no les quedaba más camino que abandonar la ciudad, porque luego de cualquier acción del General, los marines desataban una represión que llamaban ejemplar. Entonces, ¿para qué y por qué esperar? Era preferible sumarse al Ejército del General, que ser víctima de los marines o de la guardia, que algunas veces resultaba peor que los yanquis para congraciarse con los pastores de la intervención. La fama que habían ganado no dejaba alternativa para pensar en otra cosa.

Fue un combate sangriento desde el inicio. Las patrullas del General lucharon cara a cara, contra los marines del capitán Keiling, los sargentos Eadens, Morris y Brett; y los recién entrenados guardias constabularios al mando del endiablado Freudiano Paniagua y sargento Belindo Espinoza —quien era tuerto del ojo izquierdo desde la escaramuza de *El Guachipilín*, en donde Somoza puso a Belindo que prendiera en su chaqueta las estrellas de general. Y ya quedó general.

Era criterio de *El Muerto*, como decían a Paniagua, quien a tono de sorna repetía: Belindo mira tan bien, pero tan bien con el faro que le queda, que donde pone el ojo pone la bala. Fueron estos los heroicos guardias, quienes junto a los cabos Juan Torcuato, Salamanca, Huerta, Lombriz de Leche y Nolasco Apuleyo, se portaron como verdaderos leones, que contrarrestaron una y otra vez, las feroces embestidas de los comandantes Salgado, Colíndres, Estrada, Sánchez y otros tantos

de las temerarias columnas del General. Una encarnizada batalla de interventores, apoyada por traidores contra los soñadores de patria, devorados por el envolvente remolino de la tragedia armada, como la aberrante repuesta inmoral que sumió en el martirio a la heroica sangre traicionada.

—Ya saben, que cargarán con todo lo que puedan. Esas son las necesidades... esas son las instrucciones —dijo Salgado.

A las tres de la madrugada. Mientras los hombres del General hacían traquetear las armas, acompañadas de ruidos metálicos de golpe de hacha y machete, saquean comercios acomodando sobre lomos de burros y caballos, las provisiones que servirán para alimentar a los guerrilleros. Se había comenzado a disipar la bruma, dejando las casitas del pueblo a tiro de fusil, de honda, de mortero artesanal o de escopeta. Pero los guerrilleros comenzaron a salir de Telpaneca. Conocen muy bien que cuando despeje el vaho perpendicular brumoso que se eleva desde la humedad que va evaporando el sol, sobre el cielo abierto de la mañana, como jinetes apocalípticos, aparecerán los veloces *Vought Corsair* con el vientre apertrechado de bombas, y las máquinas Lewis emplazadas en el ala superior, hendiendo el cielo cual relámpagos y de forma acostumbrada dejarán caer sus enormes proyectiles, uno, otro y otros más, desplazando un estruendo brutal, terrible, amenazante y desolador que con el eco de sus retumbos provocará deslizamientos de la corteza en los pechos de las montañas; son brutales y fantásticos para el tiempo, bajarán volando en círculos, para continuar en picada, buscando el perfecto ángulo para ametrallar a las columnas de combatientes, integrados en símbolo de la lucha enraizada en *El Chipote*.

—Misión cumplida, General —dijo Saigado—. Cumplimos el plan. Caímos sobre el pueblo y conseguimos provisiones y armas, retiramos a los heridos de la línea de fuego, sepultamos a nuestros muertos aunque algunos todavía quedaron hundidos en los pantanos.

—Gracias a los espíritus celestiales. Así fue y así será... ¡Misión cumplida! —dijo el General.

—La operación no tuvo chance de penetrar en el cuartel, porque había sido cercado con alambre de púas —dijo Sánchez.

El General sonrió. No había tiempo que perder. Observó las montañas que comenzaban a despejarse. Se dijo que era seguro que entre las 8:00 y 9:00 de la mañana los senderos y las trochas estarían siendo rociados de puro plomo por los aviones piratas. Aunque el ataque al cuartel y las trincheras había sido continuo y tupido, los resultados fueron pobres, aunque el verdadero propósito era enviar un mensaje a Hatfield, y de manera especial a los hombres libres del mundo, quienes estaban por ahí, en cualquier lugar, mostrando el puño del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias en la cruzada contra el Imperio.

La reacción no se hizo esperar. Los grupos de la sociedad civil, los partidos políticos y los sindicatos de trabajadores de México, Estados Unidos, Francia, Alemania, Chile, Colombia, etc., formaron una red solidaria emitiendo declaraciones, editando panfletos y organizando movimientos que agitaron la opinión pública mundial. Las acciones guerrilleras contra los cuarteles de Ocotlán y Tepaneca, desbordaron tal corriente de simpatía y asombro, que se convirtió en punta de lanza política de la cruzada independentista.

Por supuesto, los resultados de Ocotal y Telpaneca en cuanto a planes militares le hacen cambiar de estrategia. Jamás tomó en cuenta que combatiría en una guerra que tendría frente a su ejército el fuego de los aviones. La entrada de la aviación, puso al alcance de los marines radicales ventajas difíciles de ponderar. Infunden el terror, despedazando con las bombas y la metralla todo lo que encuentran a su paso, de tal manera que el pueblo huyó despavorido, buscando refugio, intentando escapar de la ruidosa muerte endemoniada que empezaba con el rugir maldito de los aviones. Los enfermos, los heridos, las mujeres en cinta, los ancianos y los niños pequeños para poder correr hacia la montaña, saltan a los patios que circundan las chozas y agitaban trapos blancos en señal de paz. A lo mejor imaginaban que sacando señales al aire, los pilotos de los aviones entenderían que ellos no eran gente de guerra.

El General palmoteó suavemente el cuello de *La Venada*. La mula hizo las orejas hacia atrás y sacudió las narices. La jornada era larga y tendida, habían avanzado toda la noche sin parar. Antes de alejarse de Telpaneca, desde las enmarañadas alturas de las montañas, habían podido observar el bárbaro bombardeo de los aviones.

—Desplazaron una estrategia de terror —comentó el general Colíndres.

—Matan por matar —respondió Sánchez, mientras ajustaba los arreos a la bestia.

El General permanecía absorto, mientras abreaban las bestias. Olvidó momentáneamente los aviones y en la memoria se fundió con sus indios. Pensó que de seguir así las cosas jamás llegarían a tener

verdadera presencia en la vida social del Estado; sólo permaneciendo incorporados, si es que se les educa y se le enseñan normas de civismo podrán llegar a entender la vida. Esta es una idea obsesionante que gravitaba en su mente desde que tuvo el primer encuentro con los indios en las riveras del Coco. Fue aquí donde nació la crucial idea de las cooperativas, como necesaria acción social con la que suponía responder a los problemas de abandono y miseria de la región.

Los mensajeros que entraban por puntos ciegos de Yuscarán, le llevaron cartas de Turcios. Traían abundante información periodística del ataque a Telpaneca. Y claro está que gente de cultura y revistas como Turcios estaba sorprendida por el ataque a Ocotal, no dudaba que esa sorpresa hubiese subido de asombro con el temerario ataque a Telpaneca, el que parece proyectar muy en serio las intenciones de lucha del General. Es posible que alguien estuviese detrás del temerario guerrillero. Quizás los mejicanos o algún general descontento de El Salvador o Guatemala. Gran cantidad de ciudadanos importantes que no participaban en política, parecían satisfechos con las noticias del extraño líder antiimperialista. Aunque no quedaba duda que muchos de quienes bregaban en los partidos, veían horrorizados que un desconocido sin pedigrí viniera a ocupar un sitio importante en el hueco vacío, dejado por los ortodoxos tradicionalistas. ¡Qué bueno! ¡Que piensen lo que les venga en ganál! ¡Así son los tanguistas de la política!, pensaba el General. Sin lugar a dudas el tiempo ha caído sobre los acontecimientos a una velocidad sorprendente. No duda que Telpaneca había rebasado las expectativas en la afirmación de su imagen de guerrillero. Es un hecho evidente,

estimulante que se haga reconocimiento a su cruzada autonomista y su afirmación patriótica. Es una realidad que los generales y los capitanes yanquis deberán enfrentar, además del acoso de la guerrilla, la justificada crítica de la prensa mundial.

Entre la correspondencia recibe una epístola de Froylán Turcios, el poeta revolucionario de Honduras, director de la revista *Ariel*. El contenido axiológico tremendista, causa gran impacto en el ánimo del General: *¿Qué le diré de su actitud? Que es hermosísima, y que si la sostiene hasta vencer o morir, su gloria se alzaré en los tiempos más grande que la de Morazán. Este invicto guerrero luchó por reunir los jirones de su Patria. Ud. combate por su soberanía, que es lo esencial y básico; lo demás es secundario. Morazán murió por la Unión; Ud. morirá por la Libertad.*

El contingente de voluntarios carece de buenas armas, pero tienen la gran ventaja de soñar y luchar montados sobre coraje. Motivados por el espíritu de triunfo, saben que es grande honor formar parte del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, y si se tiene que combatir deberían alzarse con el triunfo o vender cara la derrota. No son unos kamikazes, pero responden como si lo fuesen, determinados por la inevitable pasión de afirmar la soberanía. Pendiente del entrenamiento y el diálogo con sus guerrilleros, al General siempre le queda tiempo para meditar, y escribe incansablemente dando respuestas a misivas que llegan de todas partes. Selectivo y desconfiado cuando es necesario serio, reúne al Estado Mayor para valorar la táctica y la estrategia en las acciones de la guerrilla.

—No habrá más ataques frontales —afirma el General—. Que nos busquen en la montaña, allí los esperearemos.

El General argumenta sobre el arte de la emboscada. Le secunda el coronel Sánchez.

—Si no contamos con suficientes elementos de guerra, la emboscada será la respuesta. Para la capacidad de fuego y movimiento es la mejor opción —dijo el General.

—Hay que hacer las cosas en frío —recomendó Sánchez.

—Hay que planificar mejor, sopesar bien el futuro del la guerrilla, examinar los pro y contra con detenimiento, como lo requieren las condiciones. Ponerse de acuerdo con los generales de ¿cuál deberá ser el tamaño de la patrulla de emboscadores? ¿Cuáles los tipos de armas para la acción en caso de la emboscada?: ametralladora o fusil, la escopeta o el machete, si es que conviene usar el machete —decía el General.

—El machete es el arma de los campesinos —señaló Rivera.

Para estimular a los generales recurre a ciertos argumentos del periodista Froylán Turcios: *Si podemos sostenernos seis meses más contra los conquistadores y los traidores, quizá la soberanía de Centroamérica se habrá salvado; porque un poderoso movimiento de conciencia universal se está operando, y tan tremenda fuerza moral obligará al imperialismo a retirar sus tropas...*

Y se expande sobre el contenido esencial de las notas de Turcios. El General, quien es más bien un hombre aparentemente de pocas palabras frente a los extraños, y en determinadas ocasiones se deleita en mantenerse, quizá, un poco distante del mundo que le circunda, es exactamente todo lo contrario y controversial cuando expone sus ideas: se transforma en un

torrente difícil de detener; borra cualquier influencia adversa que exista entre él y los interlocutores. Basta escucharle, mantenerse atentos a sus argumentos de una lucha fundamentada en ideas claras y concretas que inquietan el más elemental espíritu patriótico para soñar con barrer la sarna de la ocupación que ensucia el rostro de la soberanía nacional.

En su mensaje al senador Borah, quien parece no estar de acuerdo que flotillas de aviones yanquis bombardeen y ametrallen las chozas de indios y campesinos, sin que se haya dado antes una ruptura de relaciones diplomáticas con el Estado nicaragüense, o que esté de por medio una declaratoria de guerra de parte del Estado invasor, el General expresa en forma categórica: *En nombre del pueblo nicaragüense protesto contra la prolongada barbarie de vuestras fuerzas en mi país, que ha culminado en la reciente destrucción total de Quilalí. Nunca reconoceré a un gobierno que nos haya sido impuesto por una potencia extranjera... Y con esa energía que sólo puede surgir de la apasionante locura de libertad, desde la fantástica rebelión solitaria, casi sin espacios dónde reposar la cabeza, en dónde rumiar la sonoridad del iluminado sueño, el General agrega: Reclamo el retiro inmediato de las fuerzas invasoras; de lo contrario, a partir de la fecha no me hago responsable de la vida de ningún funcionario norteamericano residente en territorio nicaragüense. Patria y Libertad.*

Ha corrido mucha agua bajo el puente. El desembarco de los marines produjo gran irritación y protestas entre partidos y movimientos políticos y sindicales de Centroamérica y México, y produjo tal reacción de solidaridad, que los gobiernos centroamericanos temieron

imprevisibles estallidos de violencia. El gobierno de Costa Rica prohibió facilitar el Teatro Nacional para un homenaje al *descharchado* presidente Sacasa, por temor a que dentro del fuego de los discursos se dijese frases que ofendieran al *Grande y buen amigo*, señor Calvin Coolidge; o estuviesen *a favor o en contra de una parte de la gente de Nicaragua*.

El *Diario Latino* de San Salvador ataca al presidente Díaz, enrostrándole las facilidades con que ofrece la soberanía del país a los Estados Unidos, *como si ésta fuera una mina, o alguna exención de impuestos o una concesión de aguas*. Y el *Diario de Guatemala* hace públicos acuerdos municipales entre el pueblo y la *Liga Antiimperialista* de Huehuetenango para protestar contra los Estados Unidos, pidiendo *el riguroso boicot a toda mercancía de origen yanqui; condenar el bombardeo de Chinandega llevado a cabo por aviadores norteamericanos, independientemente de que hayan estado o no, empleados por Díaz, por ser éste un acto de barbarie en contra de la población civil*.

El rechazo llega al extremo de recomendar al pueblo, no aceptar en sus comunidades nada material o espiritual que tenga que ver con Estados Unidos: *ni industria ni comercio ni religión ni instrucción ni nada*, recuerda el General.

Igual protesta antiimperialista tiene lugar entre las organizaciones cívicas y políticas. Los exiliados hondureños en El Salvador firman un documento de protesta por cierto banquete que se dará a los aviadores yanquis con motivo de su llegada. Tal acción *debe ser tomada como acto de cobardía, ya que esa conducta es una indicación tácita de sumisión a la Casa Blanca*. El documento está rubricado por 40 exiliados.

Existe verdadera efervescencia entre los diferentes estratos sociales de la Centroamérica de Morazán. El 25 de marzo de 1927, en la ciudad Santa Ana, la *Liga Latinoamericanista* hace circular un Manifiesto, en que se hace una exposición del proceso interventor de Estados Unidos, partiendo de la Enmienda Platt en Cuba, hasta la vergonzosa y brutal agresión contra la débil Nicaragua. Nadie detiene la ola de rechazo. Los editores del *Diario de El Salvador*, *La Prensa*, *El Día*, *El Diario Latino* y *El Salvadoreño*, firman documento de protesta consignado al Ministro de Relaciones Exteriores de El Salvador, en que llaman un *Acuerdo tan fraudulento, como el que según los informes públicos, ha firmado el señor Díaz con el señor Stimson*. Los dueños y editores de diarios piden al señor Ministro elevar su nota de protesta y retirar la representación diplomática de El Salvador. No quedaba más remedio que salir al frente de ese vergonzoso acuerdo de desarme que ha negociado Morcada con el señor Stimson, que es similar al frustrado Tratado Chamorro-Weitzet, firmado en Washington el 8 de febrero de 1913, en donde Díaz implora tutelaje de los Estados Unidos en el destino de Nicaragua, y que *tiene el honor de pedir a Vuestra Excelencia, el presidente Woodrow Wilson, lo esencial de la Enmienda Platt en el contexto del Tratado: Compromiso a perpetuidad para la construcción de un Canal Interoceánico por el Río San Juan y el Gran Lago, o cualquier otra parte del territorio, con el derecho a intervenir en cualquier conflicto para proteger al pueblo de dicha república, así como para su propia defensa; da en arriendo por el término de 99 años Com Island y Little Corn Island y construcción de una base naval en el Golfo de Fonseca*. Todo a cambio de 3,000.000.00 de dólares, que al firmarse el

famoso Tratado Chamorro-Bryan, los tales millones fueron absorbidos por los mismos consorcios bancarios con el pretexto de cobrarse préstamos en mora a los involucrados centros financieros.

La vergonzosa solicitud de inclusión de lo esencial de la Enmienda Platt en el Tratado Chamorro-Weitzel fue motivo para que el senador Bristow, de Arkansas, se atreviera a expresar: *Los nicaragüenses vienen a Washington a pedimos que les pongamos cadenas y nosotros estamos afanados en salvarlos de nosotros.*

—Vamos —ordenó a Estrada, continuando la marcha.

Acarició el pescuezo de *La venada* y le dio algunos toques con los tacones de las botas en las costillas. La mula inclinó las orejas hacia delante respondiendo la orden, y comenzó a subir el cerro, afirmando los pequeños cascos dentro del barro amarillento, pegajoso que se había acuñado en intersticios de los graníticos pedruscos del cerro. El General tosió, se compuso el pecho. Tuvo la percepción que el frío agudo y ventoso le entraba por la garganta. Vio su leontina. Eran las tres de la tarde, hora en que comenzaba en sus oídos el zumbido del paludismo. *Es hora de la Tigra*, se dijo: hora de la calentura; y recordó a don Gregorio, metido en su saco gris de casimir inglés, chaleco a rayas sobre la corbata, y la cadenita dorada de la leontina asomando como lagartija en la bolsa del chaleco.

—Esa fiebre palúdica te la curas con Sal de Epsom —le habría prescrito don Gregorio.

Sonrió con los labios secos y los dientes traqueteándole en la punta del cerebro. Sal de Epsom para la gripe, Sal de Epsom para el dolor de cabeza, Sal de Epsom para cualquier problema de los intestinos, Sal

de Epson para los dolores de vientre en los días del ciclo de las mujeres. Si al caballo se enferma de morriña lo curas con Sal de Epson, afirmaba el viejo, cuando iban *en visitas de comercio* a los pequeños agricultores de Catarina, Masatepe, Diriomo, San Marcos, San Juan de Oriente, y restante sector de la laguna de Apoyo y Masaya, en sus carreras para la compra de los frijoles y el maíz con que abastecía a los mayoristas de Granada y la capital.

Qué sal de Epson ni qué nada —pensaba el General enjugando los mares de sudor que le sacaba el paludismo—. *¡Qué chingado!... ¡En la montaña lo único que sirve para la fiebre palúdica es la Tigra, y no hay otra cosa mejor que la Tigra!*, dijo el General hablando para sí mismo. Con la *Tigra* había tenido incontables experiencias. Y si no que lo dijera Teresa Villatoro, quien mantenía un balde de Tigra disponible cuando se hacía necesario por lo endiablado del zancudero.

Se compuso la garganta, ajustó el pañuelo con franjas rojinegras que anudaba en el cuello y siguió escalando las laderas de *El Chipote*. Recordó que al iniciar la retirada de Telpaneca apenas llegaban a trece. Él los contó, y no le había gustado el número. Pero no era el momento para hacer comentarios sobre posibles premoniciones. Suficientes experiencias violentas habían vivido para suponer otra fatalidad. No tenía dudas de que los espíritus celestiales viven pendientes de hombres como él, porque caminan unidos por el cordón umbilical del destino. Claro está que no creía ni dejaba de creer en cruces bajo escaleras, la maldición del número trece o esos gatos negros que se cruzan en el camino. Pero claro, todo está en dependencia del estado de ánimo del momento. Porque algunas

veces le provocaban risa y en otras prudencia. Así era la cosa. En realidad, habían sido trece los que salieron con él, pero ahora ya eran cuarenta y nueve. Cuatro más nueve suman trece, pensó el General. ¡Qué cosas! ¡Qué cosas! —volvió—. Según la cábala, sumado de esa manera es indicio de buena suerte.

Poco a poco los muchachos habían venido saliendo de las trochas y los carrizales, cubriéndose tras las mulas o las pangas en el trayecto que llevaba a las laderas del cerro. Sobre las albardas de las mulas, o el puro lomo de los burros, uno que otro de los heridos logró escapar del asecho de los bombardeos y llegar al punto de convergencia en las faldas de El Chipote. A eso del anochecer detuvo la marcha. A pesar de sus ojos de lince, apenas podía notar la fila de sus muchachos en la oscuridad. Semejaban fantasmas, moviéndose entre las sombras de la noche. Frenó a *La Venada* y llamó la atención del general Estrada.

—Sí, señor —dijo Estrada.

—¿Cuántos vienen? —dijo el General.

—Cuarenta y nueve, señor —dijo Estrada.

—¿Han llegado otros? —dijo el General.

—Los otros se fueron con el coronel Sánchez. Van a buscar cómo llegar al desfiladero de *La Vaca*. Allí va a instalar un campamento —dijo Estrada.

—¿Cuántos se fueron con él? —dijo el General.

—Veinticinco, sumando a las dos mujeres. ¡Qué Dios los proteja! —dijo Estrada sonriendo, pensando en las mujeres.

—Sabrán lo que hacen —sonrió el General—. ¿Y las armas?

—Dos Lewis y cuatro Thompson. Los restantes son Springfield y Remington —dijo Estrada.

—Distribuya, pues, a la gente y coloque a los postas que vamos a descansar un par de horas —dijo el General.

Espoleó a *la venada* y se metió en la champa que estaba a orillas de la vereda que llevaba a *El Chipote*.

X

El General acarició el vientre florecido y lo besó con ternura.

—Tengo meses de estarte esperando —dijo Blanca.

—Aquí me tienes —dijo el General.

—¡Qué feliz soy! —suspiró Blanca.

—Hace frío —dijo el General.

Se acurrucó junto a la mujer, bajo la frazada y volvió a besar el vientre de la esposa. Se dijo que entre las hembras que había tenido como compañeras no había encontrado a una mujer más pura que Blanca. ¡Qué linda era Blanca! ¡Qué buena y que valiente además! Jamás tuvo la menor idea de dónde había surgido aquel espíritu de sacrificio y de vocación libertaria. Aunque los Aráuz eran tenidos como gente valiente entre las familias de Jinotega, Blanquita rebasaba este don, pues no admitía comparaciones. El hecho de ser mujer del Jefe de los guerrilleros quien se había alzado contra el yanqui, era una evidente amenaza que pendía sobre ella. Y esto lo vivía, aparentemente, sin importarle, o quizá le importaba un poco, pero daba la sensación de pasarlo por alto, como si el asunto no fuese con ella.

El General palpó ansioso la redondez promisoría de Blanca. Por lo menos hacía tres meses que no veía a la pequeña telegrafista, quien lo mantenía al tanto de

los movimientos de los marines y la guardia, y facilitaba el contacto con las columnas guerrilleras que operaban en el triángulo de Las Segovias y los poblados del Coco, a través de las claves y los golpecitos del Código Morse. A cualquier hora que lo requiriese podía obtener información logística que servía de apoyo para el despliegue y la operatividad de los cuadros guerrilleros. Blanca es la brújula. El General conoce que sobran los informadores al servicio del poder. Y es comprensible que así sea; así ha sido todo el tiempo en la historia de la humanidad. Cuando hay poder y dinero de por medio, funciona el espionaje que requiere el conflicto armado, y ésta es una verdad incontrovertible de la que se debe estar consciente.

Para llegar a San Rafael, en los años de la intervención, era necesario conocer bien los laberintos de los cerros, los recodos estratégicos en los ríos y las cuevas en donde podían pernoctar y mover los correos del General. Y para cualquier eventual operación se hace imprescindible contactar a Blanca: una mujer tranquila, llena de increíble valor y confianza, quien sabía cómo enfrentar las tremendas presiones que había desatado la cacería del controversial guerrillero. La joven Blanca encamaba al personaje inmutable que con una sonrisa contesta, no siendo éste un sí o virtualmente lo contrario.

Esa solitaria e incomprendida lucha de la montaña, las bombas y la metralla de los aviones, la plaga de patrullas de marines y guardias nacionales que aparecen como hormigas y montan sus campamentos en cualquier sitio, desplazando caseríos y palenques de las riveras del Coco. Es de urgencia estratégica fabricar bombas de pólvora común y corriente o dinamita, conseguir vituallas y agenciarse los Springfield, los Remington o cualquier otro tipo de arma que vaya

saliendo en el camino. El adoctrinamiento metódico, generalizado en los voluntarios con propósito de hacerlos más efectivos y capaces en las argucias y las estrategias del combate, y la afirmación conceptual del ideario revolucionario antiimperialista son tareas que llevan tiempo, que requieren entrega, concentración y un ordenamiento ideológico fino y cuidadoso. Claro está, tal tarea obliga a pasar noches enteras en los cuarteles de la montaña, frente a la pequeña Remington portátil, escribiendo sus reflexiones, epístolas, discursos, documentos, declaraciones a periódicos, revistas, y haciendo todo lo necesario para conservar el contacto con grupos políticos, trabajadores sociales, pintores, poetas, filósofos y un centenar de soñadores como él, de tal manera que al General le faltaba todavía el tiempo para planificar, escribir, soñar sobre cuartillas, y cuartillas, y más cuartillas que hablaran de esa cruzada, que casi semeja una ficción desde el enfoque lejano, pero que existencialmente es real dentro de un fundamental juego de imágenes que se contraponen entre sí, o se complementan, son parte de la misma esencia aunque se repelan y choquen. Tal vez sea un Quijote fuera del libro, en afirmación de su incontestable locura de soberanía, que se lanza sin armaduras contra verdaderos molinos armados de intervención —y no de viento—, con los que pretenden imponerle condiciones.

En sus mensajes a los indo-hispanos, el General hacía referencia a que los convulsos pueblos nuestros jamás han estado sobre un lecho de rosas. Y en reflexivas consideraciones políticas e ideológicas que abordan el peligroso avance de Estados Unidos de América sobre el suelo indo-latinoamericano, el sueño de la Patria grande que soñaron Bolívar y Morazán es

el taladro que chirrfa en sus sienes. El General busca, escucha, hecha mano de cualquier arte o artificio que considera necesario para el combate contra el yanqui. Y claro está, la torturante obsesión no le deja tiempo para otro asunto que no sea la misión casi profética, providencialista, de iluminado, que en la medida que va pasando el tiempo se le transforma en un embrollo. Se aleja de Blanca. No le queda tiempo para la esposa, aunque se acerca a Teresa Villatoro, la amante salvadoreña, quien se mantiene en las costillas de la guerra de guerrillas, haciendo a veces de combatiente y en ocasiones de enfermera. Y claro está, es inevitable que por las condiciones de su trabajo, la telegrafista de San Rafael viva en ascuas. Representa, asimismo, una especie de bomba de tiempo para las fuerzas interventoras por lo que implica el control de la información y sus contactos con el bandido y la gente de su estado mayor.

En marzo de 1929, Blanca fue hecha prisionera de la Guardia Nacional, llevada a la cárcel, y en junio de 1930, fue obligada a trasladarse a León, prácticamente secuestrada. El jefe de los guerrilleros ha debido tomar precauciones para evitar una masacre en la propia casa de la esposa.

—Ya no siento frío —dijo el General.

—Yo, tampoco. Te esperé desde ayer —dijo Blanca.

—Bueno. Tú comprendes cómo es la guerrilla, cómo funciona este asunto —dijo el General—. Sólo te puedo afirmar que eres mi brazo derecho, que eres muy importante para mí... y para el triunfo por la libertad...

No es tan fácil expresar elogios para una mujer como Blanca. El General pensaba que tenía poco con

qué agradecerla que no fuesen aquellos fantásticos pasajes en los combates del EDSN, de los que tanto hablaban los diarios del mundo. Reconocía que el matrimonio con Blanquita era una de las cosas providenciales que le habían ocurrido en la vida. Un ángel caído del cielo con la lámpara del telégrafo en las manos para guiar sus pasos, e iluminar la cruzada antiinterventora en su locura de general guerrillero.

Catapultado al infinito por un torrente de amor y deseo, le invadió la cálida frescura de Blanca. ¡Cuánto había cambiado! Ya no era la niña de 17. Con el encargo en el vientre no era la pequeña inocente y sumisa, sino que había emplumado la mujer en todo el sentido de la palabra. Blanca, como siempre, quedó viendo y pensando en su hombre. Se escurrió suavemente hasta donde alcanzaban las frazadas para arrojárselo.

—Por prudencia no vine el día que te indiqué en el mensaje —dijo el General.

—Lo sé —dijo Blanca.

—Aunque el fiel Mandriono sea el correo, es mejor tomar precauciones —dijo el General.

—Mandriono es buen hombre, pero las condiciones en que se genera la lucha no deja de tener sus peros —dijo Blanca.

—Todos son leales... pero nunca se sabe hasta cuándo. La práctica nos enseña que en ciertas ocasiones la experiencia se compra cara —dijo el General.

—Coincidimos. Me he dado cuenta de muchas cosas terribles con el monitoreo telegráfico —dijo Blanca. Estuvo apropiado lo de los caramelos. Y lo mismo eso de que las cosechas comienzan en noviembre. Siempre hay bastante dinero para entusiasmar a los traidores, sonrió.

—Los yanquis tienen buen servicio de espionaje —dijo el General—. Lo coordina el mayor Fred Cruse, y en ocasiones obtienen la información de nuestros informadores.

—De acuerdo con lo que conozco del mayor, parece ser un tipo listo —dijo Blanca.

—Lo es. Todos los raposos lo son. Están bien entrenados y traen la experiencia de otros países —dijo el General.

Metió la cabeza bajo las frazadas y besó el vientre florecido. ¡Qué bella que era su mujer llena toda de amor, corazón y cabeza! Qué problema debía ser para Blanca que en los albores de la vida le había complicado la existencia.

—Ardía en deseos de verte —dijo el General.

—Llevo tres noches sin dormir desde que supe que vendrías —dijo Blanca.

—Tres noches... —musitó el General.

—Aunque tres noches se van volando, casi no existen para una mujer como yo cuando vive para la espera. A fin de cuentas es como si vinieras todas las noches —dijo Blanca.

—Un día de tantos voy a venir para no irme jamás —dijo el General.

Volvió a besar y acariciar el vientre encendido. Arrastró las manos sobre los pezones. ¡Se sorprendió de cómo habían crecido si cuando la conoció apenas parecían dos nancites en reposo! Lo hizo con dulzura, pero impulsado por cierto sentimiento de macho en la entrega, pensando en cómo habría de ser el fruto que se movía en la barriga.

—Recuerda que esos son del niño —dijo Blanca.

—Sí, sí —musitó el General.

—Pero tuyos también —dijo Blanca.

—Ya no. Esta barriga ya tiene cinco meses —dijo el General.

—Seis —afirmó Blanca—. Dentro de tres meses más vas a ser papá.

—Decía la abuela Valentina que cuando la barriga es redonda y salta hacia fuera en punta, lo que va a nacer es varón... pero si es redonda y achatada, es seguro que será una niña —dijo el General.

—No creo en lo que piense la abuela Valentina. Creo que será varón para que siga tu carrera de General —sonrió y le atrajo hacia sí, besándolo.

—Ojalá falle la abuela —dijo el General.

—¿Y cómo vamos a llamarle? —dijo Blanca.

—Si es macho, Augusto César —dijo el General.

—¿Y si fuese mujer? —preguntó Blanca.

—Si fuese mujer. Espera. Tengo dos nombres metidos en la cabeza: uno el de Blanca como el tuyo, y el otro el de Patria, para que nos haga recordar Nicaragua —dijo el General.

Blanca sonrió llena de felicidad. Tomó la mano del General y la apretó entre las suyas, deslizando las manos de ambos sobre la redondez madurada, y las retuvo después. Hizo un recorrido mental por el perfil de su hombre: el rostro aindiado con encarnados destellos de tristeza que parecían diluirse esperanzados en un océano de ilusiones. En la intimidad familiar no parecía ser el aguerrido general guerrillero de quien tanto hablaban sus generales. Parecía más bien un hombre tranquilo, como buscando con la mirada algo presente y distante. Recordó que su madre en familia solía comentar, que el Jefe de guerrilleros más que típica y grandilocuente estampa del general, semejaba

un maestro de escuela a quien sólo faltaban los anteojos. Y Blanca decía: talvez sea así, pero las cosas no son lo que aparentan ser, sino lo que realmente son.

—¿Qué estás pensando? —preguntó el General.

—En nada especial, después de este pan amargo de todos los días: la guerra contra los yanquis. Y por supuesto, en el nombre de la pequeña si es que llegase a ser mujer —dijo Blanca.

—No me has dicho nada del nombre. ¿Te gusta? —preguntó el General.

—Gracias por lo de Blanca —dijo Blanca.

—Pensé en el nombre desde que me dijiste que estabas en cinta —dijo el General.

—Pero, ¿no piensas que suena mejor Segovia que Patria? A mí me agrada más Segovia, porque está más de acuerdo a lo nuestro. Me gustaría que la llamáramos Segovia —insistió Blanca.

—Está bien, mujer... está bien... lo que tú digas —dijo el General.

—Gracias. Me gusta más así, tiene más sentido familiar y patriótico —dijo Blanca.

Bajo la luz del candil quedó viendo a su mujer. Blanca era una mujer de ñeques como decía Longina cuando hablaba del carácter decidido y valiente de la esposa telegrafista. Pues las había visto duras con el rastreo de los mensajes que informaban al General de la movilización de los marines. Jesús Aráuz, primo de Blanca, había construido un monitor telegráfico que la telegrafista pegaba en cualquier sitio donde pasaran líneas de transmisión. Hoy en una hondonada; mañana a ras del suelo bajo la champa de un cañaveral, y cuando era necesario lo hacía en cualquier otro lugar: establo, choza, rancho o troje, si las líneas cruzaban

sobre éstos, como ocurría en la finca de los Blandón, y en otra de los Aráuz, vecinos de La Concordia.

—¿Y cómo se siente la futura mamá? —preguntó el General.

—No me quejo. Soy feliz a tu lado —dijo Blanca.

—Muchas veces la felicidad es un problema —dijo el General.

—Sí, cuando está de por medio la guerra —dijo Blanca.

—Estamos unidos por alguna trampa del destino —dijo el General.

—Mejor hablemos del niño —sugirió Blanca—. Mientras llega el día de su nacimiento, estoy entretenida, rastreando los mensajes telegráficos que tienen que ver contigo... y con los yanquis. Hoy intercepté uno que mandó Somoza sobre el traslado de los marines a los cuarteles de Jinotega. El mensaje estaba consignado a un tal Boa, lo que supongo es el seudónimo de Halpin... —dijo Blanca. Soltó una risita nerviosa y convulsiva que no pudo evitar. Se abrazó al cuello del General y continuó: ¡No lo vas a creer! Por la noche una gran boa me hizo saltar de la cama hasta donde está instalado el transmisor telegráfico, con las pilas de ácido sulfúrico, sulfato de cobre y agua destilada, que dan energía al aparato.

—Es buen sueño —dijo el General muy en serio.

—No veo por qué tenga que serlo. Era una boa enorme que amenazaba con tragarme y no me quitaba los ojos de encima —dijo Blanca.

—Es buena señal —dijo el General—. Si hubiera sido cascabel, o una coral, te diría que es mal sueño y que tienes que cuidarte un poco más. Pero era una boa, y las boas comen ratas... y las ratas tú conoces quienes son.

—Pero también tragan venados, zainos, conejos y hasta niños recién nacidos —dijo Blanca que no paraba de hablar.

—Lo hacen por hambre. Pero mejor hablemos de otro asunto —dijo el General, acariciando la barriga de Blanca y besando con solícita temura el protuberante botón del ombligo—. Hemos hablado mucho de todo, pero muy poco de esto, y se acurrucó junto a los duros y tibios senos que empujaban hacia fuera.

—Todo anda bien —Blanca palpó su barriga suavemente.

—Así lo espero. Desde ahora lo quiero como a un niño grande, como si ya hubiese nacido. Ojala que cuando nazca se hayan ido los yanquis y podamos vivir en paz —dijo el General.

—Me adivinaste el pensamiento —dijo Blanca.

La guerra anti interventora no había dejado tiempo para nada. Se preguntó, ¿cuántas veces había tenido la oportunidad de dormir y acariciar a su hombre? Lo deseaba más suyo, más al alcance de sus impulsos de mujer. Después de todo, era como cualquier hembra de carne y hueso, y por eso pedía a la Virgen de la Concepción que terminara con la guerra, y pudiese vivir en paz sin estar pendiente de las amenazas yanquis y de la Guardia que mangoneaba Somoza.

—Blanquita... —susurró el General.

—¿Sí? —dijo Blanca.

—Aquí te tengo —dijo.

Asió la mano de la mujer y la colocó a la altura de su corazón. Debes de confiar en mí. No temas a nadie ni a nada. Lo eres todo para mí, representas la vida entera y no sólo las circunstancias.

Respiró con ansiedad, sorprendido por el cúmulo de recuerdos que le condujeron a los días del

compromiso con Blanca. En aquella ocasión se preguntó si la pequeña telegrafista no habría perdido la cabeza al comprometerse con un hombre como él bastante mayor, pemoctando siempre a salto de montaña. Le pareció increíble cómo había pasado el tiempo, muriendo y viviendo, deambulando por trochas y cerros: hoy en Wiwilí, mañana en Bocay, pasado mañana en Estelí, Chichigalpa, El Sauce, San Albino, El Jícaro o cualquier otro sitio en que fuese necesario tener presencia como fuerza combativa.

Casi al anochecer, bajo el intenso frío que horadaba los huesos, había bajado del Yucapuca y entrado a San Rafael donde Blanquita le estaba esperando siempre. La boda había sido planeada de acuerdo con la familia. Sin embargo, le inquietaron ciertos nebulosos temores. No sabía exactamente cuáles ni por qué. Siempre había tenido muchos y fue así. Había pensado tanto en el matrimonio, que de súbito se sintió anímicamente alterado como si se tratase de una eventual acción de guerra. Sonrió. Ciertamente fue extraño, pero inevitable. Tal vez le habían hecho un nudo en la conciencia aquellas adormiladas vivencias que a veces solían despertar en él, y le zarandeaban en la imaginación como maléficos demonios. Se dijo que con el amor de Blanca llenaba el crucial capítulo de su vida que no había logrado escribir Margarita, y era este amor quien había acudido en su rescate. No deseaba tener un hijo que se arrastre bajo los árboles de café y careciese de un padre que sacara la cara por él cuando lo necesitase. Era por una cuestión de experiencia y de principios. Desmontó del lomo de *La Venada*, alisó su chaqueta de cuero y ajustó el fajón de tiros del que colgaban las pistolas.

—Asegúrala —encargó la bestia a uno de los ayudantes y dio un salto para subir la acera de la vivienda de Blanca.

Entró a la casa. Doblado sobre el aparato telegráfico, a la expectativa de cualquier mensaje estaba uno de los hermanos de Blanca, también telegrafista de profesión. Se incorporó para abrazar al General. De pronto, desde el fondo de la casa llegó Lucila, hermana de Blanca, y lo condujo al corredor. La memoria proyectaba nítidamente las imágenes con detalles de colores, sonidos y fieles reminiscencias animadas con armoniosas riquezas de sentimientos, como si estuviesen grabados en un filme cinematográfico.

Titubeó lleno de asombro al contemplar el formidable despliegue de la mesa.

—Es para ti —dijo Blanca, tomándole de las manos—. Lo ha preparado Lucila.

—Gracias, Lucila... —dijo el General—. Gracias por tu gentileza, agregó.

—Tú lo mereces todo —dijo Blanca y lo silenció con un beso.

—El General merece eso y más —afirmó Lucila.

—Además, Lucila ofreció a la *Virgen de Mayo*, una misa de tropa, si venías a la casa sin novedad —agregó Blanca.

En breves segundos afloraron los recuerdos sobre la corriente de la memoria incapaz de hacer un alto. ¡Qué bella es Blanquita! ¡Un immaculado chote sin reventar dentro del jardín de ensueños de la guerra y la montaña! Se cuestionó. Eran como si los recios fue-tazos del tiempo hubiesen estallado sobre su rostro. Para él fue algo inusual. Con cierto rubor sonrió para sus adentros. ¡Si más bien parecía el padre de la novia si

se comparaban las edades: Blanca volaba en las dieciocho primaveras, y el General ya transitaba treinta y tres duros inviernos, que junto a la devastadora acción de la guerrilla, no habían pasado en balde, dejando evidentes huellas sobre su rostro. Cuando besaba a Blanca experimentaba una pasión imposible de definir. Y reaccionaba pensando que el verdadero amor carece de definición.

—Gracias, Lucila —dijo el General una vez más.

—¿Qué respondes a lo de la misa a Nuestra Señora de Mayo? —dijo Lucila.

—Tanto mi tropa como yo, mañana a las ocho en punto estaremos en la iglesia —dijo el General.

Todo quedó confirmado cuando el cura del pueblo aceptó officiar la misa. En el transcurso de la ceremonia no me sentí como el guerrero quien desciende de los llanos de Yucapuca para afinar la puntería sobre los blancos estratégicos, quien busca voluntarios para enrolosarlos en las filas del EDSN; o enseñarles a fabricar bombas o aceitar rifles para enfrentar a los interventores que eran toda mi obsesión. Fue lo contrario, me sentí como un muchacho bueno a la orilla de Blanquita: con-trito, tranquilo, olvidado de mí mismo y de lo que me rodeaba, a excepción de Blanca, que fue la opción ferviente, amorosa y vital, quien psicológicamente me condujo hacia atrás en mis reminiscencias, tomán-dome con las manos del corazón, subiéndome a bordo en su barco desde el naufragio de mi niñez.

Durante pasajes importantes de la ceremonia, algunos de los simpatizantes del General quemaron cohetes de feria, y algunos de los soldados del EDSN mostraron su aprobación, disparando salvas de fusilería y ráfagas de metralla. Cuando comprendí la

responsabilidad que tenía frente a mí, me quedé callado, pensando.

—¿Por qué no dice nada mi General? —lo despertó Blanca del letargo.

—Pensaba en aquella misa de la Virgen de Mayo —dijo el General.

—Fue una linda misa —recordó Blanca.

—Estuvo regia —dijo el General.

Recordó que había seguido el oficio religioso paso a paso, como jamás lo había hecho, cogido de la mano de Blanquita con devoción inusual. Si no le fallaba la memoria, la última vez que había estado en un acto religioso, había sido en el mes de junio de hacía casi siete años en la celebración anual del Rosario al Corazón de Jesús en la iglesia de Niquinohomo. Sacó el pañuelo y se lo pasó por el rostro. Fue el día que le disparó el balazo en la nalga a Dagoberto Rivas, en el atrio de la parroquia. Luego escapó corriendo entre los cafetales, a sabiendas de que de nada le valdría tener la razón con la clase de jueces que negociaban la justicia.

—¡Estás como ido! ¿En qué piensa, mi General? —dijo Blanca.

—En Blanca —dijo el General.

—Mentiroso —dijo Blanca.

—Ahora Blanquita, tú eres lo único que me preocupa —dijo el General.

—Mentiroso —acarició la frente del General.

Recordó la famosa carta en que confesaba: el amor a mi Patria, lo he puesto sobre todos los amores. No me hables de celos, porque ya te he dicho que yo sé lo que hago... Tal vez haya ya cambiado, especuló Blanca, pensando en la salvadoreña Teresa Villatoro, amante

del General, quien tenía buenos muslos y apetitoso fondillo, y quien se movía de cuartel en cuartel, y de región en región en donde más la necesitaban, haciendo su trabajo de enfermera.

—Mi mamá ya atendió a los muchachos —dijo Blanca.

—Tranquilino está entendido de lo que hay que hacer —dijo el General.

—En la cocina hay café caliente, pan, dulce, queso y tortillas —dijo Blanca.

—Tu mamá ya lo había hecho saber al general Umanzor —dijo el General.

—Mi madre siempre está pendiente de todo —dijo Blanca.

—Es buena mi suegra —dijo el General—. A Estrada y Umanzor les dio un tasajo de carne de res asada con tortilla. Me dijeron que todo estaba en su punto, y pidieron que yo mismo te diera el agradecimiento por las finuras de tu mamá —sonrió el General.

—Además de los generales, ¿quiénes vinieron con vos? —preguntó Blanca.

—Los topos y los baquianos, pero a ellos ya los mandé a sus casas —dijo el General.

—Entonces, ¿sólo quedaron Umanzor y Estrada y la columna de quince? —preguntó Blanca.

—Por ahora son suficientes. Esta semana no hay señales de marines ni de guardias que anden por esta zona —dijo el General.

—¿Has oído hablar de un tal Iñique Morazán? —preguntó Blanca.

El General se incorporó sorprendido.

—¿Qué sabes de ese hombre? —preguntó el General.

—Tuve cierta información de ese hombre al interceptar un mensaje que fue transmitido por el telégrafo —dijo Blanca.

—¿Quién lo enviaba? —preguntó el General.

—Lo firmaba el general Reyes y lo dirigía a Somoza. Estaba escrito en clave —dijo Blanca.

—¿En qué tipo de clave? —preguntó el General.

—En la de los bastones. Lo describe como a otro bandido. Me parece buena noticia —dijo Blanca.

—Yo pienso lo mismo que tú, pero primero hay que cerciorarse. No sé quién sea ese Iñique Morazán, aunque ya me han hablado de él —dijo el General.

—¿Y qué fue lo que te dijeron? —dijo Blanca.

—Según Melesio, el hijo de Altamirano, desde antes del ataque a Ocotál, este tal Iñique Morazán se había contactado con el general Rufo Marín —dijo el General.

—Si lo dijo Melesio debe de tener algún fondo de verdad, y sobre tal cosa debe de estar al tanto el general Altamirano —dijo Blanca.

—A lo mejor es el mismo Ferrara —dijo el General—. Hay hombres que se divierten haciendo torerías bajo las sombras del anonimato.

—Por algo debe ser —dijo Blanca.

—Hablé con Altamirano. Y de acuerdo con Salgado y Sánchez, muchos de los combatientes están de acuerdo en que Iñique Morazán es una realidad que ha participado en varios de los combates —dijo el General.

—Parece una historieta —dijo Blanca.

—Pero a mí me huele a verdad —dijo el General.

—La historia comenzó luego de la muerte del general Ortiz —señaló Blanca.

—No me extrañaría que fuese el espíritu del apóstol Santiago reencamado en el cuerpo del General Ortiz.

Hay que estar claros, que esta es una guerra distinta, como señalé en la carta enviada al general Altamirano: *Tenga usted presente y los demás hermanos que se encuentran en esta lucha, de que yo soy simplemente, nada más que un instrumento de la justicia divina para redimir a este pueblo... y de que usted y los que le acompañan han estado en otras existencias conmigo...*

—La leímos y releímos —dijo Blanca.

—Podría ser que todo esto tenga que ver con el general Morazán. Cuéntame: ¿Qué pensaron los generales? —preguntó el General.

Cuando escucharon lo de Melesio, Salgado y Sánchez se sorprendieron. Personalmente, no tienen la menor información sobre el general Morazán —dijo Blanca.

—¡Ajá!

—Y en cuanto al general Altamirano, solamente le conoce de oídas como Rivera, aunque ambos tienen la misma versión respecto a Iñique, la que está de acuerdo con el informe del general Rigoberto Reyes a Somoza —dijo Blanca.

—¿Cuándo escuchaste el informe de Reyes? —preguntó el General.

—Anoche, al amanecer —respondió Blanca.

—No sabemos quién es ni cuál es su interés de combatir a nuestro lado. Hay algo raro en todo esto —señaló el General— y más raro parece ser su interés en mantener el anonimato.

—Ni más ni menos como lo de Gregorio Ferrara antes de identificarse con su verdadero nombre de Miguel Ángel Ortez —dijo Blanca.

—Es de mucho valor la opinión del general Altamirano —dijo el General.

—Hasta donde sé, sólo lo conocen de oídas —dijo Blanca—. Se lo pintaron como un sujeto de color blanco, aindiado, de ojos negros muy vivos y mediana estatura, enfundado en guerrera militar azul y sombrero de anchas alas como mi General —sonrió con malicia— y con pretensiones de fantasma, pues quienes le han visto afirman, que parece volar en su caballo blanco, de ameses relucientes, freno de plata pulida y enormes pistolas que cuelgan de la cintura, juntos a espadas en sus fundas cruzadas sobre los extremos de la montura. Ese sí que parece un diablo venido de otro planeta.

—¡Qué imaginación la de Altamirano! Vale lo que pesa el viejo oso —dijo el General.

En la penumbra de la noche sonaron unos disparos.

—Lo que se conoce de Iñique no sólo es cuento del general Altamirano, sino que también de Spencer Suazo, el jefe proberero de la flota de pipantes. La descripción de Iñique coincide con la del general Rivera, y tengo la corazonada que no es pura casualidad, porque lo dicho por Rivera tiene relación con lo que informa el general Reyes en el mensaje a Somoza —dijo Blanca.

—El nombre y mucho más. ¿Cómo lo supo Rivera? —dijo el General.

—A través de Menka Tati, la panguera de El Charcal, pero no le dio mucha fe, porque lo creyó un disparate. Rivera afirma que esas historias no son otra cosa que brujería, y cómo él es brujo, o se hace pasar por chamán, no cree lo que dicen del general Morazán, porque hasta lo describen como Arcángel bajado del cielo. Se lo confió Digno Seky, sukya de Awas Tara, en la fiesta de Kim Pulanka —dijo Blanca.

—¿Y tú que piensas del asunto? —preguntó el General.

— ¿Yo? ¡Nada! No tengo suficientes elementos de juicio para suponer alguna cosa. Pero pienso que hay que tomar en cuenta lo que hablan del general Morazán, porque son bastantes las historias que corren alrededor de él, como sugiere el coronel Rivera, para no atender esta cuestión, y hasta piensan algunos tenidos como supersticiosos, que podría ser el espíritu del Hijo del Trueno, que reencarnó en guemillero —dijo Blanca.

—¿Quién es ese Hijo del Trueno? —dijo el General.

—El apóstol Santiago, aunque no me satisfaga la comparación —dijo Blanca.

—¿Por qué? —dijo el General.

—Porque podría traernos mala suerte. Si no recuerdo mal, en algún libro leí que el apóstol Santiago murió degollado por el dictador —dijo Blanca. Se apretujó al cuerpo del General y le besó en los labios, la frente, las manos, el cuello, mientras acaricia el cabello hirsuto, negro, claramente enraizado en la causa indo-hispanoamericana que defendía y por la que obsesivamente luchaba.

—No veo que haya algo a qué temer —dijo el General.

—Las mujeres tenemos un sexto sentido —dijo Blanca.

—De acuerdo con lo del sexto sentido, pero no sería nada extraño que el apóstol Santiago se enrolara con nosotros y nos echara una mano —dijo el General—. Fue guerrero como nosotros y dio la vida por Cristo y la libertad. Combatió contra la tiranía del imperio romano, como lo hacemos nosotros contra el imperio yanqui. Quizá por esto le persiguieron y lo lanzaron a los leones —dijo el General.

—¿Cuáles leones? —preguntó Blanca.

—Los de la muerte. Es una manera de hablar entre soldados cuando te sacrifican, lanzándote al calabozo de Caifás. A San Pablo lo decapitaron. Como bien sabes Blanca, no es el general Pedro Altamirano —como afirman Moncada y Díaz— el inventor del Corte de Chaleco.

—Eso lo sabe todo el mundo. Lo conoce quien lo quiere conocer —dijo Blanca.

—Volviendo al asunto de Iñique, la vida de gente como nosotros, está plena de misterio. Si mal no recuerdo, ahora que hablan de ese general Morazán, el general Altamirano algo dijo de este general antes de que Ferrara cayera combatiendo en la acción de Palacagüina. Los generales Ferrara y Morazán tuvieron para mí cierto sentido de presencia luego de la batalla del Embocadero. En un principio, esto sonó para mí como un cuento de espíritus sin potencial asidero en el más allá, pero no dejé de creerlo, cuando se especuló que Iñique Morazán, se deslizaba en el aire como sombra, y se materializó ante los ojos de Melesio, pero cuando el hijo de Pedro le disparó se le encasquilló la bala —dijo el General.

—Es extraño, pero suceden estas cosas —dijo Blanca.

—El general Altamirano pone de testigo a María, su mujer —dijo el General.

—¿A la coronela? —preguntó Blanca.

—A la que anda con él por todos los recovecos de la montaña —dijo el General.

—A la única. María, la coronela, su única mujer. Que yo sepa no se le conoce ninguna otra —dijo Blanca sugerente.

—Afirma la coronela que a Melesio no solamente lo vio a vuelo de pájaro, sino que lo miró saltar a carrera

tendida, sobre el lomo del caballo, entre ráfagas de metralla y estallidos de morteros y bombas, mientras volaba partiendo el aire con reluciente espada en la batalla del Embocadero... hizo una pausa y continuó: En El Embocadero los marines salieron mal parados, el comandante Léster Power y cinco soldados más cayeron en combate. La generala sigue convencida que el extraño personaje no fue otro más que el general Iñique Morazán —dijo el General.

—Todavía no comprendo este asunto. ¿Tienes alguna idea de quién puede ser este Iñique? —dijo Blanca.

—Iñique es Iñique —dijo el General.

—Con eso no me dices nada. Sigo sin entenderlo —dijo Blanca.

—Nuestra inteligencia no está facultada para penetrar los misterios de lo eterno. Si apenas lo podemos percibir en las vibraciones de las cosas, mejor es no intentar meternos en el misterio. Todo tiene su tiempo y su peso en el más allá con el principio cósmico —dijo el General.

—Sigo sin entenderlo —repitió Blanca.

De súbito, el general olvidó que estaba con Blanca, que desde hacía semanas que no había podido verla. Hablaba y hablaba, como suspendido en el tiempo sin fin de sus horas de iluminado, cuando adoctrinaba a los generales. El General posee un indiscutible poder persuasivo, capaz de someter a quien le sigue bajo la inducción de su liderazgo. Es la respuesta clara del porque, asesinos como Pedrón: hombre sin Ley, sin Dios ni Gobierno, entrenado entre durezas de toda índole, viviendo del robo, el crimen, el contrabando, y quien para salvar el pellejo pernocta en escondrijos y

recovecos de la frontera, ha aceptado su jefatura, y mantiene hacia él ciega y estricta obediencia en sus columnas guerrilleras. Aquel grotesco Pedrón, con perfil de oso salvaje, algo tiene en su interior que se emociona fácilmente al estímulo de sus experiencias sentimentales. El General conoce el secreto y lo ha practicado a través de inductivos mensajes magnéticos de tonalidad sugerente, opaca pero envolvente, con acento de hipnólogo en la hora clave, cuando medita y reflexiona en el círculo de sus generales.

—Quedaste tan callado que olvidaste al niño. Hablemos del hijo —sugirió Blanca—. Bueno es hacerlo. Acuérdate que queda poco tiempo para que llegue.

—Bueno, ya sabes que se llamará Augusto César —dijo el general.

—¡Cómo habría de llamarse, pues!... —exclamó Blanca.

—Lo sé, mujer —dijo el General.

—Ojalá sea como es su padre —dijo Blanca sonriente, acariciando el rostro del General.

—Dios no lo quiera —dijo el General—. No deseo que mi hijo viva lo que me tocó vivir a mí. Ojalá que así como tendrá una madre como tú, pueda también tener una Patria como la que soñamos los patriotas.

—Como la que se canta con el himno —dijo Blanca.

—Amada, libre y soberana. Si no tienes patria, no tienes nada... andar errante sin patria es valer nada como ciudadano —dijo el General.

—Debes dormir un poco —dijo Blanca—. No olvides que tienes que salir de madrugada para burlar a la Guardia.

—Sí, Blanca. Es lo mejor.

—Recomendé a Lucila que tuviera listo el aliño que van a llevar los generales —dijo Blanca.

—Gracias, Blanquita —dijo el General.

—Que Tranquilino no olvide los calabazos con café caliente y el dulce de rapadura.

—Están entendidos de todo. Café y dulce son necesarios para subir esos cerros —sonrió el General.

—Bueno. Duérmete que vas a salir temprano —dijo Blanca.

Pero el General parecía no querer despertar del sueño de los recuerdos. ¿Amor a primera vista? ¡Qué va! En realidad, fue amor que se calentó sobre la mesa del telégrafo. La pequeña Blanquita amaneciendo junto al General, captando la información de las columnas del Partido Conservador que comandaba Emiliano Chamorro, contra las arremetidas de los llamados Constitucionalistas, a quienes lideraba Moncada. Blanca se convirtió en el duendecillo del General, quien lo tenía al tanto de todo. ¡Qué divertido! ¡Cómo cambia la vida de uno!, se dijo el General. Todo casi se improvisó. Cuando preguntó a Blanca si estaba lista para casarse con él, ella contestó: ¡Claro que sí! Y lo que vino después fue tan rápido, que el sí de Blanca, le pareció como un diálogo en los parlamentos de las veladas escolares que organizaba el primo Adalid Calderón, famoso filarmónico y artista de Niquinohomo, para comprar cemento y latas de cal o pintura, para el mantenimiento de la iglesia de Niquinohomo.

La telegrafista de San Rafael era una chelita dulce, candorosa, sonriente, tranquila, segura de sí misma, casi de su misma altura, quien le inspiró confianza. Y de acuerdo con sus creencias parasicológicas, consideró aquel encuentro con Blanca como una bendición de los espíritus celestiales. Tenía por qué creerlo. Tal vez ni merecía tanto honor ni tanta bendición, al unir su

destino de guerrillero al de una doncella tan pura, casi una santita, según opinión que tenían de la joven, gente muy respetable del pueblo. Pero, reaccionó al instante: debo tomar en cuenta que soy un iluminado...

Y divagó sobre el maravilloso regalo que le había mandado Dios. Fue una boda linda, vernácula, plena de aventurado amor y reminiscencia de paraíso. Le hizo sentir feliz, gravitando en un estado de ánimo regocijante, difícil definir por la profundidad de contenido familiar, que para el General fue una especie de rescate de sí mismo en aquel abismo de inveterada soledad afectiva.

Alejandro Mejía, cura del pueblo, lo invitó a confesarse para poner en paz su alma con Dios, y recibir el Sacramento de la Eucaristía. Llegó al confesionario con explicable aprehensión: *tenía siglos de no hacerlo*, y para el General, quien permanecía obsesionado por el esoterismo, las invocaciones espiritistas, sesiones de rosacruces, budistas y acercamiento con masones, eso de hincarse en un confesionario y abrir de par en par el alma al confesor, ciertamente representaba un verdadero conflicto. Y aunque sus ideas religiosas están orientadas hacia Dios, en búsqueda de la verdad, su Dios es muy particular, etéreo, condicionado, aliado en sus decisiones y a tiempo completo en los asuntos de esa alianza con el General, bajo un entorno similar a esa alianza de Moisés con el Dios del *Éxodo* a la Tierra Prometida.

El General es el Moisés de Las Segovias, quien junto a grupos miserables de indios sumos, ramas, misquitos, creoles, tomó sobre los hombros la tarea de superar el desierto social del abandono y despedazar los sangrantes y tenebrosos pendones de hambre al Noroeste del país y la salvaje Costa Caribe.

Los abandonados: enfermos, harapientos, marginados de la justicia, los pobres de espaldas a Dios, sin amor de la Patria, porque han maltratado su corazón y su capacidad de vivir y entenderla, son quienes siguen al General en el éxodo de la injusticia a la búsqueda de la soñada justicia, que extirpará de una vez la indignidad de ser perseguido en el propio territorio, por el solo delito de luchar por éste.

El General no tenía problemas con Dios. Su Dios era el de las serranías, el de los desfiladeros, el de los meandros, el de las prolongadas marchas a medianoche; el Dios del miserable entorno de las miserias, el del hambre, el de las lamentaciones; el justiciero Dios de los terremotos que como premonición de Juicio Final hacía zangolotear el piso de los conspiradores. El General consciente que el invocado Dios lejano que le dio las espaldas en la cárcel de su pueblo, le resultó oscuro y difícil de analizar por esas razones que habría tenido el cielo para no escuchar sus ruegos. No existía explicación para satisfacer las inquietudes del hedonista que de vez en cuando es él. Y está muy claro que las respuestas del cielo sólo tienen sentido en el coloquio de lo trascendental, y son escritas con el dedo del Arquitecto de la creación en el corazón del universo.

Silencioso, con los ojos cerrados intentaba relajarse. Se dijo que quizá su subconsciente, más bien quería seguir arañando sobre el escenario de los recuerdos. Confesó al cura lo que tenía que decir, abiertamente, como un humilde prácticamente de la fe católica. Sintió felicidad, de que a fin de cuentas algo le hubiese enseñado su madre, su madrastra o el mismo don Gregorio, quien de vez en cuando abundaba en honorabilidad y fervorosa feligresía, manteniéndose

informado de los problemas parroquiales. Recordó que por alguna vía de chismográfico empaque, le había llegado la historia, que Margarita lo llevó a la pila bautismal totalmente desnudo, al negarse a aceptar el vestido de velos angelicales que había mandado don Gregorio; la reacción de la madre tuvo lugar cuando llegó a conocer que el padre de Augusto Nicolás, al asentar al niño en el Registro Público de las Personas y la Fe de Bautismo que se lleva en el templo, había omitido el apellido Sandino.

En su dimensión mental frenó la película. Quería observarse en toda la plenitud, de cuerpo entero. Eran las dos de la madrugada, cuando a pesar del viento helado que se despeñaba de las sierras, el General encabezaba el desfile a pie, como mandaba la costumbre popular, con canéforas, pajes, damas de honor en vestidos largos, y la linda Blanca de velo y corona, símbolos de la castidad.

¡Qué bonito había sido el desfile! ¡Qué especial y motivador! La numerosa familia de Blanca taconeando en las calles de San Rafael diseñadas con piedras finas del río. El General pensaba, alentado por el optimismo: Aquí florecerá la simiente. No le ocurría dudarle. Ésta fue en verdad su primera familia sentimental. Cuánto no hubiese querido que le viese su padre, y hasta su madrastra doña Furibunda Tiffer —como se le ocurría llamarla mentalmente— pues cuando llegó a casa de su padre, doña América lo mandó a la cocina a comer con los mozos de la finca. Y claro estaba que la pobre Margarita lloraría de felicidad o soltaría la carcajada, sorprendida por un arranque emocional. Él y Blanca serán el tronco, y las ramas sus indios y sus campesinos, quienes no habían puesto condiciones para militar y combatir entre sus filas.

—Lo que Dios unió no lo separe el hombre —dijo el cura.

¿Por qué habrían de separarles? ¿Cuál sería el propósito de semejante disparate, si los hijos de los separados son quienes pagan las consecuencias? ¡No! ¡No lo haría jamás! Separarse de Blanquita era como negarse la tranquilidad del cielo que había imaginado para sí. Para qué otra experiencia, si él mismo era suficiente, y sangre viva de lo que era el abandono, de lo que era el olvido del padre. Con lo que había vivido en carne propia, sabía cuáles eran las connotaciones del infierno en los hijos olvidados. De manera que, jamás podría borrar las llagas anímicas ni desprenderse de las consecuencias que las habían motivado.

Si Dios te da un hijo reflexiona sobre el depósito que os confía, porque de allí en adelante, serás para ese niño la imagen de la divinidad... afloró a su memoria algo que le venía al dedo de los mandamientos masónicos con relación al amor paterno. *Hasta los diez años sé su padre, hasta los veinte su hermano, y hasta la muerte su amigo...*

En la ocasión del matrimonio con Blanca había sembrado la propia simiente. Y todavía recordaba las primicias de aquel acto solemne y vivificante. El color y perfume de las flores de mayo, los ramos de rosas, lirios y dalias con los que la novia y su hermana habían adornado el templo; el cortinaje blanco que el sacerdote sacaba del cofre sólo para fiestas solemnes, y el olor a incienso y sirios que subían del altar. ¡Qué bella que iba Blanquita! ¡Cuánta bondad y pureza reflejaba en el rostro y en sus formas de adolescente! El traje blanco bordado, y el velo sobre la frente, rematado en una corona de azahares. ¡Parecía una princesita de cuentos

de hadas que se hubiera escapado del libro! Se reprochó a sí mismo, pues mientras Blanquita resplandecía de humildad e inspiraba paz y pureza, él entró a la iglesia vistiendo atuendo de guerrillero: pistola al cinto, pañuelo rojo y negro alrededor del cuello, guerrera convencional y botas altas, lustradas, color marrón. Sonrió, todavía reprochándose. Recordó la sensación experimentada en el embarazoso momento. Pero reaccionó saliendo en defensa de las precauciones tomadas para sí mismo. ¿Qué otro tipo de seguridades podría pretender un guerrero si para el Gobierno estaba fuera de Ley, y en rebelión frontal contra el imperialismo yanqui? En el amenazante bando militar difundido por Hatfield, también se había amenazado a los ciudadanos que le brindaran protección y no colaborasen en su captura. A los pulpos de la intervención les sobraba poder para penetrar todos los rincones de Las Segovias, y desplazar sus tentáculos en los más recónditos laberintos, para caer sobre él. Y claro estaba, la paga del interventor era sabrosa carnada en el anzuelo de los delatores.

Recordó también, cómo el celo de sus hombres estuvo pendiente de los movimientos del cura, firmes tras el General, por si acaso, protegiendo sus espaldas, mientras participaban del rito religioso. Un joven Raudales que había unido al General en el pueblo de El Jícaro, y el viejo coronel hondureño Conrado Maradiaga tan largo y vertical cual raya que hendía el aire, y que de tan viejo ni recordaban en Yuscarán la fecha del nacimiento, se sentaron detrás de los generales Umanzor, Estrada y Tranquilino Jarquín, cocinero a tiempo completo y artillero ocasional de los que dan siempre en el blanco, y dos más de los ayudantes.

—Ustedes están en el templo de Dios porque pertenecen a él. Los dos contrayentes son miembros del cuerpo de Cristo. Han reconocido su fe en Dios, el Rey del cielo y el Señor de Señores. Al preguntar a ustedes si creen en Dios, y contestar, sí creemos, en nombre del Señor, procedo a unirles en el santo Sacramento del Matrimonio.

Cuando el General dio testimonio de su amor por Blanca con voz quebrada por la emoción, el Jefe del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional escuchó la voz de la novia que dijo: *Yo, Blanca, te acepto ante Dios como mi legítimo esposo, y prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarte y respetarte todos los días de mi vida...*

El sorprendido Maradiaga palpó sus piernas huedas, para cerciorarse de que no era un sueño fantástico el que estaba viviendo. Deslizó sus dedos de pinzas sobre las arrugas del rostro, alisó la barbita de chivo distante de las afeitadas, y acomodó el gorro de dormir que usaba bajo el sombrero. ¡De qué se trataba! ¿Asistía a alguna representación del titiritero Paco García, o era que el Jefe de la nueva revolución había perdido el juicio, dejando al aire libre su verdadera personalidad?

Cuando el cura puso fin a la ceremonia, Blanquita y el General se besaron con pasión frente a los acompañantes. Parecía como atrapado en un ensueño que difuminaba en el éter. Blanca le tomó la mano, y entre el estrépito de cargas cerradas, ráfagas de metralla y salvas de fusilería, iniciaron el regreso a las oficinas del telégrafo, donde era la residencia de la novia.

¡Cómo había pasado el tiempo y cómo había venido sobre él con velocidad de raudal, lo brutal de los

acontecimientos! Pronto sería padre de un niño. Deseaba ser un buen padre. ¡Pensó que ojalá pudiera serlo! Soñaba entregar con creces lo que no había recibido. De pronto, cerró los ojos y al fin se quedó dormido... Hasta que...

—¡General! ¡Despierte, General!... —dijo Blanca.
Todo estaba dispuesto para el regreso a la montaña.

XI

Para determinadas operaciones, el general Pedro Altamirano era el hombre más confiable a quien tenía el General. Cargando con fama de terrible y brutal, esa especie de Atila nacional vivía con la mira puesta en los yanquis, quienes fueron víctimas de sus actos vandálicos y le engancharon el apodo de *Pedrón*, sobre el primer mote de *El Sastré*. Nacido en los suburbios de Jinotega, descendía de duros campesinos, quienes derribaron montañas para transformarlas en tierras cultivables de maíz, frijoles y café. Este último cobró sólido interés económico y comercial con la oportuna diligencia de los inmigrantes alemanes.

—Cuando recibió noticias de mi presencia en la zona, trató de contactarme y lo logró —dijo el General—. Fue como si los espíritus protectores lo hubiesen puesto en mi camino. Todo el mundo sabe, que las revoluciones necesitan protección, y deben contar en sus filas con dispendiosos arcángeles armados quienes vigilen el camino. Y si nos referimos a este hombre, no me cabe la menor duda, así como suena, que el general Pedro Altamirano fue uno de estos espíritus infernales. Estos seres viven reencamados en hombres comunes y corrientes, pero al frente de una causa grandiosa en la que se sustente la justicia y el amor; podrán morir viviendo. El caso de Altamirano causaba asombro,

pues los hombres valientes y arrojados mueren jóvenes, tienen los días contados. Pero Altamirano tenía casi sesenta años y resultaba extraño de por sí, que hubiera superado el tiempo de la edad para un hombre de sus correrías. Alguna misión se le habría encomendado para que siguiera con vida a salto de mata, entre un sin fin de peligros. Le acusaban de ser inventor del Corte de Chaleco. Era seguro que lo practicaba, pero no era invención suya. El Corte de Chaleco en estas tierras tiene su connotado introductor. Jamás nadie podrá quitar el honor de tan aberrante práctica al virtuoso y paradigmático sepulturero del diablo, capitán y gobernador de Nicaragua, don Pedro Árias Dávila, quien instauró formalmente el derecho a la cimitarra, guillotinando los cuellos, nada más ni nada menos, que de sus propios capitanes y adelantados don Francisco Hernández de Córdoba y don Vasco Núñez de Balboa, como si hubiesen sido los simples patos de una feria patronal.

De tal manera, que hasta donde el General estaba informado en los escalofriantes y crudos relatos del padre de las Casas, para no señalar a otros misioneros historiadores, era absurdo y falso afirmar —como lo hicieron Moncada y Somoza— que el Corte de Chaleco fuese un invento de Pedrón. ¡Qué va! ¡Cómo podría ser posible tal cosa, cuando al comparar a Pedrón con el soberano y bendecido Gobernador de Nicaragua, Pedrón Altamirano apenas era un diletante del machete, o un aprendiz de asesino, si se le comparaba con el magnífico gobernador!

Cuando el general Pedro Altamirano pasó a formar parte del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, el temible y temerario desconocido ignoraba el

alfabeto. El General recuerda aquel primer encuentro como si hubiese sido esta misma mañana y estuviésemos por la tarde. Le había llegado el requerimiento de Pedro Altamirano para una posible entrevista, y el General aceptó, no sin antes tomar en cuenta las consabidas precauciones. Fue a principios de la guerrilla. Apostó a algunos de sus hombres en las entradas del cerro donde tenía el cuartel y esperó que Altamirano asomara la cabeza.

—¿Cuántos hombres lo acompañan? —preguntó el General.

—Unos cincuenta, pero solamente diez vendrán con él —dijo Umanzor.

—¿Quiénes son ellos? —dijo el General.

—Pedrón, dos hijos, su mujer y seis de sus ayudantes —dijo Umanzor.

Pensó que aquel hombre que acusaban de contrabandista y asesino de la frontera, quizá lo vendría a abordar con buenas intenciones. De lo contrario, no se haría acompañar de los hijos y la mujer.

—Dile que venga para que tengamos un encuentro de hermanos... —dijo el General. Y señaló el día apropiado.

Fue un lunes al atardecer. Era un buen día para el General, porque de acuerdo con la cábala, el día y la hora eran buenos dentro de los fetiches del General, porque tenía la triste experiencia que el martes le traía mala suerte. El General confiaba en el lunes como su día cabalístico. Recordó que fue en un lunes que se topó con don Gregorio en el parque de Niquinohomo y le preguntó: Vea, señor, ¿es usted o no mi padre? ¿Si soy tu hijo, porque no me llevas a tu casa? Y ese mismo lunes, el hombre lo tomó de la mano y lo condujo a su nueva casa.

—Dile que lo espero el próximo lunes en la parte plana del cerro —señaló el General.

—Se lo haré saber hoy mismo —dijo Umanzor.

—Recuerda, el lunes... que lo confirme —dijo el General.

El General recordaba con absoluta precisión el primer encuentro con Altamirano. Estrada y Umanzor habían dado las referencias. ¡Qué divertido! No esperaba que trajera entre las alforjas alguna carta de recomendación del Obispo de Matagalpa, o el clásico papelito del cura que lo había bautizado en Jinotega. No. Nada de eso. El General pensó que quizá habría hecho igual cosa como había demandado Pedrón, porque ambos se necesitan. Pedrón a los 60 y tantos años, aunque sonara extraño por lo tortuoso del pedigrí, quizá necesite del General, porque estaba interesado en enderezar su vida; redimir un tanto la imagen de asesino, ladrón y contrabandista de la que se había hecho acreedor en correrías de toda índole, en donde Dios apenas muestra el rostro a lo largo de la frontera, en donde acostumbran pemoctar y viven a sus anchas quienes burlan la justicia. Claro, es que no es la misma cosa ser ladrón de ganado, traficante de oro y tabaco o asesino por encargo, que valiente soldado que arriesga la vida por defender la soberanía nacional. Además de que la guerra otorga licencia para matar, y cuando pasó el conflicto, nadie es culpable de nada. En otras palabras, el asesinato es lícito: nadie persigue a los criminales. Asesinos son los que pierden el poder.

Es razonable que el General no quiera dar gritos en el desierto. No quiere hacer el tonto útil de nadie. La vida le ha enseñado el lado difícil, oscuro, brutal, para que tome decisiones y trate de defenderse de la persecución de Hatfield, y ha llegado a la conclusión de que

la guerra nada tiene que ver con ángeles, sino que más bien con legiones de arcángeles rebeldes, como el tenebroso Pedro Altamirano, quien muestra interés en conocerle. ¡Cómo no va a desear una entrevista con El Sastre! ¿Acaso son confites los que dejan caer los aviones cuando incendian ranchos y asesinan a campesinos? ¿Por qué Pedrón habría de ser asesino, y ciudadanos virtuosos los extranjeros que ametrallan con sus aviones?

El encuentro con Pedrón tuvo connotación de careo de gallos antes de entrar a la pelea. El tipo salió de entre la maleza montado en su bestia, detuvo el paso a medio camino y quedó mirando al General. Detrás de Pedrón, venía la mujer sobre una mula overa y le seguían Melesio y Pedro, el mayor y menor de los hijos, flanqueados por los ayudantes. Entre la espesa bruma del atardecer, el recién llegado dio la sensación de parecer un fantasma por el envoltorio de lana que usaba para atemperar el pesado frío de la montaña, y el tupido cabello gris desbordaba sobre las sienes, así como entorchadas cejas y luengos bigotes se desparrramaban sobre la barba.

El General hizo señales a Umanzor. El grupo del fantasma avanzó sobre las bestias hasta quedar frente a frente Pedrón y el General, a unos diez metros de distancia. Con los ojillos negros, pequeños, inquisidores y su instinto de psicólogo, el General recorrió mentalmente la humanidad de Pedrón. Parecía resfriado o quizá por un hábito se componía la garganta y escupía de manera insistente como lo hacía Babe Ruth, Joe Dimaggio u otro beisbolero de Grandes Ligas. El General jamás había podido entender por qué el Chino Meléndez o Canana Sandoval, siendo jugadores de

béisbol no escupían tanto cuando estaban en el terreno de juego.

—Buenas tardes, General. Mi nombre es Pedro Altamirano. Ella es mi mujer, su nombre es María, —señaló a la robusta María, montada sobre la bestia— y estos son mis dos hijos: Melesio y Pedro, como yo. Los otros son familiares míos y de mi mujer, con algunos de mis ayudantes —dijo Pedrón.

Dio un mordisco al purq chircagre de Jalapa, le arrancó un pedazo y comenzó a masticar y escupir, masticar y escupir, el rudimentario rollo de tabaco con sabor a dulce de raspadura... lo masticaba y masticaba, como si fuera el chicle con que los yanquis mitigan el aburrimiento, y acostumbra seguir escupiéndolo. Cuando Pedrón presentó a su mujer, María hizo un gesto de cortesía saludando al General, y los hijos y los ayudantes imitaron a la mujer del jefe, de forma respetuosa, con el sombrero en la mano.

Pedrón se acomodó la toalla del cuello y quedó esperando.

—A mí me llaman General —dijo el General.

—Lo sabemos —dijo Pedrón.

El General brevemente especuló sobre la dimensión del hombre que tenía frente a sí. Con su mirada de lince le observó de pies a cabeza. Se dijo que Pedrón también tenía unos ojos tan pequeños como los suyos, y una atemorizante presencia de oso salvaje, extraviado en las montañas nicaragüenses.

—¿Soy acaso el hombre que buscas? —preguntó el General.

—Usted es y no otro —dijo Pedrón.

Pedrón había llegado hasta donde el General después de haberlo oteado, perseguido y observado

por días y semanas enteras entre los desfiladeros y recodos de la montaña. Había comenzado su localización después de los ataques a Ocotal y Telpaneca, mientras el testarudo general constitucionalista localizaba un sitio en las montañas segovianas dónde montar su cuartel general. Pedrón comenzó a seguirlo desde El Júcaro, y vino tras de él por todo palenque o villorrio, en que Pedrón acostumbraba realizar sus correrías de ladrón de ganado y contrabandista, pues tales espacios los consideraba como parte de su territorio. El fantasma materializado quería estar seguro de que esos hombres a los que pisaba los talones, no eran soldados del Gobierno de Honduras, y tampoco del de Nicaragua. Hizo un movimiento con el freno y adelantó la bestia. Se estiró hacia atrás sobre la frazada hecha motete que llevaba tras él, amarrada a la albarda. Comenzó a preguntar. Quería estar informado sobre qué los había traído por las intrincadas zonas de su territorio. ¿Qué hacían en estos parajes? ¿Qué buscaban? ¿De dónde habían llegado y quiénes eran? ¿Qué cosa los había motivado para andar en estos andurriales?

De pronto, le pareció que el fantasma se había vuelto más humano, pero más peligroso. Lo preguntaba todo. Todo lo escudriñaba. A unas cien varas del fantasma recién transformado, estaban apostados algunos barbados de su banda, guardaespaldas o lo que fueren. Habían ido apareciendo uno detrás del otro, agazapados entre los gigantescos troncos de caobas o cedros, derribados por las madereras, o por el embate del tiempo, que es fenómeno normal cuando la costa Caribe es sacudida por huracanes.

—Tengo cincuenta hombres bajo mi mando, con poder sobre centenares de otros hombres que

controlan cualquier sitio a lo largo de la frontera... —afirmó Pedrón. Tosió, se compuso la garganta y continuó pausadamente, con voz fuerte, cavernosa, evidentemente alterada por el tabaco—. Desde La Camaleona hasta El Garrobo, y desde Bocay a Yuscarán... y parte del paso del cañón en las orillas de Somoto... todo lo controlo yo... Mordió el chircagre, se compuso el pecho, tosió y lanzó el escupitajo a un lado de la bestia. Continuó:

—Dicen que usted está contra los bandidos yanquis... ¿Son legítimos esos decires, o no son otra cosa más que cuentos?

—Son legítimos —dijo el General.

—¿Y esos aviones que lanzan bombas y ametrallan las casas de nuestros indios son de los bandidos yanquis o de quiénes son? —dijo Pedrón.

Mudo por el asombro quedó contemplando aquel envoltorio de poder salvaje montando sobre la bestia. No era un tonto cualquiera. Con la velocidad del instinto siguió midiéndole. Pedro Altamirano era un hombrazo. De tal manera, que si les pusieran uno junto del otro, el General daría la sensación de ser un enano. Se cargó interiormente al considerar el atractivo espectáculo que tenía enfrente. ¿Y si les llamaran a una pelea en llano abierto, el oso humano semejaría el Goliat de los filisteos, y el General un pequeño David más o menos desmedrado? Le resultó difícil penetrar el enigma Pedrón con esa facilidad a la que estaba acostumbrado. De tal suerte, que se rindió ante el innecesario esfuerzo marginal en que trastabillaba su esfuerzo para dimensionar el personaje. Después del ataque a Ocotal y Telpaneca la guerra contra los marines y la Guardia Nacional se había venido endureciendo. Para contrarrestar las operaciones de las patrullas de Hatfield y

las embestidas de los aviones corsarios que tenían las bases en los aeropuertos de Managua, Panamá y Ocotol, se requería en primera instancia, sentir un profundo amor por la soberanía nacional, y en segundo lugar, cojones. En lo referente a los cojones, Pedrón Altamirano parecía tenerlos grandes. De tal manera que no tuvo que pensarlo mucho para una alianza con Pedrón y admitirlo como un voluntario en el Ejército de los Montañeses. Recordó cómo entre en las guerras civiles se conseguían los grados de generales. Montcada era un ejemplo de lo que era el generalato, y Somoza se había enganchado el suyo sin haber disparado un tiro. A él mismo le habían hecho general sin tener instrucción castrense. Era condición que el grado estaba ligado a la influencia del gamonal o al valor que rugía en la sangre y la casta a la hora de poner a prueba la constancia del pedigrí. A él le llegó de golpe con la experiencia de *El Jícaro*, cuando uno de sus voluntarios le llamó con el superlativo título de General. Por supuesto, el General era ya un general. El grado se lo había ganado combatiendo; así lo reconoció el voluntario. Y fue al grano con Pedro Altamirano.

—Así es, general—dijo el General—. Esos aviones son de los bandidos yanquis que persiguen y asesinan a nuestra gente en nuestro propio suelo, sin que exista ninguna declaratoria de guerra entre el Gobierno yanqui y el de nuestro país.

El temible Pedrón se enderezó sobre la bestia. Abrió levemente los ojillos de culebra y pareció dejar escapar una sonrisa inexpresiva, casi rígida, congelada. Jugueteeó con el freno del animal, sacudiéndolo involuntariamente, dando con los extremos de las riendas en uno y otro lado de las botas.

—Gracias, General —dijo el nuevo general—. Quiero estar al lado suyo, si es que me deja ir con usted. Vendré con mi gente, mis escopetas, mis pistolas y todo lo que tenemos a mano para entrarle a esta pelea contra los yanquis, agregó Pedrón.

—Le espero —dijo el General—. Puede usted venir cuando quiera para tomarle el juramento. Y más tarde me trae a su gente.

Pedrón sonrió. Le pareció bien lo dicho por el General. Sin volver los ojos hacia atrás se dirigió al grupo que le acompañaba:

—¡Marfa!

—¿Sí, Pedro?

—Melesio... Pedro... Chonclo... Todos...

—¿Sí, jefe?

—Nos vamos de regreso. Saluden militarmente al General y despídanse de él por hoy —dijo Pedrón.

Colocaron los sombreros sobre el soporte delantero de la albarda y se llevaron las manos extendidas al lado del corazón.

—Hasta otro día, General —dijeron uno a uno.

—Hasta otro día —dijo el General.

—Esta noche daré instrucciones a mis hombres. Pronto estaremos de regreso a las órdenes de usted —dijo Pedrón, despidiéndose con el sombrero en la mano.

Sacudió el freno sobre el pescuezo de la bestia, espoleó los ijares y la mula giró sobre las patas traseras. El nuevo general y su familia descendieron entre los desfiladeros y laberintos por donde habían llegado.

—Hasta mañana, general —dijo el General.

El General caminó hacia las laderas del precipicio. Siguió con la mirada a quienes dejando el escondite

se enfilaron tras Pedrón. Estaban armados con escopetas, descharchados fusiles de guerra que iban quedando de las montoneras, machetes curvos y cutachas, a filo desnudo o enrollados en pedazos de tela entre las manos, o metidos en sus fundas colgando de la cintura.

El viejo era tipo extraño, inquisidor, de pocas palabras. La vez primera que estuvo cara a cara con el fantasma materializado, experimentó la percepción de haberle conocido antes, en algún lugar. No precisaba en dónde. Quizás en los contactos hiperespaciales de Veracruz, cuando se integró al círculo del *Grupo Sanctum*, discípulos de madame Blatvasqui, o entre los agnósticos de *Progreso y Recreo*, en Espita, cuando le tocó compartir la mansedumbre de iluminados y escogidos del destino, en una infinita cola de enfermos invocadores del doctor Charcott, quien a través de los médium, jamás había tenido un no para nadie.

Las investigaciones sobre secretos del más allá y contactos con el Alma Universal, habían inquietado su espíritu desde los años de la adolescencia. Ganando el pan diario, de marinero o de mecánico de barcos mercantes; guardalmacén, jefe de meseros, peón, capataz de minas o despachador de combustible; así por así en el trabajo que fuere, o donde fuese recorriendo el mundo, siempre había tenido tiempo para tomar lecciones de rosacruces, hacer contactos con logias espiritistas o leer literatura sobre masonería. No pudo evitar el ser prendido por la reflexión filosófica y las puras ansias de explorar las regiones interestelares en dónde quizá encontraría la respuesta en el amor que fluye del Arquitecto del Universo. Tan selectiva fue su entrega por los asuntos trascendentales, y tan clara

consideró la luminosidad testimonial de los espíritus protectores, que cuando se rebeló a las condiciones del Pacto Stimson-Moncada, lo hizo bajo la convicción de que la cruzada anti interventora se iniciaba bajo el liderazgo de un predestinado, quien es el mismo General. Y aceptaba como verdad evidente, que por la arista que quisieren evaluarle, los principales hombres que lo seguían formaban parte de la predestinación celeste que le ha conducido desde el principio de sus días hasta los sucesos de Las Segovias, de tal suerte que no era un hecho aislado el encuentro con el general Altamirano, sino la manifestación simbólica de lo que había sido y lo que estaba por venir.

Impulsión divina es la que anima y protege a nuestro ejército desde su principio, y así lo será hasta su fin. Todos vosotros presentís una fuerza superior a sí mismos y a todas las otras fuerzas del Universo. Esa fuerza invisible tiene muchos nombres, pero nosotros la hemos conocido con el nombre de Dios, afirma en parte fundamental de escritos dirigidos a sus generales, hombres duros, violentos, encerrados en sus propios conflictos, como Pedrón, Umanzor, Salgado, Maradiaga, quienes nacieron y fueron formados dentro de las agobiantes contradicciones del conflicto social, y otros cientos de bandidos quienes se amantaron de los andurriales en la faja de la frontera. Algo habría tenido el General que atraía a tales hombres con torrentes de supuestos reales o no, sugestivos contactos con espíritus iluminados, y virtuales premoniciones, de tal manera que cuando formó parte de la *Escuela Magnético—Espiritual de la Comuna Universal* del maestro Joaquín Trincado, se entregó tan a fondo al aprendizaje de las lecciones del fundador,

que cuando el maestro Trincado otorgó el grado de *celador* para el nuevo capítulo de la *Emecu* que se instalaría en Nicaragua, el General agradecido por aquella dignidad que el maestro dispensaba, agradeció el honor, nombrándole el representante del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional en la república Argentina.

Jamás le ocurrió al General dudar del simbólico encuentro con Pedrón. Más bien, se dijo que por la manera de cómo aquel fantástico envoltorio humano había llegado a buscarle cuando todavía no tenía cuartel fijo en la montaña, era más que evidente en la presencia de aquel hombre, la materialización de algún espíritu protector de los que había visualizado. Todo está escrito en el libro de los tiempos que han transcurrido y los que puedan venir; todo está sellado con el signo de la verdad, y el poder del amor que es absoluto y emana de la voz del Hacedor.

—Ya que usted me hizo Jefe Expedicionario de la Primera Columna, tengo que ponerme de acuerdo con la coronela al tomar la decisión de quedarme con usted —dijo Pedrón, cuando regresó con el General haciendo honor a su palabra.

María clavó los ojos sobre la humanidad de Pedrón, como si estuviese en desacuerdo con el nuevo general, pero el envoltorio humano abrió los pequeños ojos dejando ver los leves hilillos rojizos que atravesaban las córneas, y la mujer bajó la vista con compostura.

—La he nombrado coronela y jefa del estado mayor de mi columna expedicionaria —dijo Pedrón al General—. ¿Estás de acuerdo, María? —preguntó a la mujer.

—Sí —dijo la coronela.

—Es buena idea. El general Villa tenía su coronela —intervino el General.

Se quitó el sombrero y con inclinación de cabeza saludó a la coronela. La mujer desde la montura, sonrió con cortesía.

—Me faltaba poco para decidirme —continuó Pedrón—. Todavía hoy no me quedaré con mi General, pero le conduciré a un lugar seguro... —escupió desechos de saliva con revoltijos marrón del tabaco chirca-gre que no paraba de rumiar, como una vaca que pasta; carraspeó varias veces y entonó la garganta. Lanzó un quinto escupitajo y afirmó, refiriéndose al sitio al que conduciría al General: es un sitio verdaderamente seguro.

El General con el fuste en la mano siguió observando a Pedrón de pies a cabeza. La imagen del fantasma se hizo vital y cercana en proyección de su idea de libertad, y de pronto experimentó cierta satisfactoria ansiedad, que semejó al manager de beisbol que recluta al jugador de talento para reforzar el equipo. Está convencido que la guerra contra el invasor será cruel y sangrienta, bajo un entorno sin final de angustia y rabia. Lo calculaba por la persistente metralla de los aviones, y frecuentes incursiones de patrullas de marines y guardias nacionales, que perseguían y vejaban a los campesinos.

—Si salimos temprano, llegaremos a media noche en una sola jomada. Si lo hacemos más tarde, estaremos en el sitio al que vamos al amanecer. Yo prefiero caminar de noche y llegar temprano. Por la noche, los soldados yanquis no se atreven porque le temen a la montaña y no confían mucho en la lealtad de los baquianos. Por todo y todo, es más conveniente viajar temprano, General —dijo Pedrón.

El General volteó la mirada y observó los rostros de los generales Estrada, Umanzor, Sánchez, Salgado

y otros más que se habían venido agregando. Lo observó en sus gestos y entendió que todos estaban de acuerdo.

—Le seguimos, general —dijo el General.

Estuvieron listos para marchar en cuestión de minutos. No había casi que llevar que no fueran fusiles, escopetas de cacería, machetes, macanas, el reducido parque que había quedado del hostigamiento a Telpaneca, y aquello que se había logrado tomar en la escaramuza de *Las Flores*. Lo demás era rabia patriótica por la implacable persecución de los verdaderos bandidos, y el deseo ferviente de soberanía que rugía cual torrente desbordado, en la voluntad y el dolor de grupos de soldados hambrientos y desarraigados: palúdicos, diarreicos, tosigosos, llenos de piojos y niguas, quienes intentaban contrarrestar el frío, casi polar, de Las Segovias, cubriendo la jomada arropados con harapos.

—¿En dónde nació usted, general? —preguntó el General.

—En Jinotega —dijo Pedrón.

—Yo, en la villa de la Victoria que es el mismo pueblo de Niquinohomo —dijo el General.

—Se ve usted muy joven para andar en estos andurriales —dijo Pedrón—. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuándo fue que nació?

—33 —dijo el General. Nací en 1895.

—Camina sobre el filo de la navaja del tiempo —dijo Pedrón—. Los 33 es una edad peligrosa. A los 33 murió Cristo.

—Lo crucificaron —dijo el General.

—Sí, lo asesinaron. Yo ya pasé por ese abismo —dijo Pedrón.

—Tienes usted razón, lo asesinaron —dijo el General.

—Los buenos jefes mueren jóvenes, aunque no me consta, no llevo ninguna cuenta —dijo Pedrón.

—En cuanto a que mueren jóvenes tiene usted razón, sé de algunos quienes siendo muy jóvenes se marcharon a las dimensiones siderales... —dijo el General.

—¡Ajá! ¡Ajá!... Entonces, tiene algo de verdad —dijo Pedrón y mordió el trozo de chircagre que le quedaba sobrando. No estaba convencido de los espacios en otros mundos que hablaba el General, o que hubieren más estrellas que las que se miraban al llegar la noche. Y dijo para sí, que él era ni más ni menos como lagarto de los zampoales del Coco, pues frente a éste sólo tiene vida lo que se mueve en el fango. No creo en santos que orinan, pensó Pedrón, aunque la coronela tenga una idea diferente, y año con año alegre la casa, cantando *La Gritería*.

Escupió a un lado, se enderezó en la montura y dio un fuetazo sobre la bota derecha al recordar aquellos días que bajo mando del general Benavente había combatido contra Zelaya en *El Salto del Tigre*, *La Lagunilla* y *El Silencio*, a lo largo de las serranías de Boaco y Chontales, teniendo como ayudante de escuadra de los aguateros, al negro jamaiquino que llamaba Abraham Lincoln. Este Abraham Lincoln era de opinión que los valientes, cuando van a la guerra, mueren jóvenes, porque combaten de frente; mientras que los jefes que ya son viejos quedan en la retaguardia, o parapetan en los breñales. *Por esta, por esta cruz*, juraba haciéndola con los dedos de la mano... y si le hubiese sido posible, las habría hecho con los del pie... que los valientes mueren jóvenes... hasta tal extremo llegaba la firmeza con que decía las cosas el negro

Lincoln —aseguraba Pedrón, estallando en carcajadas, aunque reía raras veces.

—El jamaquino decía la verdad. Cuando tenía 36 mataron a Zapata; Bolívar murió a los 47, la misma edad que tenía el general Villa cuando lo asesinaron. Martí murió a los 42. Parece correcta la opinión del negro Lincoln —dijo el General.

—He oído hablar mucho de ese Martí, ¿quién es? —preguntó Pedrón.

—Un prócer cubano quien murió combatiendo por sus ideales de Patria —dijo el General.

—¿Qué cosa es prócer? —dijo Pedrón.

—Un hombre valiente, de casta, quien generalmente entrega la vida en defensa de la libertad —dijo el General.

—¿Los yanquis son malos? —preguntó Pedrón.

—No todos —dijo el General.

—Al general Estrada lo escuché hablar de otro Abraham Lincoln —dijo Pedrón.

—Era un patriota quien liberó a los negros de Estados Unidos en tiempos de esclavitud. Ahora dicen que ya son libres. A Lincoln lo asesinaron por esa lucha —dijo el General.

El oso gris ajustó las anchas alas de su sombrero con el lazo que servía de barboquejo para evitar que lo llevase el viento, y quedó viendo al General.

—Por eso es que yo soy como soy ni bueno ni malo —dijo Pedrón. Metió la mano en el zurrón que llevaba en la alforja y sacó otro puro chircagre tan largo como mazorca de maíz. Le arrancó un pedazo con los caninos, y continuó como todo el tiempo que había durado el encuentro, masticando y escupiendo, masticando y escupiendo.

De súbito, la memoria del General vagó aquella tarde inquieta, cuando al cruzar la caseta de entrada del muelle de Tampico, le sorprendió una quiromanta, quien quedó viendo a los ojos del muchacho, tomó una de sus manos y se explayó en la posición de las líneas sumiéndole en supuestos temores. Según la mujer, aunque las manos eran de un predestinado, las líneas hablaban también de peligros. Cuando llegó a Tampico, el aventurero estaba ansioso por saber cuál sería su destino, había abandonado el oficio de grumete, luego de observar medio mundo desde las proas de los barcos.

—Esta línea que usted ve aquí, desplazándose en arco por el Monte de Venus, es la línea de la vida... y veo muerte —dijo la mujer.

Abrió desmesuradamente los ojos, se reclinó a la pared del pequeño edificio en ruinas que hacía de restaurante popular, y arrastró suavemente los dedos índice y del corazón sobre las palmas del muchacho.

—Siga. Hable sobre lo que vea —dijo el obrero desocupado quien deambulaba por Tampico.

—Espera, ten paciencia, que no sólo hay malas noticias en las líneas de tus manos —dijo la mujer—. Escucha y siéntete feliz: dentro de la fatalidad que muestra tu mano, salta a los ojos una especie de triunfo que no parece tan fácil, porque te veo sumergido en una cadena de peligros. Es natural muchacho, porque no existe triunfo fácil —sonrió la mujer y con el lápiz labial señaló los puntitos en donde terminaba la suerte y comenzaba la desgracia—. Necesitas buenos amigos y tener mucha prudencia y sagacidad. Es extraño que lo digan las manos de un muchacho sin oficio ni beneficio como tú, pero las manos no mienten y te veo acosado por el peligro, agregó la mujer.

—¿Qué más? —preguntó el muchacho.

—¿Usted es extranjero? —preguntó la mujer.

—Sí. Así es... Siga... siga... acabo de llegar a Tampico y me interesa eso que está diciendo —dijo el muchacho.

—Escucha bien. Tienes buenas líneas, tienes buen futuro, pero debes saber administrarlo. No te será fácil. ¡A ver!... ¡A ver!... Dame la mano izquierda —dijo la quiromanta.

El muchacho la extendió sobre el sarape que estaba en la mesa.

—Veo sombras en ella... muchas sombras y mucho peligro de tragedia. Morirás bastante joven. En las líneas de tus manos, la línea de la vida está interrumpida sobre el Monte de Venus por la línea del destino casi a la altura de la mitad. Pero claro, si te cuidas y tienes paciencia puedes llegar muy lejos —agregó la mujer.

—Sí. ¿Qué más?

—Ten paciencia, que no sólo malas noticias anuncian las líneas de tus manos. Eres un extraño tipo con suerte, que aunque despertarás admiración y llegarás a tener poder, provocarás un conflicto. No puedo decir de qué se trata... en qué consiste... o cómo y por qué será... Pero visualizo mucho amor y mucho odio entre gente poderosa; quizá entre políticos o militares que estarán contigo... o contra ti. Repito que no será fácil, ni si se trata de negocios. Pero hay algo oscuro en todo esto, porque veo a hombres que corren en todas direcciones... Y sólo el dinero y el poder político hacen correr a tanta gente... El dinero y el amor —agregó la quiromanta—. Eso sí, eres tipo extraño que tiene ángel, y éste es un protector muy fuerte, muy poderoso que se interesa en ti. Muchacho, te digo que

son raras las manos con ese tipo de líneas que se acercan a lo profético y que revisten entornos de espíritus iluminados. Estas líneas no son normales en las manos de nadie, porque vaticinan formidables acontecimientos o pavorosas tragedias. Hay que saber administrar la vida cuando se tienen estas líneas, que no son buenas ni malas, dependiendo de cuál sea la manera de ver la vida y la forma de administrarla. Cuidate mucho, muchacho... Y págame los cinco pesos que yo me largo, ya es tarde y los hijos están esperando.

La vieja recogió la baraja que había tendido sobre el rebozo para quienes preferían las cartas, sacudió la enagua y se perdió en la cuartería del callejón, en la parte trasera del restaurante. La pitonisa detuvo el paso, volvió los ojos y gritó antes de entrar al desvencijado cuartucho de la vivienda.

—No olvides, patojo, cuidate, pero cuidate mucho.

El muchacho sonrió y siguió el camino hacia el portón del chequeo en la oficina de la petrolera.

Como lo indicó Pedrón, llegaron al sitio escogido para campamento un poco después de la media noche. Era una superficie extensa y limpia, sombreada por el nutrido follaje de robles y caobas milenarias que con sus flamantes copas entretejían un gigantesco palio asombroso, monumental y salvaje. El general iba y venía, iba y venía, atrapado anímicamente, mientras continua rumiando la radical decisión de entregarse a la lucha guerrillera. Pensaba en Pedrón. Es especie de jeque de la montaña, quien pastorea ganado en extensas haciendas que no admiten cercas, y en donde el poder y la ley son administrados a gusto y antojo. Cree en la virtual alianza con Pedrón, quien tiene vastos conocimientos de secretos de la naturaleza, y afirma

que el poder de Dios estaba impregnado sobre ésta: especialmente en las hojas, los frutos, las raíces y las cortezas de los árboles de donde se toman las cáscaras sagradas que tienen gran poder y sirven como tizanas curativas. Pedrón enseñó a los hombres del General, cuál era la mejor forma de matar tigres, y cómo preparar remedios contra mordeduras de serpientes y otros reptiles venenosos. Amo y señor de la montaña, quien conocía los puntos ciegos y vericuetos de escape, para ganar la frontera de Honduras o permanecer escondido en las cuevas de la Costa Caribe, que eran sitios apropiados para refugio de asesinos y traficantes.

Pedrón era un bandido taimado y diligente. Con espíritu combativo, alimentado en la naturaleza del origen: tierra, fuego y agua; clásico tañido expresado en el grito interior que rugía bajo la piel, y que se liberaba cultivando el maíz, la caña, el tabaco o los frijoles, que al avispado jeque de la frontera le reportaba jugosos dividendos; de manera especial, cuando los huracanes que subían por el Caribe desataban torrenciales lluvias que hacía desbordar los ríos sobre las tierras bajas de la región y arrasaban las cosechas.

El General advierte en Pedrón a un hombre importante, y además necesario quien tiene conexiones con gente de Tegucigalpa y el Oriente de El Salvador. Observa que cuando los jefes indios hablan de Pedrón, lo hacen con gran respeto, como si se tratase de un sacerdote *sukya*, anteponiendo al nombre de Pedro el título de Don, con el propósito de remarcar la diferencia entre el patriarca que protege y ve por los amigos, y el poder y gobierno del que otros motejan de bandido. Esta es una actitud histórica entre los indígenas, en

una región en la que son víctimas del abandono estatal. Su fuerte puño representa su propio gobierno. Los grupos étnicos lo consideraban el protector de las riveras del Coco. Los misquitos, zambos, sumos, ramas, garífonas y creoles llegan hasta donde don Pedro, para besarle la mano, y danzan para él, rogando ayuda para sus bestias, sus hijos, sus mujeres, y todo lo que para la comunidad representaba valor. Ponían a la disposición del amigo tinajas de aguas encantadas del Bocay, danzando y cantando *Yang nani piri, yang nani piri*, que los indios recitan para agradecer o pedir favores. Hacía de juez en ciertos conflictos, de manera especial en disputas de territorio, y los proveía de azúcar, sal, pastillas de quinina y sulfas, para combatir la fiebre palúdica, las diarreas de montaña en invierno, y enfrentar emboscadas de la muerte ante otros tipos de pestes. Cuando se enroló en el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional algunos de estas comunidades indígenas funcionaron como estratégico factor logístico en el apoyo que requirió el General. Uno de tantos días, Pedrón llegó a quedarse como había prometido al General, al frente de una columna de más de 300 indios y campesinos.

—General, me quedo, estoy a la orden suya —dijo Pedrón.

Sacó el fusil calibre recortado que llevaba bajo la albarda y desenfundó las enormes pistolas que colgaban del fajón en la cintura.

—Tómelas. Mis armas son las tuyas —dijo Pedrón.

—Simbólicamente recibo estas armas y las devuelvo a su verdadero dueño, el general Pedro Altamirano, para que haga apropiado uso de ellas, en defensa de la soberanía nacional —dijo el General.

El viejo Pedrón enjugó la frente, como si quisiera apartar de sí, aquellos pensamientos que pudieran importunarle. Miró a la coronela, y María bajó la cabeza, asintiendo. El General avanzó algunos pasos hacia al nuevo general, colocó las manos sobre el fusil y la pistola que había simbólicamente recibido, y ordenando al Jefe Expedicionario, que levantara la mano, le hizo jurar sobre una copia mecanografiada del Código Militar y concluyó: hermano Pedro Altamirano, Nicaragua soberana, agradece el gesto suyo de unirse a la cruzada patriótica que estamos conduciendo en las montañas.

XII

—Desde la derrota de Telpaneca y la escaramuza de *Las Flores*, organizó a sus hombres en tres grupos operativos: las patrullas de combate, el estado mayor operacional, y el grupo personal de guardaespaldas, quienes dan protección al bandido —informó el mayor Fred Cruse al general Logand Feland.

En Telpaneca se dio el último enfrentamiento frontal en que se aventuró el General luego del ataque a Ocotál. Después de la experiencia de Telpaneca, ciertamente, fue que nació la verdadera lucha guerrillera, que poco a poco fue creciendo y afirmándose con emboscadas.

—Continúe —dijo Feland.

—Cada uno de estos grupos ejecuta las operaciones de manera independiente, pero están condicionados a estrategias y órdenes que atienden desde una sola dirección que está centralizada en la jefatura del bandido —señaló Cruse.

—¿Cuál es su fuente de información? —dijo Feland.

—Los indios y los campesinos de la región —dijo Cruse.

—¿Cómo la obtuvo? —dijo Feland.

—A través de los sabuesos —dijo Cruse.

—Sea concreto —dijo Feland.

—Ok... soy más concreto. La información fue rastreada por el cabo Paniagua...

—¿Sí?

—Cabo Freudiano Paniagua del contingente enviado por el general Somoza para refuerzo de los constabularios que estaban bajo el mando del teniente Alexander —señaló Cruse.

—¿Cómo obtuvo la información?

El cabo Paniagua nació en Jalapa. Lo vestimos de paisano y lo mandamos a Murra para que sacara información a los lugareños que son colaboradores del bandido —dijo Cruse.

—¿Y qué logró averiguar? —preguntó Feland.

—Lo que le informé —dijo Cruse.

—¿Está el cabo Paniagua por ahí? —dijo Feland.

—Sí, señor —dijo Cruse.

—Póngalo al aparato de radio —dijo Feland—. Quiero hablar personalmente con el sargento Paniagua.

—El cabo Paniagua no habla inglés, señor —dijo Cruse.

—Que conteste en español. A mi lado tengo al teniente Cuadra quien hará las necesarias traducciones de lo que informe el sargento Paniagua —dijo Feland.

—De acuerdo, señor. Voy por el cabo Paniagua —dijo Cruse.

—Sargento. Infórmele que está ascendido al grado superior —afirmó Feland.

Con abandono del enfrentamiento frontal por la acertada estrategia de la emboscada, las patrullas activas del EDSN, fueron reducidas cada una a 50 guerrilleros, de acuerdo con la condición del terreno: cerro, barranco, cruce de río, trocha o montaña cerrada o de fácil acceso, en donde se montaría la operación bajo la nueva táctica de lucha; o tomando en cuenta como indicador, el número de los marines o guardias

nacionales a quienes se pretende emboscar. Con la estrategia de la emboscada se obtuvieron logros positivos, mientras las bajas humanas y el gasto de municiones se redujo en forma considerable con resultados halagadores en los combates contra el enemigo. En cuanto a cualquier eventual retirada, la emboscada prestaba mejor disposición para llegar a los refugios y los sitios de acampamiento.

Con ingreso al EDSN del general guatemalteco Manuel María Jirón Ruano, ex gobernador del Petén, con estudios castrenses en Postdam, se fortaleció la estrategia y los cuadros de la guerrilla. Ello obligó al capitán Hatfield, a maldecir al bandido, y halarse de los cabellos. Junto al contralmirante Sélter había planificado la acción rápida para eliminar al bandido; hasta le había señalado un plazo fatal para entregar las armas, con el compromiso de perdonarle la vida y dejarlo marchar al exilio en caso de que lo hiciere. De lo contrario, debería responder a las consecuencias que incitaba la locura de su bandidaje. La renuencia del General dio lugar al desembarco y la presencia armada de más de 5.000 marines de las fuerzas de ocupación, lo que fue concluyente para que la opinión internacional levantara tal ola de protesta antiimperialista, que cientos de voluntarios de toda procedencia y signo ideológico cruzaron el territorio nacional en romería simbólica, y solidaria, que tuvo como meta final las filas del EDSN, en las cumbres de El Chipote.

Fue cuando el General comenzó a estructurar un controversial estado insurreccional en el centro de Las Segovias. Y aunque el jefe de los guerrilleros saltó al fragor de la revolución desde la montonera facciosa, de acuerdo con la práctica ortodoxa, no consideró

apropiado continuar en la brega insurreccional sobre el sendero espurio y trillado de los generales políticos, quienes respondían siempre como caja de resonancia a la influencia negativa que generaba en raíces del caudillismo. Haciendo a un lado la tradicional actitud entreguista, el General considera que va sobre el tiempo justo desechar el cascarón de la política enajenante que compromete la soberanía del Estado, y que le queda otra alternativa que planifica el aventurado plan de acción con que pretende rescatar su independencia.

Con los generales Pedro Altamirano, Juan Santos Morales y Pedro Antonio Irías, el jefe guerrillero conformó el estado mayor del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, organizado en ocho columnas con sus respectivos mandos expedicionarios. El general Pedro Altamirano es el jefe expedicionario de la columna uno; la conducción de la columna número dos estará bajo la dirección del general Carlos Salgado, quien había tenido bajo su responsabilidad el operativo de Telpareca; el general Pedro Antonio Irías fue nombrado responsable de de la columna número tres; general Juan Gregorio Colíndres, veterano de las operaciones de León y Chinandega, tendrá a su cargo la dirección de la columna número cuatro; el general guerrillero salvadoreño José León Díaz, tendrá bajo su responsabilidad la columna expedicionaria número cinco; general Ismael Peralta la columna número seis, y los arrojados y temerarios generales Adán Gómez y Juan Pablo Umanzor, serán los jefes expedicionarios de las columnas siete y ocho.

El general Girón Ruano, verdadero militar de escuela, dentro de las filas del General, daba fama con justo convencimiento a las columnas del EDSN, que

sin ser un ejército convencional superaba a los más capaces oficiales de los cuadros castrenses entre los grupos facciosos: conservadores o liberales que estaban al frente en la conducción de las tropas de que disponía el Gobierno. Según su experiencia como militar de escuela, cualquiera comandante en las columnas guerrilleras, en alguna proporción superaba a los generales de dedo de los gobiernos de Díaz o Moncada, tanto por la espontánea dureza del soldado guerrillero, acostumbrado a enfrentar y vivir en las más deprimentes condiciones, como por su natural actitud combativa en el conflicto armado, y sus vastos conocimientos del territorio en que tienen lugar las operaciones de combate.

El General ordena a los generales Altamirano, Morales, Salgado y Colindres, tomando en cuenta facilidades que daba la montaña, montar a lo inmediato, una escuela de instrucción militar con el conveniente soporte del adoctrinamiento político-ideológico, con la intención de que sus hombres permanecieran informados en cuanto a los motivos de la lucha. Mientras tanto, en los senderos que conducen hacia El Chipote continúa la romería de voluntarios hondureños, salvadoreños, guatemaltecos, costarricenses, mexicanos, peruanos, españoles, colombianos, norteamericanos, franceses; en fin, un crisol de nacionalidades que buscan al EDSN, para incorporarse a la guerrilla.

Desde Puerto Plata, en república dominicana, acude en la búsqueda de integrar el ESDN, Gregorio Urbano Gilbert, un condenado a muerte por disparar y matar al teniente Button de la infantería de marina de Estados Unidos, cuando las tropas de ocupación del ejército yanqui desembarcaron en San Pedro de Macorís.

Han superado, asimismo, los peligros de la montaña el peruano Pavletich, militante de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, movimiento que pregona el Panamericanismo democrático sin imperio, idealizado por el carismático teorizante de la izquierda social democrática Víctor Raúl Haya de la Torre, quien ha encendido expectativas de libertad en los jóvenes revolucionarios del APRA, que aunque socialitas rechazan el marxismo como artículo de fe y tratan de abrirse espacios en el contradictorio callejón sin salida, en el que parecen estar atrapados algunos de los luchadores revolucionarios. El APRA tiene los espacios abiertos en el sendero de la lucha dentro de un mundo ancho y sin dueños, con los ojos mirando hacia el futuro sin olvidar las propias raíces. El plan consiste en combatir el atraso y arrancar esas engorrosas máscaras que encubren la mentira y que pintan lindo el rostro de la miseria entre los grupos de marginados.

No sólo del sector externo afloran reacciones contra la brutalidad de la guerra y el apoyo a la cruzada del General. En el discurso de Mr. Claude G. Bowers, ex-Embajador de Estados Unidos en Chile, ante la Asociación de Mujeres Americanas, el diplomático coincidió con el planteamiento del ideólogo Haya de la Torre, y desde luego, con las ideas del General de Hombres Libres, como le califica el francés Henry Barbusse, autor del *Infierno y el fuego*. Tronó Bowers en uno de los párrafos de su exposición: *En los más pequeños países de América Latina, controlados por nuestros soldados, nuestros banqueros y nuestros reyes del petróleo, nosotros los norteamericanos estamos desarrollando nuestras Irlandas, nuestros Egiptos y nuestras Indias. La política de los Estados Unidos en*

la América Latina con su combinación de pagarés, de sus barcos de guerra y de su Diplomacia del Dólar, es esencialmente imperialista y significa la destrucción de nuestra propia nación, exactamente como se destruyeron Egipto, Roma, España y Alemania, y todas las otras naciones que quisieron medir su grandeza por sus posiciones materiales, antes bien que por su pasión por la justicia y por el número de sus vecinos amigos.

Y mientras la romería de luchadores por la independencia y la libertad continúa hacia El Chipote, superando todos los peligros, y haciendo de tripas corazón, marchan entre ellos el joven José de Paredes, fantástico y díscolo revolucionario de la ciudad de Jalisco; Agustín Farabundo Martí, del movimiento estudiantil salvadoreño comprometido con el famoso esquema comunista idealizado por Lenin desde la derrota del Zarismo con la Revolución de octubre. Con la llegada de Rubén Ardila y Marcial Salas, representando a los movimientos estudiantiles de Colombia y Costa Rica, el peregrinaje revolucionario no se detiene. Todo lo que es planicie, lomas, cumbres, laderas, laberintos, cuevas, guindos intransitables y salvajes de El Chipote, fue tenido como lugar propicio para el entrenamiento guerrillero. Cuando no estaba Umanzor al frente en la instrucción guerrillera de la montaña, es el general Francisco Estrada quien imparte el entrenamiento, o llega a sustituirle Juan Santos Morales, jefe expedicionario con sólida experiencia castrense en el ejército liberal, y primer secretario privado del General. Paso a paso instruye a los voluntarios en las tácticas, formas y estrategias, evasión del peligro y ejecución de operaciones guerrilleras en lo profundo y espeso de la montaña.

Para Sellers y Hatfield es verdadera sorpresa el crecimiento de los grupos guemilleros. Es de notar que los grupos han multiplicado su presencia en la montaña. Aquella escuálida caricatura de general sin fusiles ni municiones, sin expertos que conocieran los secretos de la guerra, siempre cubriéndose con harapos, posiblemente palúdicos y hambrientos como gran parte de campesinos de la región, es de suponer que no estaban eventualmente preparados para presentar resistencia a fuerzas bien entrenadas bajo la disciplina de los marines, sino que son una banda de impotentes desarrapados fáciles para ser demolidos y desaparecer. Pero los errados cálculos del pretor de los soldados yanquis se convirtieron en un bumerang que rebotó en las narices.

La acción armada del General rebelde, quien había gritado no a Moncada y no a Somoza; y más tarde también no a Sellers y no a Hatfield, comenzó a articular cierta presencia en los sectores de Matagalpa, Jinotega, Chontales, Somoto, Estelí tomando control de enormes extensiones en un territorio con población indígena y campesina, rico en productos agrícolas, ríos y atracaderos en puertos lacustres que facilitaban la logística de la guerrilla.

El entrenamiento fue intenso y ejemplar, especialmente porque se ponía al tanto de artificios y trucos necesarios en el despliegue de la guerrilla a bisoños soldados que acudían a enfilarse desde pueblos y ciudades del pacífico de Nicaragua y los países vecinos, que desconocían los simples secretos en la guerra de montaña. El adiestramiento debía ser acelerado, preciso, violento para meter fortaleza a los músculos, y poner en forma al cuerpo y el espíritu de los voluntarios

en el reto de las marchas. Los luchadores por la libertad integrados en el EDSN, van convencidos que la montaña no tiene un corazón que pueda condolerse del agotamiento, o de la débil respuesta del guerrillero mal informado acerca de sus secretos. Pues la montaña es la montaña, responde sólo por ella y es generosa con los duros.

Un capítulo del manual para el entrenamiento estaba diseñado con objeto de implementar la dureza en la formación de los voluntarios que acudían de la ciudad. Los indios y los campesinos no eran sometidos a tan duras y complejas prácticas debido a su propia naturaleza existencial y ser la proyección del espíritu feraz y silvestre bullente en las serranías. Habían nacido ahí, sobre el vigoroso suelo o las varillas de un camastro en cualquier villorrio, palenque o pueblo, subiendo desde las misteriosas generaciones que devora y sepulta el tiempo en la memoria de los dioses, pues son trueno de Dios, y mensaje secular redivivo, grabado sobre las piedras, siempre dispuestas a hablar de luz y el fuego en la vertiente musical de chirimías, enervantes tambores, cementerios de los caciques con sus rostros inmutables: ídolos con perfiles de santos en tiempo de adoración del idealizado dios de barro, carne, nube o agua, que en sustancia es el mismo que ha sido siempre y será el Uno.

Indios duros, mansos en el amor, pero terribles en la guerra, silenciosos maestros de la montaña, conocedores del paso del león, el danto, el tigre, la culebra, son quienes instruyen a jóvenes que suben desde las ciudades. Escogidos por Altamirano, Umazor y Rivera, asisten a Morales, o Jirón Ruano en la conducción de accidentadas marchas. Verdaderos maestros en el

escalamiento de precipicios, que ríen con una risita nerviosa, repetitiva y juguetona, al escuchar el ahogado rugir de los fuelles urbanos en los rigores del entrenamiento.

Se necesita de verdaderos cojones para marchar junto a estos hombres que Hatfield llama desaparrados y talvez tuviese razón por las apariencias —afirma el coronel José de Paredes—, porque cubren sus pies con caites o marchan simplemente descalzos; en ocasiones sangrando sin emitir una queja.

—Son excepcionales —sonríe el General.

El General conoce lo que son sus indios. Por sus venas corre la misma sangre. Recuerda cómo en el diálogo con el conquistador, los caciques preguntaron por el diluvio universal, y expresaron de viva voz las sabias lecciones aprendidas de los abuelos. De súbito, como tentado por malignos espíritus el conquistador les desplazó, intentando borrar de su alma y su corazón la razón de su existencia sustentada en sus ritos y costumbres.

—Son fantásticos, dóciles y muy leales, si comprenden que sos amigo y no pretendés esclavizarlos —dijo el general Rivera.

Seguro que son especiales. Mientras hacen de baquianos van imitando arpegios del cenzone, el grito del alcaraván, el graznido del buitre con los alborotos de la chachalaca, y los rugidos del puma, o de cualquier otro animal de las sierras. Lo usan para comunicarse. O remontan en sus mismidades, surcando el propio vuelo anímico, mientras entonan sus repetitivos estribillos que afloran del misterioso y dominante sustentáculo de su mundo interior, pleno de reminiscencias de un pasado lleno de misterio, que se manifiesta,

palpita y aletea en raíz de la sangre con ansiedad de sus cantos, misteriosas temuras de las danzas y sonidos desde el principio, por siglos de siglos, cuando Tamagastad les alumbró con la razón y el jeroglífico, hasta el desventurado día en que les uncieron a ameses, vendieron como esclavos, aperrearon y degollaron millones de ellos en las diabólicas carnicerías con que regocijaba el corazón del Gobernador. De tal forma que no hay tal Pedrón inventor de nada, sino que el magnífico gobernador Pedrarias Dávila fue quien inventó e introdujo los cortes de chaleco, de cumbo y otras elocuentes y bárbaras clases de cortes.

Se da como asunto cierto que la insurgencia del General vino a significar algo más que comezón política para las condiciones del Estado. Es de suponer que con el desarme de los ejércitos, bajo la jefatura del presidente Adolfo Díaz, y los constitucionalistas que jefeaba Moncada, el futuro de Nicaragua había quedado sometido a una paz de encomiendas. Revolucionarios facciosos como Emiliano Chamorro, quienes se desvelaban planeando maquiavélicos golpes de estado o cualquiera otra aventura militar, deberían de olvidar el fusil, la chamarra, el mosquete o lo que fuere propicio para desatar una revolución, porque no quedaban espacios favorables para atizar un conflicto armado. El Pacto Moncada-Stimson con el que los contratantes esperan hacer abortar la guerra en que el Estado trataba, vino a ser una esperanza fallida ante el imprevisto fenómeno que saltó a la superficie con la rebelión del General. Si la finiquitada guerra civil que estalló en la Costa Caribe mantuvo a la nación trastomada con el reclutamiento de civiles, el encarcelamiento y la persecución de enemigos políticos, y toques de queda que

obligaban a los ciudadanos a cavar escondrijos en las casas, cuando el General se opuso a la entrega de los fusiles y tomó el camino de la rebelión al responder a la nota de Hatfield con el ataque a Ocotil, fue que surgió la brutal afirmación de Hatfield con el bombardeo de los aviones, incendios de campos agrícolas y ranchos de campesinos, la mayoría de gente muy pobre que nada tenía que ver con los motivos que había desatado la guerra. Ellos fueron más que todo, víctimas de la depredación ante el avance trazado por el imperio para defensa de sus intereses territoriales, comerciales y financieros que éste tenía previsto dentro de la típica competencia con otros estados de Europa.

La totalidad de ciudadanos comenzó a desarrollar la existencia bajo el desastre de la intervención y la sorpresiva respuesta del General, inmersos totalmente en una condición de guerra y hambre. A lo largo y ancho del territorio, en las calles de las villas, los pueblos y ciudades, van marchando las columnas del ejército imperial: prepotentes, airosos, sonrosados, musculosos, engreídos con sus vestidos nuevos, embetunadas botas y fusiles modernos al hombro; y los constabularios de la Guardia Nacional —obsequio de los marines al providencial Somoza—, en donde están enrolados el cabo primero Freudiano Paniagua, y los cadetes Lizandro Delgadillo, José León Sandino, Tano Lucas, Guillermo Cuadra y Pepón Santa Rita, quien incita comentarios, haciendo carcajearse a los compañeros de columna, cuando paraba en seco a las serpientes cascabel y barba amarilla, obligándolas a mantenerse quietas y sumisas al tono de su voz y los movimientos de la varita que manipulaba entre sus dedos.

—Vos sos un hijo de la gran puta —repetía el sorprendido cabo Paniagua al oído de Santa Rita—. Es seguro que tenés algún pacto con el diablo, porque todo lo que vos hacés tiene sabor a brujería.

Se daba el caso con Santa Rita, nacido en las sierras de Tapalguás, quien según propia afirmación, sabía cómo leer el pensamiento a través de telepatía; con una varita de laurel encontraba agua donde hacía falta, y era capaz de hacer que los monos aulladores con sus gruñidos sirvieran de espías, y alertaran a las patrullas del General ante la presencia de extraños. Por supuesto es lo que afirma Santa Rita, pero los cadetes sólo podían dar testimonio de lo que le habían visto hacer cuando encantaba a las serpientes.

—Es un don que Dios me dio y que no me va a quitar nadie —contestaba Santa Rita, haciendo alarde de sus habilidades.

Había corrido mucha agua bajo el puente de la lucha guerrillera. Los enfrentamientos con los marines y la Guardia Nacional eran pan diario en los amaneceres de la montaña. A las acciones de Ocotul, San Fernando y Los calpules siguió una represión brutal desatada por los yanquis. Desde el amanecer hasta entrada de la tarde, entre dos y cuatro aviones con ametralladoras Thompson, emplazadas al fuselaje, disparaban ráfagas a cualquier blanco que se moviera, considerado como un agente de los bandidos. En llanos, quebradas, ríos o villorrios, todo lo que se moviera saltaba luego en pedazos, bajo los espeluznantes bombazos de sesenta y un milímetros, como una seria advertencia sobre las consecuencias a que estaban expuestos los bandidos, bajo la represión del feroz puño imperial.

Tras una que otra escaramuza, emboscada o imprevisto combate de marines reforzados con los

guardias nacionales en contra los guerrilleros, la persecución y caza del rebelde se tomó compleja. Pasó de ser algo simple para volverse problema prioritario de Hatfield, Feland y del Secretario de Estado. Parecía ridículo que un bandido tan elemental como describían al General, fuese capaz de mantener a niveles de Centroamérica y México cierta grave inquietud social, política, y la solidaria simpatía entre algunos grupos del mundo. En cafés y círculos de refugiados y revolucionarios de México, New York, París, Madrid, Buenos Aires, no se hablaba de otra cosa. El David nicaragüense había retado al Goliath imperial, hablándole del derecho a ser libre en la propia tierra, y de los sangrantes problemas que tenían que ver con soberanía nacional. Parecía historieta de ficción hecha a la medida y ensamblada en Hollywood, esa que un ejército de desarrapados mantuviera en ascuas y empantanada la autoestima de los soldados de la mayor potencia del mundo. El furor de la impotencia frente a emboscadas, trampas y celadas de los guerrilleros, fue lo que obligó a los estrategas del imperio a utilizar modernos aviones de guerra.

La presencia de la guerrilla, su operatividad y resistencia obligó a los expertos militares a suponer que había otros estados interesados en proteger y ayudar a los bandidos. Fue esta la información obtenida por la central de inteligencia en Washington: el apoyo al General de los rebeldes va más allá de una simple especulación.

—Oficiales y tropas de México han sido enviadas por el presidente Portes Gil, en ayuda del bandido —informa el coronel Hicks a oficina del G-2.

—En Washington ya hemos tenido alguna información de inteligencia —dijo el hombre del G-2.

—El 15 de enero, 19 oficiales fueron enviados desde México en apoyo del bandido —dijo Hicks.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntaron del G-2.

—Fue reportado por el señor Adán Morales, Cónsul de Nicaragua en San Antonio —afirmó Hicks.

—¿Qué sabe de las tropas? —dijo el hombre del G-2.

—Lo que es de suponer que ustedes conozcan. Los oficiales tomaron el vapor en Veracruz y bajaron en Puerto Limón. Luego, navegaron los ríos de puerto en puerto, hasta llegar donde el bandido —dijo Hick.

—¡Lástima! Es información fuera de tiempo, que sirve de poco —dijo el oficial del G-2.

—Talvez fuera de tiempo para Washington. Pero para las operaciones de la montaña, no. Aquí no existe nada que esté fuera de tiempo; el tiempo no cuenta más que como tiro de fusil. El ayer es como si no hubiese ocurrido aún. El ayer y el hoy, sólo tienen presencia y sentido porque puedes renovar el aire de los pulmones o sientes que palpita tu corazón. Conviene estar informado que aunque tenemos aviones para acosar las escuadras de bandidos, es sobre el lomo de mulas y bueyes que se ejecutan las operaciones importantes.

—Es importante saberlo —dijo el G-2.

—El señor Stinger no lo ignora —dijo Hicks.

—Pásalo por arriba —dijo Stinger.

—Lo sabes bien. Los marines de quienes hablo son verdaderos héroes como el teniente Bruce o el sargento Trogler —dijo Hicks.

—Olvídalo, Geo. Has de cuenta que no he dicho esta boca es mía —dijo Stinger.

—De acuerdo, Jim. No has dicho esta boca es mía, pero ten presente que cualquier guerra en la que

mueren amigos es una verdadera trampa, que inevitablemente urdimos para nosotros mismos

—dijo Hicks.

—Tomémoslo así —dijo Stinger.

El Campo de Marte estaba localizado en un espacio rectangular de nueve manzanas al pie de la Loma de Tiscapa. Parte de sus instalaciones fueron para despacho del presidente Adolfo Díaz, quien parecía estar refundido en una especie de feria por el aparente desorden. En estas instalaciones, los marines habían levantado trescientas tiendas de campaña, en que funcionaban las casetas de control, bodegas, cárceles, oficina de inteligencia militar, cocina y armería, necesarias para la logística militar de 6,000 marines en que están integradas las patrullas del general Logand Feland. Éstas salen y entran al Campo de Marte las 24 horas del día, mientras tienen lugar las operaciones de contrainsurgencia con las que se planea cazar a los bandidos.

En el primer piso de Casa Presidencial, el general Frank Ross McCoy había instalado la oficina en donde controlaría el proceso electoral negociado, que es la carta maquiavélica que Moncada lleva a buen recaudo bajo la manga de la camisa. De tal manera que inicialmente el presidente Díaz, y luego Moncada, cuando asuma la presidencia en 1929, se mantendrán reducidos al segundo piso de Casa Presidencial, agobiados por la larga fila de mecedoras y taburetes, en donde las viudas y los huérfanos de guerra, se mantendrán preguntando por la suerte de sus esposos y sus padres.

La persecución al General lleva a los marines hasta faldas de El Chipote. En la cumbre del simbólico macizo el jefe guerrillero ha montado el cuartel general

con talleres que fabrican bombas, armas hechizas que funcionan como escopetas en función de las emboscadas; cohetes artesanales de inusual elevación, que llevan dos bombas atadas a la varilla, rellenas de esquirlas de hierro y vidrio, bajo el forro de un envoltorio de cuero crudo, apretujado de dinamita. Flores de El Chipote llamaba al inocente invento de algún iluso combatiente, en que volaba la presuntiva esperanza que al contactar el cohete con el cuerpo de los aviones, explotaría sobre los pájaros metálicos, y si no era capaz de alcanzarlos, esa carga letal amarrada a la varilla, en el parabólico retomo haría explosión sobre las patrullas de marines o guardias nacionales, que iban rompiendo brecha entre las breñas de la montaña, escalando las laderas en los intentos de tomar El Chipote.

El General está claro que las condiciones generadas por la intervención, le convirtieron en el pivote sobre el que gira la tortuosa situación del país. Es el quid del problema de acuerdo con la opinión del oficial Matthew Hanna, de West Point, Ministro Plenipotenciario ante del Gobierno de Moncada, y hombre con gran experiencia en la toma y ocupación de Cuba. Míster Hanna es el enviado del Departamento de Estado para relevar al ex delegado Eberhart.

Acabar con el bandido, como lo requiera la ocasión, borrarle de una vez por todas del panorama político confrontativo, es misión de los marines. Hay que tenderle nuevas trampas, porque las viejas fracasaron las veces que se intentó sacar de circulación al rebelde. El bandido estorba, es un personaje peligroso, conflictivo que no va de la mano de la ortodoxia. Es una basura en el ojo de los usufructuarios de la intervención, que incapaces de alumbrar y resolver asuntos domésticos

dentro de los tradicionales cauces políticos. Hanna lo percibe como instrumento peligroso que carece de rumbo aceptable. A la legación han llegado informes claramente controversiales de lo que es el guerrillero. ¿Es un liberal ortodoxo? Pareciera no serlo. Se han cambiado impresiones con el general Moncada, y éste prefiere que no lo sea. El bandido se considera a sí mismo, una nueva proyección del partido liberal, y tal afirmación representa un peligro para los verdaderos liberales. El generalito viene con un liberalismo tan díscolo y exuberante que no encaja en la realidad de los estamentos políticos sociales que representan al partido, y que son por lo que tiene fuerza y presencia en la vida política del país. De no poner un alto a las embestidas de la guerrilla, el General rebelde de una vez acabaría con todo y no lo detendría nadie; esto último sólo sería posible con la ayuda de los yanquis. Somoza y Moncada coinciden en este punto de vista, en que también está de acuerdo el plenipotenciario Bliss Lane. De tal manera, que el conflicto entre la Guardia y el bandido, de ninguna manera debe concluir en una negociación que traiga más problemas al país. Mejor es que siga la guerra mientras el bandido es exterminado. De todas formas, esta vez ya no será tarea de marines, porque éstos regresarán a sus casas y las futuras bajas sólo se producirán entre miembros de la misma familia. *Será lo mismo que ha ocurrido siempre, con la diferencia que en esta ocasión las fuerzas armadas del Gobierno tendrán el apoyo logístico de los marines bajo el soporte infernal del cachimbeo de los aviones, pensó Somoza.* De no ser así, estaríamos dando alas al bandido y los planes del Jefe de Guardia Nacional se echarían a perder. El Jefe

guerrillero ya no tendría motivo para montar emboscadas, sino que plantificaría una habilidosa trampa política que pondría el Gobierno en sus manos. Presionaría sobre el espacio vacío que habría quedado ante ausencia de un verdadero poder gobernante.

Moncada está de acuerdo con que el Estado está postrado bajo cierto sentimiento de crisis, y que las funciones del Gobierno están alteradas por la anarquía política y social que ha provocado el rebelde ante la trágica ausencia de dirigentes capaces y responsables. Sólo un carismático jefe armado estaría en capacidad de enfrentar la insurrección del antiguo subordinado. Está consciente de que los partidos políticos no son la opción, porque además de haber entregado los fusiles, la lucha armada ha dado un giro de 360 grados. Figúrense como los que sacaron la cara en la revolución constitucionalista, no tienen chance en la montaña. Esa no fue una verdadera revolución. No cabe duda que se ha esfumado el futuro de los fanfarrones políticos, que al grito falso de quiméricas revoluciones venía trastornando el Gobierno y se alzaban con el poder.

Después de la firma del Pacto, el General quedó abandonado a su propia suerte, pero con la decisión de rebelarse contra el Imperio, levantó tal polvareda a nivel internacional que ésta incidió en el fortalecimiento de su liderazgo. Aunque algunos sectores políticos disienten las condiciones del pacto, los beneficiarios del Espino Negro están firmemente convencidos y totalmente claros, que por la naturaleza del negocio político, los aparentes patriotas no representan un peligro que venga a obstaculizar los eventuales planes de sucesión en futuros períodos electorales. Entre quienes rechazan la intervención, pero que tampoco

disimulan la simpatía por el rebelde, están grupos de notables disidentes políticos, profesionales y obreros, que en una u otra dirección admiran, respetan y permanecen solidarios al espíritu de lucha manifestado por el General.

Con la colaboración del periodista Froylán Turcios, el aporte económico más bien simbólico de potenciales amigos, novelistas, poetas, pintores, filósofos, sociólogos, jefes de partidos políticos y dirigentes de sindicatos, que levantaron bandera antiimperialista y vertieron millares de opiniones y mensajes de solidaridad y protesta en el prolífico mundo de la abstracción o la realidad, el loco, el rebelde, el bandido o el patriota, como quisieron reconocerle o vilipendiarle, es de suyo un peligro —como lo considera Moncada— y al problema hay que buscarle una solución. Es en este marco donde encontrará salida el Acuerdo político.

—Primero iré yo. Es la condición del Pacto que firmé con Stimson y que es avalado por el Presidente Coolidge —dijo Moncada, mientras entonaba el gacnate con exquisito coñac Napoleón, le rasuraban los escasos vellos de la barba y acicalaban y pulían coquetamente las uñas—. Luego te lanzas tú y puedes contar con mi apoyo. ¡No digas que no te parece bien!... ¡Dime que no es una respuesta genial!... ¿Estás o no de acuerdo?

Moncada respiró profundo, y pleno de satisfacción se dejó caer en un balanceo suave sobre el respaldo de la mecedora.

—Absolutamente de acuerdo —dijo Somoza.

—Recuerda que caíste bien a Hanna, y a la missis, ni se diga —insistió Moncada, socarronamente—. Para que las cosas caminen y tengan el visto bueno del Embajador, vos y yo —puso la punta del dedo índice

sobre la corbata negra de Somoza— pase lo que pase, debemos estar de acuerdo en todo. De esta manera, nos mantendremos en la jugada. ¿Sí o no?

—Soy un hombre que sabe ver el futuro —dijo Somoza.

—Es muy importante escuchar esa afirmación. Siempre es bueno reconocer que hay más tiempo que vida, y son incontables las ocasiones en que en la puerta del homo se quema el pan, cuando se pretende irracionalmente apresurar los acontecimientos. Cualquier acción inteligente en política si quieres llamarla maquiavélica, llámala así —va calcada en el minuto preciso de convertirla en realidad —dijo Moncada.

—Así es, Presidente —dijo Somoza.

—Arremánguese, pues, la camisa y amárrese duro los pantalones. Recuerde, querido pariente: que especialmente usted no debe olvidar el dicho que debió recitar su padre, el senador Somoza: para comer pescado hay que mojarse el culo —dijo el candidato del Espino Negro, viendo fijamente a Somoza y soltando la carcajada.

—Lo sé. Eso también fue aprendido de las lecciones que me heredó el tatarabuelo —dijo Somoza.

—Es buen ejemplo. No olvide jamás a ese ilustre y controversial pariente suyo que es el mejor espécimen que ha parido la familia. Y recuerde: Siempre hay que saber imitar a ese singular y valiente caballero, especialmente en todo aquello que sea para su provecho —dijo Moncada.

El socarrón jefe de la frustrada revolución constitucionalista, quien con habilidad de historiador se le ocurrió escarbar en las memorias de Bernabé Somoza, el revolucionario bandido fundador de la estirpe de los

Somoza, quien perdió el juicio por su inveterada afición al licor y su vandálica participación, dentro o al margen de las montoneras civiles, saqueando y destruyendo íconos en las iglesias, asesinando heridos, y multiplicando sus despreciables acciones en inenarrables asaltos y fechorías de todo alcance y calibre. Se decía que era hombre de extraordinario valor, arrogante estampa de cruzado caballero en plan de guerra y conquista, con sus pistolas y espada a la cintura, y una enorme y pesada lanza entre las manos, capaz de atravesar dos o más cuerpos en una sola lanzada. Sin embargo, el temible guerrillero quien carecía de Norte en materia de ideales, era amable y generoso con quienes consideraba amigos. Uno de tantos días, luego de que Somoza fue requerido por los jefes timbucos para encabezar un frente de lucha revolucionario, el guerrillero se excusó organizando su propio contingente militar, argumentando que ya estaba cansado de servir a otros toda su vida, y ahora lo haría por cuenta propia, habiendo tomado para ello el título de General en Jefe.

Este acto de rebeldía puso precio a la cabeza de Bemabé Somoza, quien fue derrotado en última confrontación armada frente al coronel Fruto Chamorro en el pueblo San Jorge. Mientras tomaba un descanso el triunfador en el corredor de la misma casa en que había dormido Somoza, y los soldados del vencedor se repartían el botín, riendo alegremente y haciendo alarde del triunfo, el coronel Chamorro dijo chanceando: *A mí no me den nada; yo sólo me conformo con la Cantón*, una valiente y bella mujer que Bemabé Somoza amaba con locura, y quien siempre marchaba tras del amante, armada de un sable de caballería para participar en las acciones bandidescas, y en la noche para mitigar su placer contorsionándose en la cama.

Relata la truculenta historia referida a la política, que no había concluido Chamorro de expresar tal petición, cuando de un desvencijado cuarto de adobe que se creía abandonado y vacío, salió Bernabé Somoza, gritando con voz alterada: *Eso nunca, porque mi querida es propiedad particular mía y no puede ser despojo de guerra. De mí hagan lo que quieran, pero para ella exijo el mayor respeto.*

Los soldados de Chamorro lo reconocieron y cuando éste avanzó lanza en las manos hacia la hamaca en que descansaba Chamorro, quienes se repartían lo que quedaba del botín tomaron las de Villadiego. El valiente Chamorro lo quedó viendo. No se movió de la hamaca, aunque pareció hacer intentó de tomar las pistolas que estaban sobre un taburete.

—No tema, Indio—dijo Somoza—. Si matar hubiera querido a alguno o todos ustedes, habría muy bien esperado a que se durmiesen... Pero no, yo vengo a entregarme y hagan ustedes de mí lo que les venga en ganas, porque estoy fastidiado de vivir, agregó. Y arrojó la lanza a los pies de Chamorro.

Bernabé Somoza fue juzgado por un consejo de guerra que lo condenó a morir fusilado. Luego fue colgado en la plaza pública donde fue devorado por los zopilotes. Fue retirado de la soga, a petición de los vecinos cuando se volvió insoportable la hediondez.

—Si alguna vez tiene algún problema, o se aburre del mando, no se entregue jamás. No sea pendejo, no meta en saco roto las lecciones del pariente —dijo Moncada.

Somoza sonrió. Se puso en posición de firme frente a Moncada. Hizo sonar los tacones de las botas con un golpe seco y el saludo militar, que expresaba a

Moncada lealtad y sometida servidumbre. Dio media vuelta y se perdió entre el desorden de las covachas y la avalancha del barro y estiércol que arrastraban los cascos de las mulas de Kentucky que montaban los marines, y las cadenas sujetas a llantas de los camiones para facilitar la tracción en cruces de los pantanos.

XIII

El Pacto Stimson-Moncada acordó programar elecciones para Presidente de la República el 4 de noviembre de 1928. El anuncio fue aplaudido como una buena noticia entre los sectores ligados a los protagonistas de la componenda, pero fue motivo de preocupación y se consideró una amenaza poner el destino electoral de la nación bajo palio del interventor. La estructura gubernamental y los partidos políticos carecerán de una verdadera representación, ya que el general Frank Ross McCoy, funcionará como el pretor electoral nombrado por los pactistas, que con apoyo de los marines, deberá organizar y controlar las futuras elecciones.

Pero mientras Moncada está gozoso y confiado con la trama urdida bajo la mesa del Pacto, Emiliano Chamorro tiene la percepción de que su influencia ante el Departamento de Estado yanqui lograda con la firma del tratado canalero, se ha venido deteriorando luego de la equivocada acción golpista que fue tildada como *El Lomazo*. Este acto de insensatez política expulsó del Gobierno al presidente Solórzano, un prestigioso político conservador que disentía del caudillo.

La negociación con Stimson permitió a Moncada penetrar al Gobierno del presidente Díaz, a través de puestos claves a sus generales, transformándolos en

multiplicadores políticos que han de ser garantía para su elección en 1928. Luego de *El Lomazo*, los Estados Unidos modificó su estrategia de complacencias con el firmante del Tratado del Canal, debido a su enfermiza obsesión de poder y sus burdos intentos de levantar revoluciones. El caudillo perdió importancia entre los banqueros norteamericanos quienes *quitaban y ponían gobiernos en Centroamérica y las islas del Caribe*. Líderes guerreristas quienes se volvían desobedientes como Chamorro, aunque hubiesen tenido fama de haber pertenecido al grupo de los incondicionales, deberán ser sustituidos por políticos inteligentes y pragmáticos que se ubiquen en el tiempo del *big stick*: tiempo de las intervenciones, que frente al avance de imperios sobre territorios estratégicos que carecen de recursos para resguardar sus fronteras, harán de su política exterior el factor puntual dinámico para conjurar las crisis. Hombres como Adolfo Díaz, Sacasa, Moncada, a excepción del bipolar Moncada, quien fue general en la guerra y seguirá siéndolo en la paz con el negocio del Pacto y el soporte de la Guardia Nacional controlada por Somoza, confrontan verdaderos problemas, dando la sensación de ser las víctimas de un mimetismo político del que no pueden escapar.

Mientras tanto, el General y sus hombres que son perseguidos día y noche, no les será permitido visitar las casas de votación por temor a un presunto chantaje o el saqueo de las mesas electorales, y aún cuando les fuese posible hacerlo, es tan irrisorio el número de los guerrilleros con relación al de los votantes inscritos o no, que el movimiento guerrillero no tendría pito qué tocar en el conteo de los votos. Por supuesto, este es un proceso electoral cautivo, intervenido por fuerzas de ocupación, y la mayoría del pueblo que ya no está

dispuesta a continuar de forma pasiva en el infierno de la guerra civil, considerando prioridad poner punto final al problema del conflicto armado.

Con el EDSN por un lado, y en el otro los marines, el país parece hundirse en el devastador desgaste económico y la autodestructiva inoperancia política. La intolerancia cívica advertida en la acción del Estado, como única forma de soportar la emergencia, recurre a reclutamiento forzoso de cientos de campesinos quienes marchan descalzos, hambrientos, enfermos, a engrosar escuadrones de las facciones políticas, que con furiosidad de fanático los caudillos transforman en santuarios fetichistas de la guerra civil, ejemplarizados como paradigmas.

El reclutamiento es voluntario —afirma el coronel Teodorito Bocatero..., y se repite a sí mismo... voluntario, pero con mecates... mientras va distribuyendo entre los voluntarios lo que queda de los 500 caites confiscados al comercio local y comisariatos de haciendas de café que son propiedad de los enemigos políticos de San Marcos, Diriamba o Jirotepe... Rugiendo con prepotente voz, para que le oigan los descalzos o los encaitados que esperan tomar algo de lo que sobre en la distribución, si es que sobra algún pedazo de carne seca, un pedazo de dulce de rapadura, o alguna sandalia de cuero crudo de res: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... Voluntarios, pero con mecates... ¡Ja! ¡Ja!... y dando un furioso mordisco a la punta del puro con los colmillos que quedaron de lo que antes fue dentadura, arrancó el pedazo de tabaco y comenzó a masticarlo con la petulancia de un coronel de cotona y sombrero. Quedó mirando con desprecio la extensa fila de voluntarios quienes observaban temerosos y confundidos, y estalló en carcajadas.

Es el panorama en que desdibuja la anarquía del Estado, donde los generales de dedo condicionan la solución de las crisis con el chantaje y miseria de la guerra civil, que desde la Independencia a la intervención del presidente Taft, en 1912; y desde Taft a Coolidge, en 1926, han sido el factor fundamental que han multiplicado las desgracias de los ciudadanos, y han convertido al Estado en ominoso paraíso, antro y refugio para los reyes de la corrupción.

De tal manera, que cuando el General lanza su grito rebelde llamando al pueblo a defender y preservar la soberanía nacional, los esquiladores de la nación y los negociantes de la política ven reducidos sus espacios. Hasta hace pocos meses su actitud pareció la jugarreta de un despistado aventurero estimulando burlas en los comandantes Sellers y Hatfield, pero meses más tarde, el generalucho estaba convertido en desafiante General de la guerrilla, y el dolor de cabeza para las patrullas interventoras.

El General hace lo que tiene que hacer desde el punto de vista de la guerrilla. Le llaman el bandido, porque se ve compulsado a abastecer a su ejército con la confiscación y el despojo ocasional de mercaderías y dinero a los enemigos políticos. Pero los que ahora están en contra suya, habían olvidado que el general Arturo Baca, Ministro de Guerra y Marina, bajo la jefatura de Moncada en 1927, fue quien le impuso el grado de general al hacerlo jefe expedicionario de la revolución liberal en el sector de Las Segovias. Y recordaba claramente cuáles habían sido las instrucciones con relación al abastecimiento y emergencias de la tropa: *Lo que necesite para su ejército, lo obtendrá de los adversarios políticos, y en caso de negativa, hará*

uso de las fuerzas de que disponga de la manera que sea conveniente... ¿Acaso lo que hacía ahora para dar de comer al ejército de guerrilleros, no era lo que le habían ordenado hacer cuando combatía en las filas de los que ahora le perseguían?

—Me llaman bandolero. Quizá piensan que lo soy, porque no apoyé el Pacto firmado entre los bandidos
—protesta el General.

—A mi campamento ha llegado un número de su revista —*escribe a Turcios.*

—Como puede ver usted General, he abierto a favor de usted una campaña en las páginas de mi Revista
—contesta Turcios.

—Ariel es el vocero de los revolucionarios libres del mundo. Reconozco el gran impacto publicitario que produce su Revista —*dice el General.*

—¿Qué le diré de su actitud? ¡Es hermosísima! Si la sostiene hasta vencer o morir, su gloria se alzará en los tiempos más grande que la de Morazán —*expresa Turcios.*

—Mi aspiración es rechazar con dignidad y altivez toda imposición, en mi país, de asesinos de pueblos débiles. No dudo que somos muy pequeños para vencer a los piratas y felones yanquis —*dijo el General.*

—Usted estimula el correcto camino de la Patria. Como habrá leído por el paquete de Ariel que le envié, en Honduras solamente se escucha mi voz proclamando su heroísmo; pero este grito de libertad resuena en toda la república, y en la América entera, desde México hasta la Tierra del Fuego —*escribe Turcios.*

—No tengo cómo agradecer lo que usted hace por la cruzada libertadora que sostenemos en Las Segovias. Sin ayuda de patriotas como usted, estaríamos perdidos —*contesta el General.*

—¿Qué debo decirle? —se pregunta Turcios, reflexionando sobre la enorme responsabilidad que el General lleva sobre los hombros.

—Cualquier opinión suya tiene un enorme peso en mi toma de decisiones. Estoy listo a escucharle. Será para mí de un valor incalculable —responde el General.

—*En la posición extraordinaria en que usted se ha colocado sólo quedan dos caminos: arrojar a balazos al pirata desvergonzado o perecer en la contienda...*

—señaló el virtual consejero del General. Quedó visualizando al pequeño jefe rebelde quien le cautivó con un antiimperialismo aparentemente emocional, arrogante, lleno de soberbia junto a aquel desplante incoherente, de ficción, como si en lugar del enclenque grupo de desarrapados, tuviese bajo su mando a millares de guerrilleros poderosamente armados... El director de *Ariel* no terminaba de asombrarse, cuando el General en singular acto de rebeldía, retó a sangre y fuego a las patrullas de los marines en sus propios cuarteles de Ocotlal y Telpaneca. Lo había hecho usando armas muy rústicas: escopetas, machetes, piochas, macanas, bombas hechas con dinamita tomada de los minerales, algunos viejos fusiles y dos o tres ametralladoras que funcionaron de soporte. Como lo entendió el periodista, los destartados desechos aprovechados en los fallidos asaltos nada tenían que ver con las armas que requería la guerra, pero les había erizado la piel, y puestas en aprietos a las patrullas del ejército más poderoso del mundo... dio un profundo suspiro y continuó: *Si se sostiene usted seis meses más, frente a los conquistadores y traidores, quizá se habrá salvado la soberanía de Centroamérica, porque un poderoso movimiento de conciencia universal se está*

gestando, y tan tremenda fuerza moral, ha de obligar al imperialismo a retirar sus tropas de ese país—dice Turcios.

El periodista parece estar en lo cierto. Un oleaje de solidaridad mundial toma cuerpo alrededor del General. Como es de esperar, los comunistas ocupan las primeras butacas en la búsqueda de posiciones para urdir y dar forma a su estrategia de expansión ideológica. Nada más apropiado y selectivo que un antiimperialista de calibre, como el de este General que aunque rebelde, es tenido sotto voce como retazo de burgués, hijo de tradicionalistas liberales sin concepto claro en cuanto al entorno ideológico de la lucha de clases, que es el motor y el combustible de la teoría de Lenin y Marx. De tal suerte, hay que acercarse al iluso, que desde lo hondo de la manigua declaró la lucha social armada contra el imperialismo yanqui, y ha causado enervante escozor de clase, en obreros y campesinos organizados, estudiantes universitarios, políticos de vanguardia, y círculos de novelistas, poetas, periodistas, pintores que en sus tertulias de restaurantes y cafés, le dedican poemas y le han convertido en tema de sus diálogos e inspiraciones: *Bajaron vestidos de blanco, tirando dólares y tiros. Pero allí surgió un capitán que dijo: "No, aquí no pones tus concesiones, tu botella"*, canta Neruda.

Resulta verdaderamente fascinante escuchar en diálogos de cafetería y encuentros literarios de México, Nueva York o París, como el llamado General de Hombres Libres, al frente del *Pequeño Ejército Loco*, como le llamó Sélser, pone en su sitio a la furia interventora yanqui que de pronto, en nada le habían sido útiles los fusiles, las ametralladoras, y ni siquiera las poderosas

bombas que soltaban desde las panzas los aviones, cuando el afán de libertad, transformó en alas las plumas de los desaparrados, habiendo sido capaces de empantanar a los radiantes marines en las gargantas fangosas de los laberintos selváticos.

Como es de esperar, en torno a la creciente imagen del General proliferan los ambiciosos. Con la oportuna misión de divulgar la cruzada del EDNS, la revista *Ariel* cobró una importancia difícil de ponderar. Con sus necesarios e importantes artículos de prensa y su capacidad de divulgación, el periodista Froylán Turcios se gana la total confianza del Jefe rebelde. Cuando el General le hace representante del EDSN, pasó a ser la pieza clave en la divulgación del antiimperialismo.

A través del representante Turcios entra y sale la información que se refiere a las acciones de la guerrilla. Es también tesorero y por sus manos pasan las contribuciones y todo lo concerniente al apoyo logístico para la lucha en la selva. Sus relaciones con el General le han convertido en hombre de tanta influencia y poder, quien en muchas de sus notas epistolares, el jefe guerrillero expresa su reconocimiento a esta amistad y confianza, llamándole su *Maestro*, un tratamiento respetuoso sólo dispensado entre masones de grados superiores, maestros rosacruces, y de manera ocasional con el de *hermano*, un simbólico reconocimiento de lealtad familiar sólo propio en el trato con sus generales.

El General está consciente de que Froylán Turcios con su revista *Ariel*, es el jefe expedicionario de las letras, su general intelectual, quien ha mantenido una inusual guerrilla desde las cajillas de la imprenta, y quien como el paisano de Niquinohomo, Pedro J. Zepeda, por múltiples razones, su principal carta política, son personajes en los que puede confiar, con

la diferencia, de que mientras Turcios está en metido en las batallas del periodismo, el doctor Zepeda se mueve en los zafarranchos de la intriga y la conspiración que son propias de la política. La prensa nacional que está controlada por los partidos no tiene más salida que atacarle sin piedad, y no darle tregua en su cruzada independentista.

El General es de mando verticalista. El ejército de guerrilleros no admite otra clase de dirigente.

Por lo complejo de la comunicación y las condiciones que requiere el mando, el General no tiene por qué consultar con nadie. Las incidencias de la guerrilla no requieren de consejeros a distancia. De tal manera, que en las filas del EDSN, sólo tienen voz los hombres de armas, y nadie quiere saber absolutamente nada de consejeros políticos, que en infinidad de ocasiones viven repartiendo el cuero antes de matar el venado. Por ello, el Estado Mayor es militar y no político. Las órdenes se originan en reuniones con los generales para examinar el proceso y curso de la guerra, o para refrescar lecciones de adoctrinamiento, en donde el jefe expedicionario expresa sobre lo que es apropiado para la eficacia guerrillera, o disentir en lo que ve como un peligro para estrategia de la acción. El General vive al tanto de los insumos políticos, y en la verticalidad del mando se origina la toma de decisiones. El Jefe obliga o acepta escuchando, pero no consulta. No queda tiempo para hacerlo. Ha llegado al convencimiento que dentro de un universo de opciones y recursos comprometidos, resulta engorroso y cuestionable reclutar a hombres de alto nivel político, que además de valentía más o menos aceptable, no falte buen juicio y capacidad de percepción para entender y orientar

las soluciones propias de las contradicciones político-sociales que se generan en un pueblo anarquizado, bajo un inveterado sentimiento de frustración.

El General visualiza que con la elección de Moncada a la presidencia, se viene a complicar el problema social y económico en regiones alejadas de la capital bajo una paz mentirosa que sólo habrá de beneficiar a quienes medran a la orilla del Gobierno. De tal manera, que confundido a ratos, por la amenaza de esta elección y sin posibilidades para persistir en la guerra de la montaña, el guerrillero decide recurrir al camino tradicional y lanzarse a la palestra de la lucha partidaria. Y sin algo más concluyente que la dimensión del prestigio de luchador, supone que quienes le respetan y admiran sabrán dimensionar la decisión que ha tomado. Se sienta frente a la Remington portátil y escribe a Turcios:

Querido maestro: Tengo el honor de poner en conocimiento de Ud. que ante el resultado de la intervención yanqui en las elecciones presidenciales del 4 de este mes, imponiendo al traidor José María Moncada como Presidente de la República, en el período de 1929-1932, he tomado la determinación de invitar a los partidos Liberal Republicano y Laborista, y al Grupo Solidario a que unifiquen su acción con la de nuestro Ejército.

Para Turcios la misiva resulta confusa, pues no habla claramente de los motivos que tiene para recurrir a estas simbólicas fuerzas políticas organizadas en el papel. Es evidente que la elección de Moncada abre el mayor frente político que deberá enfrentar el General, y además está totalmente consciente de que la lucha que se avecina será brutal y despiadada, porque el poder capta, atrapa, confunde y corrompe, de manera especial a las mentalidades de relumbrón que

permanecen indecisas, debido a su alto grado de flaqueza y volatilidad. La afirmación de Moncada en el poder acarreará trastornos irreversibles a diferentes niveles. Moncada es astuto, inteligente, voraz y peligroso, si se trata de los negocios del poder. Ni el gobierno ni los partidos tienen las armas para contrarrestar sus ambiciones. El único hombre que lo controla y tiene poder es Somoza, y este general de la Guardia Nacional tiene esbozado su plan en complicidad con Moncada.

Está por concluir un año duro, marcado por una exacerbante lucha de intrigas en que la actitud verticalista del General parece buscar salida dentro de las contradicciones políticas. Del selectivo fondo del sombrero, el General saca el famoso *Grupo Patriótico*, y coloca en la punta de la varita mágica a Pedro J. Zepeda como escogido para encabezar la junta gobernadora del imaginario gobierno en el exterior —especie de contra Gobierno—, que deberá representar al General, y abrazar el ideario del EDSN, asumiendo ciertas supuestas funciones propias de un estado formal.

Es algo usual entre políticos que cada quien preterida llevar adelante su juego. Pues, desde hace más de un siglo, el país permanece atado al insólito y destructivo juego de gamonales influyentes. Desde de junio de 1855, en que el filibustero William Walker desembarcó en El Realejo, bajo contrato de la facción democrática, para cumplir tareas mercenarias contra la facción representada por legitimistas, hasta las intervenciones de los marines de 1912 y 1926, todas estas dolorosas incursiones fueron montadas con las mismas razones y ensañaron en la nación sobre los mismos pretextos que sólo han servido para desatar guerras civiles —Nicaragua es en Centroamérica el

hervidero de conspiraciones, guerras civiles y tumultos—, y fue criterio de los aventureros de la política, que sólo se necesitaba *tener los coyotes bien puestos para quedarse con el poder.*

Y es obvio que si se trata de testículos, los del General son reconocidos en cualquier rincón del mundo revolucionario. Soñadores y aventureros de todas las tendencias ideológicas preguntan por el General. Fue una búsqueda racional y calculada que estimuló un antiimperialismo justificado por las depredadoras acciones de los marines. *La guerra no es contra los norteamericanos—aclara el General—, sino contra el interventor que asesina a los indios y los campesinos en su propia casa sin que exista razón que lo justifique.*

A las instancias del Congreso de los Estados Unidos y la misma Casa Blanca, llegan constantes protestas de ciudadanos del mundo, quienes resienten la política exterior del Gobierno de los Estados Unidos en el pequeño país centroamericano. El pensador argentino Manuel Ugarte enjuicia la actitud de los interventores, diciendo: *la plutocracia de los Estados Unidos, ansiosa de acentuar su irradiación imperialista, ante la indiferencia de los gobiernos de América y la pobre visión de los políticos nicaragüenses, afanosos de llegar al poder, aunque sea con desmedro de los intereses de la Patria.* Alude a la Sexta Conferencia Panamericana de la Habana en que participa el presidente Calvin Coolidge: *El patriotismo, en ciertos círculos ha consistido a menudo, en negar las realidades. Es patriota quien sostiene que la intervención extranjera no importa limitación de soberanía; o cuando se arguye que la nacionalidad queda intacta aunque se hallen las aduanas en poder de otro país.*

En todos los sitios del mundo en que se lucha por la libertad, se escucha discursos y mensajes de solidaridad para el General de Hombres Libres. La Federación Universitaria Hispanoamericana de Madrid, y las asociaciones de estudiantes universitarios de Madrid, México, París, Berlín, Argentina, Colombia, El Salvador, Guatemala, y otros movimientos estudiantiles democráticos y antiimperialistas, debaten la dolorosa situación que confronta el pueblo nicaragüense y enaltecen la gloriosa epopeya del General, frente a la furia armada de los yanquis. *Saludamos en usted a un libertador, al soldado magnífico de una causa, que sobrepasando cuestiones de razas y nacionalidades, es la causa de los oprimidos, de los explotados, de los pueblos contra los magnates,* —afirma Barbuse.

Otros intelectuales, profetas, soñadores, algunos confinados al infierno por ir contra la corriente, dejan escuchar su voz alrededor del mismo entorno, estimulados por el acuciante sueño de patria: Vasconcelos, Mariátegui, Palacios, García Calderón, de la Selva, Mistral y Rafael Alberti. La lucha del General se ha transformado en una gloriosa epopeya que como el rostro de la luna llena, fuera de casa y al aire luce mejor, notablemente más cercana, fulgurante y hermosa.

La gesta del guerrillero en la selva segoviana se proyectó como una locura que no dejaron pasar por alto el grupo de los *merolicos*, pregonando en sus negocios ambulantes muñecos que semejan la efigie del General; o guerrilleros tallados en barro junto a refrescos, pomadas, engrudos, raíces para curar cualquier clase de enfermedad y mordidas de serpiente, hasta aguardiente de yuca, maíz o coyol, que según propietarios de los tenderetes fijos o ambulantes de Guatemala, El Salvador y México, son elaborados de la

misma fórmula con que los hombres del General los destilan en El Chipote, Yucapuca o el ilocalizable y simbólico Chipotón.

Dentro de los mismos Estados Unidos de Norteamérica, la gesta del General llamó la atención de hombres notables. El señor Edward Dunne, gobernador de Illinois, lleno de estupor envió carta al Presidente de los Estados Unidos, exponiendo: *En toda la historia norteamericana no se ha visto jamás un acto de indecencia como el que ahora está exhibiéndose en Nicaragua. Según mensajes que han aparecido en la prensa, durante un combate librado entre dos facciones nicaragüenses, un contingente de infantería de marina se unió a uno de los bandos combatientes e hizo fuego bajo la bandera de los Estados Unidos. Ordenó también que un escuadrón de aeroplanos saliese a bombardear al supuesto enemigo, y esto en un país con el cual estamos en paz, y donde sabemos que no hay aviones ni cañones antiaéreos.*

Y el señor H. H. Knowles, ex representante de Estados Unidos en las repúblicas Dominicana y Nicaragua, en conferencia pronunciada en Williamstown, señaló lleno de asombro: *No sé de actos de inhumanidad más grandes que los cometidos por los Estados Unidos con los indefensos pueblos de América Latina, mediante sus agentes y representantes legales autorizados.* Mientras que H. L. Hopkins, otro importante ciudadano ligado a funciones de Estado, condenó la masacre que ya venía denunciando el General: *Un norteamericano murió y al parecer trescientos nicaragüenses perdieron la vida. Es este otro capítulo sangriento de la desgraciada historia de esa República, que no ha presentado sino tragedias y conflictos desde*

que Díaz dio su cuartelazo el año pasado. Toma un poco de agua, se limpia su rostro con el pañuelo como si quisiera borrar de sus ojos la barbarie que relata. No hay duda —continúa— que al leer la lista y las bajas ocurridas en este combate, que es casi unilateral, nuestros críticos en la América Latina la consideraran como una prueba palmaria de la brutalidad con que los Estados Unidos están listos para imponer su voluntad a las pequeñas naciones del Nuevo Mundo.

Y el senador William Borah, de Idaho, enjuició la situación caótica en que desaparece la nación frente a la intervención de la marina yanqui: Díaz llegó a ser el Presidente de Nicaragua a fuerza de intrigas, y retiene la presidencia merced a la complacencia de los Estados Unidos. No sólo no podría continuar ni por una hora en la presidencia, si los infantes de marina de los Estados Unidos partiesen, sino que sin su parcialísima y cómplice neutralidad, no podría sofocar la rebelión del pueblo contra su forzada autoridad. El pueblo de Nicaragua ha puesto al descubierto un verdadero espíritu y una real devoción nacional, y con ello un coraje digno de la más alta causa.

Como podemos ver —afirma el General—, no todos los norteamericanos fueron hechos con el mismo condimento de que están atiborrados Coolidge y Stimson. El General recuerda a Lincoln el patriota, el humanista, el trabajador de los muelles, el competidor en toneos de tercias y puñadas sin guantes para ganar unos tantos dólares que le ayudasen a paliar el hambre; siente profunda admiración por el libertador de los esclavos negros, porque de este hombre había aprendido parte de su amor a los seres humanos y firmes principios sobre soberanía y libertad.

Ciertamente, el ave se conoce por las plumas, pero el ser humano por el corazón aunque tenga garras y pico de águila. *Yo soy irlandés al servicio de los Estados Unidos* —señaló Michael Fagán, oficial de la intervención al ser invitado a un homenaje que se le tributó al general Moncada en la ciudad de León, cuando el firmante del Pacto del Espino Negro corría en la búsqueda de la Presidencia—. *Pues como irlandés yo digo, que el General es un patriota, pero con poco juicio, porque si exigiera por ejemplo que se le construyera una catedral en cualquier parte de Las Segovias, pediría una cosa posible; si exigiera que se le dieran diez millones de dólares, también pediría lo posible; pero pensar que va a vencer a los Estados Unidos, ésta sí es una falta de juicio.*

El General recuerda las gelatinosas frases de Moncada antes de entregar la Revolución a cambio de su futura presidencia: *No, hombre... ¡Cómo se va a sacrificar usted por el pueblo! El pueblo no agradece... Se lo digo por experiencia propia... La vida se acaba y la Patria queda. El deber de todo ser humano es gozar y vivir bien sin preocuparse mucho.*

Recordó lo que le había expresado Estrada, y que no tomó en cuenta: *Moncada había combatido como conservador en la facción de Chamorro contra los liberales de Zelaya; durante la guerra constitucionalista también lo había hecho como liberal contra los conservadores de su ex jefe Chamorro.* Más claro no cantaba un gallo. Podía deducir por ahí. En la competencia maquiavélica de *guatusas en la bolsa*, el general Moncada había ganado la partida al defenestrado Sacasa. Pues Moncada apenas podía movilizarse en los azares de la contienda armada. Sin embargo,

Moncada desde el balanceo de la hamaca, se había echado a todo mundo al pico. Esto lo había venido a confirmar el famoso dicho popular que con frecuencia escuchaba de boca de la abuela Valentina: *Recuerda muchacho, que más sabe el diablo por viejo que por diablo.*

El distanciamiento entre Turcios y el General comenzó tomando cuerpo dentro de una serie de contradicciones. Como poeta que es el director de *Ariel*, y con la confianza y amistad que le había unido al jefe guerrillero, el engatusado ego del apacentador de sueños de gloria poco a poco se tornó huidizo, supuestamente amenazador y harto peligroso para quienes merodeaban tras el héroe de Las Segovias con el propósito de sacar beneficios para los propios intereses. Turcios tenía la confianza del General, pero en cuanto al orden de su vanidad intelectual, y su seguridad política, a pesar de la fama, poco o nada había de concreto con que pudiera satisfacerle el jefe del EDSN. Desde agosto de 1928 el gobierno de Paz Barahona, había prohibido la publicación de *Ariel*, dejando a Turcios a media calle, y con la espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza. Turcios conocía bien cuál era el origen de las presiones que callaron la voz del principal medio de prensa con que contaba el General, prevaleciendo en esto un ambiente de rumores alrededor de nueva intervención de marines en Honduras como en 1924. Al periodista Turcios le ha tocado enfrentar a soñadores y aventureros de otras corrientes políticas, que nada tienen que ver con la dura y frontal lucha doméstica, pero sí de trascendencia ideológica, y es brújula que orienta el fantástico rumbo de quienes se internan en la montaña para enrolarse

en la guemilla del General. Alucinado por la brisa fresca de esos sueños fue que abrió las páginas de la revista *Ariel* para el General de Hombres Libres, y el mundo conoció la gesta patriótica, y su viril actitud de izar la bandera antiimperialista frente a las fauces del coloso. Pero los procesos revolucionarios cansan, cierran espacios, contaminan cuando la lucha se vuelve extensa y parece no tener fin. Los revolucionarios no se comprometen con falsas revoluciones estructuradas en sociedades estáticas y melosos cantos de sirena, en el entorno de una realidad política y social, incongruente con el pragmatismo revolucionario. La acción revolucionaria coherente con los ideales y la obsesiva pasión o sentimiento ligado de manera fundamental al alma social del pueblo.

Alrededor del General, grupos de fanáticos, aventureros y políticos oportunistas forcejean como unos equivocados, o son mal conducidos por hombres de poco amor que pretenden llevar agua a su molino. El antiimperialismo del iluminado General, ha desatado una especie de síndrome de libertad y fragor independentista, que sólo es comparable con la fiebre del oro en los días de La Conquista, o el éxodo hacia el Oeste en territorio norteamericano. El poeta Turcios, aunque había cumplido a cabalidad la función de divulgador, no estaba de acuerdo con la salida política del General, organizando un partido, porque tal decisión desvirtúa la generosa cruzada contra el imperio yanqui. Quienes resienten a Turcios no pierden el tiempo para hacer méritos en función de la reacción del General.

Este Turcios es de los viejos literatos con torre de marfil que vive en las nubes abstractas del pensamiento —crítica el comunista venezolano Gustavo Machado,

quien habla en nombre del comité de solidaridad *Manos Fuera de Nicaragua (Mafuenic)*, organizado en México supuestamente para apoyo del guerrillero.

Luego del frustrante intento de penetrar el cascarón con el que compara a Turcios, quien por su forma de hacer política, difiere fundamentalmente en estrategia con los comunistas, Machado comenta a su paisano Carlos Aponte, el primer venezolano que llega al campamento del General en el fondo de Las Segovias: *Considera este hombre, que los obreros no están preparados para apoyar la lucha del General.* Machado se refiere a los obreros nicaragüenses en opinión contradictoria al jefe de los guerrilleros que expresa: *sólo los obreros y los campesinos llegarán hasta el fin.* El venezolano cae en la celada que se tiende a sí mismo, al confundir la educación tradicional con las creencias religiosas, y el influjo de la respuesta ortodoxa de la tradición política con la estrategia de la distante lucha ideológica que en el espacio y en el tiempo, apenas sabe a mamotreto fantasmal, que para la cultura política local y las guerras de montonera, está de más, no tiene peso específico ni le ven pies ni cabeza.

Se descubre ante las imágenes y las puertas de las iglesias, dice Machado emprendiéndola contra Turcios, a quién el cierre de *Ariel*, casi le vuelve loco, confiscado en su Torre de Marfil. Ha sido ocasión propicia para que Machado arremeta contra el poeta, mostrando las uñas de su interés desde la pobreza del talante: *Todo lo que es bombo y lisonja es publicado por Ariel.*

En verdad lo que reciente Machado es el acercamiento de Turcios y los comités liberales de solidaridad, que a favor del guerrillero coordina José Zepeda con el

celebre historiador Luís Alberto Sánchez y el viejo zorro político Andrés Townsend Ecurra, figuras importantes del APRA, formidable movimiento con una propuesta nacionalista y antiimperialista que logró penetrar en el alma de las masas, especialmente indígenas y campesinas del pueblo peruano, que como otras etnias del continente permanecen en el abandono; y de acuerdo a Turcios y Zepeda, es el Panamericanismo Democrático sin Imperio en donde realmente encaja el pensamiento del General. Según algunos analistas, Haya de la Torre y el APRA son en la América Hispana la contraparte ideológica que se opone al proceso de expansión marxista-leninista. El APRA con su articulado movimiento de masas y su profunda penetración en los sectores indígenas, es muralla y detente de los discípulos y simpatizantes de Marx y Lenin. Pero para Machado lo que está detrás del APRA es la burguesía enmascarada haciendo el juego político a las estructuras financieras, dando lugar a que éstas moldeen el juego sucio; esta situación oscura, complicada dada lo complejo de sus condiciones, para el General se toma un embrollo de intereses difíciles de definir.

Machado, Aponte, Pavletich, Martí, militantes que responden a un proceso ideológico de formación comunista, inteligentes y valientes hasta la temeridad, quienes después de los antiguos hombres de confianza que rodean al General, forman un grupo selecto con tal arraigo unitario, que el Jefe Guerrillero que tuvo confianza en Martí le nombró su secretario privado. Y mientras Froylán Turcios presta poca o ninguna importancia a la supuesta infiltración comunista, Zepeda más ladino y menos poeta que Turcios, sospecha que el esfuerzo del comité *Manos Fuera de Nicaragua* es

saboteado por los comunistas. A través de Turcios, Martí vino a confirmar sospechas de la opinión de Zepeda, a la que reaccionó el director de *Ariel* diciendo: *Lo importante es que sirvan a los intereses de la causa antiimperialista del General. Que importa que sean lo que quieran ser.*

Si se toma en cuenta que Turcios es liberal sin posición definida como el mismo Jefe de los guerrilleros, es justificable que no vea como un peligro real la amenaza del comunismo que divulgan Machado, Pavletich y otros supuestos afiliados o conversos a una ideología tan distante y llena de falsos supuestos que funden y confunden en el terreno de la fantasía con el demagógico postulado de que *todos los hombres son iguales*, que no tiene nada de extraño desde el dogma cristiano de una teórica vida en el cielo, pero que en materia económica, política, y claramente pragmática dentro del contexto marxista-leninista, la acumulación de capital y el control de los medios de producción, son los que ponen la diferencia.

Además, Rusia está al otro lado del mundo y como es lógico suponer, los problemas de los zares y los factores que incidieron en su derrocamiento, nada tienen que ver con las incidencias de los políticos zarzueleros y generales de montonera como los Moncada, los Somoza, los Chamorro, los Díaz y el resto de saca prendas que multiplican sus beneficios bajo disfrute de la intervención extranjera y la irremediable pérdida de la soberanía de la nación.

El General permanece acosado. Los marines arreciaron las embestidas de sus aviones y patrullas de combate tras la localización de los campamentos guerrilleros en las profundidades de Bocay y riveras

del Coco. No se puede perder tiempo considerando melindrosos detalles como lo plantea Zepeda. ¿Por qué pues, no utilizar todo lo que está al alcance para fortalecer la acción de la guerrilla en el área defensiva para lograr estratégicos beneficios? Es imperativo echar mano de ese determinante postulado de Maquiavelo: *el fin justifica los medios*. ¿Qué peligro podría representar recurrir a la ayuda de los amigos si se necesita de ellos? El verdadero quid del asunto está en no dejarse vencer por la desgracia, la estupidez o el abandono, de manera especial de los mismos. Y esto lo expresa el General en comentarios con sus hombres.

Todos están de acuerdo que desde el repliegue de El Chipote, sus columnas guerrilleras viven un verdadero vía crucis, en que no hay paz ni reposo. El acoso de los marines ha persistido desde que despunta el día hasta finales del atardecer. Y es trágico y lamentable que algunos agentes políticos del General, mantengan enredados en un tortor de contradictorios intereses en los que prevalecen conflictivos personajes y extrañas ideologías en afirmación y beneficio del propio juego político.

Zepeda, Ramírez y Salvatierra, y otros tantos del Grupo Patriótico que están por soluciones a corto plazo dentro del trillado cauce de la lucha partidaria, consideran conveniente que la negociación marche dentro del esquema estratégico y las acciones políticas del General. Los planes de Machado, Pavletich, Martí y otros dirigentes ligados a la dinámica comunista, son la otra cara de la moneda en la toma de decisiones. Afirman que debe promoverse agitación entre los sindicatos, centros universitarios y exiliados políticos de cualquier signo ideológico que simpaticen y apoyen

la lucha del General, con el propósito de desatar la furia mundial del sentimiento antiimperialista.

La guerra del General en las entrañas de Las Segovias ha logrado una posición casi seductora en el concierto mundial. Quienes apacientan sueños de libertad acuden al conductor del Pequeño Ejército Loco, buscando al desmirriado David portátil, quien se cruzó en el camino del interventor y retando al Goliat del Norte, lo entrampó entre lodazales, maldiciendo con todo coraje y pulmón, a los guardias cautivos por la traición de Moncada parapetados en los cuarteles.

Las condiciones en que se desarrolla la lucha del General con los pirrónicos recursos que obtiene para mantenerla, genera conflictos de miseria. En cualquier ejército de esta naturaleza se dan estas condiciones, pues sobre la riqueza en el abandono vive cabalgando el despojo del pueblo. Es un axioma que la falta de desarrollo productivo incuba conflictos de pobreza y desesperanza, pues los campesinos requieren de trabajo, los enfermos de salud pública, los desarra-pados de vestidos, el ejército de armas, municiones y dinero para llevar adelante sus operaciones.

A las manos de Turcios llegan exiguos recursos económicos. Poco o ningún éxito puede lograr un representante que se mantiene del alre; ha habido cientos de promesa y ofrecimiento de ayuda que jamás llegan a concretarse. De esto tiene información el servicio de Inteligencia de los Estados Unidos. Estas fueron las razones para que el director de *Ariel* tuviese que enfrentar un túmulo de problemas con internaciona-listas voluntarios, que requieren todo tipo de ayuda para contactar al General. Fue problema que Turcios no pudo resolver por carecer de recursos.

—Voy a las montañas de Las Segovias, a ponerme a las órdenes del General —dijo Aponte.

—Ha tomado usted una magnífica decisión —dijo Turcios—. El pueblo antiimperialista del mundo, no hay dudas, que sabrá agradeceréselo. Lo felicito.

—Me indicó el compañero Machado que usted me proveería de recursos —dijo Aponte.

—Quisiera complacer al amigo Machado, pero me resulta imposible —contestó Turcios.

—Me dijo el compañero Machado que usted es el tesorero del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional —señaló Aponte.

—Nuestro amigo Machado está en lo cierto, desde el punto de vista teórico; en cuanto a lo práctico, desde el día que cerraron *Ariel*, la caja se mantiene vacía —dijo Turcios.

—¿Cómo es eso? ¿Qué tiene que ver el cierre de *Ariel* con el fondo del General? —cuestionó Aponte.

—Mucho... muchísimo... los recursos de *Ariel* servían para estas cosas. Cuando no había un cinco en caja, yo suplía las emergencias. ¡Esta vez estamos en cero! ¡Llegamos al fondo del barril —dijo Turcios.

Aponte se despidió de Turcios. No creyó en la historia del fondo del barril. Dio media vuelta y siguió hacia la frontera, rumiando la burlesca frase cuando en verdad, lo que había escuchado entre los compañeros que criticaban al representante del General, era que el poeta Turcios, era un verdadero barril sin fondo, al que jamás podrían satisfacer con ese anzuelo de su revista. Aponte tuvo que vender la pistola para pagar el baquiano y así logró llegar a cuarteles de montaña en que pernoctaba el General.

Entre una serie de desagradables contradicciones estimuladas por falta de recursos y constantes

presiones diplomáticas de Estados Unidos sobre los gobiernos de Centroamérica, la relación Turcios-el General se fue resquebrajando, y luego afloró el verdadero conflicto de intereses. No fue algo simplemente espontáneo. En verdad, el poeta Turcios era un liberal ortodoxo, político, antiimperialista y apasionado defensor de esa casi mítica cruzada del jefe guerrillero. Sus raíces espirituales no tocaban el terreno fantasioso en que se encierra el General, que ignora al gigante y arremete lanza en ristre contra molinos reales y no de vientos.

—Usted es mi mejor amigo —escribe el General al Director de *Ariel*.

Turcios ha jugado un papel estratégico y vital para divulgación de la lucha del General. Ha sido una especie de ángel anunciador, rugiendo con su trompeta, dando a conocer la fantástica nueva de un extraño y desmirriado obrero de minas, quien se convirtió en General, y se levantó en armas al frente de un grupo de desarraigados para combatir en la montaña contra el ejército más poderoso del mundo.

—Tengo el deber de cuidar de su gloria de libertador —escribe Turcios.

El periodista es un convencido que una vez conseguido el objeto fundamental de retiro de los marines, el Jefe del EDSN debe desarmarse y alejarse de la actividad militar para que la nación se organice.

—Esa es una actitud de un poeta del montón, no un revolucionario antiimperialista —dijo el General—. Sería deshonesto abandonar lo que se ha estructurado teniendo como única motivación el alma del pueblo a fin de corresponder al sacrificio. Hasta hace algunas semanas, nuestro amigo Turcios, además de poeta

era un revolucionario, quien estaba al servicio de nuestra causa con su valiosa revista *Ariel*, pero repentinamente sólo quedó con su afición de poeta dando bandazos en los espacios siderales; y los espacios siderales están colmados de melosos encontronazos. No es lo mismo escribir versos que estar marcado por un destino de libertad y lucha en pos de la soberanía nacional. Para vivir esta realidad, se necesita firmeza de pensamiento, y clara visión de lo que se pretende. Tengo informes que el poeta Turcios vive entorotado con el consulado de París. Allá él. En lo que a mí concierne, no nací para un puesto público. Queremos probar a los pesimistas que el patriotismo no se invoca para alcanzar prebendas o puestos públicos.

Las relaciones de Turcios y el General cobran ribetes de distanciamiento. El verticalismo del Jefe Guerrillero no da tiempo para consejos ni consultas. Es el estilo del General. En *El Demócrata*, el todavía representante del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, lee cierto proyecto de pacto entre Moncada, Díaz y el General, redactado por Escolástico Lara, Sofonías Salvatierra y Salomón de la Selva, miembros del Grupo Solidario.

—Antes de todo, ruego decirme, si estos señores tienen la representación de Ud. para proponer pactos de arreglo —escribe Turcios.

—Ya le había hablado a usted del Grupo Solidario. Es de las agrupaciones que hacen oposición a la política intervencionista y a cuanto venga en detrimento de la soberanía nacional —aclara el General.

—Tiene sus buenas cosas —dijo Turcios.

—Son hombres que están con la causa de la soberanía nacional. Debemos confiar en ellos. Hacen lo que conviene —dijo el General.

—¿Deseo saber si puedo suscribir un pacto que sea respetado por usted con las siguientes bases, tomadas o ampliadas del mismo documento a que me refiero? —pregunta Turcios.

—Me interesa conocer ese proyecto —dijo el General.

El proyecto de Turcios no concuerda con lo que para el General significa la realidad. El poeta comienza divagando. *Moncada deberá pedir a los Estados Unidos y obtener el retiro de todas las fuerzas interventoras acantonadas en territorio nicaragüense. Como respuesta a la salida de los marines, el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional deberá desarmarse, y tener como constitucional al Gobierno presidido por Moncada, quien a su vez reconocerá la posición del General y su rango de manera oficial, lo mismo que de sus oficiales y soldados en todo lo concerniente a los derechos de ciudadanos, amparándolos a través de una amplia amnistía. Con mis mejores saludos para la Legión Sagrada. Un abrazo para usted. Firma Turcios.*

—Y yo que creí que el poeta Turcios había cambiado. Que había sido de algún provecho el ejemplo que había tenido de nosotros —dijo el General.

El General tuvo la corazonada que el documento era suficiente testimonio para dar como un hecho que el poeta Turcios había dejado de ser su representante.

XIV

En el recorrido del aeropuerto a Casa Presidencial llegó a su memoria desde lo profundo de su atavismo cierta enfática advertencia que le estremeció: *estamos solos...era casi una sentencia que le había sido imposible eludir desde de 1927*, cuando fue único de los generales de la facción constitucionalista liderada por Moncada, que haciendo a un lado las tentaciones del pacto, decidió continuar luchando y marchó hacia adelante, acicateado por su espíritu patriótico y el propósito de expulsar del territorio nacional a los marines interventores.

Claro que le pareció aberrante compartir el mismo vehículo con Somoza. Y hasta se había dado un abrazo con su enemigo potencial, cuando el Jefe Director de la Guardia Nacional dio alcance a su comitiva por la cuesta de Chico Pelón frente a la Legación de los Estados Unidos. A cualquiera le habría parecido un montaje, y quizá hasta hubiese sido. Salvatierra y Rizo le habían advertido de lo que Somoza sería capaz de hacer, montando cualquier zarabanda por extraña que pareciese. Cuando se autoproclamó general, Tacho Somoza había organizado su propio zafarrancho armado: la epopeya del Guachipilín, una hilarante escaramuza a escasos kilómetros de San Marcos, su pueblo natal, de la cual salió triunfante sin haber disparado un tiro, y

se encasquetó el grado de general en medio de las carcajadas de los peones de la hacienda de sus padres, que habían actuado en la farsa.

Dentro de la tensión que le producía la repentina tragicomedia, el General más o menos quiso soltar la risa, pero disimuló, carraspeando. Mientras iba escuchando breves historietas relatadas por Somoza, disimulaba los impulsos de reír o de protestar. Y preguntó a sí mismo, ¿qué habría pensado el general Altamirano si tuviese la ocasión de verle por algún maldito agujero en el mismo carro, acompañado de Somoza, como si aquello fuese un paseo turístico por las calles de la capital? Estaba seguro que el general Pedro Altamirano ni siquiera lo habría imaginado. Este monumento de lealtad combativa tenido por los enemigos políticos como engendro de atrocidad, se quedaba corto frente a los hechos de barbarie que protagonizaban los marines y los guardias nacionales. Claro está, el pueblo ignoraba estos sangrientos sucesos porque los tales permanecían sin divulgarse. Y si Miguel Ángel Ortiz estuviese vivo, ¿qué habría pensado este general que era casi un mito por su ejemplar temeridad entre los bravos combatientes, si le hubiese visto al lado de semejante compañía? Simplemente habría sido para el General una experiencia embarazosa.

El peón de los marines no paraba de hablar. Sí, claro que convenía para el bien nacional el cese del fuego y el entendimiento de las partes en conflicto. El General estaba incómodo. Se cuestionó a sí mismo. Se dijo que ya no parecería el General de los guerrilleros, sino cualquier mequetrefe con ambiciones de poder.

Tomó el pañuelo de la chaqueta de cuero y enjugó el sudor de la frente, aunque no tenía sudor, ni siquiera

trazas sobre el rostro. Lo hizo repetidas veces bajo una aparente ofuscación. Quizá había querido borrar de la mente el poco juicio, o el inminente ridículo al que le venían empujando los políticos. Pero ahora estaba sobre el macho y había que jinetearlo. Reflexionó sobre la posibilidad de estar librando el más peligroso de sus enfrentamientos. Estaba metido en la boca de la fiera en una batalla sin tiros, sin rifles ni columnas guerrilleros, sin Pedrones, sin Orteces, sin bombas de dinamita, sin nada, más que atendido al prestigio de la propia imagen bastante descascarada por las contradicciones políticas, las ambiciones de poder, las asechanzas de los enemigos, y los propios sueños enmarcados en una fantásica realidad que parecía haber quedado colgando en las breñas de la montaña.

A ratos experimentaba la extraña sensación de que la fila de vehículos entre los que consideraba psicológicamente atrapado, sólo formaba parte del planificado cortejo funerario que le tenía listo el destino, y no la recepción al héroe guerrillero que llegaba de la montaña a firmar la paz bajo la garantía del presidente de turno. En realidad ahora estaba convencido que su decisión de venir a Managua era un acto temerario, solitario y al descubierto. Algunos semanas antes ni siquiera lo imaginaba. Pensó que la culpa había sido de los políticos al no haber sido capaces de manejar las cosas, dejándole en abandono casi total. Pero el General reaccionó al pensar que después de todo era una decisión razonable, ya que en política cada quién desarrolla su propio juego y responde a sus intereses. Lo lamentable había sido la inesperada renuncia de Turcios dejándole marginado del mundo de la información. La opinión mundial que había estimulado Turcios había sido el

mejor soporte para su fuerza guerrillera. Con la renuncia del periodista muy poco o nada se divulgaría del General. Las fuerzas interventoras se aprestarían a comprar conciencias, gastando miles de dólares en el bloqueo de la información. No era verdad, como decía la prensa pagada, que el jefe de la lucha antiimperialista mantuviera una crisis profunda de armas, municiones y dinero, aunque lógicamente los conflictos de esta naturaleza y dimensión requieren de sólidos recursos para su mantenimiento. Lo importante para la lucha, lo fundamental, había sido el apoyo político de los revolucionarios del mundo que no había sido logrado con dinero, y que ahora estaba faltando por haber quedado sin promoción.

En este frente es que había golpeado el bloqueo y los pleitos de parroquia que se dieron entre los falsos amigos políticos, que desvirtuaban y corrompían la lucha del General en el ámbito de una proyección revolucionaria. Hasta fueron divulgados libelos que acusaban al Jefe del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, de haber negociado por \$ 60.000 dólares el abandono de la cruzada libertadora.

—*Faltó Turcios y quedamos aislados*, había declarado en Veracruz al Diario de Yucatán.

—Quiero invitarle a mi casa —dijo Somoza.

—Creo que tendremos tiempo para hablar de la paz de Nicaragua —dijo el General.

—Ya era hora —rió Somoza.

—Debemos de hacer de Nicaragua una nación en la que podamos convivir todos como hermanos —dijo el General.

—Compartimos las mismas ideas —dijo Somoza. Somoza encendió su cigarrillo Lucky Strike y soltó

una bocanada de humo por la ventana de la limusina. Quizá habría estado pensando que lo tenía en sus manos.

—Todos esperamos que usted y el señor Presidente encuentren la salida adecuada para la paz de Nicaragua —dijo Somoza.

Era necesario decir cualquier cosa. Como era de suponer, un arreglo entre el presidente Sacasa y el General de Hombres Libres no traería beneficios políticos para las ambiciones del Jefe del Ejército. Era mejor que las cosas continuaran tal y como estaban planteadas: la guerra sangrienta que de acuerdo con condiciones en el tiempo, sería la mejor opción hasta exterminar al bandido.

Después del periplo por México que fue casi de turismo, el General pareció turbado y perdió confianza en sí mismo. Ante la falta de apoyo de los amigos el General parece frustrado. Los paradigmáticos hombres de confianza, de manera especial, los generales Umanzor y Altamirano quienes ordenaron los asesinatos del doctor Juan Carlos Mendieta, don Julio Prado y don Cayetano Castellón, deterioraron visiblemente la imagen del General, poniendo un sabor amargo y negativo entre los ciudadanos que simpatizaban con el jefe guerrillero, lo que fue aprovechado por los enemigos para dar crédito y justificación a la necesidad de combatirlo. El General recordó a Turcios. Cuando el poeta lo abandonó se encontraba tan huérfano de gente en quién confiar que hasta pensó en el comunista Machado para que sustituyera al director de *Ariel*, y le representara en México. Pero Machado, quien creía percibir problemas y una relación no muy ortodoxa para el trabajo político que requería tal encargo, no respondió a las insinuaciones del ofrecimiento.

El General estaba desilusionado con la actitud de Portes Gil. Pensó que haber confiado de manera excesiva en el optimismo y la contumacia de Paredes, le había llevado al borde de una condición de lástima. Y fue doloroso para el General verse obligado a tener que aceptar el auxilio económico de una pobre corista de teatro callejero, para poder pagar la renta del hotel y sortear la vergüenza de su vacío pecuniario.

—Es mi mayor preocupación y así lo espero —dijo el General.

A pesar del ruido de vehículos, los vítores y el aplauso del pueblo agolpado en los promontorios de las aceras, el General interiormente parecía insatisfecho, e iba ocasionalmente absorto en un mundo incierto, estigmatizado y fatalista, que a lo mejor le tendería alguna emboscada en el entorno de su sueño fantasioso. En la hora crítica de tomar decisiones frente a los acontecimientos políticos, su proceder fue poco pragmático. Trastabilló involuntariamente cuando en sus cuarteles, se sintió presionado por las incidencias negativas del viaje a México, y las recomendaciones de sus parientes, amigos y representantes del gobierno de Sacasa para que firmara un Convenio de Paz.

La realidad es que después del viaje a México el General había perdido imagen, y se encontraba políticamente debilitado. Cosa positiva habían sido las entrevistas en revistas y diarios mexicanos, las comparencias y aplausos en sesiones de los sindicatos y los estimulantes adioses de grupos de admiradores que al ir por las calles, vitoreaban al General y gritaban consignas a favor de su cruzada, a lo mejor recordando a Villa, o Zapata, cuando le veían bajo el sombrero de anchas alas al estilo tejano, el rostro aindiado, la mirada

a trazos parpadeante; la arruga del hombre de agallas impresa en la frente, y la soltura espontánea de palabra cuando expone sobre el tema de su heroica cruzada por la libertad, que según las motivaciones de la lucha, es fermento y razón de la cruzada antiimperialista que debería proyectarse más allá de las montañas segovianas.

El General sueña con una sola y gran nación, emergiendo de la realidad cultural, social y política del pueblo indo hispanoamericano, en los que sean referentes estructurales: sufrimiento, sacrificio y sangre derramada por los pueblos de la América Hispánica para integrarse en una federación de estados como soñaba Bolívar. El General está convencido de que los pueblos indolatinoamericanos deben fundirse en una sola nacionalidad. Es esta antigua aspiración de fallidos intentos patrióticos liderados por Bolívar que no encontraron respuesta en políticos de su tiempo, esgrimiendo la puerilidad de cualquier pretexto. El Panamericanismo bolivariano era razonable dentro del entorno patriótico de las guerras de Independencia, afirmaban los adversarios. Pero a la altura de 1929 es una incongruencia política formar bloques patrióticos, cobijados bajo esquemas filosóficos que puedan prestar las facilidades a la expansión de la ideología comunista.

Aflora cierta desconfianza en los que considera lo mejor de sus cuadros. Sus relaciones con Machado y los comunistas de México, Venezuela y Europa, no le traen nada positivo, pues se diluyen en especulaciones que tienen su razón de ser en la estrategia del nuevo orden revolucionario, tras la búsqueda de palios arzobispaes, bajo los que pretenden guarecerse algunos listos para tomar la parte del león.

El General destituye a Farabundo Martí, nada menos que su asistente y secretario, por intentar confabularlo en enredos con los comunistas. Igual suerte corren el peruano Pavletich y el mexicano Paredes, hombres de mucha confianza para el General, cuando el primero intentó inocular en la organización del EDSN, algunas de las ideas del APRA, que no concuerdan con el ideario de la lucha; y el segundo, luego de ser acusado de conspiración por predisponer al general Juan J. Colindres, para que se hiciera proclamar presidente provisional de Nicaragua.

Una cosa es el pueblo de México y otra el Gobierno, que define la estrategia política en función de las condiciones que afronta el Estado. De tal suerte, que la manipulada visita del General al presidente Portes Gil, fue un rotundo fracaso que debilitó políticamente el entorno de su lucha y dio motivo para negativas consideraciones. La venenosa divulgación entre gobiernos amigos de la ruinosa condición que atravesaba el General, dio alas a la enmarañada estrategia de quienes deseaban quitárselo de encima. A nadie escapa, que el General es un inobjetable símbolo de lucha por la libertad de los pueblos de América, y si se le convence, podría llegarse a convertir en un baluarte de solidaridad mundial en beneficio de los comunistas. Hasta se han vertido ciertas frases suyas con relación a la propiedad que le identifican con el marxismo-leninismo, como la famosa y dogmática expresión que manifestó a Moncada, antes de abandonar al ejército liberal que: *la propiedad es un robo*.

Somoza hace memoria de la famosa carta al Presidente de México suscrita por el General en la que pide audiencia y protección al arribar a suelo mexicano

junto a su Estado Mayor: *No es posible manifestar por escrito los trascendentales proyectos que en mi imaginación llevo, para garantizar el futuro de nuestra gran América Latina*, dice en lo más importante de la misiva...

—El propósito de los acuerdos es terminar con la anarquía —llama su atención Somoza.

El engendro de dictador pensaba en su Guardia Nacional y aquellas retadoras declaraciones que andaban en boca de políticos perversos y quisquillosos de que el EDSN, estaría involucrado en la reestructuración de la futura nación nicaragüense. ¿Qué le ocurre a este hombre?, piensa Somoza. ¿Creerá acaso que el general Moncada y yo somos unos imbéciles? No es ésta la primera ocasión en la que el general de pacotilla declaraba poseer la tercera parte del poder real o irreal, coercitivo o no, conque se gobernaba el Estado. No sabía de dónde había sacado semejantes argumentos para suponer que la Guardia Nacional no era el único cuerpo castrense que estaba comprendido bajo la estructura jurídica del Estado. Quizás había olvidado, o peor aún, estaba ignorando que las leyes del clásico estado revolucionario anárquico o no, intervenido o no, son aquellas que aprueban las revoluciones en el contexto de sus decretos; y éstas son concreciones a la que habría de atenerse, porque representan el verdadero insumo de la realidad.

—Si existe buena voluntad en el Presidente y sus consejeros, como considero que existe, el paso que posiblemente daremos hoy tendrá una buena dosis de patriotismo y entiendo que ha de ser el principio del fin para terminar con la anarquía política —dijo el General.

Se respingó en el asiento de la limusina. Si hubiese estado frente a un espejo tal vez habría intentado

cuestionarse, pero no estaba frente a un espejo, sino que frente a la realidad.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Somoza. Dio dos chupetazos al Lucky Strike y lanzó la bocanada de humo por la ventanilla del carro.

Se sentía feliz. Vio al General como al ratoncito que intenta engullirse el queso frente a las garras del gato. Jamás había imaginado que las cosas se hubieran puesto tan fáciles, hasta ponerle a su alcance y bajo las más candorosas condiciones. Viajar desde Chico Pelón hasta la Casa de la Presidencia, montado en el mismo vehículo con el temible guerrillero de Las Segovias, era una experiencia interesante de incalculable valor. Ahora más que nunca, Somoza estaba totalmente convencido que ese año que el General había pemoctado en México, desencadenó sobre su estado anímico tal sentimiento de frustración que lo mantenía desubicado. Sin embargo, a pesar de las contradicciones en que vivía, podía percibirse en él, a una especie iluminado que no ponía los pies sobre el suelo, y malbarataba las energías edificando castillos en el aire. Recordó Somoza que el embajador Bliss Lane le había tenido al tanto de cualquier información que anduviere a la zaga de las intenciones del guerrillero. Los jefes de marines Cummings, Cross, Harris y servicios de inteligencia a nivel de Centroamérica y México han permanecido constantemente tras las huellas del General. La contra ofensiva publicitaria contra el jefe guerrillero, había sido potenciada por verdaderos detractores que vertían veneno en los diarios. En *El Universal Gráfico* de México, el escritor Enrique Lumen arremete rabioso contra el General, llamándole monigote, manipulado por individuos sin conciencia patriótica, siendo un

ignorante del papel que desempeña, el que es controlado por algunos de sus agentes y consejeros, ya que el jefe guerrillero es un campesino rústico.

Ante los ataques de Lumen, salta a la palestra el editorialista del mismo diario y replica: *El señor Lumen no ha tenido trato personal con el General, a quien no vio durante su visita a Nicaragua, pero probablemente tuvo trato con los traidores de su raza y de su Patria, los que son hombres de poder y que saben cómo impresionar, de la forma que les dictan sus perversos intereses, a algunos visitantes, y hasta algunos de su propio pueblo. Éstos son los que han llamado al General bandido y de otras formas que causan el asombro y la indignación de los hombres libres del mundo.*

En realidad, el General era un verdadero devorador de inductoras historietas desde los llamados pasquines en los años de infancia hasta enjundiosos textos de fabulosos autores como Cervantes, Darío, Víctor Hugo, y relatos históricos de Centroamérica y el mundo, tratados exegéticos como la *Biblia*, escritos esotéricos de rosacruces, espiritistas, masones, magia y medicina. Freud, Jung, Charcot, la famosa madame Blatvasqui, lo mismo que variados comentarios y ensayos sobre los primeros sabios de la filosofía occidental como Tales de Mileto, no son ajenos a su cultura autodidacta. Claro está, el General no es genio intelectual ni necesita serlo en la cruzada que le absorbe. No es un Lenin, un Marx, un Lincoln o un Franklin quienes además de ser guerreros y revolucionarios tenían relleno el cerebro por vasta información cultural. El Jefe de los guerrilleros es el fruto de vacío de Patria revertido en él por un inusual y auténtico germen de independencia y soberanía. Los enemigos

le acusan de ser comunista. Es el pretexto de siempre cuando se quiere tomar ventaja contra los enemigos políticos. Alguien acosado como el General, no puede darse el lujo de prescindir de nadie que sea capaz de ayudarlo, y aunque ideológicamente haya simpatizado con ciertos postulados sociales divulgados por los comunistas, a él no se puede acusar de serlo, por el solo hecho de que algunos de sus hombres hubiesen coqueteado y hasta entregado la vida en esa aventura ideológica como aconteció con Farabundo Martí. En verdad, aunque a cierta distancia del liberalismo cavernario que profesa su padre, el General sigue siendo liberal y considera que vale la pena serlo, de manera especial, al verse compulsado por el desafortunado y tortuoso laberinto de la intervención yanqui promovida por Moncada y Díaz. Es pues un liberal. Dentro de los parámetros señalados por la política local tradicionalista, y le parece un contrasentido hablar de un problema social, tan distante en el otro lado del mundo, cuando tiene el suyo propio que debe resolver en casa.

Liberal a su manera, revolucionario, líder de mando verticalista siempre tendrá la razón, aunque roce los bordes del conservatismo ultramontano en muchas de las ideas. Pulcro en el vestir, elegante como la ocasión lo requiere, no olvidará los coquetos dobleces del pañuelo y la agradable fragancia del agua de Colonia. Con la pluma en la mano o frente a la maquinilla de escribir pasa noches enteras redactando partes de guerra, artículos para diarios y revistas, dando instrucciones a sus generales, escribiendo a Turcios, Salvatierra, Alemán Bolaños, Calderón Ramírez, Salinas de Aguilar, Salomón de la Selva, y un centenar de escritores, líderes políticos y organizaciones de trabajadores en todas partes del mundo. En 1930 fue necesario de varias

mulas de carga para trasladar de un sitio a otro el vasto archivo relacionado con el EDSN, que junto al archivo del General sumaban varios quintales. La cantidad de epístolas, informes de guerra, instrucciones para el entrenamiento guerrillero, cartas recibidas y enviadas hacia todas partes del mundo, manifiestos y documentos dirigidos a presidentes y congresos llenaban miles de folios, dan una idea y son testigos de la capacidad de liderazgo que posee el General. Algunas de estas ideas son gritos desgarradores desde el árido y crudo desierto latinoamericano que pretende una salida al mar de la esperanza, desde el fondo del oasis mentiroso de la democracia en libertad.

El General parece no haber perdido tiempo jamás, y atendía con sabiduría y madurez a hombres cultos. En sus lucubraciones va más allá de la capacidad aprendida en la escuela. Es un ingenio de centelleantes y promisorias ideas sueltas que cobran proyección y claman por espacios requeridos para su marcha. Aprende rápido, casi del aire, improvisa con facilidad al enfrentar situaciones que parecen creadas para él por sus incuestionables o testarudas decisiones. Dénle la mano al General y los efectos seguirán hasta el codo. Es una forma de reaccionar, su manera de ser individual, su estilo de comportamiento que le relaciona con el alerta de sus hormonas y el entrenado instinto psicológico que arranca en la parte oscura de su niñez.

—Su proyecto de las cooperativas es excelente —dice Somoza.

El futuro dictador piensa que no debe perderle de vista, sencillamente lo presiente. El montañés, como él mismo se autocalificó al inicio de su rebelión, siempre será un peligroso que podría trastornar sus

planes, si se persiste en estar al mando de unos bandidos. Eliminar de una vez por todas al factor del problema quizá sea lo recomendable. Hay que hacerlo, una vez tomada la decisión, todo será cuestión de tiempo. No hay duda que la llegada del General a Managua, ha revertido el valor estratégico de su pecio: el tigre se convirtió en ratoncito atrapado en las redes que facilitó la salida de los marines. En la vida política o en la estructura militar del país, este pobre inocente no tiene pito qué tocar, piensa el Director de la Guardia.

—Es la mejor arma para lograr la paz social en el campo. Indios y campesinos de Las Segovias apenas tienen recursos para no morir de hambre. Necesitan de todo, desde una escuela para aprender las primeras letras, hasta un centro de salud que los atienda en las constantes plagas que azotan a las comunidades —dijo el General.

—Ojalá que usted pueda llevarlas a la práctica —dijo Somoza.

Chupeteó por última vez el Lucky Strike y aplastó lo que quedaba del cigarrillo en el fondo del cenicero. Luego lanzó la bocanada de humo por la ventanilla del vehículo.

Estamos llegando a Casa Presidencial —dijo el chofer.

En la nueva dimensión del problema, desde la salida de los marines, los factores se habían invertido y vuelto a la condición de 1927. El General entendió el mensaje de sus enemigos, que ahora estaba más solo que antes. La causa de Nicaragua seguía en abandono. Si había que combatir ya no sería contra los marines, sino que contra las propias fuerzas de la revolución liberal constitucionalista, a las que había pertenecido.

Es contra la Guardia de Somoza soportada por los marines, contra la que vamos a combatir, pensó.

—Usted primero, general —dijo Somoza.

—Gracias —dijo el General.

Cuando entró al despacho, el presidente Sacasa y el General se fundieron en un abrazo.

XV

Su nombre de pila fue Fermín Sombreado, de los Sombreado de *El Realejo*, histórico puerto en el Pacífico desde tiempos de la Conquista, por donde entraron al territorio los 58 filibusteros de Walker, traídos por el esclavista Byron Cole y el Director Supremo Rebelde Francisco Castellón para combatir a la facción legitimista que comandaban los generales Martínez, Guzmán, Zavala y Chamorro. Tal atropello a la nación fue el colofón de las contiendas partidarias que comprometían el futuro del pueblo y la libertad de la nación.

Compañeros de columna del cabo Sombreado, le engancharon de sobrenombre *Sangre de Mula*, por cierta historieta narrada por él mismo que había tenido en la infancia. Largo y flaco como un escorpión, vivía suspirando y soñaba con llegar a ser algún día tan musculoso y fuerte como Charles Atlas, quien lo deslumbraba en los anuncios de los pasquines, y mientras el joven Sombreado le daba y daba con los ejercicios para desarrollar los músculos, llegó a la simple conclusión, que jamás llegaría a ser un forzado como Charles Atlas, porque a fin de cuentas, las labores del campo y la carreta de bueyes resultaba trabajo más duro y difícil que los ejercicios de tensión dinámica, y no le quedaba tiempo para esperar que se endureciere el tórax y se engrosaran los *ratones*. De tal manera, que cansado

de contemplar los músculos en el espejo, olvidó los ejercicios y se inclinó por la pócima del brujo de Subtiava, quien lo convenció que para llegar a ser potente, feroz y agraciado físicamente, no eran necesarias las lecciones por correspondencia de ningún profesor de gimnasia, sino bastaba simple y llanamente conseguir una mula, apercollarla al bramadero, y comprar cualquier jeringa en la farmacia de El Realejo, localizar el lugar donde pasaba la yugular en el pescuezo del animal, extraer la sangre y bebérsela aclaraba: ¡Era mucho mejor si todavía estaba caliente!

El cabo Sombreado, quien había abierto los ojos al mundo casi bajo los cascos de las vacas en una hacienda de ganado enclavada en estribaciones de los Marrabios sobre las faldas del Cosiguina, llamaba la atención de compañeros guardias y oficiales de Trumble, Jefe Director de la Academia, cuando con sus hilarantes ocurrencias era capaz de hacer reír a un cadáver, según las peyorativas opiniones del capitán Francis Cunnighan y el teniente Niko Grieco, con quienes Sombreado había hecho sus primeros patrullajes junto a los cadetes Cuadra, Delgadillo, Paniagua, Gutiérrez, Castillo y otros bisoños aprendices de general, a quienes atraía la vida castrense.

Quizá por circunstancias del origen, el tatarabuelo de los Sombreado, un salvadoreño de vieja estirpe circense y último gran tiliche en representaciones de los Sombreado: decía tales diabluras que hacía morir de la risa cuando sacaba a relucir los chistes de su cosecha; bailaba, cantaba y era el alma del circo como payaso mayor, aunque ciertamente los viejos Sombreado ya venían en decadencia, y su fama la habían ganado como domadores de tigres de Bengala y elefantes de

la India, hasta que el orgullo de los cirqueros fue enterrado cuando el octogenario abuelo de los Sombreado murió triturado por *Espumilla*, la vieja elefanta, que según chanceaba la abuela de los artistas era como la niña de los ojos del circo y el único animal *chinchineado* como mascota de los Sombreado.

Debido a su origen humilde el cadete Sombreado, como otros ganaderos campesinos de El Realejo, no podía esconder la admiración por la extraordinaria lucha del General. Lo visualizaba casi como héroe de una película cinematográfica. Pero como era opinión del mismo Sombreado, poniéndole mente al asunto dentro de la cruda realidad, el cadete Sombreado no podía darse lujo de asumir actitud de tontos —tal la respetable opinión del Juez de Mesta del bario de los Iscariote de apellido Sombreado— que aunque admitía en privacidad familiar que Fermín sentía simpatía por el general rebelde, fuera de casa era otra cosa, pues era su deber conjurar la peligrosa picazón mental que le causaba el General, y deberá mantenerse firme para ser congruente con su privilegiada condición de cadete, tomando en cuenta que ante la lógica de la realidad era lo que convenía.

Lo adecuado era mantenerse tranquilo y positivo, para continuar abriéndose paso en el azaroso camino de la vida que hoy parecía despejarse. ¡Cómo iba cambiando todo! Ayer eran las famosas lecciones de Charles Atlas que jamás terminaban de girar en la imaginación, intentando cambiar la aparente carroña de sus huesos desmedrados, y hoy venía otra cosa: la oportunidad de embolsarse el *peso del coronel*, metiendo o sacando reos de la cárcel, apropiándose de las multas; alterar los linderos y los registros públicos de la propiedad, y disfrutar del pródigo *confort*, que

sólo se puede de encontrar en el disfrute pleno del poder, emperifollado en la satisfacción de volverse un loco con el dinero robado; una aberrante afición que doblega a cualquier ambicioso pobre diablo que con espíritu de mezquindad ha vivido rumiando pobrezas. Y por supuesto, el fascinante y clásico despliegue militar: la dispendiosa arrogancia de las paradas militares y la grosura simbólica de las recepciones diplomáticas. El disfrute del confite castrense que Sellers, Feland y Hanna habían diseñado para Somoza, fue lo que motivó a familiares de muchos jóvenes cadetes para enrolarse en la Guardia Nacional.

Era especial orgullo ser aceptado en las exclusivas filas de la Academia Militar, y el ingreso de Sangre de Mula a la institución, fue un paso al frente, vigoroso y fecundo, para el futuro prestigio de la familia Sombreado. Los amigos de El Realejo que conocían del buen humor de Fermín, lo saludaron con efusión cuando por vez primera, volvió al pueblo metido en el uniforme militar. El cadete Sombreado recordaba la expresión juguetona del cura de El Realejo: te felicito, hijo. Creo que bien te guareciste, porque ningún Sombreado debe permanecer sin una buena sombra.

El viejo cura recordó a Fermín aquellos fusilamientos que pusieron frente al paredón a los Sombreado, cuando el coronel Pipo Sombreado combatió contra William Walter, defendiendo las instalaciones del cuartel de El Realejo. Pero en esta ocasión es el mismo cabo Sombreado quien está enrolado en patrullas de columnas contrainsurgentes que marchaban a la montaña a cazar guerrilleros. Y hasta aunque hace poco tiempo le enardecía de satisfacción escuchar hazañas guerrilleras de Miguel Ángel Ortiz, joven

general de ojos azules, cabello rubio, esbelta y atlética figura que enloquecía a las hembras, y quien sugería mayor atracción sexual que el sudoroso Charles Atlas —a lo mejor un puro anuncio de publicidad, porque el papel soporta lo que le imprimen—, ahora que pertenece al cuerpo de cadetes de la Guardia Constabularia, los papeles se han invertido y deberá combatirlo. Bajo la sombra del ejército, el cadete Sombreado se había dicho a sí mismo: uno es el orgullo y otra la realidad. Y ahora justificaba la incómoda reflexión que la lucha del guerrillero es dura y azarosa, mientras que los soldados que combaten en las filas del Gobierno, aunque enfrentan los mismos peligros, éstos resultan más soportables, de manera especial entre los cadetes asignados a las patrullas de los yanquis.

—¿Te gustaría vértelas con el huevón ése? —preguntó el cadete Delgadillo a Sangre de Mula.

—¿A qué huevón te refieres? —dijo Sombreado.

—¿A quién más?... ¡Ortecito! —intervino Cuadra.

—Creí que me preguntabas por *El Sastre*. Anoche escuché que solamente hablaban de él. Oí que El Sastre andaba en compañía del general Ortez —dijo Sombreado.

—¿Cuál Sastre? —dijo Delgadillo.

—¡Cuál Sastre!... ¿Y cuál va a ser?... ¡Pues, Pedrón! —intervino el cadete Guillermo Cuadra, que rengueaba de un pie, ocasionado por el infortunado resbalón al cruce de una quebrada.

—Yo estoy hablando de Ortez —aclaró Delgadillo.

—Yo también, creí que hablabas de Pedrón —dijo el cadete Zavala.

—Pedrón no es ningún valiente. Lo que es ése, es un asesino, un carnicero. Nada tiene que ver con el chelito... ¡Ese chavalo sí tiene huevos! —dijo Delgadillo.

—¡Ay, el chelito! ¡Ay, el rubio! ¡Ay, el huevón!... Los tuyos hasta parecen lamentos de puta loca, embramada —carcajeó Sangre de Mula, quien por haber sido cirquero, acostumbraba hacer chanza de cualquier cosa, y hasta de la propia sombra.

—¡Comete un barril de mierda! —sonrió el cadete Delgadillo.

Comenzaron a subir las sierras de Cusmalf, para tomar descanso y esperar a los mercenarios infiltrados en Jinotega y Ocotal, quienes espían los movimientos de las patrullas del General.

Ortez era un objetivo militar de importancia: paradigmático guerrillero a quien había que cazar vivo o muerto. Su cabeza tiene precio y es depositaria de ascensos militares para quien sea capaz de lograr la osadía de arrancársela. *El precio del rescate era una especie de pedigrí del hijo de puta de Ortez*, había dicho Sangre de Mula.

Hubo suficientes motivos para perseguir al dorado bandido. Los marines jamás habían podido olvidar el descalabro causado por este jefe expedicionario de presencia distinguida, con grado de bachiller que estaba matriculado en la Facultad de Derecho de León. Ortez peinaba una cabellera dorada como las que narra Homero en los héroes de *La Ilíada*. Cuando el general Ortez entraba en los desfiladeros, volando sobre el lomo de su caballo revoloteaban envolventes racimos dorados de luengos bucles sobre sus hombros, dando la mítica sensación de estar poseído por el espíritu de un ángel encamado en guerrillero.

El 31 de diciembre de 1930, mientras los marines celebraban con pavos y tortas de navidad, escuchando y coreando canciones de Marlene Dietrich y Al Johnson,

en *Blue Angel* y *Sonny Boy*, recordando *home sweet home*, entre nostálgicos recuerdos de familia y tragos de vino, güisqui, cerveza, ron y cususa —licor indígena elaborado del maíz y perseguido por los cobradores fiscales— para brindar la despedida del año viejo y la llegada del nuevo, el general Ortiz planeó la propia celebración del EDSN, con una sangrienta y sorpresiva operación que concretó en emboscada.

Cuando el general Ortiz ejecutó la acción guerrillera, los marines estaban borrachos, bailando y cantando. Despreocupadamente hacían alarde de la eficacia de sus patrullas en la persecución de los bandidos. Estaban un poco locos, coreando estribillos sobre lo moderno de sus ametralladoras, el terrible poder de sus fusiles, la eficacia de los aviones, bombas y todo lo que poseían, mientras que escanciaban botellas de champaña, chorreándolas sobre sus cabezas. El holgorio fue parte de la costumbre al lanzar por la borda de lo irremediable el año que se va, y brindar por el deseo del triunfo total sobre los bandidos en el que estaba por llegar.

Se supone que alguna información habría obtenido Ortiz que decidió por tal plan. Seguramente había pensado que era momento oportuno para dar una lección a las patrullas de Hatfield y Feland que aterrorizan Las Segovias. Escogió el lugar propicio entre San Fernando y Ocotal para montar la emboscada, que es un sitio cercano de donde las fuerzas de marines permanecen acuarteladas.

Las escuadras de guerrilleros colocados sobre los farallones, tras de grandes troncos de cedro y caoba, vestigios de la depredación de los consorcios madereros; o parapetados a ras del terreno entre gigantescas

rocas erosionadas que sobresalen en los senderos y la espesura de las trochas, huella quizá de alguna edad geológica, o expresión milenaria de algún lecho de río o mar mutado sobre el rostro de la montaña desde la rugiente azul verdosa concavidad del océano; a lo mejor desde una edad de cataclismos, cuando los escualos del mar se mutaron en tiburones de agua dulce en el Lago Cocibolca.

Para dejar aislados a los marines, el general Ortiz ordenó derribar a fuerza de machetazos los postes de las líneas telegráficas o de cualquier otra línea que pudiese servir para comunicarse con el cuartel de los marines. De tal manera, que con paciencia de tigre en asecho, esperó a la cuadrilla responsable de la reparación y el mantenimiento de las líneas que acudieran a hacer el trabajo. Lo que vino después aconteció como había sido previsto por el general Ortiz. Un tanto desvelados por la fiesta de Año Nuevo llegaron los técnicos de la logística telegráfica, marchando bajo el apoyo de una patrulla de 30 soldados, quienes penetraron poco a poco, bastante confiados el cruce de la trocha, hasta llegar al sitio en que estaban cortados los alambres y pedaceados los postes. Y aunque los marines habían tomado providencias, observando los accidentes del terreno sobre los farallones, pensaron que los daños a las líneas telegráficas eran sólo un pequeño sabotaje con que se divertían los bandoleros.

Los guerrilleros del general Ortiz se apostaron alrededor de lo que sería el objetivo, formando una especie de tenaza que convergía sobre vanguardia y retaguardia de la patrulla de marines. Era cuestión que los interventores penetraran al sitio escogido para la

emboscada y lo que vendría más tarde sería verdadero descalabro para los soldados interventores. Con ráfagas de Lewis, tiros de Hemphill y Krag junto a impresionantes explosiones de dinamita y los disparos de escopetas, que con el telón de fondo de alaridos de indios y campesinos, quienes ponían al ambiente montañés una extraña sensación de tragedia épica, fue que algunos marines cayeron en la emboscada y quienes lograron salir con vida fueron rematados a golpe de garrote o filo de los machetes.

El comunicado sandinista escrito con intención de estímulo partidario habló de 29 yanquis que fueron abatidos por las balas del EDSN, los que en realidad fueron 8, y muy poco los heridos que la imaginación popular había transformado en centenares.

La emboscada del general Ortez desató tal reacción en el Estado Mayor de los marines, que la persecución y caza del bandido incrementó en mayor escala. Se movilizaron patrullas a diferentes puntos de la zona en que operaban Ortez, Altamirano, Umanzor, Rivera y un tal Iñique Morazán, quien jamás se identificó de manera personal, aunque usualmente dejaba testimonio de los combates y emboscadas en que había participado. Estos guerrilleros tenían sus áreas de operaciones al Norte de Matagalpa, la zona Noroeste de León y Chinandega, y la región Central Norte de Jinotega y Somoto, siguiendo el curso del Coco hasta Bocay en la confluencia con Yucapuca.

Los marines se desplazaban, reforzados con guardias constabularios y grupos de mercenarios mexicanos, hondureños y guatemaltecos, entre quienes se destacaba por sus atrocidades un tal general Escamilla, quien comenzó a perseguirle sin darles la menor

tregua, como lo habría hecho un dogo amaestrado para la caza. Bajo represión indiscriminada, la furia interventora no dejaba títere con cabeza. Aquellos campesinos e indios quienes eran encontrados en el camino del guerrillero no tenían perdón ante la reacción del imperio herido en el orgullo de sus soldados. De sobra es cierto que no hay poder que ante el desafío de sus leyes, sea capaz de respetar elementales normas éticas en la guerra, pues la violencia va de la mano con la furia del poder, intrínsecamente enraizada en las reacciones dominantes de sus torpezas.

Como si los acosados campesinos no fuesen nicaragüenses, debían saber justificar el dónde, el cómo y el porqué continuaban habitando en las regiones del conflicto. ¿Qué hacían allí? ¿Cuál era su actividad laboral? ¿Para quién trabajaban? ¿Por qué niegan conocer al bandido Ortez, quien se hace llamar general? ¿O a su compinche Pedrón Altamirano, el otro asesino y bandido que se las da de lo mismo? Pero todos responden: no, nadie los conoce. Jamás los vieron antes ni tenido contacto con ellos. Ni siquiera tenían informes de que tal gente existiese. Ellos son trabajadores del campo, parceleros de arroz, de maíz y de frijoles, que además dedican el tiempo que le queda libre a la crianza de ganado y cerdos de engorde que venden en los mercados de Jinotega, León y Matagalpa, y en una que otra ocasión al pueblo de Choluteca al otro lado de la frontera. En verdad, lo único que ven a diario es cómo se elevan los aviones en el cielo de sus montañas, y no cesan de ametrallar los ranchos desde que el sol saca la cara hasta que desaparece tras los pinares y se larga a dormir al otro lado del mundo.

Los aviones matan a nuestra gente. A los hombres los enterramos, pero no soportamos el tufo a carne de

animal podrido, que pasa flotando en los ríos. Mire esa zopilotería, señalan a los buitres que revolotean por miles sobre la carroña del ganado despedazado por las ráfagas de los aviones. A las patrullas depredadoras están agregados los flamantes caballeros cadetes, jóvenes de la clase media media y media alta que tienen vocación castrense. Estos muchachos fueron seleccionados de los partidos políticos para la Academia Militar. Días posteriores a la emboscada de El Rapador, el 3 de enero de 1931, por las rendijas de las viviendas de Ocotil y San Fernando, los palmazones distribuyeron el siguiente comunicado: *Campamento de Cusmajá. Sé que acaban de llegar al Ocotil los cadetes de la escuela militar, con ánimo de perseguirnos; nosotros, en cambio trataremos de evitarlos, porque sabemos que ellos serán los futuros jefes de la G. N., con los cuales nosotros podremos entendernos. (f) Miguel Ángel Ortiz. Jefe Expedicionario.*

Sangre de Mula recibió la noticia con expectación, porque estaba en las patrullas que perseguían al general Ortiz. Por supuesto, no dejaba de sentir cierto temor y se le erizaban los pelos cuando veía las fotografías de las masacres atribuidas a la gente del General. Pero para eso había llegado a la montaña en misiones de patrullaje bajo órdenes de Cunnighan y Grieco, y como su propósito es ganar un sitio prominente en la Guardia Nacional para salir adelante, bajo ningún pretexto debe permitir que escape la oportunidad de enfrentar al bandido Ortiz. Hará lo que haya que hacer de acuerdo a las instrucciones del teniente Grieco. Capturará al bandolero en donde le sea posible y como tuviese lugar. No le importarán los medios de que pudiera valerse. Lo propio es lograrlo, vivo o muerto.

—Ya era tiempo —dijo Sangre de Mula, pensando en Ortez.

Se sentó a la vera del río, se quitó las botas y mordió el trozo de chorizo californiano que extrajo de la mochila. Mientras movía los dedos dentro del agua sintió lástima de sus pies. Inflamados por la marcha y apenas podía mover los dedos.

—Buena idea —dijo el cadete Delgadillo viendo a Sangre de Mula.

Hizo lo mismo y otros de los aspirantes a oficiales lo imitaron, incluyendo al capitán de marines Donald Keip, quien se había unido a la patrulla para quedarse en Palacagüina. El agua fresca del río producía un placer fantástico que estimulaba los sentidos y hacía chuparse los labios.

Es el primer patrullaje de cadetes, entre los que marchan algunos que aún no están convencidos de tener vocación castrense. Los interventores pronto saldrán de territorio y dejarán el mando del ejército en las manos de la Guardia de Somoza. Y ellos son la Guardia de Somoza. Es lo que está previsto en el pacto Stimson-Moncada, sancionado por Coolidge y Díaz para el relevo de los marines.

—Esto no se hizo para maricones —dijo Sangre de Mula, viendo de reojo a Delgadillo que se sobaba las pantomillas con ungüento de Vaporub.

—¿Crees eso en realidad? —contestó Delgadillo, que se friccionaba el tobillo.

—Se necesitan cojones para marchar en estas montañas —dijo Sangre de Mula.

—Mis metatarsianos son un desastre, y el huevazo que me pegué en la cruzada del río, fue más grande que el padre K —dijo Delgadillo. El oficial se refería a

un famoso cura de raras costumbres, gran estatura y trescientas libras de peso, muy popular entre díscolos jovenzuelos del barrio de San Antonio.

—Repito, que esto no es para maricones —volvió Sangre de Mula, insinuando delicadeza de dama en los pies de Delgadillo.

—Lo sé. Tienes toda la razón. Es por lo que me pregunto: ¿qué putas estás haciendo vos aquí? —dijo Delgadillo.

—Porque tengo las patas de hombre y también cojones —dijo Sangre de Mula.

—Si tú lo dices debe ser cierto, porque no se te notan —dijo Delgadillo.

—Es que así somos los maricones —dijo Sangre de Mula, sobándose con cierto sarcasmo los enormes pies nudosos.

—Tu madre —dijo Delgadillo, sacando los pies del agua y ajustándose las botas.

Siguieron intemando la montaña. No era tarea fácil combatir contra los generales del General, quienes conocían como las palmas de sus manos el terreno que pisaban, oyendo el rugido del puma y el chischil de la serpiente cascabel, y el siseo en de la barba amarilla, arrastrándose entre los pies del campesino mientras labra la tierra, pastorea el ganado o hace labores de ordeño bajo las tetas de las vacas, a diferencia de los caballeros cadetes —como les llamaron en su tiempo—, que por vez primera viven la experiencia de la montaña. Y claro, no es asunto para alegrarse, vérselas con el bandido Pedro Altamirano, a quien motejan Pedrón, por no darle otro cognomento, debido a su temeraria tozudez, aspecto de su vestimenta y arrogante pedigrí de criminal que no quedaba atrás de Puller, Lee o cualquiera otro de los marines, quienes

vistos uno por uno, también son gente muy dura, acondicionados por las circunstancias y desfachatez del imperio, a trocar orgullo por valor, facilidades logísticas, por astucia de montañés, y la ferocidad de la intervención por defensa de la soberanía nacional. Los cadetes apenas cancanaban las primeras lecciones cuando concluyeron que la guerra era brutal, despiadada en todas sus formas y condiciones. De tal manera, que cuando arreciaba la acción era necesario calcular las distancias recorridas por la posición del sol, porque *no quedaba tiempo para pensar en relojes*. En lo que antes habían sido tierras de cultivo, no había una sola parcela sembrada o un solo rancho habitado; sólo quedaban horcones humeantes como espectral testimonio de tragedia que marcaban los aviones, y en medio de estos, exiguos bienes de los hogares campesinos carbonizados, arrasados por el fuego; y más allá, los esqueletos de vacas muertas, o de algún burro o caballo, bajo bandadas de zopilotes volando a baja altura disputando la carroña. Fueron cuadros dantescos de miserables despojos que horadaban el corazón y el ánimo de los indios y los campesinos. En ocasiones, las pequeñas columnas en que se dividía la patrulla del futuro oficial Sombreado, capturaban a campesinos harapientos con los huesos del rostro casi saltando bajo la piel, claramente esbozando desesperados aullidos de hambre.

A través del servicio de inteligencia que respondía a las patrullas del comandante Trumble, llegó la información que Ortecito —como cariñosamente le llamaban los lugareños— estaba pasando la noche con una amante, en un rancho no distante del cuartel de Palacagüina, en donde pernoctaba la patrulla de los

marines. Para sorprender a Ortez fueron tomadas las providencias que requería esta clase de operaciones. Se acordó que el experimentado teniente Grieco marcharía al frente de la vanguardia. La patrulla salió del pueblo al filo de la media noche, sin ser vista ni sentida. Se tenía plena conciencia de la misión. Iban a la caza de un verdadero tigre, experto en laberintos de los cerros y complicados puntos ciegos de la montaña. Ortez es el más joven de los generales, y un verdadero idealista en las huestes del General. Descendía de terratenientes ganaderos y la pasión de su lucha giraba alrededor de un antiimperialismo de Quijote, caballeresco y sentimental, en que el protagonista transmitía sensación de tener en poco la vida o un descabellado y temerario amor por la libertad.

A la cabeza Grieco, la patrulla de marines y cadetes comenzaron a escalar las faldas del cerro en que suponían estaba Ortez con la amante. Intentaron penetrar por el único sitio que era posible ganar la altura de la montaña. A la derecha, el abismo que culebreaba bajo el salto de una cascada que enmarañaba un desfiladero que se esfumaba en el lecho del Coco. A la derecha, son visibles las ásperas concavidades talaradas por los chiflones de un viento grueso y persistente, que bajaba de la montaña, entraba por los farallones sobre los filos de los barrancos y se desgajaba sobre las laderas boscosas.

Al romper el alba escucharon disparos en el pico de la montaña, que fueron contestados con descargas de fusil y ráfagas de metralla. Los postas del jefe expedicionario al detectar la patrulla de Grieco, dispararon al aire para alertar al general Ortez. Horas más tarde, cuando la patrulla de Grieco coronó el pico del cerro,

el general Ortez había volado, desgajándose por el barranco entre ruidos de hojarasca y disparos de fusiles y escopetas.

En el reducido espacio de la planicie del cerro, había tres ranchos de paja. Cuatro o cinco mujeres altas y flacas temblando de miedo, y un grupo de muchachitos semi desnudos, no mayores ocho años, que se aferraban llorando a sus faldas.

—¿Dónde está el General —preguntó Grieco?

Sacudió con violencia a la más vieja que tenía cogida del brazo. El comandante de patrulla preguntó por el jefe expedicionario del EDSN.

—No sé nada, señor. No ha estado por estos lados —dijo la vieja.

—¿Y por qué lados ha estado? ¿Por qué lugares anda? Habla claro, si no querés que nos llevemos a éstos —amenazó Sombreado, señalando al grupo de niños enclenques y paliduchos que llenos de pavor y entre desgarradores alaridos se habían sentado en el suelo.

—Aquí no ha venido el General, señor —dijo otra de las mujeres quien había permanecido en silencio como una tumba, pero de súbito intervino.

—Vos, callate la trompa —dijo Sombreado

—¡Y Ortez!... ¿Donde tienen escondido a Ortez? —continuó Grieco.

—¿Cuál Ortez? —dijo la mujer más alta y flaca.

—El bandido rubio. Ese que estaba culeando en el tapasco del rancho con una de ustedes —dijo Sombreado.

—No sabemos quién es ese Ortez —dijo la mujer que había permanecido en silencio...

—Vos, callate. Te dije que cerraras la trompa. Nadie te ha preguntado ni mierda —dijo Sombreado.

—Sí, señor. No conocemos a ningún Ortez ni tenemos escondido a nadie señor —juró la vieja a quien Grieco había sacudido por el brazo. Se frotaba los ojos con revés del delantal y se arrancaba hebras de cabello en parte trasera de la cabeza.

Otros de la patrulla requisaron los ranchos encontrando sólo miserias de ropa vieja y raída, y una total ausencia de provisiones, a excepción de la alforja con maíz que colgaba del horcón en una de las chozas, y seis cuajadas ahumándose envueltas en hojas, colocadas en un canasto.

—Me llevo las cuajadas —dijo Sombreado, poniéndolas en la mochila. Dejó dos afuera y las entregó a Delgadillo y Zavala que le miraron amenazantes.

—Si no dicen la verdad, ustedes serán las culpables de que a estos hijos de puta los dejemos caer en el guindo —dijo Sangre de Mula, apuntando a los niños con el fusil.

—Se te salió la sangre, hijo de puta —dijo el cadete Zavala al oído.

La madre de los chavalos, quien parecía estar en cinta y enferma de malaria, dando un salto abandonó el túmulo en donde estaba en cuclillas. Tenía aspecto de cadáver que hubiese escapado de la morgue.

—Yo no sé si Ortez estuvo aquí, y si acaso estuvo aquí ya se fue —dijo dándose golpes sobre el pecho entre desgarradores alaridos.

Los niños corrieron hacia la madre buscando protección. Los hombres de Grieco no lograron sacar nada, porque las pobres mujeres tampoco sabían nada. El cuartel en que estaba el General era un sitio que nadie conocía, debido a la compartimentación que requería la seguridad del Jefe y las operaciones del

EDSN. Era importante conocer hasta dónde se podía llegar, o desconocer y negarlo todo. Eran requerimientos que condicionaban las operaciones y ampliaban los espacios vitales en guerra de la montaña.

La brutal experiencia vivida frente a los marines y guardias traidores, era un ejemplo cabal para poder comprender a colaboradores campesinos que *permanecían ojo al Cristo*, entre los trabajos agrícolas y otras actividades ligadas al EDSN. Las crudas vivencias de guerrilla son las que dictan las lecciones.

—No hemos visto a Ortez ni lo conocemos —fue la única respuesta que escuchó Grieco y la patrulla de los cadetes constabularios.

Y eso había sido todo lo que habían logrado escuchar de caserío en caserío, de rancho en rancho, de indio en indio, de campesino en campesino... y jamás contestaban otra cosa.

—¿En qué zona se movilizan?

—No lo sabemos, señor.

—¿En dónde consiguen las provisiones: sal, azúcar?

—No lo sabemos, señor.

—¿Quién les provee en las emergencias médicas y les facilita las municiones?

—Menos que lo sepamos, señor.

—¿Cuántas veces ha venido Ortez a dormir a este rancho?

—No nos damos cuenta, señor.

—¿Anda tu hombre con los bandidos del General?

—No tengo hombre, señor.

—Y esa panza, ¿de quién es?

—De Regino, que lo mataron, señor.

—¿Quién lo mató?

—No sé, señor. Se fue para el lado de Ocotal y ya no volvió.

—¿Lo mataron los yanquis? —dijo Grieco.

—No, señor.

—¿Lo mató la Guardia? —preguntó Sombreado.

—Creo que no, señor.

—Y entonces: ¿quién putas fue el que lo mató?

—No sé, señor.

—¿Y cómo supiste que murió?

—Apareció muerto, flotando en el río, señor.

—Sos una vieja mentirosa —amenazó Grieco, con la flamante metralleta que llevaba colgada al hombro. De pronto, un hilillo de sangre comenzó a escurrirse entre las piernas de la mujer, y un temblor de epiléptico se posesionó de todo su cuerpo, implorando que no la mataran. La sangre se escurría por la pierna y esparcía en la tierra por el talón derecho, mientras los niños semejaban monos, prendiéndose de la falda con intenciones de ayudarla o ampararse tras de ella.

Por el interrogatorio los soldados llegaron a la conclusión, que Miguel Ángel Ortiz ciertamente había dormido allí, en un rancho, con una muchacha de 16 años quien era la amante. Pero cuando los postas de su estado mayor hicieron los disparos —que fue el santo y seña para alertarle del peligro—, el general Ortiz saltó del lecho, y junto a la muchacha corrió a desguindarse por entre los peñascos del cerro, el único sitio seguro que quedaba libre para el escape.

—*Péguele fuego a los ranchos* —ordenó Grieco.

Algo debió vibrar en el corazón del marine: algo vacilante, quizá confuso entre el amor y el odio, que ordenó a *Sangre de Mula*, ahora segundo en el mando, que dijera a las mujeres que podían sacar sus miserias

porque los ranchos serían incendiados. Pestilentes motetes de ropa andrajosa, averiados enseres de cocina, tres perros, un cerdo recién nacido, un gallo y cuatro gallinas era todo lo que tenían. Llorando y abrazadas a sus riquezas fueron a guarecerse bajo el árbol en donde estaba echado un burro viejo que servía de aguatero, para que no ardieran en el incendio.

Por la noche, después de la quema de los ranchos, la patrulla de Grieco partió en fila india. Iban llenos de gozo, sonrientes, con negrismo en los uniformes, satisfechos por haber finiquitado el operativo vandálico. A lo lejos, mientras escalaban cerros, los hombres de Grieco podían ver las lenguas de fuego y el humo chisporroteando sobre los esqueletos de los ranchos. Un descamado y macabro espectáculo que semejaba un juego de luces iluminando la serranía.

XVI

Aunque prevalece cierta preocupante indiferencia entre los gobiernos indo-hispanoamericanos, el General tiene confianza en el futuro de su Proyecto, porque al menos existe un gobernante centroamericano que acusó recibo del escrito en que detalló su *Plan de realización del supremo sueño de Bolívar* que consignó a los mandatarios de las veintiuna repúblicas latinoamericanas en representación del EDSN, con objeto de considerar su estudio y someter en un foro de presidentes la aprobación final de la nacionalidad latinoamericana. El doctor Pío Romero Bosque, de El Salvador, fue el único mandatario que acusó recibo al proyecto del General, aclarando: *Por haber llegado recientemente a mis manos su apreciable carta, hasta hoy me permito referirme a ella, manifestándole que he tomado nota de que el objeto de la conferencia es el de exponer un proyecto original del Ejército Autonomista, tendiente a afianzar la soberanía e independencia de las veintiuna repúblicas indohispanas y la amistad de nuestra América racial con los Estados de Norteamérica sobre bases de equidad*, aclaró el Presidente en el clásico lenguaje diplomático.

El General de guerrilleros esbozó un proyecto audaz de contenido federativo que planteaba la discusión de la Nacionalidad Latinoamericana, sobre

ciertas bases y mandatos que de aprobarse en los congresos reunidos o un Foro de presidentes de América Latina, se vendría a concretar el idealizado *Sueño de Bolívar*. La idea es hermosa. Está centrada en aspectos fundamentales de propósitos e idealizados objetivos, pero lamentablemente carece del sentido de la realidad al chocar con la sinrazón de los intereses creados, representados por insalvables y controversiales carlangas y asideros. El proyecto adolece de debilidades que manifiestan ausencia específica de inteligencias alrededor de sólidos conocimientos socio-políticos y capacidad para viabilizar la aceptación del Plan.

El Jefe del EDSN, trastabilla, cuando asume funciones de jefe de estado, y sin el menor tacto que requiere el protocolo en materia política, convoca a los jefes de gobierno legítimos, como si el EDSN, representara a alguno de éstos, y el Jefe de los guerrilleros como el convocador, representase un gobierno de facto o fuere un presidente constitucional.

Aunque el Proyecto está estructurado sobre buenas intenciones como el instrumento jurídico y político de un Estado, se diluye en una cadena de supuestos, considerandos e intentos de asumir funciones y llenar vacíos que escapan a la realidad. De tal manera, que con tal proyecto en que el jefe de guerrilleros pretende mostrar las plumas del político, de pronto se ve atrapado en las borrascosas y tupidas marañas propias de los problemas de Estado. En la carta a los presidentes a la que adjunta el Proyecto de Nacionalidad Latinoamericana, el providencialista Jefe del EDSN, se explaya en una serie de consideraciones sobre problemas de la intervención imperialista en Centroamérica,

de manera puntual el Tratado Chamorro-Bryan, del que en adelante de acuerdo con el Plan, deberá echar mano para replantear la necesidad de construir el Canal por Nicaragua bajo óptica de su Proyecto. El General considera que la construcción del Canal, deberá ser financiada con los recursos de las repúblicas indo-hispanoamericanas, con el propósito de evitar que la obra se convierta en negocio de determinada potencia extranjera, en perjuicio de derechos territoriales, gobiernos y soberanías de los estados.

Los adversarios del General coinciden en que el Supremo sueño de Bolívar es un formidable proyecto, halagador y fascinante desde el ángulo del ensueño y la piadosa mentira demagógica bullendo en la trampa política; Proyecto que cosechará el aplauso de los ilusos, y de los incapaces de poder ver el mundo más allá de sus pestañas, pero se proyectará como una ocasión de burla entre los enemigos políticos, los gratuitos atacantes del General, debido a la incoherente simpleza con que está diseñado el Plan, tomando en cuenta que son factores de inestabilidad y de disolución las enormes cuotas de poder militar y político que inciden en Gobierno de los estados.

El General no representa la legalidad de un gobierno ni tiene la fuerza armada convencional que le respalde en la aventura de su Plan. Sólo puede contar con su prestigio de patriota tras el rostro del héroe antiimperialista, lograda a punto de sacrificio en terribles combates contra el interventor.

El famoso plan del supremo sueño de Bolívar que envía para su estudio al presidente Hipólito Irigoyen, aunque es poéticamente bello y está calcado en el estado que soñó Platón, para mayoría de nuestras

repúblicas frente a procesos de integración y búsqueda de la identidad, será motivo de burla entre la recua de ataviados políticos de la época. En la misiva que el 20 de marzo de 1929 recibió el mandatario Irigoyen firmada por el General, el Jefe de los guerrilleros da como hecho, que el mandatario argentino aceptará ser anfitrión en la Conferencia, que reunirá a las veintiuna repúblicas indo-hispanoamericanas. El jefe de guerrilleros, urgido por lo que considera una acción concluyente, necesario proyecto de solidario interamericanismo que no se debe postergar, expone al mandatario argentino: *Señor presidente: Me será honroso que su Gobierno se sirva aceptar la invitación que hoy le hace nuestro Ejército, de nombrar sus representantes a la conferencia que proponemos, y a la vez nos honre con su contestación, en cuanto a lo que resuelva a la verificación de la reunión en esa ciudad capital... Si tuviéramos el honor de que su Gobierno asistiera a dicha conferencia, así como que sea celebrada en esa república hermana, nuestro Ejército le ruega aceptar al mismo tiempo su delegación, para que se digne fijar a los gobiernos de América la fecha en que se verificará la reunión...*

El presidente Irigoyen cuyo Gobierno no atraviesa su mejor momento, reacciona con sorpresa a la invitación del general guerrillero. ¡De dónde ha surgido semejante ofrecimiento! El Plan lo toma por sorpresa. En realidad el presidente Irigoyen enfrenta una crisis, cuando su reelección a la presidencia, provocó una sorpresiva escisión en el Unión Cívica Radical —el partido que le llevó al Gobierno— de tal manera, que meses más tarde intervino el ejército con el golpe militar que lo expulsó del poder.

En otros estados vecinos las condiciones políticas no mejoran la diferencia. Chile desde 1925, se desplaza entre el desasosiego político-social sobre maratón de sucesivos presidentes: Altamirano, Bello, Alessandri, Barros y Figueroa, entran y salen en el transcurso de 1925, dentro de una crónica crisis política que cobra mayores proporciones con la recesión económica de Estados Unidos que repercute a nivel mundial. Mientras que el descubrimiento de petróleo en el Paraguay, desata la guerra del Chaco, estimulada por intereses financieros de la Standard Oil Company, y la concesionaria Royal Dutch Shell, de Gran Bretaña, la empresa dueña de derechos de exploración y explotación del producto.

Y en el nivel doméstico, los gobiernos vecinos de Nicaragua, atraviesan condiciones que en nada son favorables. Bajo la administración de don Miguel Paz Barahona, Honduras respira bajo una economía que marcha supeditada a otro tipo de intervención que toma al Estado del cogote: la financiera, que aduciendo mora en el pago de ciertas deudas, establece el control sobre las aduanas, y da luz verde a las empresas monopolistas, que de una u otra manera, pasan a controlar estratégicas tomas de decisión en la vida política, económica y social de la vecina Honduras.

En Guatemala, la situación tampoco parece favorable. Desde el gobierno de Lázaro Chacón, —1926/1930— hasta el asalto del poder por el dictador Jorge Ubico, el país ha permanecido bajo la frecuente amenaza de golpes de Estado, entre los que suben y bajan cinco de sus gobernantes.

Con tal juego de intereses dentro del laberinto sinfín en que convergen los políticos y la casta de los militares, el mil veces sacado a flote Sueño de Bolívar,

apenas abriga la remota esperanza de salir a desempolvarse. Porque aunque es conveniente, necesario y prometedor, entró al escenario de las contradicciones sociales y políticas en el peor de los momentos, y sin el apropiado soporte. Había nacido enfermo o muerto al nacer, minado por carlanças de la estrecha visión federativa y las desbordadas ambiciones de poder. En exordio del Proyecto el General señala: *Las condiciones en que se ha venido realizando nuestra lucha armada contra las fuerzas invasoras norteamericanas y las de sus aliados, nos dieron convencimiento de que nuestra persistente resistencia, larga, de tres años, podría prolongarse por dos, tres, cuatro, o quién sabe cuántos más; pero que al fin de la jornada, el enemigo poseedor de todos los elementos y todos los recursos, habría de anotarse el triunfo, supuesto que en nuestra acción, estamos solos, no contamos con la cooperación imprescindible, oficial o extraoficial de ningún gobierno de nuestra América Latina o de cualquiera otro país.* Y expone en cuarenta y cuatro artículos y considerandos, las intrincadas y contradictorias incidencias del Plan.

El punto 7 habla de *proceder inmediatamente a la organización del Ejército, formado por cinco mil doscientos cincuenta ciudadanos de la clase estudiantil, entre los dieciocho y los veinticinco años de edad.* Aclara el proyectista, que este ejército no constituye *el efectivo de Fuerzas de Mar y Tierra de la Alianza Latinoamericana, sino que es sólo la base fundamental de los efectivos con que habrá de contar la Nacionalidad Latinoamericana, para defensa y sostenimiento de su soberanía*

¿Qué quiere decir con esto el jefe de los bandoleros? ¿A quién pretende engañar este aprendiz de

estadista, quien a duras penas sobrevive carrereando escondido en la selva, al venir dictando normas y poniendo condiciones a la autosuficiente estructura militar? El General pretende pasar por alto a engolados académicos chilenos, colombianos, argentinos, venezolanos, y una que otra escuela de dictadores, siempre vigilantes, el ojo sobre la mira, para condicionar gobernantes o expulsarlos del poder. *¡Quién se cree que es, este generalito salido de la montaña!*, parece decir claramente la nota firmada por el general Don Verde, respaldada por encharreterados generales que estaban pendientes de los pasos del General. Por supuesto, las arcaicas y solidarias facciones políticas, tampoco van a permitir que el aventurero que se hace llamar general, continúe avanzando en los espacios políticos o territoriales controlados por ellos.

El Plan recomienda abolir la llamada Doctrina Monroe como si alguna vez en las relaciones exteriores con los Estados Unidos ésta hubiese sido aceptada. El proyectista pretende incidir en las reformas de las constituciones políticas y otras leyes de los estados, a través de la *Corte de Justicia Latinoamericana, con sede en territorio centroamericano, comprendido entre la ruta canalera interoceánica, a través de Nicaragua y la Base Naval que pueda establecerse en el Golfo de Fonseca*. La CJL, estará revestida de un poder casi omnímodo, con la capacidad teórica de resolver *todos los problemas que afecten o puedan afectar en cualquier forma a los Estados Latinoamericanos, en los que la denominada Doctrina Monroe ha pretendido ejercer su influencia*.

Es de suma importancia la redacción del art. 10 en que la Conferencia de Representantes de la *Nacionalidad Latinoamericana, acuerda invertir al ciudadano*

Presidente de la Corte de Justicia Latinoamericana con el carácter de Comandante en Jefe de las Fuerzas de Mar y Tierra de la Alianza Latinoamericana. La elección del Presidente de la Corte de Justicia Latinoamericana, que como señala el art. 10, será además el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la Alianza, y será seleccionado entre ciudadanos del estado al que deberá representar. El cargo de Presidente de la Corte estará sujeto a una rotación de orden alfabético en períodos de seis años, correspondiendo el primero a la república Argentina, de tal manera que Venezuela deberá tener paciencia para esperar un poco más de un siglo, con el objeto de que un ciudadano suyo tenga la oportunidad de asumir tan importantes funciones.

Si se ha de tomar en cuenta al gestor del Plan, el tamaño de la nación, riqueza, población, potencial poder castrense y consabida prepotencia de algunas naciones, la proyectada unidad de las veintiuna repúblicas latinoamericanas, es un Proyecto que nació descabezado. En realidad los Estados Latinoamericanos no estaban listos en el espacio ni en el tiempo, para responder a una conferencia de jefes de estado como propone el Plan, con intención de formar una Alianza. El proyecto es irrealizable y rotundamente costoso, para el momento que atraviesan las economías y los procesos políticos de los estados indohispanoamericanos. Cualquier decisión sobre el problema del canal sólo serviría para azuzar un nuevo conflicto armado entre los estados de la supuesta Alianza y la famosa política del *gran garrote*, manejada por el imperio en respaldo al gran fantasma del Tratado Bryan-Chamorro para construcción de un canal por Nicaragua.

Que la construcción del nuevo Canal interoceánico, y la instalación de bases militares son un peligro para la soberanía de Centroamérica, que el capitalismo norteamericano haya superado la última etapa de su desarrollo, trasformándose en imperialismo; que Nicaragua esté abandonada contando sólo con la angustia y el dolor solidarios del pueblo latinoamericano; que si hubiese agresión de una o varias potencias contra uno o varios estados de la nacionalidad latinoamericana; que se constituya un Comité de Banqueros Latinoamericanos, oficialmente respaldado, que tenga por objeto elaborar y realizar el Plan por medio del cual la Nacionalidad Latinoamericana logre, con fondos propios, cancelar los contratos que existan entre los Estados Latinoamericanos y Estados Unidos de Norteamérica, haciéndose cargo dicho Comité de Banqueros de la construcción de obras materiales y vías de comunicación y transporte, así como de flotación de empréstitos que en virtud de los tratados ya existen entre los Estados Latinoamericanos y los Estados Unidos de Norteamérica; recurrir a medios diplomáticos y pacíficos que las circunstancias aconsejen, a fin de adquirir, por intermedio del Comité de Banqueros Latinoamericanos, los derechos que pretenden mantener los Estados Unidos de Norteamérica sobre el Canal de Panamá; que la Corte haga una investigación minuciosa en los Estados de Puerto Rico, Cuba, República Dominicana, Haití, Panamá, México, Honduras y Nicaragua, acerca de pérdidas de vidas e intereses sufridos por los ciudadanos latinoamericanos en los mencionados Estados, durante las ocupaciones e invasiones ordenadas por diversos gobiernos de los Estados Unidos de Norteamérica. No

cabe la menor duda que el General es un soñador. Por algo se había metido a redentor, como lamentaba su padre. Con atractivas ideas y proyectos de paraísos fantásticos como los imaginó don Quijote para su escudero Sancho, en la fantástica ínsula de Barataria.

La acción del Plan pretende penetrar la cerrada envoltura que gravita sobre el poder y complicar la vida de los estados. Quizás abunden las suspicacias, pero el jefe de guerrilleros ha tocado los huevos al león, como se estila en argot de cuartel. Como debió esperar el General, los jefes de Estado y sus ministros del exterior respondieron al Plan con un silencio de catafalco. A lo mejor habría existido para ellos alguna razón de peso que no tomó en cuenta el General.

—¿Cuáles fondos propios? —preguntó el brigadier Dino Pomodoro, si apenas hay reservas para vituallas de los soldados.

Hablar del Ejército Autonomista o de cualquiera otra banda de aventureros, que pretenda dar normas a la momificada casta militar, irrisoria pero esquemáticamente dispuesta a vigilar y mantener el orden del desorden y respaldar a gobiernos salidos de sus consensos, es no tener sentido de la realidad en la orientación del estado. Ninguno de los presidentes tiene la casa limpia, tampoco tranquila. Como es de suponer, mantienen especulando en un mundo de contradicciones y serios conflictos de poderes. Y aunque el proponente está informado sobre el poder castrense de los chilenos, argentinos, venezolanos, peruanos, etc., al poner en marcha la gestión del Plan, pasó por alto esta realidad y olvidó que en ocasiones de esta naturaleza, lo más importante es la gestión del cabildeo.

—¿Quién se cree que es este generalito montañés? —insistió Pomodoro.

El brigadier habla del punto 32 del Plan, que hace referencia al fantaseado Comité de Banqueros que con fondos propios cancelará contratos con otros países, y habrá de asumir la construcción de toda su infraestructura: medios de transporte, carreteras, polos de desarrollo y la construcción del Canal. ¿Cuáles fondos propios? ¿Qué banqueros?... Si los países dependen de economías foráneas, y los conflictos armados por posesión de los recursos naturales no se libran entre el inversionista nacional y el capital extranjero, ya que la presencia del enclenque capitalismo local ha quedado circunscrito a observar pasivamente, como los consorcios extranjeros intervienen sus territorios, y se disputan entre ellos la explotación de las riquezas. Y quienes tienen algo que decir alrededor del Proyecto del General, insisten en que éste es prometedor, de gran proyección en el marco de la fantasía para una Confederación de Estados gobernados por ángeles, pero sin la adecuada respuesta para el desenfrenado mundo maldito de humeantes ambiciones prevaliente en la lucha por el poder.

Y claro está sobran los pretextos para quienes rechazan al fantasma armado del General: es un Plan confuso, con abundantes consideraciones y temas tan impolíticamente presentados, que por su desatinada beligerancia, es contrario a los intereses económicos, políticos y sociales de mayoría de los estados. Y agregan: Algunas son concepciones socio-políticas que derivan del aislamiento en la selva, y otras ciertas equilibradas razones a que deben responder los hombres de estado.

Dentro del marco del problema latinoamericano, la idea de convocar a los mandatarios para debatir sobre

política, ideología, formación de una nueva organización del Estado a que hace referencia el Plan, continúa siendo grotescamente manipulado como un fantasioso sueño que enmascara pretendidas ambiciones de poder y mando en la mente del General. Claro está, por la índole del proponente, el Proyecto carece de aceptación al no ser una propuesta de Estado. La experiencia recomienda que los asuntos del Estado sólo sean atendidos por legítimos estadistas, y no es propio que lo hagan quienes conspiran o rebelan contra las leyes, y las normas establecidas en las constituciones políticas.

Por supuesto, al ser aceptada la convocatoria del Plan en la proyectada reunión de presidentes, ésta se presta a dar ocasión de que agitadores comunistas o de cualquier otra tendencia que estén o no de acuerdo con las ideas del General, aprovechen el Foro de los mandatarios para hacer de las suyas y contaminar la verdadera razón por la que lucha el Jefe de guerrilleros. De tal modo, que quienes controlan servicios de inteligencia, abundan en temores de cualquier manifestación de masas: movimientos indígenas y campesinos, federaciones y sindicatos de trabajadores, partidos políticos, periodistas, poetas, escritores y cualquier otro sector del pueblo en eventual presencia de masas, se vea infiltrada por anarquista o agitadores comunistas que corrompan la verdadera razón de manifestarse. Claro está que ésta es una argucia inventada por enemigos del Proyecto.

La imagen del héroe, su prestigio, el reconocimiento del David nacional cual un Robin Hood guerrillero, ha dado pie y servido de detonante para acarrear problemas en las relaciones buenas o malas de estas

repúblicas con los Estados Unidos. Pero algunos avezados políticos consideran que no es lógico exponer la seguridad de los estados por el turbio intento guerrillista de un aventurero en la última fase de su crisis, por el único y temerario honor de haber combatido contra patrullas del ejército más poderoso de la tierra.

—Son peles de zacate —explota el mariscal Sartori, jefe de la Fuerza Naval de Chile.

—Esa caricatura de general es un pobre diablo que no pone pies sobre el suelo —agregó Somoza.

Para el Jefe de la Guardia Nacional, el Jefe de los guerrilleros es el verdadero obstáculo en su camino hacia al poder. Mientras el falso iluminado se mantenga vivo y coleando, siempre tendrá en sus manos la posibilidad de provocar cualquier enredo político que amenaza su manipulada meta de ser presidente. Y entiende bien que aunque el General está sólo —pues los únicos hombres de confianza que lo rodean están entre sus generales—, no permanece totalmente aislado. Es un As de Oro en manos de los mensajeros del diablo que medran en terreno de la política, en los que abundan tontos útiles, desequilibrados y ambiciosos. Son grupos peligrosos para la lucha partidaria, porque generan inseguridad política en estructuras confiables del estado, y manipulan a quienes confían en sus planes, someténdolos a las más asquerosas condiciones, y es peligroso confiar en ellos.

El presidente Sacasa tiene contacto con algunos de estos aventureros capaces de inducirle a cometer errores. No le cabe la menor duda. Pero como Jefe de la Guardia Nacional, no permitirá que se enseñoree en las estructuras que él controla semejante desgracia. Esbozará un plan. Si es necesario sacará la cara para

conjurar la crisis —no del país que es un Estado en crónica crisis desde días de la Independencia— sino de sí mismo, en función calculada su futuro político.

Somoza opina de acuerdo con lo que piensa el general San Pedro, comandante de blindadas del Paraguay, hombre sagaz que ve los toros desde la barrera, mientras sus artilleros se rompen el alma en las espesuras del Chaco por causa relacionada con las que motivan al General. Los comunistas son capaces de recurrir a cualquier estrategia para alcanzar los objetivos.

Y las preguntas entre los mariscales, los generales y los jefes de organizaciones políticas que coinciden con los genios de charreteras es la misma: ¿del fondo de qué barranco ha salido este libertador? ¿Quién es él? ¿A título de qué, o de quién, este improvisado general-lucho viene con semejante fantasía? Ya no cabe dudas que el controversial Proyecto de Nacionalidad Latinoamericana, nació muerto, agobiado por la candorosa inocencia política, y el abandono en que está sumido el General. Estos son suficientes argumentos para entender el rechazo.

Para políticos comprometidos con sistemas opresivos, antidemocráticos, donde el voto del pueblo sólo es insumo de desperdicio, y su valor está circunscrito a fortalecer la santa alianza con los poderes dictatoriales —el poder para poder en que afinan y engrasan los fusiles, y apuntan hacia el pueblo las miras de los cañones—, cualquier otra alternativa que no tenga opción de poder es gastar pólvora en zopilote. De tal manera, que al escuchar la propuesta del desabrido y oscuro Plan de la Nacionalidad Latinoamericana, fruncen el ceño y estallan en carcajadas. Y claro está,

para los enemigos del General, el Plan es un proyecto tramposo que proyecta la intención del sueño bolivariano, refundido en el suyo propio, de asaltar el poder enmascarado en el pretexto de combatir al llamado héroe antiimperialista. Es hecho incontrovertible que el Quijote criollo saltó las odiosas trancas de las fronteras de su país, y cual pequeño David simbólico en la tragedia latinoamericana frente al gigantesco Goliat armado hasta los dientes, marchaba entre los caseríos incendiados, los cadáveres insepultos de indios y campesinos reducidos a harapos vivientes en los campos de concentración que las fuerzas de ocupación habían montado en plazas públicas y periferia de las ciudades.

Y ahí está el General soñando, perturbado por su fervor de iluminado y el paradigmático afán de libertad que no reconoce pretexto ni límite. Ahí va el descabeitado amante de las respuestas simbólicas con su ejército de desposeídos, de seres casi apátridas que ven en el General esa inusual resistencia, la mano abierta, extendida, en búsqueda de caminos que respondan a los elementales problemas sociales de seguridad, respeto a la vida y conservación de las herencias patrimoniales.

Los hombres de las cañadas, los que medran en las riveras del Coco, los que abren el vientre de la tierra con arados halados por bueyes, o mediante el *espeque*, son reclutados por los testaferreros armados de los partidos cuando se incorpora el fantasma del conflicto armado con rostro de guerra civil. Pero los campesinos no son políticos, aunque llevan la enseña roja o verde, prendida del sombrero. Los soldados de caite y cotona no son liberales ni conservadores, sino pobres ciudadanos más o menos sin Patria o con una Patria

reducida por los decretos ministeriales o los espacios permitidos por los jueces de mesta, reclutados con violencia para luchar y morir por algo que nada tiene que ver con ellos ni son capaces de comprender.

No existe testimonio alguno que el presidente Hipólito Irigoyen haya tenido la intención de promover la conferencia de Nacionalidad Latinoamericana. Jamás respondió a la misiva que le dirigió el General, y tampoco dejó entrever comentario alguno sobre proposiciones del Proyecto. Y aunque el Plan acoge sustanciales elementos alrededor del paradigmático Sueño de Bolívar, el proyecto se hunde, en un océano de contradicciones sociales, políticas, territoriales y étnicas que conducen a ningún fin.

Ciertamente, la voz antiimperialista que había alzado el General en las cordilleras de Las Segovias, fue gesta heroica, consecuente, de contenido vitalista, fundamental para el pueblo latinoamericano; pero también una especie de eslabón perdido entre liberación y opresión de los estados marginados y los luchadores sociales por su libertad. Esta posición estimuló el reconocimiento y aplauso del mundo; fue una actitud de imponderable valor ético y llamado de atención al hombre latinoamericano a que no abandone el surco hasta recolectar la cosecha. Y aunque para los pragmáticos enemigos de la historia, la cruzada del General de Hombres Libres es como arar en el mar o desgarrador llanto angustioso en la sordera de la soledad.

XVII

El tigre comenzó a entrar en la red —pensó Somoza, mientras mantiene la mirada fija en la propia fotografía orondamente dispuesta al centro del escritorio, como si hablara con ésta. Perturbado por la ansiedad dio profundos chupetazos a su Lucky Strike, el cigarrillo que de acuerdo a su sentido fetichista de consultor de brujos y amante de filtros de la buena suerte, se ajustaba como anillo al dedo a su ambición de destinista, y a la dominante tendencia de su anímica condición. Lucky Strike traducido al castellano le sonaba a un desbordado sentimiento de afirmación, algo así como golpe de buena suerte. Antes había deleitado al hábito de la nicotina fumando cigarrillos Camel, o el chapiollo Esfinge nicaragüense, hasta que un día de tantos, por sugerencia de Elie Soulouque, el brujo haitiano enviado para consejero suyo por el dictador dominicano Rafael L. Trujillo, hizo a un lado el Camel y lo cambió por el Lucky Strike, porque de acuerdo a su cartilla chamánica, es por el humo como entran en la consciencia los demonios de la buena o la mala suerte, y es a través de éste que se irradiarían las vibraciones del camello sobre el fumador, y el camello es muy lento, es un animal de carga, y el jefe de la constabularia había nacido para sí mismo y no para cargar a nadie.

Por si las moscas, para que no arrastrase nada de la mala hora que atravesaba el pueblo de Haití, bajo el

crítico problema de las absurdas y tontas luchas libertadoras, el futuro dictador cambió con la avenencia del nuevo consejero el nombre del chamán Elie Soulouke por el de Jeremy Thomas, atendiendo las clarividentes y oportunas recomendaciones de Casita Empinado, otro brujo de sus brujos de Diriomo, quien le leía y releía su destino en el Tarot, y para concluir la imprescindible y puntual sesión quiromántica-espírita, también leía y releía las líneas de las manos de Somoza, acompañándose con el ritualístico artificio de agitar cuchumbos de jugar a los dados, de los que salían rodando un puñado de escarabajos.

Somoza recordaba bien la vez primera que el negro Jeremy Thomas predijo su buena suerte, le aseguró que observar en los ojos de un cangrejo colocado en la palma de la mano izquierda, era la cosa que no fallaba para asomarse al destino del consultante. Aunque para Somoza, en cosas de la suerte, le bastaba con lo que sabía del Tarot y las líneas de la mano, las que desde muy niño le predijo una vendedora de ilusiones y brujerías sobre tijeras de lona, repletas de ropa y baratijas de toda clase, que ofrecían a los cortadores de café que llegaban a San Marcos desde otros pueblos. Y con las ventas de ropa nueva o vieja, llegaban también ruletas, tororrabones, predistigadores y ladrones que engañaban a los campesinos ambiciosos con el *juego de las bolitas*, o el de los *tres ases de la baraja*, con que desplumaban a los atolondrados cortadores, que empeoraba para los pobres campesinos, cuando de manera dispendiosa y llenos de fragancia caían en los brazos de las putas olorosas a *ilán ilán*, el rostro pintarrajeado con achiote, cuando daban gritos, agitando los sobacos peludos en la hora del bailongo.

Dos pesos y te fuiste tiste, decía el dueño del estanco, pero ya no tenían ni siquiera para eso los pobres cortadores. Llegaba a tal grado el zafarrancho de los cortes de café con escándalos escenificados los sábados y domingos, que hacían sonrojar y reír a beatas que no perdían la oportunidad de ver alguna cosa nueva en San Marcos, porque esta *corrupción*—como decía la cocinera de mi abuela—, se instalaba frente a puerta central y el costado Oeste de la iglesia y atiborraba la calle central frente al despacho del alcalde, el cuartel de policía y los cuatro lados del parque. Es obvio que las temporadas de cosecha del café son la ocasión para que la Alcaldía colecte lo más importante de sus rentas.

—Es mejor lo viejo conocido que lo nuevo por conocer —afirma Somoza, dando chupetazos a su Lucky Strike.

A Somoza le sacaba de quicio la idea del General. Aunque era un verdadero experto en otra clase de operaciones, para el asunto que tenía enfrente no tenía el camino lógico sobre por dónde comenzar. Vio el reloj en la pared. Eran las 9:30 de la mañana. Pensó a lo mejor sería prudente dejarlo para más tarde. Se sintió ofuscado. Dio un golpe al timbre del escritorio. Se abrió la puerta del despacho y el ordenanza asomó la cabeza.

—¿Sí, general?

—No. Nada —dijo Somoza y el ordenanza cerró la puerta.

Comenzó a rallar sobre la libreta de apuntes. Trazó una cruz... otra cruz... y una de mayor tamaño... y una última, más pequeña que las primeras de la libreta. Buscó el índice alfabético y leyó algunos nombres:

teniente Freudiano Paniagua... teniente Lizandro Delgadillo... no, este no, se detuvo... no, porque es masón y a lo mejor me falla, piensa que quizá sea verdad todo lo que se dice en la Logia: los masones son como hermanos... y algunos hasta creen que son algo más que si fueran hermanos... Hasta dónde llega la pendejera... pensó. Inadvertidamente, mientras buscaba nombres y armaba el solitario de la conspiración, golpeó con la mano derecha el timbre del escritorio. El soldado asomó la cabeza.

—¿Sí, general?

—Nada —dijo Somoza.

El hombre cerró la puerta, pero Somoza dio un nuevo golpazo al timbre que sonó hueco por la acción de la palma de la mano en la resonancia del metal.

—¿Sí, señor? —preguntó el ordenanza.

—¿Conoce usted al embajador Bliss Lane? —dijo Somoza.

—Sí, señor —dijo el ordenanza.

—¿Ha visto por aquí al señor embajador Bliss Lane? —insistió Somoza.

—No, señor —contestó el ordenanza.

—¿Conoce usted al ministro Salvatierra?... Debe de conocerle, porque se lo he mostrado a usted varias veces —dijo Somoza.

—Sí, señor. Lo conozco —respondió el ordenanza.

—Ha venido el señor Salvatierra a hablar con el Presidente —dijo Somoza.

—No le he visto, señor. Creo que no ha venido —dijo el ordenanza.

El cabo cerró la puerta del despacho y Somoza continuó el recorrido por la libreta. Escribía, rayaba y volvía a rayar. Dibujaba soldaditos de todo tamaño, algunos pequeños y cabezones.

—Este mentiroso de Cuadra me parece hombre en quien se puede confiar —dijo Somoza, hablando aparentemente con su fotografía.

Pensó que hasta ahora había sido un tipo de suerte que todo le había salido bien. Lo supuso así por así, porque Somoza no creía en la suerte, no dejaba nada a la suerte. Afirmaba que la suerte era una mierda, algo así como un trapo raído que no servía de nada; un desperdicio que no tenía sentido, posiblemente inventada por los incapaces o haraganes. Era mucho mejor ser pragmático como el bisabuelo, aunque lo hubiesen lanzado a los leones y colgado de un poste en Rivas. Uno ni siquiera se imagina lo que le trae el destino, cuando anda metido en esta mierda del poder y la política, pensó.

—Tengo a Paniagua, Delgadillo, Cuadra, Sangre de Mula, El Coto, al Negro Blanco. ¡Qué ironía las de la vida! Pareciera un contrasentido que le llamen Negro Blanco, cuando más bien debieron haberle puesto Negro Negro. Pero así es la cosa —dijo Somoza.

—A ver, vos Sombreado —preguntó Somoza al teniente Fermín Sombreado quien se mantenía a contraluz, entre la rueda de los oficiales—. ¿Qué piensa usted del asunto del bandolero?

—Nada —dijo el teniente Sombreado.

—¿Cómo es eso que nada? —dijo Somoza.

—¡Nada! Prefiero que el jefe piense por mí —dijo Sombreado.

—Me gusta escuchar opiniones de oficiales como usted —dijo Somoza, viendo a Sombreado como proyección de su propia sombra, y continuó preguntando en el orden que estaban sentados los oficiales.

Mentalmente hizo el recorrido por el grupo. Se detuvo en el Negro Blanco, cuyo nombre era Filipo. Un

tipo alto, fuerte, con fama de valiente y un buen temperamento, descendiente de los inmigrantes jamaquinos radicados en la Costa Caribe, quien habían bajado hacia el centro del territorio, y establecido residencia en regiones de Las Segovias.

—¿Qué piensa usted, teniente Blanco? —dijo Somoza.

—Soy de la misma opinión del teniente Sombreado. No quiero pensar nada. Si se me ocurre pensar por mí general, voy a dejar de ser un soldado. El verdadero soldado no piensa por sí mismo: sólo obedece y cumple las órdenes —dijo Blanco.

Somoza estaba seguro que este oficial era uno de los pocos a quien podía confiar una misión delicada por escabrosa que fuese. El Negro Blanco hablaba inglés y había servido de oportuno traductor entre los marines y constabularios quienes no conocían los dos idiomas para comunicarse. He llamado a esta reunión para escuchar la opinión de ustedes y no para que prevalezca la mía —dijo Somoza.

Clavó los ojos en el techo de su conciencia y se asomó por las hendijas de su cabeza. En el caparazón de sus callosidades todo era naturaleza muerta. Se reclinó sobre el sillón y acomodó su trasero para oxigenarlo sobre la argolla de esponja. Dio seguidos y profundos chupetazos al Lucky Strike, enrolló la lengua y dejó escapar por los labios entreabiertos, una sarta de redondas volutas de humo que se fueron por la ventana jugueteando en el aire.

Hizo el análisis de los oficiales en quienes podría contar. Desde hacía meses después de hablar con Hanna, y ahora con Bliss Lane, los había venido

tanteando, pues ambos habían estado de acuerdo en montar el operativo. Poder sólo hay uno, el de la Guardia Nacional y debe permanecer alerta para aprovechar lo que será el último viaje del General. Pensó que quizá no fuesen muchos los hombres de confianza, pero los que había tocado eran seguros, estaban de tiro. No sé lo que vendrá después —se dijo— lucubrando en lo que pudiese resultar después de realizado el operativo. Reaccionó al instante. ¿Qué acción negativa vendrá después de la que pudiera arrepentirme? ¡No creo que pase nada por ningún lado! ¡Simplemente, no pasará nada más! Si otro fuese el resultado ya no sería la Guardia el único poder, y yo no más que un mico pintado en la pared, dijo para sí.

Abandonó el sillón del escritorio y caminó a refugiarse en la hamaca. Imaginariamente tal y como los había convocado mandó al diablo a los oficiales que estaban con él, y encendió otro Lucky Strike. Volvió a sacar la libreta y recorrió los nombres que habían sido escritos en estricto orden alfabético. En la parte inferior de la libreta subrayó el nombre del coronel Samuel Santos, el Jefe de Operaciones de la Guardia Nacional, hombre duro, de pocas palabras, enfático si había que tomar decisiones. Somoza le consideraba un hombre peligroso y le tenía respeto. A lo mejor hubiese preferido no consultar la libreta para no encontrarle allí, pero lo hizo y allí salió a boca de jarro en la consulta del plan, colocado en primera fila por lo estratégico del cargo. La ventaja que tenía sobre el coronel Santos, era que éste no hablaba inglés para poder entender con los marines; además de ser un hombre corto de estatura, y a los yanquis les gustaban grandotes como él. Además, era obvio y estaba convencido de que los chistes

bien contados en el argot americano, habían sido determinantes para el éxito en su vida de constabulario, y fue la providencial afirmación en su carrera militar.

Desde la hamaca sonrió maquiavélicamente orquestando el plan, aunque no se había movido del escritorio escuchando o deduciendo algo positivo de la cita con los conspiradores.

—Veamos qué puede aconsejar el coronel Santos sobre la estrategia que debe implementarse para llevar luz a este delicado asunto, que tiene proyecciones políticas y sociales difíciles de prever. Escuchemos a este ilustre militar, rió Somoza y agregó: tiene usted la palabra, coronel Santos.

—Me reservo la opinión para dársela en su oportunidad —dijo Santos—. Tenemos muchas cosas de que hablar para que este embrollo de conspiración tenga verdadero sentido. Por ahora, recomiendo que se consulte al hombre de Masatepe. Es necesario conocer lo que planean los representantes de los partidos políticos. Son referentes que no deban dejarse dispersos en el camino.

—De acuerdo con la opinión del coronel Santos —dijo Somoza—. Aunque a veces, los que parecen ser problemas torales en la acción política, en realidad son banalidades que terminan ardiendo como llamada de tuza. Lo que cuenta y tiene precio es la acción. Es importante tener presente que los muertos, muertos son, y que no existe alma generosa en el mundo que pueda resucitarlos. Muerto el perro se acabó la rabia, enfatizó Somoza.

Esta vez, el entorno del paraíso que da forma a su imaginación, parece estar amenazado por supuestos depredadores. En ese juego de las idas y venidas a

Managua, alguien debe de estar de por medio en favor del bandolero. A Somoza le sorprende la audacia del General al montarse en un avión y venirse a pecho descubierto y sin apropiada seguridad desde la frontal montaña a la escabrosa selva de la ciudad. Piensa que algún gobierno fuerte, quizá México pudiera estar tras de él, cubriéndole las espaldas. ¿Será que el bandolero tiene en marcha algún plan en que participen otros gobiernos, o que esté metida otra clase de gente gorda que descarta necesarias providencias para la seguridad personal del guerrillero? De todas maneras, habría que preguntarlo al embajador Bliss Lane que tiene porqué saberlo. Los yanquis poseen una red de inteligencia que permite captar estratégica información en Centroamérica y México.

—Es verdad algunas veces —dijo Santos—, dependiendo de la rabia y la clase de los mordidos.

—Sea más claro, coronel —dijo Somoza.

—Más claro no canta un gallo —dijo Santos.

—¿Quién cree usted que muerde aquí? —dijo Somoza.

—No sé —dijo Santos.

—Yo sí sé —dijo Somoza.

—¿Quién, general? —insistió Santos.

Siempre había admirado a los jugadores de Ajedrez. En algún libro se había enterado que el Emperador de los franceses había practicado la disciplina del Ajedrez, y pensando en éste había planificado notables resultados en algunas de las batallas. A él le cansaba el Ajedrez. Jamás se le ocurrió aprender el juego, ni siquiera después de su gesta famosa del Guachipilín, en que prendió sobre sus hombros las estrellas de general. Soltó tal carcajada que las contorsiones musculares del vientre, hicieron dar saltos cómicos a

su estómago. Se dijo que la buena cocina de la jefatura de la Guardia además de haberle obnubilado la memoria, le había inflado la panza, de que eran culpables las prolongadas siestas del general. Somoza ríe a mandíbula batiente, pues su autocuestionamiento habla de la realidad porque está metido en todo, husmeándolo todo para cubrirse las espaldas. De de tal manera, que ahora frente a su propio plan criminal de maquiavélico fondo político, erizará los pelos a todo el mundo. Y no habrá paso atrás a pesar de los timoratos, porque es la única y verdadera ocasión que tiene en las manos para llegar a la cúspide del poder.

—¿Quiénes más podrán ser que Latimer, Séller, McCoy, Stimson, Hanna, Bliss Lane o Feland? Cualquiera de ellos que intervenga da lo mismo; todos piensan igual. Así que es sobrancero caer en especulaciones. Eso de que pueda ser otro pendejo y no yo: Anastasio Somoza García —hizo sonar su tórax con similares gestos del gorila en afirmación del territorio—, el futuro dueño del poder total de este país, resulta sobrando. A la mierda cualquier general, por mucho que haya luchado; al diablo con cualquier iluminado que se las dé de libertador; al infierno que le parió, si es necesario, para que no se levante más, voy a mandar al bandido. El único poder de este Estado es la Guardia Nacional, y el único dueño y presidente de la república habré de ser yo. Quien se atreva a cruzarse en mi camino lo crucifico. Todo lo otro son cuentos de Tío Conejo o Caperucita Roja para arrullar muchachitos —dijo Somoza, saltando de la hamaca y corriendo al escritorio.

—Tiene usted razón, general —dijo el coronel Santos, silabeando la voz desde su etérea dimensión de Jefe de Operaciones desvanecida frente al jefe.

—Eso quería escuchar de usted. Me resulta estimulante y el simple hecho de que usted pueda reconocerlo, demuestra lo positivo de nuestra amistad —dijo Somoza, pensando que si no tenía la razón de todas maneras la tendría.

Se aisló mentalmente divagando en un oscuro, pero fascinante mundo de contradicciones. Desde la primera vez que tuvo información que el jefe guerrillero aceptó el viaje a Managua para concretar en el encuentro con Sacasa lo concerniente a sus planes sobre cooperativas del Coco, Anastasio Somoza se dio a la tarea de tejer la maraña que haría abortar el acuerdo para una paz dorada y estable.

—¿Y yo, qué? —se preguntó antes.

Saltó involuntariamente del escritorio a la hamaca. Comenzó a mecerse tan bruscamente que con el balanceo casi rozaba la solera que sostenía el techo de la pequeña barraca. Lo que está haciendo Sacasa no son más que puras pendejadas. Había olvidado que fueron los soldados quienes bajaron de la Costa en la revolución constitucionalista, los que lo rescataron de las brasas del ostracismo y lo colocaron en ese lugar de privilegio que ignominiosamente ostentaba. Se preguntó, ¿si el pariente no habría perdido el juicio y lanzado por la borda de la tontería haciendo a un lado el sentido de la realidad? ¿De dónde pudo haber sacado que el Jefe de la Guardia Nacional podía aceptar las condiciones de tan espantoso acuerdo, que es equivalente a suicidarse? ¿Cómo puede ser posible que la paz de la nación esté condicionada a vivir tolerando en el Norte del país a un ejército de bandidos? Sacasa debe estar más loco que una cabra. La firma del tratado sólo daría al guerrillero el tiempo justo para hacer de

su caterva de bandoleros en ejército convencional, controlando una vasta zona territorial, pródiga en recursos naturales y sensiblemente estratégica, el que deberá entrenar y abastecer el Estado. Todo ello será propicio para los planes del bandolero.

—A este viejo lo tiene entotorotado su sed de poder, o de apariencia de querer poder que es peor todavía —dijo Somoza, pensando en Sacasa, mientras ahuyenta los duendes de la hamaca que le balanceaban con mecidones.

Olvidó el pariente que no soy Sacasa, y que vengo de la rama del tatarabuelo Bernabé Somoza. Lo que uno vive es asunto de pedigrí no de la casualidad. El Pastor no ladra como Salchicha, aunque los dos emitan sonidos y tengan voces de perros. ¡Qué divertido! ¡Qué ocurrencias la del pariente! Ahora pretende mandarme a los leones. Claro, todo sería cuestión de tiempo para que el tal general tomara mi propio puesto. ¿Qué piensa este hombre? ¿Qué me va a regresar a hacer las funciones de Mariscal? —estalló en carcajadas, recordando las alusiones que hacía en bromas su esposa— cuando fue inspector sanitario en León, ciudad natal de Salvadora, y ganaba el pan diario armado de la lámpara de mano y el bastón que servía para levantar tapas de los sumideros, dejar caer insecticida contra las plagas de zancudos y examinar la mierda de los pompones.

Para Somoza y la Guardia Nacional, único poder armado luego del Pacto Moncada-Stimson, cualquier sombra gris que grave sobre su cielo, y cualquier sol brillante que no sea el suyo propio, es un asunto que debe ser resuelto a tiempo. De tal manera, que sin emitir opinión, pero hablando por sus planes, el consignatario del poder militar no va a aceptar el mando

compartido con el bandolero de Las Segovias, único enemigo, a quienes considera un verdadero peligro para su futuro político y militar.

Dio un golpe sobre el timbre y acudió el ordenanza volando. Hizo el saludo de firme con el sonido de los tacones.

—¿Sí, General?

—¿Ha visto por ahí al teniente Cuadra? —preguntó Somoza.

—Entró a su oficina. Vino y volvió salir. Me dijo que iba para el infierno, que había una fiesta de disfraces —rió el soldado.

—Si le ve de nuevo, dígame que venga a verme cuando termine la fiesta. ¿Dónde le dijo que era la fiesta? —dijo Somoza.

—Dijo que en el infierno —respondió el ordenanza.

—Me gusta ese lugar para pasar un buen rato, aunque lo que es para mí tal y como van las cosas, lo veo distante todavía —dijo Somoza.

Cuando el general Moncada entró al despacho de Somoza, tuvo que sacudirlo tomándolo por los hombros, porque el Jefe de la Guardia estaba con la boca abierta sobre la hamaca y continuaba roncando profundamente dormido.

XVIII

Ante el endiablado acoso de los marines y la Guardia Nacional, el General vio la necesidad de diseñar un plan para abandonar El Chipote. Dio instrucciones a sus hombres para que en el menor tiempo que fuere posible, construyeran cabezas de muñecos para ser atadas junto a manojos de zacate y otros envoltorios, en los salientes de las rocas y las laderas del cerro que servían como trincheras, para simular patrullas de soldados dispuestos a enfrentar la escalada de los marines hasta las últimas consecuencias. Mientras los desaparrados combatientes llenaban alforjas y costales ahulados en donde apretujan lo indispensable para continuar la lucha: bombas y cohetes artesanales rellenos de pólvora común y corriente, o explosivos de dinamita comprimida tomada de los minerales, y fusiles que no habían sido entregados a los interventores por los consabidos US\$ 10.00 en la hora de deponer las armas; rifles y escopetas de cacería de las que se cargan por el calibre, y otras tipos de armas fabricadas en los talleres de El Chipote; lo mismo que Lewis y sub-Thompson, retenidas de la revolución entregada y otras clases de armas capturadas en las emboscadas.

—*Contábamos quizá más armas de las que necesitábamos*—declara el General al escritor José

Román— *pues nosotros ya no peleábamos en batallas campales, sino que combatíamos en base a sorpresivas emboscadas y asaltos...*

Además deberí trasladarse algunos fusiles de vieja data que fueron encontrados en buzones de antiguas guerras civiles, igual que raídas vestimentas y utensilios: faldas, caites, cajas de cartón, ollas de barro y aluminio, botellas de cerveza, latas vacías de sardina, jamón y chorizos de Viena envasados en New York o Chicago, que tuvieron estratégica utilidad para fabricación de bombas de contacto. Algunas hamacas indígenas, y por supuesto, los libros y el archivo del General, en donde se encontraban cientos de escritos sobre la guerra de guerrilla: apuntes, planos sobre la zona del conflicto y un centenar de manifiestos que tenían vital importancia para entender las incidencias de la cruzada autonomista, y poder evaluar la guerra contra los interventores en toda su proyección. Cargaron con todo. No dejaron nada. Ni siquiera el catre militar que es usual en los cuarteles de los ejércitos convencionales, porque los guerrilleros del EDSN, no tenían que cargar con ningún catre, porque lo llevaban encamado a la espalda. La guerra contra el invasor no dejaba espacio ni tiempo para disfrute del lecho.

Casi por nueve meses mantuvieron los marines el sitio sobre El Chipote. En la cúspide del cerro el General había instalado el Cuartel General y un estratégico centro de operaciones que facilitaba las misiones de guerrilla a diferentes zonas boscosas, que al recostarse sobre los valles y poblados que comunicaban a la ciudad, facilitaban el abastecimiento de lo necesario para paliar necesidades de la guerrilla dentro del ritmo angustioso de tiros y sobresaltos. No paraban el

bombardeo apenas se despejaba el cielo de nubes grises, llegaban uno tras otro causando grandes destrozos en toda la extensión del cerro. No cesaba el ametrallamiento hasta que entraba la tarde y grisáceos nimbos se desparramaban en tormentas, rompiendo las compuertas del cielo, inflamadas de explosivos rayos rugientes, solidariamente amistosos, porque detenían el vuelo de los Corsarios y los Foker, que ya no podían dejarse venir en picada ni vadear los accidentes de la montaña.

Desde El Chipote con guerrilleros-correo, o colaboradores entrenados de pueblos vecinos, el General mantenía fluida comunicación con los generales Altamirano, Umanzor, Ortez, Colindres, Gómez, Rivera, Morales, Maradiaga, Blandón, Estrada, González, en cualquiera de los sitios que estuviesen operando sus columnas.

Para aminorar el peligro del acoso, o cuando era necesario montar un plan o atender heridos, los jefes expedicionarios se refugiaban en cuevas acondicionadas para servir de escondrijos. Pero llegó el momento en que el olor a podredumbre de los animales muertos tomó insoportable el ambiente y fue imperioso salir de El Chipote.

—Experimenté temor que se desatara una epidemia que complicara la vida y la estabilidad del ejército —lamentó el General.

De tal manera, que fue necesario tomar la decisión de salir. Fue entonces que reunió al Estado Mayor para analizar las complejas condiciones del repliegue y definir cuál sería el escenario en que el EDSN, deberá replantear la acción para enfrentar ingentes problemas de seguridad, salud y el permanente acoso con ametrallamiento de los aviones.

De pronto, las condiciones en que se realizaban las operaciones guerrilleras habían venido cambiando negativamente. Alimentos, medicinas, vituallas, el abastecimiento diverso que al inicio de la lucha había fluido sin mayores contratiempos hacia El Chipote —acopio no abundante pero suficiente para resolver los problemas del abastecimiento de la guerrilla—, de pronto se había complicado degenerando en escasez. La supuesta ofensiva final de los marines para *arrasar con el bandido*, apertrechado en El Chipote fue la respuesta, luego que el general Carlos Salgado al frente de doscientos hombres dispuestos en cuatro columnas bajo las órdenes de los generales Colindres, Estrada, Díaz, Sánchez y Nigado, desataron el furioso fuego guerrillero sobre el poblado de Telpaneca, haciendo reaccionar a Hatfield y Sellers, quienes consideraron la acción del guerrillero, como un mensaje de fuerza y peligro que no debería tomarse como la actitud de un bandido cualquiera, aunque para la estrategia de divulgación, la prensa comprometida calificó la acción de esa manera.

Para los revolucionarios del mundo El Chipote fue como un promisorio enclave en que instaló su cuartel general un desmirriado soñador, que al ganar prestigio por su valor, saltó hacia adelante y ganó el grado de general. Hasta ese momento, el soñador había sido un *don nadie*, surgido del montón: un obrero de los minerales, despachador de combustible, mecánico de vapores de carga y estibador de muelles, jefe de meseros, comerciante de maíz y frijoles en el negocio de su padre, y después en el suyo propio. Los infundios que se divulgaban en contra del héroe, del patriota, del antiimperialista, adobados con una sarta de atrocidades

fueron invenciones de Moncada, Somoza y los yanquis, a lo mejor calcadas en ciertos visos de realidad. Pero algo que sí podía comprobarse y nadie lograba explicar, era cómo un hombrecito de apenas 1.65 de estatura y 130 libras de peso, sin algo más que unos pocos fusiles obsoletos y un grupo de desarrapados había desafiado al ejército más poderoso del mundo.

El Chipote se transformó en una especie de Meca en que largas filas de simpatizantes y fanáticos, arrastrados por la epopeya del General, intentan localizar los cuarteles y enrolar en sus columnas. Las agotantes y peligrosas caminatas entre la tupida maraña del cerrado y traicionero escalar de los cerros, ni siquiera el persistente ametrallamiento de los aviones, hicieron desistir a la romería de voluntarios que buscaban cómo llegar a los dominios del General.

Con el permanente ametrallamiento de los aviones, explosiones de bombas de sesenta libras y otras clases de explosivos que hacían de la jomada un infierno, vinieron empeorando las condiciones. Había decenas de mujeres y niños heridos quienes gritaban por emergencias en curaciones que requieren de cualquier cosa, pero los hombres del General sólo tienen tiempo para combatir; y cuando son enviados a misiones de guerrilla, la cuota de hambre que se entrega a cada guerrillero, es de seis guineos cuadrados y el magro pedazo de carne de res, o de cualquier animal comestible. Para cubrir la desnudez se valieron de harapos. Los zapatos de vaqueta y los caites de cuero crudo desaparecieron en los zuampales al vencerse su vida útil.

—Quedamos descalzos —recuerda el coronel Santos López, quien se incorporó a las huestes del General cuando apenas tenía doce años, y fue asignado

a un grupo de cincuenta del famoso Coro de los Ángeles, grupo élite de la guerrilla formado por adolescentes, organizados en tres columnas comandadas por los coroneles Tinoco, Díaz y Quintero. Este grupo de imberbes combatientes hacía misiones de correo, y en diversas ocasiones fueron enviados a los sitios en que se combatía para que metieran un ruido alborotador, infernal, provocado con latas vacías, quijadas de burro, y tambores hechos por indias y campesinas guerrilleras de piel seca de res, y que cuando resonaban en la montaña producían un endiablado estertor serrano por los efectos del eco, que incitaba a la confusión del enemigo. Y para pasar la noche en los refugios, cobijábamos nuestros cuerpos con hojas de plátano.

Además del continuo hostigamiento de los aviones y las patrullas de marines, la lucha de la guerrilla estuvo carcomida por los parásitos de la traición. Juan Colindres, el responsable de mantener el flujo de abastecimiento, fue contactado por las patrullas de espías y se entregó a éstos sin la menor vergüenza. Le pasó información a Hatfield de quienes eran los contactos claves en abastecimiento de armas y municiones que llegaban al EDSN; en qué lugares tenían sus casas de seguridad los colaboradores; cómo era su sistema de operar y en qué parte de El Chipote estaban localizadas las picadas secretas de *Los Manchones* y *Santa Rosa*, a las que muy pocos guerrilleros tenían acceso. Estos puntos fueron las puertas de escape disponibles en el caso de que el General tuviese alguna emergencia. De tal manera, que fue necesario nombrar como sustituto de don José Idiáquez, Responsable del correo, al salvadoreño Abel Gamero y el indio Felipe Tule, a fin de que el nuevo encargado de manejar contactos del General fuese desconocido por el delator Colindres.

Por unos días el abastecimiento en El Chipote se mantuvo a la intemperie, dando la sensación de haber caído en el abandono, cuando agudizó la escasez de medicinas y multiplicaron emergencias de fiebre palúdica, entero amebiasis y otras pestes que se volvieron incontrolables ensañándose en los guerrilleros.

—Usted, coronel Ramón Raudales, queda nombrado para que sustituya al traidor Colindres. Bajo su responsabilidad está lo que es la organización logística que necesita el Ejército para las operaciones —dijo el General.

Cumpliendo órdenes de Jefe, el coronel Raudales reunió a los hombres de su columna y expuso el plan. Se alistaron palas, picas, machetes, barras, bueyes, mulas de tiro y carga, y lo elemental para abrir una picada por la montaña desde La Conga a Las Trojes. En pocos días quedó restablecida la ruta de comunicaciones y el abastecimiento.

—Pero hubo que salir de El Chipote. No quedó otra alternativa —recuerda el General—. Y en horas del atardecer, cuando la bruma comenzó a cubrir la superficie del cerro, ordené que tras las trincheras desde donde se combatía, y se disparaba a los aviones, fuesen colocados muñecos de zacate, dejando visibles los sombreros o trapos amarrados a sus cabezas, simulando combatientes en defensa de sus posiciones. Para vergüenza de los imperialistas, muñecos de zacate, y hedor a muerte y podredumbre, fue lo que encontraron los marines de Mr. Coolidge, cuando días más tarde tomaron el cerro en abandono. Nosotros estábamos distantes de El Chipote planeando nuevas operaciones.

En sus horas de meditación, el General tiene clara conciencia de su destino, y parece vislumbrar anímicamente cómo sus días están contados, y le será

imposible escapar de esta fatalista realidad. Un hombre especial como él, iluminado por un don de la vida, ¿cómo no habría de suponerlo, si alzó su voz de rebelde contra los convencionalismos políticos en un país que respiraba a través de la crónica guerra civil que dormitaba bajo la almohada? Él no era acaso producto de la contradicción. Primero, como Jefe de los montañeses; luego, como el organizador y Comandante del EDSN. Se le cuestionaba como a un bandido. Su decisión de lucha contra el interventor no es moneda de peso falso que un jugador puede lanzar al aire para dilucidar la suerte. ¡Cuánta torpeza anida en la mente de los políticos! Se empina para pensar y escribe dando consejos y reprimendas a un temeroso simpatizante, el comerciante conservador José Hilario Chavarría: *Me hablaron que es Ud. una persona inofensiva, pero que de filiación conservadora. Ese título de conservador en personas humildes del pueblo me produce tristeza.* Y más adelante, en otro párrafo de la catilinaria: *Nuestros pueblos por ignorancia están tan envilecidos, que ni liberales ni conservadores saben lo que discuten, a tal extremo, que hay muchos liberales de nombre que son más conservadores de hecho, que los que dicen que son conservadores. En lo que se refiere Ud., a la cuestión de contribuciones impuestas por el Gral. Altamirano, creo que es bueno de que si Ud., puede proporcionarla la proporcione, pero que a más no poder, dígame Ud., al General Altamirano, que ya la envió Ud., a este Cuartel General, y que sólo está esperando Ud., el recibo firmado por esta Jefatura Suprema.* Para poner punto final a su misiva el General expresa, pensando como un obstinado liberal tradicionalista: *No tengo otra manera de poderle salvar de la*

puntería que con razón le ha puesto nuestra gente, pues lo consideran a Ud. un conservador de los que afligieron en otras veces a nuestro pueblo nicaragüense.

Quando el General remonta el pasado del que son testigos los libros de historia, tiene percepción de que en Nicaragua se detuvo el tiempo: se gobierna bajo el estigmatizado sistema abrazado a los mismos vicios que los políticos justifican como simples errores. De los Pedrarias y Contreras a los Zelayas y Somozas apenas se notan diferencias. El Estado ha continuado bajo el signo de la corrosión moral dentro del entorno de la guerra civil que no tienen justificación. No han terminado de enfriarse los cadáveres en los huecos de las tumbas, cuando se escuchan tiros de la nueva guerra civil. La cultura del fusil y el robo amamantado por los poderosos monstruos del desastre político, son la maldición que se ensaña en el nicaragüense, dinamizada por demoníacos gestores políticos que mantean el futuro del Estado bajo la plaga de la guerra civil y el diálogo de las amenazas.

El iluso General intenta poner punto final a la maldición del desaforo político enfermizo a partir de esa condición mimética que profundiza en las raíces y es necesario superar. La tragedia del indio y el campesino debatiéndose en el alienante abandono de las inhóspitas regiones del Norte, llega a la máxima expresión, cuando sólo se tiene conciencia de ser nacional, al reclutársele por la fuerza para tomar acción en cualquier facción armada: verde o colorada, para que el improvisado ciudadano *defienda el honor patrio ligado a la pureza, la honra, el amor al jefe, la justicia y la razón de ser que tiene, tuvo o tendrá el partido para tomar el poder y gobernar la nación bajo la dura bota y el interés de los caudillos.*

—¡Basta ya de farsa! ¡Basta ya de juegos políticos que conduzcan al robo de la nación, y criminal confusión de los valores patrios! —grita el General.

Expandiendo la consigna: guerra al imperialismo, Libertad o Muerte, el General más que nunca, tiene conciencia de su soledad al tocar las paredes de la infame y diabólica selva de los políticos. Nada tiene que ver su grito de libertador, de combatiente, de autonomista espontáneo y sonoro que clama vergüenza y justicia, con los de Moncada o de Díaz, que van cacareando tras el bandidaje del Pacto la entrega de la nación.

Desde *El Chipotón* comenzaron a emitirse los informes, comunicados de guerra, órdenes y misivas para los jefes expedicionarios Altamirano, Díaz, Ferrara, Morazán, Colindres y resto de generales. El fantástico Chipotón se ha convertido en el centro de operaciones del General. El Chipotón es símbolo o pretendido sueño, mito difícil de localizar que se mueve y cambia con el General como sombrero sobre su cabeza. El Chipotón está estructurado alrededor de un complejo de imágenes existenciales, de influencias mágicas pero realistas, superpuestas desde los contradictorios escombros de su ilusoria y arrogante pasión de luchador social. Cuando el General cambia de zona para operaciones de guerrilla, El Chipotón va con él. El Jefe del EDSN, es personaje fantástico, casi un mago, capaz de mover las rotativas de los periódicos más importantes del mundo, motivados por su embrujo del libertador.

—Ya hubiera querido tener Somoza la operatividad y el desplazamiento que tenían esos generales bajo las órdenes del bandolero —decía Rino Loza, marine

quien combatió en Palacagüina contra las fuerzas de Ortiz.

—Se comportan como bandidos —dijo el oficial Castillo.

—¿Y cómo crees tú que puede hacerse la guerra cuando vienen tras de ti para sacarte del mundo y mandarte al infierno? —respondió Loza.

—No sé cómo —dijo el cabo Smith, justificándose.

Muchos de los capitanes yanquis no pudieron jamás explicarse cómo un pobre diablo fuese capaz de estructurar un cohesivo y operacional poder con un grupo de desarrapados. Algún don debió haberle dado el cielo a este General, cuando le obedecían los duros, los curtidos, los malos, entre ellos los más famosos convictos cuatrerros, asesinos y ladrones que se refugiaban en caseríos de la frontera.

—Yo sí lo sé. Pues basta hacerlo por los mismos motivos que el enemigo —dijo Castillo, mientras repelía desde el cuartel el acoso temerario y sostenido del general Ortiz.

El frustrado viaje a México había sido de provecho al General para explorar la realidad de lo que podría esperar de los supuestos amigos revolucionarios. Obtuvo la frustrante respuesta que jamás imaginó. Después quedó convencido de que los hombres y los pueblos se mueven en función de sus intereses. Desde el punto de vista del espíritu de lucha, tal vez un poco egoísta del General, esto parecía estrechez en el ángulo visual para mirar el futuro; o peor aún, falta de solidaridad revolucionaria.

Circulan ciertas versiones en que los enemigos justifican sus posiciones cuando atacan al General. Antes de regresar a Las Segovias, desde Yucatán,

escribe a José Zepeda que está en el Distrito Federal: *Fue así como me manifestó usted la idea que había, de que nuestros compañeros y yo permaneciéramos en una propiedad en forma provisional para mientras al Presidente E. Portes Gil le era posible resolver el asunto, o sea la cooperación que este Gobierno pudiera prestar a la lucha que sostenemos con la piratería yanqui en Nicaragua. De la conversación con Ud. deduje que este Gobierno estaba imposibilitado para resolver el asunto dicho antes de que se verificaran en noviembre de 1929 las Elecciones Presidenciales de esta República. Muchas veces no basta tener las cosas para ofrecerlas, sino que también hay que salvar algunas responsabilidades.*

México todavía arrastraba la secuela de una guerra feroz y prolongada con los Estados Unidos, y estaba avocado a la búsqueda de un período de paz social y estabilidad política a fin de definir los patrones estratégicos para el Gobierno del Estado. De tal manera, que no es el momento propicio para tomar en consideración asuntos que no sean otros que mirar hacia adentro.

Para quien pide ayuda para resolver su problema, es difícil valorar que una nación o gobierno de corte revolucionario en lugar de darte apoyo te voltee las espaldas. Pero tampoco debe descartarse que la actitud de Portes Gil, haya sido motivada por la experiencia reciente del presidente Calles, cuando entregó ayuda económica, logística y militar al defenestrado Juan Bautista Sacasa, para el montaje de la cacareada Revolución Constitucionalista de 1926, que se encargó de negociar Moncada.

No hay burro que meta las patas dos veces en el mismo hoyo, se carcajaba Escamilla, el mercenario

mexicano contratado por Somoza —un feroz asesino como Pedrón— quien bajo dirección de Somoza asolaba los caseríos de Las Segovias con el pretexto de arrasar con los grupos de los bandoleros que iban en pos del General.

El General se cuestiona: ¿cuánto tiempo habrá de durar la cruzada redentora si en la medida que pasan las semanas, los meses y luego los años, la incomprendida lucha antiimperialista se volvió una trampa mortal, un callejón sin salida? Jamás había existido en la historia del país un conflicto armado que hubiese durado tanto, ni siquiera cuando la nación entera se unió contra el filibustero Walker para echarlo del territorio. Tenía la sensación que a nadie más que a él y sus hombres interesaba la guerra que encabezaba contra el yanqui. Y había hasta quiénes eran de la opinión que el General, quizá desde un enfoque moral tuviese razón con su lucha antiimperialista, pero era un absurdo total en el entorno de la realidad. Sólo poetas, escritores, artistas, movimientos de trabajadores y estudiantes universitarios eran quienes ponían al fuego las manos por las ideas del General. Los sumisos o los comprometidos gobiernos de los estados vecinos, y otros estados al Sur de Centroamérica, preferían hacerse los sordos o cerrar los ojos para no escuchar ni contemplar la debacle.

Para un combatiente de su calibre, un luchador social alucinado, sólo el triunfo o la muerte heroica tenían justificación. *Tantas y tantas batallas nos han vuelto duro el corazón pero han fortalecido nuestro espíritu*, declaró a Carleton Beals, corresponsal de *The Nation*, quien lo entrevistó en sus cuarteles de la montaña.

Fue sorpresa para el periodista ver en el General, cómo a primera vista irradia pobreza desde su baja

estatura y peso con esa parpadeante mirada aparentemente sin pupilas, que no corresponden con la fama de héroe o el bandido que publicitan los enemigos, y que además tuviese capacidad de influenciar tal lealtad y obediencia en el grupo de los generales, estimulando el odio mortal contra los invasores de su Patria.

—*La muerte no es más que un momento de disgusto que no vale la pena tomarlo muy seriamente*—repetía a sus hombres, intentando remachar el mensaje en la casaca anímica y en su espíritu de luchador. Y concluía la reflexión afirmando: *el que teme a la muerte se muere más pronto*. El Jefe de guerrilleros aunque no temía a la muerte, sí valoraba su peligro.

Meses más tarde, manifiesta confianza en Salvador Calderón Ramírez, a quien jamás había visto en la vida, nombrándole consejero político en el grupo de negociadores. *Los supremos dictadores son los miembros de la Guardia Nacional, y como ésta abriga pasiones de odio, temo un atentado de ella contra nosotros*—dijo el General en la casa del ministro Salvatierra, mientras sacude el traje que llevará a la cita con el presidente Sacasa.

—*Usted está enfrentando una situación difícil, conflictiva y perturbadora para poderle dar consejos políticos*—respondió Calderón Ramírez—. *Pero me atrevo a decir, que es usted una fuerza social y política, y que es y será factor en la pacificación de Nicaragua*.

El General quedó observando a su nuevo consejero. Le pareció un hombre transparente, lleno de confianza y franqueza como le gustaba que fuese la gente que tenía a su lado. De pronto, pensó que no había tenido frases para hacer un esbozo y definir conceptualmente al profesor de segunda enseñanza radicado en

El Salvador. Los interventores habían diseñado la política antidemocrática y sectaria que puso en manos de la Guardia Nacional el futuro del país. Y quien controlaba a la Guardia Nacional era Somoza. De tal manera, que el jefe de la Guardia era el hombre que dictaría las condiciones.

—Los acuerdos para la creación de la Guardia Nacional anulan las facultades del presidente como su Comandante General —dijo el General.

—Ciertamente. Este es el problema. Por lo mismo, a cualquier consejero que se precie de serlo, sólo quedaría el recurso de recomendar a usted abrir bien los ojos y tener suficiente prudencia al abordar el problema de la Guardia Nacional —dijo Calderón Ramírez.

—El señor Presidente sólo tiene apariencias de ser el hombre que manda —dijo el General.

El General era un extraño personaje difícil de valorar. Un enigma enfundado en temeridad desde cualquier ángulo que se le pretendiese analizar. Héroe, soñador, patriota, bandido, loco, escritor o iluminado, son el sinfín de epítetos que se vierten sobre su controversial fama de bandido, o de caballero andante, conque los simpatizantes o enemigos hacen referencia al controversial demonio o ángel que emerge desde el fondo de su naturaleza existencial, rompe el cascarón sofocante de la injusticia y salta a la palestra a reclamar espacios soberanos que se proyectan más allá de la propia nacionalidad.

En sus prolongadas y diarias meditaciones habla con Dios invocando a los espíritus. El amor, según su propia concepción es una especie de mochila celestial, en la que caben dones y creencias que le permiten recurrir al cielo en el momento preciso. De aquí que la clave de las respuestas que responden a sus pregunta

se concreta en el Amor. Un concepto filosófico religioso del amor que remonta en la memoria psicológica del General a días del conflicto paterno en los años infantiles, cuando requiere del amor paterno invocando el amor de Dios, y don Gregorio se hace el sordo según criterio de Valentina, y Dios juega el rol de cómplice con la sordera del progenitor.

Para el General, cuando era un niño, Dios tuvo la connotación de un Dios borroso, escondido a los ojos de los pobres. Él mismo había nacido con mala estrella al haber sido inscrito en el Registro Civil de las personas de la Alcaldía, y el de bautizos de la parroquia de Niquinohomo, como un hijo bastardo de Dios, cuando le fue escamoteada la propiedad jurídica y biológica del apellido Sandino, al olvidarse el honorable señorito don Gregorio que fueron sus debilidades de don Juan, las que lo impulsaron a compartir el lecho con su madre, sin importar al galán lo magro de su pobreza.

Pero a fin de cuentas, Dios había escuchado. Le había mostrado el rostro, y se dio cuenta, que por ahí habitaba en algún rincón en que tuvo ocasión de verlo, tocarle, solazarse en el hálito del rostro paternal. El amor es Dios, y de Dios están infinitamente llenas todas las cosas. No cabía duda que Dios era réplica de su padre, porque cuando la mejilla del viejo se juntó a la suya, y lo suspendió por los sobacos para estamparle el beso en la atribulada frente, don Gregorio contestó: *Sí, soy tu padre*. Fue el minuto celestial en que el niño sintió el calor de Dios fluyendo por manos del viejo, encendido con el fuego del amor. Sí, posiblemente así era Dios, aunque se le había escondido un poco, y se había cubierto el rostro con el rostro de sus lágrimas.

El General, quien había luchado a brazo partido para escapar de la ardorosa guerra anímica que

trastornaban su enfoque espiritual y manera de entender la vida, ahora estaba ahí, de pie, solitario, a medio camino, abrazado a su fe patriótica, que carga sobre los hombros la debacle nacional que vive el país bajo la intervención y ese martirio humillante que proyecta el conflicto armado. Y afirma que podrán endilgarle cualquier mentira, levantarle cualquier calumnia, pero como el Jefe del EDSN, vive convencido que frente al acoso de la barbarie y la impunidad del interventor es de sumo deber patriótico hacer justicia y entregar la vida por amor a la libertad. Por la mañana había leído en los Salmos las alabanzas del Rey David: *caerán a tu lado mil y diez mil a tu diestra...* El profetismo cobra sentido de fe y realidad en su entorno de iluminado.

—No eran chocolates de Navidad los que salían por las bocas de sus fusiles —afirmó el general Gregorio Ferrara cuando le tocó combatir contra las patrullas del mercenario Escamilla. Y añade: estoy seguro que se las devolveremos con creces.

Escamilla capturó al general Juan María Jirón Ruano, cerca de minerales de San Albino, cuando el voluntario guatemalteco cruzaba de Las Segovias a León, en búsqueda de tratamiento médico para tratar la endiablada fiebre palúdica que le hace crujir sus huesos, y el mercenario Escamilla ordenó que le dieran agua: es decir, que lo fusilaran.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó Escamilla al general Ruano en el bajo del río, de espaldas al paredón de fusilamiento.

—¡Nada... absolutamente nada, cabrón, hijo de puta! —respondió el ex-gobernador del Petén antes de desplomarse perforado por las balas.

Entre las sombras de sus recuerdos el General revive los combates de Ocotul, San Fernando, Los

Calpules, Santa Clara. Fue aprendizaje proverbial de afirmación y fe en el triunfo y ferocidad patriótica de sus hombres. Con el repliegue hacia El Chipote los generales del General se palparon la bragueta: *Para la lucha de la montaña, para amar la libertad, para combatir al interventor, para resistir a los traidores, es necesario tener bien colocados los testículos; llevar bien puestos los pantalones*, gritaba Lencho Úrsulo, dando alaridos en el fondo de las cuevas de Tunowalam, cuando la columna del general Adán Gómez le tocó fusionarse con la número 8 que comandaba Umanzor. En días de refrescamiento en las cuevas de Bocay, al fondo, que daban apariencia de haberse convertido en ciudades bajo una paz bullanguera, animada con requiebros de guitarras, lloriqueo de flautas y violines de talalate, que al compás de fanfarrias de acordeones, con los que sumos y misquitos expresaban el coyuntural rostro étnico y misterioso, y el alarido ancestral en todo el rigor de sus ritos, danzas, grandes banquetes ceremoniales enredor de las sopas de tortuga, pescado, guabul, zaino y malanga; y el estupendo revoltijo enervante del rondón, hirviendo en los calderos, para acompañarlo con chicha de maíz fermentado, escanciado bajo el prolífico flujo lunar.

La lección fundamental de la guerrilla había sido aprendida después del ataque a Ocotál. Luego del repliegue a la montaña, Séller y Hatfield consideraron al General un bandido con suerte quien había escapado al asedio de los aviones, pero pronto sería atrapado. Transcurrieron días, semanas y meses sin que las patrullas de marines y guardias pudieran dar pasos concretos en la caza del bandido.

—*Estoy seriamente preocupado por la situación militar* —informó el general McCoy a Kellog, el Secretario de Estado.

El general Frank Ross McCoy, nombrado por el Departamento de Estado para ensamblar y dirigir el proceso electoral previsto para 1928, al informar de las operaciones militares habla de empantanamiento de las patrullas de marines, por las imprevisibles condiciones meteorológicas que azotan la zona en la que opera el bandido. McCoy esboza el complicado problema logístico, señalando que las condiciones son más propicias para las operaciones del rebelde que para las patrullas de los marines: *sus relaciones con los pobladores de todos los estratos sociales, las fuerzas de Sandino tienen la ventaja del idioma local, un conocimiento completo del terreno, de la ayuda, especialmente en cuanto a la información, y de las personas algunas de las cuales simpatizan con Sandino, en tanto que otras consideran favorable para su propósito político inmediato que continúen las operaciones, o no se atreven a provocar la reacción hostil de los bandidos al darle información o ayuda a nuestras fuerzas...*

De acuerdo con la percepción de McCoy, el rebelde más que de bandolero pemicioso, observa la conducta de un Robin Hood; algo así como un bandido social, porque el General, lo que recupera, confisca o apropia de los terratenientes, quienes en su mayoría pagan salarios con fichas o vales, sólo tiene dos opciones para continuar combatiendo: las familias de los campesinos que lo acompañan, o la reposición de vituallas, armas y municiones para dar soporte a la cruzada guerrillera. De aquí que muchos poetas, escritores,

filósofos, científicos, sociólogos y dirigentes políticos, coincidan en que la guerra del General no está dirigida contra el pueblo de Estados Unidos, sino que contra el desatinado imperio yanqui que sobrepasa toda norma ética en relaciones que deben prevalecer en las relaciones de una nación pequeña y cualquier potencia extranjera en la defensa soberana de su territorio.

—Ha corrido mucha agua bajo el puente —se cuestiona a sí mismo el General—. Se dijo que no quedaba más alternativa que buscar una salida hacia la paz de acuerdo con lo que había oído decir al Presidente; o continuar en la lucha por los indios y campesinos perseguidos. La Guardia tenía repletas las cárceles de ellos, y hasta los había, hacinados en campos de concentración en los que campea el hambre junto a sartas de problemas. Claro está que es una situación difícil y conflictiva eso de entregar los fusiles y renunciar a la lucha armada para negociar la paz como pretende Somoza. Por segundos quedó abstraído. Reflexionó sobre el firmamento de la nación americana, repasando algunos capítulos plenos de la clásica heroicidad con que se enorgullecen los pueblos. Acudió a su memoria la paradigmática imagen de Lincoln, el prototipo de los grandes estadistas.

—Pensó que igual reacción habría tenido Lincoln ante cualquier imperio o nación para defender la soberanía de su Patria si ésta hubiese sido mancillada —se dijo en voz alta, firme, ajustándose el pañuelo rojinegro, como si hablase con Lincoln, el libertador.

XIX

—*¡Alto allí! ¡Que se detenga ese carro!*

Una voz ronca declinando en atipladas tonalidades cual la chirriante resistencia que al abrirse produce una cerradura ante la falta de uso, subió desde el pavimento, acompañando el golpe de la culata de un fusil que emitió destellos en las manos del sargento Juan Emilio Canales, frente al resplandor de los focos.

Los generales Estrada y Umanzor desenfundaron sus pistolas, pero el General dio órdenes de volverlas a los cinturones.

—*¡Un momento, muchachos! ¿Qué pasa?*

El General y sus acompañantes bajaban de Casa Presidencial, de celebrar el Pacto que sellaba el fin de la guerra. *Vengo a hacer la paz. Todos somos hermanos*, había declarado a los hombres de prensa, y lo testificó de igual manera a los amigos y adversarios políticos. *Yo no dispararé un tiro más. Haremos la paz aunque se oponga el mismo señor Presidente. Mi resolución es irrevocable. Por ese ideal he venido desafiando los riesgos y haciendo frente a los odios y los rencores de la Guardia*, expresó a Calderón Ramírez en los pasillos de Casa Presidencial.

El vehículo en que iba el General se detuvo frente al pequeño camioncito llamado el GN-5, que al estar atravesado en la avenida principal, obstruía el paso de

los vehículos que descendían de la presidencia. El sargento Canales quien había simulado estar cambiando una llanta averiada, con gritos estridentes y fusil en las manos amenaza con disparar. Apuntaba temeroso hacia el vehículo interceptado que por lo sorpresivo del alto, hizo chirriar los frenos a pocos metros del G.N-5 atravesado en la vía.

—Apague esas luces —gritó el sargento Canales al conductor del ministro Salvatierra.

El chofer no escuchó el desaforado grito de Canales por la confusión del momento. Canales se incorporó amenazante y arremetió contra el carro de Salvatierra, descargando fortísimos golpes con la culata del fusil sobre el lado frontal del capó, acompañando la agresividad con una sarta de maldiciones. Canales volvió a gritar:

—¿No entendió, pendejo? ¡Le ordené que apagara los focos!

El chofer apagó las luces. Repentinamente, del oscuro callejón que había entre la Fortaleza de El Hormiguero y la Imprenta Nacional, emergieron otros miembros de la patrulla, quienes formaban los complotados al mando del capitán Lizandro Delgadillo, fusiles bala en boca, listos para disparar.

—*Es una orden superior. Todos quedan detenidos* —gritó el capitán Delgadillo.

Salvatierra alzó la mano, pidiendo explicación al jefe de la patrulla. De pronto, había considerado que se trataba de alguna equivocación.

—¡Manos en alto! Quien baje las manos se muere —amenazó Delgadillo.

El grupo de guardias rodeó el vehículo en que estaban el General, el ministro Salvatierra y don Gregorio

Sandino, padre del guerrillero. Junto al chofer, en el asiento delantero, los generales Francisco Estrada y Juan Pablo Umazor, asombrados por lo inesperado del asalto, observaban a los guardias que amenazaban dispararles con los fusiles.

—¡Cuidado con levantar las manos! ¡Cuidado con esas manos! —insistió Delgadillo, quien tomó distancia del vehículo del General, mientras la patrulla avanzaba, siempre bala en boca y en posición de asalto.

De pronto, por la avenida de la presidencia se escuchó la sirena de un coche, reclamando vía libre. Los guardias corrieron y con los fusiles en alto se apostaron al centro de la calle para detener el vehículo.

—Alto allí —gritó el sargento Somarriba.

—Soy Maruca Sacasa, la hija del Presidente —protestó la joven indignada.

Detuvieron el vehículo. En la confusión del asalto nadie tomó en cuenta la protesta. Los guardias estaban ocupados atendiendo otras situaciones. La joven descendió del vehículo, y llena de ira gritó a los guardias apostados como retenes:

—¿Por qué no me dan paso? ¡Soy la hija del Presidente de la República!

—¡A la hija del Presidente de la República me la cuelgo de la verga! —contestó uno de los guardias.

La hija del Presidente se horrorizó ante la respuesta del guardia e hizo la reflexión de que algo grave estaba aconteciendo, porque frente al portón de *El Horniguero* estaba detenido el coche del ministro Salvatierra en que viajaba el General. Llena de terror, ordenó al chofer cambiar el rumbo del auto y volver a Casa Presidencial. Mientras tanto, la patrulla al mando de Delgadillo, con los cañones de los rifles colocados sobre la tolda y los

guardafangos, rodeó al carro en que conducían el General, siempre con las miras en alto, apuntando en dirección a los hombres quienes comenzaron a salir del vehículo.

—Entreguen las armas y todos a tierra —gritó el capitán Delgadillo.

La voz era enérgica, pero titubeante. Quizás se debiera por el normal temor a la reacción del General y sus hombres. Al momento de escuchar el alto, Umanzor y Estrada intentaron sacar las pistolas, pero el General ordenó que las metieran en sus fundas.

—*No se opongan. Nada malo puede ser. Yo voy a arreglar esta situación* —dijo el General.

Los generales Estrada y Umanzor entregaron las pistolas. Lo mismo hizo el General.

—Nosotros no llevamos armas —dijo el ministro Salvatierra en voz baja, señalando a don Gregorio—. Somos gente de paz, no de fusiles, agregó.

El jefe de la patrulla quedó viendo rápidamente al Ministro, y a don Gregorio, esbozando una sonrisa torpe, talvez llena de vergüenza.

—Lo sabemos. No es necesario que lo diga —dijo Delgadillo.

—Vamos, caminen —dijo Canales, con voz amenazante y temblorosa que pareció proyectada sobre el calibre del fusil, señalando el portón de *El Hormiguero*.

Entreabrieron el gigantesco portón construido de tablones de madera dura y fina sin pintar, y condujo a los prisioneros hasta el patio, en donde fueron colocados con brazos en alto, de espaldas sobre la pared oriental del antro patibulario que funcionaba como prisión política para encerrar y torturar a adversarios del partido quienes habían sido expulsados del

Gobierno, o para quienes pretendían tomarlo, disponiendo de testaferreros que procedían al *cobro de la factura política*, recurriendo a verdaderas cacerías y encarcelamiento de los enemigos del *caudillo de turno*, a las que venían en sucesión torturas, patadas, golpes de culata, lavados de chile, retorcimiento de los testículos y la correspondiente pócima de vergajazos, con las que conseguían de auto incriminantes mentiras, falsas verdades, que el fiscal: *juez y parte* presentaba en los tribunales como el testimonio acusador de quienes no habían podido resistir la brutalidad de las torturas.

A cada instante sonaba el timbre del aparato telefónico. El General no podía comprender lo que pasaba estando en aquella situación. Suponía que Somoza era quien llamaba desde su cueva en el Campo de Marte, mientras el teniente López permanecía listo a los timbrados del teléfono. Estaba seguro que era para mantener informado al Jefe de la Guardia de lo que estaba aconteciendo en El Hormiguero.

—¿Por qué se hace esto si todos somos hermanos?
—dijo el General.

—¡Sí, jodido! Ahora todos somos hermanos, pero cuando nos matabas en Las Segovias no éramos tus hermanos —le increpó uno de los guardias quienes había sido herido en acción combatiendo contra los guerrilleros.

La amenaza del guardia hizo levantar las miradas a don Gregorio y al ministro Salvatierra quienes lucían agobiados, perdidos en controversiales reflexiones imposibles de discernir.

—Estamos en las manos de un zángano —dijo el ministro Salvatierra—. Todo se torna sumamente complejo en una situación como ésta.

*—Hemos hecho la paz y estamos procurando el resurgimiento de Nicaragua por medio del trabajo. No he hecho otra cosa que luchar por la libertad de Nicaragua—*dijo el General.

*—Oigan al pendejo—*dijo uno de los guardias al teniente López que daba vueltas en tomo de la patrulla y corría hacia el teléfono cada vez que repicaba la campanilla.

El General estaba confundido ante la alevos conspiración que había planeado Somoza con el propósito de someterle, y si era propicio el plan, terminar con la vida del hombre fuerte de Las Segovias, a lo mejor, asesinándolo. Sus rabiosas entrañas eran de sobra conocidas. Por los cuatro puntos cardinales en que se había combatido, había dejado impresa la huella de sus tropelías. Pueblos enteros de indios y campesinos habían sido hostigados, torturados y perseguidos por las patrullas de la Guardia, sin otro pretexto que el exterminio de los asesinos y bandidos que jefeaba el General.

—Hace apenas como tres noches el general Somoza me ha dado un abrazo en señal de armonía, y antes yo le he visitado a él en su casa y el general Somoza me ha visitado a mí...

En el corto espacio del patio penitenciario el General iba y venía con las manos atrás, diciendo cualquier cosa, a veces abstraído en un monólogo susurrante, en el que quizá recordara al único de sus hombres, el general Escolástico Lara, quien se había opuesto al plan de viajar a la capital para la entrevista con Sacasa.

—¡Qué chingados! Pero si el mismo general Somoza me ha dado un retrato con su dedicatoria, y yo le he dado otro con la mía...

El capitán Delgadillo y su patrulla de guardias permanecían ojo al Cristo, pendientes de los movimientos

del General, mientras el teniente López seguía manipulando el teléfono.

—*Llaman al general Somoza y que venga él a decirme lo que quiera decirme*—se dirigió el General a Delgadillo.

—Cumpla con el siguiente paso del plan. Usted es encargado de ejecutarlo —dijo el teniente López a Delgadillo.

Pero el capitán Delgadillo decidió ir personalmente al Campo de Marte a consultar con Somoza. La entrada al despacho del Jefe de la Guardia quedaba a unos trescientos metros, exactamente al lado opuesto de El Hormiguero, frente al costado Oeste de la iglesia del Perpetuo Socorro. El capitán Delgadillo salió a todo correr, como lo habría hecho cualquier maratónico correo indígena en tiempos de los caciques. Mientras tanto, el General no paraba en sus marchas y contramarchas, haciendo malabares con la imaginación se cuestionaba a sí mismo. ¡No puede ser posible, cabrón! ¡Maldecía al jefe de la Guardia! Y luego bajaba el tono: ¡Qué pendejo había sido! ¡Cómo pude caer en la trampa, confiando que un bandido como Somoza respetaría las garantías que había ofrecido al presidente Sacasa! No tiene menor la duda que está bajo las garras de Somoza. El heredero de los infantes de marina es la mente maquiavélica que había planeado la diabólica operación... el verdadero cerebro de la sangrienta jugada. ¿Por qué, a quién más que no fuera Somoza podría interesar que desapareciera del escenario político el Jefe del EDSN? ¡Claro está que Somoza, dueño y señor de la Guardia Nacional es artífice de la tramoya! ¿Acaso existe la posibilidad de fusionar al EDSN, con la Guardia Nacional? Si se

concretara la idea, tan aberrante decisión, esto podría venir a complicar el patrimonio político de Somoza. Era una condición absurda que no tenía pies ni cabeza. ¡Cómo iba a permitir que se fusionara la Guardia con una banda de guerrilleros! Sólo pensarlo significaba disparate. No va a poner el destino en manos de la suerte. Un jefe guerrillero con la dimensión carismática del guerrillero, y la confianza que había venido despertando en el alma de un pueblo sin líder, en cualquier momento podría ser capaz de levantar un movimiento popular bajo el síndrome caudillismo o del iluminado. El General tiene en su favor la esperanza de mejores días para un pueblo sometido y explotado a espera de milagros.

—Es muy aventurado —dice Somoza a Moncada—. *Donde va Vicente va la gente*, recuerda la sentencia popular, que salía a flote en los mítines y las masivas marchas de campesinos descalzos, o protegiendo los pies con caites; y los que montan sobre caballos con cintillos colorado o verde prendido al sombrero, viviendo al caudillo, quien va repitiendo el mismo enlatado discurso de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de barrio en barrio, atiborrado siempre de las mismas far-sas, de las mismas mentiras como en otras campañas políticas presidenciales, para embolsarse el poder y desgovernar el Estado con la repetida y harapienta angustia de la falsedad y el engaño.

El General, que ya lo intuía, debió haber tomado las prevenciones, porque no es igual cosa tratar con hombres de espíritu noble, que dirimir cuestiones de vida o muerte con esos tipos que piensan y actúan con desfachatez de gángster.

El General se detuvo y vio los ojos de los guardias. La mirada se clavó fieramente sobre la frente de los

soldados. Desde sus ojos negros, tan extraños, que parecen ausentes de pupilas, sale el fulgor sugerente de su mirada penetrante, similar a estilete, estimulando cierto desasosiego entre algunos de los soldados. El General quizá estaba a la espera que algo podría acontecer, a lo mejor la milagrosa asistencia del más allá: la presencia de espíritus celestiales que en diversas ocasiones se le habían hecho patentes, auxiliándole en los momentos duros. Pero quien estaba formado para improvisar sobre la marcha, olvidó que la guerra entre el amor y los demonios, es una proyección sin fin de espacio y tiempo.

El General continuó las marchas y contramarchas, aferrado a su monólogo expresando en forma grotesca como la imagen del abandono. El teniente Alfredo López, con la ametralladora en alto, se aproximó a los soldados quienes custodiaban al padre del General y al ministro Salvatierra, quienes estaban recluidos en la oficina del oficial del día, siguiendo pacientemente el curso de los acontecimientos. Don Gregorio enjugaba el sudor de la frente y el ministro Salvatierra quedaba, aparentemente, mirando sin mirar, en abstracción total las puntas de sus botines negros de cuero negro brillando. El teniente López metió la cabeza por la ventana, hizo un gesto frío, huidizo tras su expresión de saludo y volvió hacia los generales quienes permanecían en la parte oriental del patio.

El general Francisco Estrada daba la sensación de estatua en un parque público, muda sobre el pedestal, congelada, solitaria, estática, quizá hirviendo de rabia como un infierno por dentro ante la impotencia y recurrente abandono, como en algún momento lo había expresado el General en sus primeros días de la

cruzada; y el general Juan Pablo Umanzor con su mirada de chorotega, atiborrada por la sorpresa, enronchada la piel por la paralizante intensidad de imponderables y agitados sentimientos de frustración, que sumían en un rabioso túnel de impotencia y descalabro, que era para él como patíbulo sobre la naturaleza casi muerta de la propia existencia.

El teniente López caminó hacia los tres hombres en la parte Oriental del patio. El General lo quedó viendo y preguntó:

—*¿Quién es el jefe aquí? Quiero hablar con él.*

—*Yo soy el jefe. ¿Qué quiere?* —dijo el teniente López, acercándose.

—*Hágame el favor de prestarme el teléfono, quiero hablar con el Presidente de la República* —dijo el General.

—*No se puede* —dijo el teniente López.

—*Entonces quiero hablar con el general Somoza* —dijo el General.

—*No se puede. El general Somoza está atendiendo una muy reunión importante con una poetisa enviada por la Embajada del Perú* —dijo el oficial.

Esta negativa lo convenció que cualquier solicitud que hiciera a los guardias de Somoza, no obtendría la respuesta que la situación requería; sería como arar en el mar, o dar gritos en el desierto de la oscuridad humana.

Mientras tanto, el capitán Delgadillo, quien había penetrado como cauce desbordado por el portón del Campo de Marte, entró al despacho de Somoza, dio el consabido golpe de firme con los tacones de los zapatos, hizo el saludo militar, y anímicamente alterado ante la abrumadora operación que estaba finiquitando, con visible agitación informó a Somoza:

—Ya lo agarramos. Lo tenemos en El Hormiguero, junto a don Gregorio, su padre, el ministro Salvatierra y los generales Francisco Estrada y Juan Pablo Umanzor.

Somoza se incorporó de la hamaca y saltó hacia el escritorio. Aplastó la colilla del Lucky Strike que estaba fumando y encendió el otro cigarrillo. Chupaba y lanzaba el humo como una chimenea que hubiese sido alimentada con más tabaco, y aceleró el ritmo para expulsar los desperdicios de nicotina acumulados en el fondo de la caldera. Al soltar el cigarrillo de los labios, Somoza destripó el nuevo Lucky Strike sobre el piso con la suela del zapato. Estaba rígidamente nervioso.

—*Así que cayó. Lo tienen en El Hormiguero* —dijo Somoza visiblemente agitado, entre pequeñas idas y venidas del escritorio a la hamaca—. *Así que cayó, se frotó las palmas de las manos y se enjugó el sudor que transpiraba a ratos como si le estuviesen comprimiendo. El Jefe Director daba la impresión de querer tomar del aire alguna respuesta.*

—Regrese a El Hormiguero y aténganse a las ordenes que ya tienen recibidas —dijo Somoza, y tomó el auricular telefónico haciendo girar la manivela.

—¿El coronel Samuel Santos? —preguntó Somoza.

—Sí, general Somoza —dijo Santos.

—Venga a mi despacho y reúna a los oficiales que usted ya conoce para una reunión urgente —dijo Somoza.

—¿Alguna emergencia, general? —dijo Santos.

—Capturamos al bandido de Las Segovias y lo tenemos preso en El Hormiguero —dijo Somoza.

—En cinco minutos estoy en su despacho —respondió el coronel Santos.

Al instante se cerraron con llave los portones de entrada al Campo de Marte y colocaron obstáculos que impidieran cualquier incursión hacia sus instalaciones que no hubiese sido autorizada. Se redoblaron los postes en diferentes puntos de la ciudad, y se desplazaron patrullas armadas de ametralladoras en ciertas áreas estratégicas. La ciudad quedó sumida en el toque de queda y bajo el Estado de Sitio.

—Eso sí, creo que puedo hacerle llegar su mensaje —dijo el oficial López al General en los precisos momentos que Delgadillo regresaba de informar al general Somoza, paso por paso, las incidencias de El Hormiguero.

El General, acomodándose el sombrero, alisó su cabello de indio como ausente de sí mismo, siempre como anegado en un océano de confusión; inquieto y nervioso, confundido e impotente, estaba reducido a un harapo humano como en los días aquellos de la cárcel de Niquinohomo. Luego de cuatro idas y venidas en la desesperación de su marcha y contramarcha, el General se paró en seco. Llamó la atención del oficial y le quedó viendo fijamente con largueza.

—Dígale al general Somoza que me extraña todo lo que están haciendo con nosotros. Que nos tienen detenidos como malhechores, cuando hace apenas un año firmé con el presidente Sacasa un Convenio de Paz. El general Somoza hace tres días me dio un retrato suyo en prueba de amistad. Todos somos hermanos nicaragüenses, y yo no he luchado contra la Guardia sino contra los yanquis; y no creo que vayan a aprovecharse de la ocasión para hacer ahora con nosotros lo que no pudieron hacer en la montaña. Dígale

que yo quiero que me explique lo que quiere hacer con nosotros—protestó el General.

Casi en el instante, el teniente López salió para el Campo de Marte a informar a Somoza lo que el General había expresado. Llegó en el preciso momento en que iniciaba la reunión ordenada por Somoza y convocada por el coronel Samuel Santos, el Jefe de Operaciones de la Guardia Nacional, con el propósito de discutir o ratificar el escabroso asunto de cuál, a fin de cuentas, debería ser el destino final del jefe de los guerrilleros. A la reunión del maquiavélico aquelarre político habían sido citados la totalidad de complotados.

Mientras en la fortaleza de El Horniguero desde lo hondo de su soledad, el General echó mano del más importante recurso que todavía le quedaba. Acudió a su memoria aquello que el ministro Salvatierra le había confiado con relación a que el general Somoza García era también su par: un hermano masón del grado 33. El General había recibido el *iniciático* bautizo en sesión solemne en la Gran Logia Oriental-Peninsular Unidas del Estado de Yucatán, habiéndosele otorgado dignidad de hermano masón en el Grado 33. Fue tal su confianza en la venerable orden de los hermanos masones, que cuando volvió a retomar la lucha contra la intervención en las montañas segovianas, el General convirtió en guardador del archivo del EDSN, en México, al Gran Maestro de los Masones, hermano Primitivo Molina. Este citado tesoro de la campaña del General, consistía en doce paquetes numerados y lacrados con la siguiente leyenda: *Archivo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, Mérida, Yucatán el 5 de agosto de 1929.*

Pensó que en momentos difíciles como los que estaba viviendo, a lo mejor servía de algo la

identificación con la hermandad masónica. Además del general Somoza, el mismo pariente colateral Salvatierra lo había puesto al tanto de que había algunos hermanos masones militares quienes estaban integrados en la Gran Logia Masónica Progreso del Capítulo de Managua; entre estos dignos, honorables y virtuosos hermanos masones estaba registrado su secuestrador, el capitán Lizandro Delgadillo, con el Grado 18.

Mentalmente hizo un instantáneo y veloz recorrido por sus días de masón en la Gran Logia de Yucatán. Su iniciación había sido un evento hermoso, lleno de símbolos y señales que tenían sentido astral y se fundamentaban estrictamente en el amor. El Arquitecto del Universo es Dios: el infinito, el eterno, el omnipotente, forma y espíritu en estructura de las cosas; éstas son de Él, son Él y en Él manifiestan tomando cuerpo en toda su trascendencia.

Su perceptibilidad de iluminado parecía indicarle que algo tenebroso estaba aconteciendo, y que lo peor aún estaba por llegar. Se dijo que no había ya tiempo para esperar. Debería poner en función lo que le quedaba como tabla de salvación y asirse a ella con fe, invocando a los espíritus de las dimensiones eternas que siempre le habían auxiliado.

Pero en cada segundo que transcurre se vuelve más feroz el oleaje del huracán que amenaza con destruirle. Transpirando a mares, sofocado por el ardiente clima de la capital, o por la tensión de ver mermada la capacidad de autodomínio, experimentó la sensación de haber perdido la confianza y sentirse reducido a nada frente al impacto de considerarse un condenado a muerte. Reaccionó deteniendo las idas y venidas de sus marchitas, y llamando la atención del capitán Delgadillo, preguntó:

—¿Es usted un miembro de la Logia Masónica?

—¿Cómo lo sabe usted? —dijo Delgadillo.

—Soy masón —dijo el General.

Delgadillo esbozó una sonrisa de burla. Estaba casi seguro que el general guemillero intentaba impresionarle con el recurso de la solidaridad masónica, esa tolerancia en el amor fraternal y ese ineludible venerable respeto entre los hermanos prevaleciente en la alta y secretísima orden fundada en el Siglo XVII por albañiles ingleses, que luego se transformó en un poder que penetró las monarquías y otras suertes de gobiernos. Era verdad incontrovertible que dentro de las fuerzas castrenses abundaban los masones.

—¿A qué Logia pertenece usted? —dijo Delgadillo.

—A la Logia Masónica de Yucatán —dijo el General, empujándose sobre las puntas de los pies, mirándole profundamente con los ojillos negros, penetrantes, que parecían remachar en la voluntad de Delgadillo la obligación del compromiso masónico.

—¡No sabía que fuera usted masón! —dijo Delgadillo.

—Usted es hermano masón de Grado 18 —dijo el General, recumiendo a la información que le había dado Salvatierra.

—¿Cómo lo sabe usted? —dijo Delgadillo.

—Tengo porque saberlo. Soy su hermano masón del Grado 33 —dijo el General, y extendió la mano derecha, mostrando el dedo anular en donde lucía el anillo con el compás y el martillo.

—No lo sabía —dijo Delgadillo.

El capitán Delgadillo trastabilló mentalmente. ¿Qué podría pensar el venerable, el gran maestro masón del Grado 33, general Somoza, si no le informaba de inmediato de la calidad de hermano y grado de que estaba

investido el General guerrillero! Semejante información seguramente vendría a cambiar el destino trágico al que estaba condenado el General. Como miembro de la Gran Logia Masónica de Managua, el capitán Delgadillo había escuchado y aprendido un centenar de lecciones sobre ética y teosofía fundamental que eran dictadas por grandes maestros visitantes que llegaban procedentes de México, Estados Unidos, Inglaterra y América del Sur, para informar de instructivas novedades en el devenir francmasón y dictar conferencias de refrescamiento en el templo masónico de la Logia en el barrio San Antonio. Fue en estos encuentros, que Delgadillo tuvo conocimiento que la masonería era una organización de hermanos, y que los masones se protegían mutuamente unos a los otros, siendo teórica y solidariamente capaces de cualquier sacrificio para socorrer en el peligro a cualquier *frater* ligado a la francmasonería.

Con estas ideas, taladrándole el cerebro, el hermano masón capitán Delgadillo, voló hacia el Campo de Marte y entró repentinamente al despacho de Somoza, en donde se discutía cuál sería la forma que debería emplearse como más conveniente para mandar al infierno la vida del General. Alguien de los complotados propuso envenenarle; otros hablaron de incendiar el aeroplano que lo llevaría de regreso a Wiwilí, o ponerle una emboscada en la montaña, por donde tendría que pasar de regreso a su Cuartel General.

—Eso es perder el tiempo, y soltar la oportunidad que tenemos en las manos de acabar con el bandido —argumentó el coronel González.

—¿Y si lo metemos a la cárcel por el resto de sus días? —dijo Somoza sonriendo siempre con el Lucky Strike colgado del labio inferior como solía hacerlo,

mientras leía los informes sobre el General, enviados por el mayor Harris, desde la base en Costa Rica.

—Que me perdone el jefe, pero sería la peor equivocación. Si le damos alas al alacrán, sería asunto de poco tiempo para que nosotros fuéramos los fusilados —dijo el capitán López Roig.

—De acuerdo con el capitán López Roig —dijeron los complotados, acomodando nerviosos las nalgas sobre las silletas, agitando los brazos y asintiendo con las cabezas.

De tal manera, que fueron desechados los argumentos sobre otras formas y sitios dónde asesinar al General, y optaron por darle muerte como lo requiriesen las circunstancias. La decisión fue aceptada por los complotados minutos antes que el capitán Delgadillo entrara al despacho de Somoza, haciendo el saludo castrense.

—Hable —dijo Somoza.

—Informo a usted —dijo Delgadillo— que el General que tenemos capturado es un hermano masón del supremo Grado 33 de la Suprema Gran Logia Masónica de Yucatán.

El capitán se volcó en consideraciones personales de la afiliación masónica del General de los guerrilleros. Los complotados reaccionaron violentamente. Considerado una estupidez lanzar por la borda de la tontera la decisión que había sido tomada.

Los conspiradores quedaron mudos y helados de sorpresa ante las frases de Delgadillo. Como por arte de magia se produjo un intenso vacío de ruidos y señales. Intercambiaron miradas unos a otros, sorprendidos por el inoportuno discurso del capitán Delgadillo. El rostro de Somoza reflejó la sardónica sonrisa del tipo

mafioso, controversial, cogido con las manos en la masa. Pero el coronel Santos reaccionó y alzando el tono de la voz se dirigió al capitán masón que llegó con el absurdo mensaje, supuesta tabla de salvación que sin duda alguna alumbraría el fondo del túnel de aquel hermano masón caído en desgracia.

—¡Capitán Delgadillo!... ¡Deje de andar viniendo con razones! ¿Es usted un capitán de la Guardia Nacional... o qué mierda es? Ya tiene las órdenes. Proceda inmediatamente —dijo el coronel Santos, visiblemente alterado.

—¡Tire a ese bandido donde ya le dije!... Pero separe antes a don Gregorio y Salvatierra. Media vuelta y cumpla con las instrucciones —dijo Somoza.

—Inmediatamente, señor —dijo Delgadillo. Saludó militarmente y giró sobre sí, luego de sonar los tacones.

—Capitán Delgadillo, espere —ordenó Somoza.

El capitán masón dio media vuelta y quedó frente a Somoza. El jefe de la Guardia se incorporó, y colocando la mano izquierda sobre el hombro del frustrado capitán masón, se dirigió al grupo de complotados y sentenció:

—La operación muerte al bandolero será ejecutada por los capitanes Lizandro Delgadillo y Policarpo Gutiérrez, y por los tenientes José Antonio López y Federico Davidson Blanco. ¿Están todos de acuerdo? —dijo Somoza.

—De acuerdo —asintieron con una mecánica y chirriante inclinación de cabeza, el resto de complotados.

El capitán Francisco Mendieta, quien hacía de secretario, bajo las instrucciones de Somoza redactó el Acta del Crimen, con el propósito de evitar que el día de mañana cualquiera de los implicados negara su participación en el asesinato del General.

—No estoy de acuerdo con el acta tal como está redactada —dijo el general Gustavo Abáunza, Jefe del Estado Mayor de la Guardia Nacional.

—¿Por qué la objeta? —dijo Somoza.

—Porque no queda bien claro quién asume la responsabilidad —dijo Abáunza—. Más pareciera que es el Ejecutivo quien autoriza y asume la ejecución del General.

Se había rumorado *soto voce* que el general Gustavo Abáunza era el hombre con quien contaba el presidente Sacasa para espiar a Somoza dentro de la organización castrense, mientras Somoza tenía infiltrado al coronel Alegría en la Casa de la Presidencia para espiar al Jefe del Ejecutivo.

—Que se redacte de nuevo —dijo Somoza.

El Capitán Francisco Mendieta procedió a redactar el acta oficial en la que estamparon sus firmas los complotados. Delgadillo y el resto de oficiales seleccionados por Somoza, se introdujeron a un cuarto privado del despacho del Jefe de la Guardia a planificar el caldo crudo del asesinato del General.

XX

*Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque ésta ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente...*

La declamadora peruana Zoila Rosa Cárdenas, quien estaba programada para las 7:00 de la noche, comenzó su recital de poetas latinoamericanos aproximadamente a las 10:00 en *La Cuadra de los cañones*. Fueron obvios los motivos del atraso. La representación habría sido suspendida si en el patrocinio de la velada literaria no hubiese estado de por medio, el excelentísimo Embajador del Perú.

El recital había dado comienzo con *Los caballos de los conquistadores*, del poeta peruano José Santos Chocano, arrancando aplausos y gritos de júbilo entre el grupo de clases y oficiales de servicio en el Campo de Marte. Somoza aplaudía también, pero con un aplauso ausente, fuera del torrente de emociones que estimulaba con la cadencia de su voz y fulgurante estilo la bella declamadora. Cuando la artista concluyó con los poemas de Chocano, entre gritos, aplausos y flores lanzadas al escenario, la atractiva versificadora cambió el vestido largo rojo, bordado con encendidas rosas de chaquiras iridiscentes, y volvió a escena luciendo

un bello y estilizado traje negro de seda brillante, que proyectaba la voluptuosidad de sus senos al contoneo de la cintura.

—¡Qué rabo más bueno el de la poeta! Parece una yegua enrazada en la levantada del hipódromo —por fin habló Somoza y sonrió casi al oído del oficial Cuadra.

Cuadra apretó los labios con discreción, conteniendo la risa. Conocía bastante bien las hilarantes salidas populacheras del Jefe de la Guardia, tipo simpático y dicharachero, verdadero conocedor de refranes.

—Parece —contestó Cuadra al oído del jefe.

*Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto...*

El futuro dictador con la punta de la bota tocó suavemente la del oficial Cuadra para llamar su atención. Se inclinó hacia la izquierda y susurró al oído:

—¿Has escuchado algún disparo?

—No. Ninguno —dijo Cuadra.

*...y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,*

—¿Estás seguro que no has escuchado alguna descarga? —insistió el jefe de los complotados.

—Estoy seguro que no. Hasta el momento no he escuchado ningún ruido que parezca a un disparo —dijo Cuadra.

La declamadora quedó contemplando el techo del auditorio, por donde entraba a ratos la claridad extensa de una luna encendida y redonda, propia para engrirse en entristecidas endechas de poetas nostálgicos y frustrantes amores platónicos que deshojan en endechas desde sus celestiales tronos de espuma y los

fantásticos palacios quebradizos que se desmoronan con suspiros.

Con fingida desesperación, tensionado el rostro por el artificioso símil de la angustia, Zoila Rosa Cárdenas extendió los brazos hacia el centro del auditorio, en que repantigaba Somoza, y continuó:

*y la carne que tienta con sus frescos racimos
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos
¡y no saber adónde vamos, ni de dónde venimos...!*

Lanzó besos de agradecimiento por todos lados hacia el público y desapareció para volver más tarde a las bambalinas del escenario, Somoza preguntó al teniente Cuadra:

—Vos que sos familia de poetas, y te la das de poeta, debes de saber cuál es el nombre del poema que recitó la muchacha. A ver, a ver, ¿cómo se llama?

—Lo fatal —respondió Cuadra.

—¡Chochol! ¡Qué puntería! Está bueno para la ocasión —dijo Somoza.

—Justamente —dijo Cuadra—. Viene como anillo al dedo.

—¿De quién es ese poema? —dijo Somoza.

—De Rubén Darío —dijo Cuadra.

—¡Ah, del pariente! No conocía esos versos —dijo Somoza—. Los únicos que yo conozco son *Los Motivos del Lobo*. ¿Los has oído declamar?

—Sí, general, a Berta Singermann, otra excelente declamadora —dijo Cuadra.

—¡Pobre lobo! Yo me los hubiera echado al pico —dijo Somoza.

En realidad, el Jefe de la Guardia Nacional no estaba pensando en el lobo de Gubia, del poema del *Príncipe de las Letras Castellanas*, sino en el General anti inventor, quien tenía atrapado en la fortaleza de El Horniguero.

—Sí, pobre —dijo Cuadra, percibiendo la intención de Somoza que encendía uno tras otro los cigarrillos Lucky Strike, y lanzaba tanto humo hacia arriba como si fuera chimenea.

Aunque confiaba en los guardias bajo su mando, lo dejó preocupado semejante simpleza en la actitud mostrada por el capitán Delgadillo. ¡Qué tonto era! No tenía sentido mezclar cosas de Estado y decisiones militares con asuntos de masonería; era como pretender que Dios y el Diablo anduvieran de la mano. Para que el teniente Cuadra lo atendiera, puso la mano izquierda sobre el muslo derecho de Cuadra y preguntó:

—Te diste cuenta si del garaje mandaron el camión G.N1.

—Usted mismo dio la orden por el teléfono —contestó Cuadra.

—Tienes razón. No lo recordaba. Ya deben de ir en camino —dijo Somoza.

Y así había sido. Eran alrededor de las 10:30 de la noche cuando el camión G.N.1 entró al patio de El Hormiguero. Desde la tina del vehículo saltó por encima de las barandas el pelotón de fusilamiento que comandaba el subteniente Carlos Edy Monterrey G.N. Delgadillo contestó el saludo militar de Monterrey.

—Estoy aquí para ponerme a sus órdenes —dijo Monterrey.

—Manos a la obra —dijo Delgadillo.

El subteniente Monterrey colocó sobre el guarda-fango del camión el cañón del Browning automático, apuntando a los guerrilleros. Dentro del oleaje de obediencia o pavor, olvidando los mandamientos teosóficos de masonería, en la erosionada condición anímica del capitán Delgadillo, no hubo más símbolos ni hermandad teosóficos, pues aquello que creía anidado en la

enclenque solidaridad fraternal masónica, había sido sustituido por un pacto de sangre y muerte a voluntad de Somoza. El capitán caminó hacia el grupo en donde estaba el General, y separó de éste a don Gregorio y al ministro Salvatierra.

—*Usted y don Gregorio quedan aquí, hasta segunda orden, y los otros se irán con nosotros*—dijo Delgadillo al ministro Salvatierra.

—*¿Esto que usted hace es con las órdenes del presidente Sacasa?*—preguntó Salvatierra al capitán Delgadillo.

El capitán quedó viendo al Ministro con cierto sentimiento de turbación. La evidente dureza estampada en el rostro del militar le hizo retorcerse como una babosa al estímulo de un cuerpo extraño negativo a la fragilidad cilíndrica de la envoltura contráctil. Recordó la vez aquélla que había estado en la logia junto al compañero masón Salvatierra. Casi tenía certeza que también había estado presente en el rito de su iniciación.

La pregunta llevaba la intención de cuestionar a Somoza y recordar al general subordinado que estaba pasando por sobre la jefatura del Presidente que era Comandante General de las nacientes fuerzas armadas. Pero sin más ni más, y sin exponer el apropiado argumento necesario para la ocasión, el General prisionero terció en el diálogo del ministro Salvatierra con el capitán Delgadillo y dijo:

—*No. Es una orden militar y ésta debe ser acatada inmediatamente.*

Sin que mediaran palabras, el General inició la marcha hacia el camión G.N. 1, seguido de los generales Estrada y Umanzor. La inusitada reacción del General frente a la lapidaria presencia de los fusiles de

Somoza, nada tenía que ver con el héroe que habían conocido en la cruenta lucha de seis heroicos años en las montañas de Nicaragua. Para don Gregorio y Salvatierra, el extraño comportamiento del General carecía de explicación lógica. Simplemente habían quedado turbados y confundidos, porque hacía apenas unos minutos, el General había protestado por su detención y la captura de los hombres que le acompañaban.

—¿Has oído alguna ráfaga? —preguntó Somoza a Cuadra, cuando la declamadora ya estaba llegando al final de la azarosa velada literaria.

—Nada —volvió Cuadra—. Ni siquiera el ruido de un solo triquitraque.

Pero los condenados a muerte ya viajaban en el camión.

—¿Qué rumbo tomo? —preguntó el chofer.

—Doble a la derecha y siga para adelante. Por ahí veremos hacia adónde —dijo Delgadillo.

No es fácil matar a un ser humano en frío, iba pensando Delgadillo. *Hasta un perro da lástima*, se dijo. Matar a un hombre en frío, así por así, sin odio ni amor, no requiere de la misma condición psicológica que se experimenta para la guerra. A la guerra se entra mentalmente programado; se penetra en ella gravitando sobre la condicionada onda de la muerte. Te disparan y disparás. Te pueden matar o matás. Son situaciones diferentes que nada tienen que ver con las de asesinar a mansalva, por puro odio, o el mero propósito de verse acicateado por una ambición desenfrenada. Pero el General es la sombra negativa sobre los planes y ambiciones de Somoza, y había cometido el grave error de declarar públicamente, que eran tres los poderes que dictaban la política del Estado, y él era uno de estos

poderes. Además se hacía necesario que el Congreso aprobara una ley que dictara las normas claras para el funcionamiento de la Guardia Nacional, lo que Somoza interpretó como una reducción en sus espacios políticos para meterlo en cintura.

—Esa declaración—dijo Somoza a sus testafierros—no es más que solemne disparate, ya que Sacasa no es un poder. ¿Y por qué no lo es? Obviamente, porque el poder no es poder si se le mantiene con amarras. Sacasa es simplemente un prisionero tras las paredes de la Presidencia con la importancia que tienen los reyes de la baraja en la posición que les coloque el azar. Ustedes lo saben. El coronel Santos lo entiende bien. Y lo que concieme al Napoleoncito de los bandoleros, jamás será un verdadero poder, porque tiene los días contados. Mientras su mañana no tenga luz clara, la esperanza se le torne pálida, sin abastecimiento ni municiones; se mantenga intentando escapar del ametrallamiento de los aviones y patrullas de la Guardia que le van pisando los talones por trochas, ríos, quebradas y laberintos en las profundidades de la montaña, el generalito, escúchenlo bien: *bandido, guerrillero o quien fuere, si no es capaz de recurrir a una habilidosa negociación política, tiene los días contados*, alardea Somoza, y claro está, tampoco tiene futuro. Y concluía afirmando: El único poder real y verdadero lo represento yo, que soy el Jefe Director de la Guardia Nacional.

Delgadillo ordenó a los prisioneros que subieran al camión. De manera extraña, el primero que saltó a la plataforma fue el General, quien lucía aparentemente despreocupado, o quizá un poco fuera de sí, como réplica de un sonámbulo. Le siguieron los generales

Estrada y Umanzor. No se produjo intento alguno de despedida hacia don Gregorio Sandino y el ministro Salvatierra; en el rostro del guemillero ni siquiera asomó una mirada nostálgica, o la filial intención de una mano saludando. Mudo, el General, parecía arrebatado por la propia angustia y la sensación del no ser, aprisionado en el círculo que se le cerraba inexorablemente.

—Siéntese aquí, General—dijo el general Estrada, ofreciendo al jefe el cajón rectangular de pino vacío, que los importadores usaban para embalaje de querosín.

El General se sentó sobre el cajón, la espalda tensa, recostada en la parte posterior de la cabina. El general Francisco Estrada a su derecha, sentado en el piso, y el general Juan Pablo Umanzor a su izquierda, en la misma posición. Delgadillo y Monterrey se montaron en la cabina junto al chofer, y la patrulla de los diez guardias rígidamente duros, malencarados, algunos de ellos quizá temerosos ante una impredecible reacción de los prisioneros, de tal modo que no despegaron ojos del General, y les apuntaban con sus rifles y sus ametralladoras.

—¿Y ahora, cuál dirección tomo?—dijo el chofer.

—Siga, siga recto—dijo Delgadillo, señalando el Oriente de la capital—. Más adelante le diré adónde va a doblar, agregó.

Una luna llena, roja y humeante en el escozor del verano sobre las quemas de abril, encendía el horizonte en las tierras preparadas para siembras. Las quemas en riveras del Coco se anticipan a otras regiones del país—pensó el General viendo de reojo la reverberante luna— y sonrió ajeno a las circunstancias. Con las manos apoyadas sobre las rodillas, ligeramente inclinado hacia adelante, el General llevaba el índice y el pulgar de ambas manos haciendo las cruces, mientras

sus ojillos negros incisivos, se clavaron y fueron deslizándose sobre cada uno de los rostros de los guardias. ¿De qué recursos habría querido valerse cuando colocó los dedos en cruz? Tal vez imploraba a Dios o clamaba por los espíritus protectores; o a lo mejor hacía memoria, hurgaba en la intemporalidad de su alma confundida ante las suplicantes endechas de la abuela Valentina en sus intentos de hacerse oír en el santo cielo: *¡Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, Señor aplaca tu ira líbranos de todo mal!* De suyo típico, cuando a las primeras lluvias de la estación invernal, se sumaba el fragor de endemoniados ventarrones que se potenciaban en amenaza de convertirse en ciclones. Era posible que hubiese hecho el intento mental de entrar en algún mundo más allá de su propio abatimiento anímico en búsqueda de alternativas. Quizás pensaba realmente en Dios, o simplemente estaba deshecho y no le quedaba tiempo para pensar más en nada.

El General quedó mirando a sus posibles verdugos. Iban de pie, recostados en las barandas del camión. Los observó de pies a cabeza y recordó lo que había escuchado del ministro Salvatierra, cuando con don Gregorio especulaban sobre lo que podría ser la suerte del guerrillero en manos de Somoza.

—Lo van a obligar a que retire la carta que envió al Presidente —había dicho Salvatierra.

—Es muy posible —dijo don Gregorio.

—O que entregue las armas que tienen sus soldados y se olvide de las tales cooperativas —dijo el Ministro.

—Es lo más seguro —dijo don Gregorio, inclinando la cabeza con gesto de desconsuelo.

—A lo mejor lo sacan del país. Se me ocurre que esas son las tres alternativas que le quedan a Somoza para presionar al Presidente —volvió Salvatierra.

—Después de nuestro viaje a Quilalí tuve un sueño tan aterrador que lo participé a Augusto —dijo don Gregorio, y no expresó más palabras, pues quedó reflexionando en el túnel de aquel macabro sueño. Y agobiado por la impotencia se desmoronó sobre la silleta que había llevado el teniente López cuando los hicieron rehenes.

Algunos de los soldados al encontrarse con la mirada del General bajaron los ojos, pero había otros que parecían gozosos de poder descargar su rabia, y por supuesto, si fuere posible las balas de sus fusiles contra el guerrillero cautivo. Mantuvo la vista largamente sobre el sargento Somarriba, quien hacía de subcomandante del pelotón de fusilamiento como si intentase hurgarle o conmovier sus entrañas. Lo recorrió de pies a cabeza. No despegó las pupilas negras de lince, de la frente y el rostro del militar. Algo se agitó en el fondo del alma del sargento Somarriba; algo que él mismo jamás supo lo que había sido.

—*Se dedicó a observarnos a todos, pero de un modo extraño. Uno por uno nos fue estudiando y cuando me llegó el turno a mí, sentí que su mirada me penetraba hasta adentro. Entonces me pareció que el General era un hombre raro* —dijo Somarriba en su testimonio a la Corte Militar que se investigó a sí misma —*Juez y Parte*— en la farsa montada para *investigar paso a paso el asesinato del General*.

—¿Al fin has oído algo? —preguntó Somoza a Cuadra.

—Nada. Todavía, nada —dijo Cuadra.

—Espero que las cosas no se compliquen, porque si no se cumplen como fueron planeadas podríamos enredarnos —dijo Somoza, golpeando una de las

puntas del Lucky Strike sobre el encendedor de plata en que estaba grabado su nombre en oro macizo.

—No tienen por qué complicarse. Delgadillo y Monterrey sabrán lo que tienen que hacer. Son hombres listos, bien entrenados —dijo Cuadra, pensando en las experiencias de montaña que habían tenido los seleccionados para el operativo Muerte al bandido.

—Es lo que espero —dijo Somoza.

—Así será —dijo Cuadra.

—¿Qué hora es? —preguntó Somoza.

—Las 10 y 50 —dijo Cuadra.

El chofer se detuvo frente a la Puerta de golpe de la hacienda San José, propiedad del finquero Santiago Vega Fornos, que era un terreno casi baldío con unas pocas viviendas, que con el avance de la ciudad comenzó a transformarse en el barrio *Larreynaga*. El guardia al que apodaban *Cara de Chancho* saltó sobre la baranda izquierda del camión y corrió a abrir el desvencijado portón de madera para que entrara el vehículo a la finca de Vega Fornos. Luego de cruzar el portón, las ruedas del camión parecieron quedar atascadas en lo irregular del camino. Apenas podía avanzar patinando en el lodazal que endurecía en cangilones. De tal manera, que mientras el teniente Monterrey y el sargento Somarriba se mantenían con los rifles apuntando a los prisioneros, con instrucciones de disparar en caso de cualquier sospechoso movimiento, el capitán Delgadillo ordenó a los restantes soldados de la patrulla, acarrear grandes piedras y cualquier otra cosa que pudiese favorecer la tracción del vehículo, además de empujar para sacarlo de los pegones.

—¡Rápido! ¡Con más fuerza! ¡Soquen, pendejos!
—ordenó Delgadillo.

—¡Vamos, Max! Vos por el otro lado —dijo *Cara de Chanco* al cabo Lupe Mena, campeón peso pesado de boxeo del equipo constabulario que entrenaba el oficial Cuadra, y a quien entre burlas y risotadas, durante competencias entre batallones, lo comparaban con el famoso Max Schmeling, el campeón mundial de boxeo.

—¡Bueno! ¡Ahora sí! —exclamó Delgadillo cuando el camión salió del fangal y avanzó entre la maleza. Después de un centenar de metros el chofer apagó el motor y el camión detuvo su avance a la orilla de los cangilones. En verdad, hasta este momento fue que el General percibió el sentido de su realidad. Jamás antes sospechó que el Jefe de la Guardia Nacional, su amigo reciente, pensaría asesinarle, si apenas hacía tres días se habían abrazado y hasta intercambiado fotografías con los respectivos autógrafos. ¡No! ¡Le parecía posible que el general Somoza tuviese tan atravesadas las vísceras! “Lo más propio habría sido que me hablara. Yo estoy anuente. La política se hace dialogando”, se dijo entre dientes. Pero era ilógico que hubiesen tomado por asalto el vehículo en que viajaba con su padre y el ministro Salvatierra, para dirimir un asunto que podría resolverse posiblemente bajo otras condiciones. A lo mejor quería estar claro de los conceptos de mi carta al presidente Sacasa, sobre el futuro del Ejército Nacional. De no ser así, sólo que Somoza hubiese perdido el juicio era justificable que haya recurrido a tal acción. ¡Pero ni así, se dijo, porque no hay loco que se coma su mierda! A decir verdad, cuando se entrevistó con el Jefe de la Guardia no notó en él síntoma alguno que pudiera parecerlo.

¡No podía ser verdad semejante desgracia! ¿En dónde quedaría la cantidad de proyectos con que

pensaba rescatar a sus indios y campesinos de Las Segovias? ¿De dónde saldrían los insumos e implementos de labranza para dar vida al programa de las cooperativas del Coco, y el proyecto de los lavaderos de oro de Wiwilí, Murra, El Jícara y otras regiones ricas en recursos naturales? *La Cooperativa del Río Coco* ya había comenzado a funcionar, y el General no tenía la menor duda de que tal alternativa ofrecía un futuro halagador para la gente de la región. Hacía apenas algunas horas, había hablado con el presidente Sacasa sobre lo conveniente de gestionar asistencia técnica ante el Director del Instituto Geológico de México, para buscar respuesta técnica y económica a la explotación de los minerales.

Ráfagas de sentimientos frustrados a flor de conciencia estremecieron el alma del General, cuando al imaginar que comenzaba a nacer políticamente, para desventura suya, realmente se estaba hundiendo en la muerte. *Las naciones como los hombres, según el pensamiento de un mentor colombiano, nacen, crecen y mueren*—sentenció lleno de fe, intentando justificar el tortuoso desafío a que le había empujado la búsqueda de Tratado de Paz con el presidente Sacasa, que condujera a la reconstrucción de la Nicaragua independiente— y afirma: *Nosotros nacemos en estos momentos, y por ley biológica irreducible hacemos tanteos en nuestros primeros pasos. Varios han creído que para el desarrollo de nuestra infancia necesitamos de las andaderas intervencionistas; pero yo sostengo la tesis contraria: las caídas y los movimientos libres fortalecen los músculos del niño.*

—Usted está en lo correcto, General—había dicho Calderón Ramírez, asesor y miembro del grupo que acompañó a la cita con el Presidente.

—*Algo conseguimos ya en la senda de la reconciliación partidaria, y no obstante las agresiones sectarias, asistimos al alumbramiento del alma nacional y se relega al olvido la lucha de cuervos y milanos de los viejos tiempos...* respiró profundo, se ajustó el pañuelo rojinegro que llevaba al cuello a manera de bufanda, y agregó sentencioso: *Ya ve usted. Ahora mismo tenemos un ejemplo de convivencia armoniosa: los generales Estrada, Chamorro, Moncada y don Adolfo Díaz, a pesar de las apariencias y rencores que apareja el ejercicio del poder, están tranquilos en nuestro hogar nativo; luego hay un aumento de progreso en nuestra cultura cívica.*

Es obvio que cuando toma la decisión de negociar el Acuerdo de Paz, sacudido por una actitud de fe y esperanza en la nueva nación que sueña, el General da la espalda a los fusiles, afirmando que está hastiado ya de una lucha armada que se proyecta sin futuro: *No quiero la guerra. Nadie me hará llegar hasta ella. Repito que me iré del país, antes que ensangrentar la Patria y cubrir de lágrimas muchos hogares* —dijo a *La Prensa* de Managua el 18 de febrero de 1934, tres días antes de morir asesinado. La riesgosa entrevista con el presidente Sacasa en Managua, antes de llevarse a cabo, había sido cuestionada como decisión peligrosa recomendada por impulsivos consejeros quienes confiaban en el corroído poder de Sacasa, cuando en verdad, comparado al poder armado que tenía Somoza, no valía más que un muñeco pintado en la pared.

Con fecha 27 de enero de 1933, el mayor A. R. Harris, Agregado Militar en Costa Rica, informa a sus responsables en el mando: *El éxito de la Conferencia dependerá de la actitud del General, relacionada con variadas e impracticables demandas. La administración*

de Sacasa ya ha llegado a reconocerle estatus de beligerante, elevándole desde simple bandido, por lo que indudablemente estará dispuesto a acceder a cualquier acuerdo razonable, pero se supone que rehusará hacer de ellos una clase de bandidos privilegiados, o acceder a derogación del Tratado Bryan-Chamorro, etc. El resultado de la conferencia es difícil de predecir.

De las interioridades de la conferencia salen, sobresalen, se contradicen, inventan, parecen verídicos o son bola de rumores. Hay quien critica a los consejeros y cuestionan la decisión impulsiva del General de viajar a Managua, olvidando que la guerra ha engendrado mucho odio y ha despertado letales intereses.

Con el Convenio de Paz firmado por Salvador Calderón Ramírez, Pedro José Zepeda, Horacio Portocarrero y Escolástico Lara, en representación del General; David Stadthagen y Crisanto Sacasa, en nombre de conservadores y liberales, se iniciaba una apertura hacia la paz, que pondría a la nación camino del desarrollo cultural y económico, el abrazo familiar y retomar el camino a la paz, haciendo a un lado los nebulosos pendones de la guerra.

El Convenio de Paz fue aprobado por el General y sancionado por el Presidente. Al líder de los guerrilleros y sus consejeros políticos no les quedaba duda, que la firma de lo pactado era Decreto Presidencial, que por su espíritu jurídico tiene fuerza de Ley de la República. Pero lo que para el Jefe del EDSN, es considerado un saludable triunfo estratégico, para el Jefe de la Guardia Nacional representa la amenaza de un peligro del cual debe protegerse. Camino de su ambición, el ahijado de los marines ve al General interponiéndose en su obsesiva meta, proyectado como un peligroso obs-

táculo que a cualquier costo y peligro deberá eliminar. De acuerdo con los maquiavélicos planes de asalto al poder que calienta Somoza en su mente, el protocolo firmado entre Sacasa y el General, más que un Convenio de Paz, es la entrega del estado a los bandidos. La cesión de más de 40,000 kilómetros cuadrados del territorio nacional —casi el 40% de su geografía total— para dar posesión de esas tierras, a una organización de bandoleros politizadas que podría desplazarse en cualquier momento como un Estado dentro del Estado, es una verdadera aberración jurídica y política. Además, ¿cómo podrán enrumbarse los acontecimientos con semejante convenio? ¿Cuál sería la función futura que desempeñaría la Guardia Nacional en regiones fuera de su jurisdicción? Aunque el tratado hubiese sido firmado y sancionado por el Congreso de la República, Somoza no permitiría, bajo ningún pretexto, que ese Convenio tenga futuro. Está dispuesto a hacerlo explotar a como dé lugar. Los mandos de la Guardia Nacional bajo su poder total entenderían el problema y no estarían dispuestos a permitir que los bandoleros pasaran por encima de ellos.

—¿Tienes informes de esa carta del bandido al presidente Sacasa? —dijo Moncada.

—¿La que habla del inconveniente de la existencia de dos ejércitos? —preguntó Somoza.

—Esa misma —dijo Moncada.

—El jugador está mostrando las cartas de la baraja antes que termine el juego —dijo Somoza.

—Pero además del problema de los dos ejércitos, está lo de la reacción popular a favor del bandido, moviéndose a nivel nacional. En Granada, León, Rivas, Carazo, se han organizado movimientos de solidaridad a favor de este cabrón. Este es un pueblo jodido que uno

no sabe cómo es que va a reaccionar. Ya estás pues informado del contenido peligroso de la carta a Sacasa. Léela, repásala que es necesario; aquí tengo ese mamotreto. Está redactada en forma extraña, pero es muy clara en las intenciones. Maquiavélicamente ofrece el apoyo militar al pendejo de Sacasa —dijo Moncada.

—Así es. Tengo toda la información —dijo Somoza.

—Hay que tomar decisiones rápidas —dijo Moncada.

—Usted está en lo correcto —dijo Somoza.

—De pronto, de primas a primeras este iluminado puede levantar una ola de populismo que se convierta en bola de fuego que incendie el país, y la situación se vuelva incontrolable. O te volás las trancas, o te vuelan a vos. No se te ocurra esperar a que te cuelguen, como lo hicieron con tu tatarabuelo —dijo Moncada.

—La operación está en el curso convenido —dijo Somoza.

—¡O la Guardia... o la Guardia! No se te olvide que entre la Guardia y la Guardia estamos vos y yo. Hoy por hoy no tendríamos chance en otro sitio. Hasta luego —dijo Moncada.

En señal de contubernio Somoza alargó la mano hacia Moncada, y le quedó mirando con respeto. Mucho se había criticado al frustrado jefe de los constitucionales de ser un traidor y un tramposo por excelencia, pero del antiguo profesor del Instituto de Oriente y vecino de Masatepe, Anastasio Somoza había aprendido ciertas lecciones que jamás podría olvidar. Apretó fuertemente la mano extendida, y por unos momentos la retuvo entre las suyas.

—No se me olvida, padrino... No se me olvida —dijo Somoza.

XXI

—Aquí es el lugar —dijo Delgadillo.

Salió de la cabina y se encaminó resbalando en el fango hacia la plataforma del camión en que estaban los prisioneros. No parecía estar muy claro de que había que matar a esos hombres, peor que si fueran unos perros rabiosos. Desde que se dio cuenta de que era un hermano masón al que debería asesinar, un confuso sentimiento de vergüenza y tristeza oprimía su conciencia. No tenía la menor idea de cómo podría justificar ante el tribunal de su alma aquel acto inconcebible de parricida, traición que para los Mandamientos de Dios y el Código Moral Masónico era más que asesinato. Entre trepidantes segundos de cavilación recordó al Jefe de Operaciones gritando: *¡Es usted un Guardia Nacional!... ¿O qué mierda es? Ya tiene las órdenes... ¡Qué espera!... ¡Proceda inmediatamente!* Y le borbotó en la cabeza la inconcebible estupidez que respondió el General prisionero cuando Salvatierra argumentaba su punto de vista legal sobre la ilegitimidad de la captura: *Una orden militar se acata inmediatamente...* había dicho. *¡Qué tipo más extraño es éste!*, pensó.

Había instrucciones de no atarles las manos ni los pies, tampoco quitarles los cinturones, con el propósito de que los prisioneros abrigaran pírrnicas esperanzas

de fugarse si es que intentaban hacerlo. Esto simplificaría el problema de deshacerse del General; y Somoza tendría a su favor cierta actitud sibilítica para justificar su muerte: perdió la vida mientras intentaba huir. Mientras que los grupos políticos ortodoxos y la prensa del mundo, cada sector a su manera, haría propios juicios y se explayaría informando alrededor de la muerte del General y las razones positivas o no que lo habían llevado a la cruzada mantenida en la montaña. *Desde el punto de vista moral, no es lo mismo asesinar a un prisionero huyendo, que ponerlo de forma fría y brutal frente al paredón de fusilamiento, pensó Delgadillo.*

El General había hecho ciertas consideraciones públicas alrededor de una supuesta división del Estado en que funcionarían tres poderes, y él representaría el más vital, el de mayor importancia dentro de su concepción de Jefe del EDSN. Esta actitud caudillesca y militarista enquistada en la razón de ser de los partidos políticos, era columna dorsal en el ejercicio del poder para el Gobierno del Estado. Ciertamente, desde que se firmó el Convenio de Paz, sus hombres han sufrido la persecución de la Guardia, fueron metidos en cárceles y campos de concentración. Este dolor de los campesinos que justifica la razón de su lucha no puede alejarlo de la mente. Es una condición tan deprimente que obligó a protestar al Presidente, y expresar la intención de que sus guerrilleros retomen las posiciones dejadas en el abandono bajo la gris esperanza del Convenio de Paz.

No se me puede exigir que cumpla los convenios, si tampoco la otra parte los ha cumplido. La letra dice que iré entregando gradualmente las armas a las

autoridades constituidas. La Guardia Nacional no es cuerpo constituido; por tanto, yo no estoy obligado a entregarlas —insiste el General en entrevista a *La Prensa*.

En la misma entrevista, el General denunció la trágica persecución y el exterminio a que son sometidos sus hombres. El segundo y tercer viaje a Managua habían sido programados para pedir garantías para sus desmovilizados. El General protestó siempre por persecución, encarcelamiento, torturas, exterminio de las cosechas y la quema de ranchos campesinos que seguía como plaga extendida en todas las regiones segovianas en que se ha librado la lucha guerrillera.

Tres días antes, en el cuarto viaje a Managua que coincidió con su asesinato, el General divulgó la denuncia: *Traigo una lista de diecisiete de mis hombres que han sido asesinados en el transcurso del año, y las cárceles de Las Segovias continúan llenas de quienes simpatizan con mi lucha, desde que se firmaron los convenios*. Luego enumera la larga lista de tropelías con que la Guardia parece cobrar revancha. Es obvio que el objetivo de Somoza se concreta en hacer fracasar el Convenio de Paz, porque de tener éxito lo que han aprobado Sacasa y el General, éste podría llegar a implementarse en fatal instrumento político que traería problemas a las pretensiones del Jefe Director de la Guardia Nacional, y se transformará en rampa de lanzamiento para objetivos y proyectos del General. Sería sólo asunto de tiempo para un pueblo que históricamente sólo ha confiado en caudillos fuertes, reflexiona Somoza.

Al margen de sus ambiciosos sueños presidenciales, Somoza ha llegado a la conclusión que

llámense autonomistas, unitarios, patrióticos, obreros organizados o tercer partido, la influencia del General se ha convertido en un peligro mortal para sus intereses políticos, de tal manera, que es necesario conjurarlos de la manera que sea. Y para ellos está su Guardia Nacional, hoy en mejor posición combativa que nunca por el unilateral desarme. La Guardia deberá continuar la tarea de perseguir a sangre y fuego a los seguidores del bandido; a su Jefe no le dejará en paz, hasta mandarlo al infierno a saldar cuentas con Satanás. Mientras que en el nivel político, Somoza cual boxeador de experiencia, había jugado sombra, como aconseja Cuadra. Ensayó lo ilógico en las excusas, abundó en falsos y maquiavélicos ofrecimientos, y hasta había visitado al General en casa del ministro Salvatierra para darle satisfacciones.

—¡Vamos!... ¡Abajo, abajo!... ¡Rápido!... —dijo el sargento Somarriba con la Browning bala en boca apuntando a los prisioneros.

Les ordenaron detenerse dando la espalda al Norte, al pie de los cangilones. Sobre el cielo gris de febrero, la luna ya no lucía tan encendida y brillante como hacía unos momentos. El General estaba turbado. Le parecía mentira que un hombre de su envergadura pudiese ser asesinado en condiciones tan deprimentes.

—Deme un poco de agua —dijo el General al capitán Delgadillo.

El jefe de los verdugos recordó a Cristo sobre la cruz cuando con la garganta seca por la sed, clamó por agua... y Delgadillo guardó silencio.

—¿Es que nos van a fusilar? —preguntó el General, al momento que acudió a la memoria la escabrosa pesadilla del túnel que había soñado don Gregorio: Augusto entraba solitario y desnudo al misterioso túnel

que se iba agigantando, mientras profería gritos y saltaba sobre enormes riscos, agitados ríos profundos, barrancos que desgajaban en tenebrosas profundidades, mientras clamaba a su sombra, y arrancándose los ojos le gritaba: ¡Yo te doy mis ojos por ti! ¿Dónde estás yo mismo, que te he perdido? Y dando puñadas sobre las paredes polvorientas del túnel, ibas a todo correr, saltando sobre miles de voluntades dobladas sobre sus espaldas inclinándose ante un caimán, a quien aromatizaban con incienso y besaban jubilosos sus pies podridos. Y tú dabas gritos desesperados de dolor, de vergüenza, persiguiendo a cuatro monstruosidades: dos que surgían del fondo del túnel, y dos que acudían de afuera y abriendo las fauces mostraban los pútridos colmillos amenazando devorarte. Y tú seguías avanzando, porque te ibas buscando y no podías encontrarte. Y sobre las voluntades dobladas sobre las espaldas, iluminados por un gran dolor agobiante estaba prendido un lagarto.

Delgadillo no supo qué responder. Desde que salieron de El Horniguero, la inoportuna solidaridad de la fraternidad masónica retumbaba en sus oídos. Anímica y estructuralmente se sentía como parricida. En la masonería había aprendido deberes y compromisos que nada tenían que ver con los que alteraban su conciencia. Cuando los hombres subieron al camión, el General jamás imaginó que pudiera ser una víctima de semejante barbarie. Luego se dijo que tal vez había sobreestimado el poder del Presidente o se había excedido al confiar demasiado en la gente que rodeaba a Sacasa... O quizá algo más simple, había creído tanto en su imaginario poder, manifiesto en las acciones guerrilleras de la montaña, que tomó el descabellado

riesgo de viajar a Managua en donde esperaba Somoza, que era como entrar a la jaula del circo sin el atuendo del domador.

—Voy a mandar un correo al Campo de Marte, preguntando al general Somoza si los debo matar o no —dijo secamente Delgadillo.

Pero el General no escuchó nada de lo dicho por el capitán, porque estaba encerrado en el túnel que se había ido alargando, volviéndose interminable y cuando le pareció caer sobre las cuatro monstruosidades, éstas se transformaron en ardiente fuego activado por un viento devastador que lo mantuvo atrapado. Su padre había pensado que el túnel era el símbolo de tumba, fuego y viento el destino de su cadáver.

Respiró bajo la intermitencia de un suspiro. Caminó algunos pasos hacia Monterrey, pero éste se alejó unos tantos metros del General, para que no escuchara las órdenes que debería evacuar para terminar su trabajo de asesino. Allá en el fondo de la conciencia le dolía un poco la fatídica suerte del compañero masón.

—*Me voy a retirar unas treinta varas a un lado del camino, y cuando oiga usted el disparo de revólver que yo voy a hacer, ordene la ejecución de estos tres hombres* —dijo el capitán Delgadillo al teniente Monterrey.

—*De acuerdo. Cuando usted dispare su revólver yo daré la orden de ejecución* —afirmó el teniente Carlos Edy Monterrey.

—Sí, teniente, cuando usted oiga un disparo, proceda —ratificó Delgadillo.

Mientras el General con una voz tan baja que Monterrey no alcanzó a escuchar, habló unas pocas palabras a sus compañeros Estrada y Umanzor, quienes movieron la cabeza en señal de acuerdo.

—Teniente, Monterrey —dijo el General.

—¿Qué quiere? —preguntó Monterrey.

—Deme permiso para ir a orinar —dijo el General.

Uno de los guardias lo quedó viendo. Soltó la carcajada, mientras hacía sonar con la mano derecha el golpe metálico de su fusil automático.

—¡Orínese aquí no más, rejodido! —le gritó, apuntándole con el fusil.

Abatido por la insolencia del soldado, el General hizo un gesto negativo con la cabeza, y se sintió anímicamente atrapado en un océano de confusión. Ahora sí tenía la seguridad de que sus minutos estaban contados. Era difícil aceptar cómo aquel imponderable poder de respuesta contra el imperio estuviese a punto de extinguirse, bajo el sangriento y vergonzoso estigma de su muerte. A ráfagas, mientras tintineaban en la mente imágenes que se entremezclan unas en otras, y luego transforman en imaginaria resonancia caleidoscópica chisporroteando en la memoria de sus proyectos, pensó en su declaración al periodista Carleton Beals: *Hay que luchar por la paz. Presionar por un acuerdo que beneficie a todos. El tiempo que durará la guerra está determinado por la salida de los marines del territorio nacional. Ni mi ejército ni yo estamos interesados en mantener una guerra sin objetivos. Luchamos por una Patria con libertad por la obtención de la soberanía de nuestro pueblo. Alrededor de estos valores gira el sentido de nuestra lucha. Si mañana los marines abandonan Nicaragua, pasado mañana propongo un plan para que los nicaragüenses volvamos a vivir en paz.*

—¿Cuál es su plan? ¿Cuáles son las condiciones?
—dijo el periodista.

—Como primera condición, es que las fuerzas de ocupación de la marinería americana deberán abandonar Nicaragua.

Acomodándose el sombrero a la parte posterior de la cabeza, el General arrastró la silla hacia el periodista, y le quedó viendo fijamente. Parecía ordenar en la mente exacto esbozo de sus planes. Desde que dio las espaldas al general Moncada, por considerarle un vende Patria, y traidor a la revolución liberal, había venido soñando cómo fundar las cooperativas agrícolas del Coco, para intentar un polo de desarrollo en la región y poder combatir el hambre. Fue lo primero que se le ocurrió cuando penetró la geografía segoviana, y observó a los indios sumos y misquitos desnudos y enfermos, y a los campesinos de otras comunidades hambrientos, viviendo como animales quienes clamaban por un jefe de Estado que no fuera ladrón, talvez un humanista, un líder religioso o un revolucionario, que tuviese capacidad de formular proyectos de concepción socioeconómica, que dieran con la solución a los problemas del Estado. *Una segunda condición, debería ser la escogencia de un gobierno en que estuvieren de acuerdo los partidos.*

Para los revolucionarios del mundo la cruzada del General, que simbolizaba, asimismo, una lucha solidaria por la soberanía de los países, resultaba casi una ficción cómo en tan breve tiempo el potencial prestigio del portentoso Goliat del Norte se había visto malbaratado. Pero a la hazaña del David mestizo había faltado sustancia: el apoyo político y cierta dosis eventual de astucia en los hombres del General, que parecían estar comprometidos en el cambio de estrategia o el relevo de la cruzada. Quizás haya sido determinante

en la actitud del General su fundamental concepción del mando estructurada en su fuerza guerrillera: el código ético, su sentido de gobierno y poder orientados bajo una conceptual dirección verticalista. Sin embargo, considera que es verdadera tragedia que decisiones cruciales que afectan la vida de la nación, sean tomadas por hombres en quienes prevalecen condiciones inmaduras y egoístas, que no andan de la mano del sacrificio, pues soldado leal y valiente se subordina estrictamente a los requerimientos del Estado, en función del pueblo. Así ha funcionado la disciplina en el contexto de la guerrilla, pero desde la montaña misteriosamente transparente, generosa y franca a la inhóspita y endiablada barbarie en la ciudad, las diferencias en que asechan y los peligros son abrumantes. Si le hubiesen sorprendido en los rigores de la lucha, no habría llanto que derramar ni pena porqué condolerse, porque la guerra es guerra y siempre fue normada por los códigos del triunfo o de la muerte. Pero ¿qué se puede decir cuando se va como un corderito camino del matadero? ¿Cómo habría de quedar el glorioso ardor nacionalista en la gesta del simbólico Chipotón, ilocalizable cuartel general en el entorno físico de Las Segovias, pero realizado y amalgamado en el ámbito del sueño, con dolor sobre dolor, sangre sobre sangre, cadáver sobre cadáver, en el eterno vía crucis del pueblo que está refundido en el suyo propio luego del abandono de El Chipote? Sin evitarlo, en segundos, los siglos se vuelven interminables, obsesionado por los recuerdos; sueña, se repliega y agrega a la voluntaria romería que lo buscaba para sumarse a la guerrilla. ¡Cuánta pena! Los mismos desesperados de siempre: los pragmáticos socialistas, los utópicos comunistas, los

independientes, demócratas, ácratas sin denominaciones; aventureros sin partido y algunos de los que se hacen llamar patrióticos, almas en pena de espíritus ambulantes de toda nacionalidad.

Cuando los yanquis salieron del territorio, el General buscó una salida para que paz y concordia llenaran los espacios que la guerra había vaciado. Ello fue lo que lo trajo a la ciudad en búsqueda del presidente Sacasa, con quien había firmado el Convenio de Paz. Pero cuando fueron alejando las ráfagas de esperanza, el General se mantuvo extrañamente callado, triste y vacilando, con la mente en blanco a veces, agitada en ocasiones por los demonios del abatimiento, o paradigmáticos espíritus protectores a la espera de alguna pretendida acción milagrosa, que esta vez le veían con indiferencia, o se habían dispersado en desbandada por los espacios siderales. Al observar su mutismo, quizá movido por una acción solidaria de conmiseración y respeto, el general Estrada dio un paso al frente, intentando sacarlo a flote del tétrico hundimiento. Levantó el tono de la voz, y dirigiéndose a los guardias con la mirada hinchada por la furia, dijo:

—No le pida nada a estos pendejos, General, deje que nos maten.

Pero el General pareció no haber escuchado el rechazo del general Estrada, porque bajo el mutismo de su abstracción, contemplaba vivamente que no era del túnel —en la visión onírica de su padre— del que pretendía escapar, sino de su propio túmulo devastado, encarnado en una antorcha agonizante... *No le pida nada a estos pendejos... no le pida nada a estos...* De pronto abrió los ojos y todavía de espaldas a los cangilones despertó a su realidad gris, incomprensible,

desesperante en que se negaba a aceptar cómo era posible que un hombre de su estatura patriótica, quien había combatido por seis largos y terribles años una sangrienta y heroica batalla contra el poder más grande del mundo, se viera desvirtuado en un instante de desesperación. ¿Acaso no significaba nada su rebelión contra Moncada, y más tarde los sangrientos combates de Ocotlán, San Fernando, Telpaneca, Saraguasca y Las Flores? El proyecto cooperativista del Río Coco y los lavaderos de oro, la entrega de los hombres a la cruzada independentista en un entorno de total sacrificio, el increíble arrojo y la capacidad combativa del EDSN, que había sido denuncia y voz de la nación ante el mundo para intentar detener la avalancha imperialista que venía arrasando la soberanía de los estados.

El General no sabe cuál será el final. Ya quisiera ser Dios para saberlo, ríe interiormente y repite a sí mismo. Y cada segundo que transcurre transformado en eternidad, el guerrillero no entiende por qué misteriosa fatalidad del destino, tal esfuerzo y heroicidad deberá rendir su rey, asesinado como perro rabioso entre murallas de cangilones. Un sueño no es solamente un sueño, dijo pensando en don Gregorio. Luego, entristecido por los insultos de los soldados, se desmoronó interiormente en gestos de desaliento que le hundieron en la realidad. En segundos emborronados como en un filme cinematográfico que se hubiese averiado por el uso, el General recordó que en el sueño se habían repartido trozos de sus vestidos, y le habían dado fuego a su cuerpo para evitar la localización de su tumba. Sintió deseos de llorar.

Uno de los guardias ordenó el cateo de los prisioneros. El general Estrada adelantándose a los

cateadores, sacó un largo pañuelo rojinegro de la bolsa del pantalón, se lo entregó al guardia.

—*Sólo esto tengo. Guárdelo, se lo regalo*—dijo.

El general Umanzor sacó un paquete de cigarrillos marca Esfinge, y llamando la atención del teniente Monterrey, le dijo:

—*Son suyos.*

El General no permitió que lo registraran, y palpando el cinturón de cuero donde antes colgaba la pistola, protestó:

—*Si tuviera pistola, ya la hubiera disparado.*

Sumido en la desesperación y la impotencia que produjo la cita con una muerte anunciada, el General inició breves paseítos, idas y venidas, idas y venidas, en el espacio que permitió el círculo rabioso de la patrulla. No le cabía duda que estaba frente a las puertas del infierno al que lo habían condenado los verdaderos bandidos. Compasivamente, quedó viendo a Umanzor sentado junto a Estrada, sobre el saliente de un cangilón seco, endurecido con el paso de las carretas de bueyes.

Como en los primeros días de lucha, como fue siempre, allí estaban con él, el impertérrito Umanzor, granítico en todo el sentido del vocablo, y pura roca chorotega con su incuestionable fidelidad de perro, hasta en las fronteras de la muerte; nada mermó su imponderable espíritu de lucha, ni siquiera las manos y piernas maltrecha cuando estaba al frente de las patrullas de combate.

Y allí también estaba Estrada, a quien el General consideraba como el más importante de todos sus generales. Hombre gentil, caballeroso, culto en su nivel social, suave, casi un diplomático, pero tremendamente valiente, y había servido el cargo de Director de

Policía de Jinotega, antes de enrolarse en las columnas del General en la Revolución Constitucionalista de 1926, con el cargo de asistente. ¿Cómo no podría dolerle el general Estrada, si este hombre había sido como su hermano? Giró y giró sobre los recuerdos, siempre pensando en Estrada. Desde San Rafael habían arrancado juntos. Tenía la fortaleza de un toro y la bondad angélica de un alma noble al servicio de la lealtad. Era un hombre quien sabía impartir justicia. Recordó nítidamente cuando en cierta ocasión al caer herido en uno de los combates, el general Francisco Estrada lo cargó sobre sus espaldas, escaló cerros, atravesó fangales, saltó pedruscos y caminó decenas de kilómetros para salvarle la vida después de la batalla de Saraguasca.

De repente, lo agobió la profunda frustración. ¿Qué podía suponer del destino? ¿No se habría desatado alguna guerra entre los espíritus demoníacos y los ángeles protectores, en la que acaso barajasen su destino? Apenas podía creerlo. Con el dorso de la mano izquierda se enjugó el copioso sudor del rostro y fue a sentarse sobre el cangilón al lado de sus generales.

¡Jodido!... ¡Mis líderes me embrocaron! —dijo.

Es posible que un vacío infernal haya invadido la conciencia del General, hundiéndole en la trágica soledad. Una soledad sin recuerdos quizá, sin tiempo, sin esperanza ya, que fuese capaz de revertir la insondable realidad de la muerte.

—Teniente, Cuadra —dijo Somoza.

—Sí, general —respondió Cuadra.

—¡Es extraño que no haya sonado un tiro... —dijo Somoza, en los precisos minutos en que la patrulla del capitán Delgadillo y el teniente Monterrey descargaron los fusiles sobre los cuerpos y rostros del

General y sus lugartenientes Estrada y Umanzor, de espaldas a los cangilones; y otra patrulla de guardias nacionales, bajo órdenes de los tenientes Federico Davidson Blanco y Policarpo Gutiérrez —El Coto—, quienes impunemente y sin el menor pudor moral, a escasos metros del templo de El Calvario, emplazaron ametralladoras y dispararon sobre la vivienda del ministro Salvatierra en donde esperaban Sócrates, medio hermano del General quien cayó abatido en el alevos asalto, y el coronel Santos López, quien pudo escapar herido a las montañas de Las Segovias. Por colateral parentesco, la residencia de Salvatierra había servido de hospedaje del General las cuatro veces que viajó a negociar el Convenio de Paz, que resultó a la postre el Convenio de la Gran Traición maquiavelizada por Somoza.

—¡Ahora sí, teniente Cuadra!... ¡Misión cumplida! —dijo Somoza, sacudiéndose las manos y encendiendo el Lucky Strike, que chupaba y chupaba inquieto, mientras esperaba nervioso el informe minucioso sobre las misiones encomendadas al capitán Delgadillo y al teniente Policarpo Gutiérrez.

—¿Y ahora qué, general? —preguntó Cuadra.

—¡Nada!... ¡Ahora ya nada!... Andá y seguí con el control de las llamadas telefónicas —dijo Somoza.

—He tenido problemas con el presidente Sacasa —dijo Cuadra.

—¿Qué problemas? —dijo Somoza.

—Está maldiciendo a todo mundo. Dijo que es el Presidente de la República y que le deben respeto —dijo Cuadra.

—Déjele incomunicado —dijo Somoza.

—Ya lo hice —dijo Cuadra.

—No es Presidente de nada —agregó Somoza y esbozó una burlona carcajada.

—Seguía en la línea telefónica echando sapos y culebras —dijo Cuadra.

—Okay. Que quede bien claro que no habrá más llamadas a Casa Presidencial... Ponga un guardia de su confianza en el aparato telefónico, y que cumpla al pie de la letra las órdenes que le di.

—De acuerdo, señor —dijo Cuadra.

—Después, vaya al campo de aviación donde encontrará los cadáveres de los bandidos. Ya d.C. las instrucciones de que cavaran un hueco suficientemente hondo y grande, para que a todos los muertos alcancen en la misma fosa... dio continuos y profundos chupetazos al Lucky Strike... y para que no se salga. Luego se viene a relatarme con puntos y comas, absolutamente todo lo que haya acontecido —dijo Somoza.

—De acuerdo, señor —dijo Cuadra, y salió volando a dar fiel cumplimento a las órdenes de Somoza.

Fin de Hubo una vez un General

que invita a leer y meditar la historia novelada en el entorno de la reflexión.

Mendieta Alfaro participó en la frustrada aventura de *Olama y Mollejones*, que lideró el doctor Pedro Joaquín Chamorro, fue puesto en la cárcel y juzgado por una Junta Militar de Investigación, junto a otros jóvenes, bajo el cargo de Traición a la Patria.

Mendieta Alfaro, quien obtuvo el segundo lugar del Premio Centroamericano Rubén Darío con su *Canto a Lincoln* (1959) –un poema de 500 versos, escrito en la cárcel–, fue Director del diario político *La Nación* y Subdirector del semanario *Movimiento*, luego miembro del Congreso Nacional de la República (1976), Ministro de Estado (1990) y Presidente del Partido Conservador de Nicaragua (1992).

Hubo una vez un general, aunque es una novela, por su carácter histórico constituye una notable contribución bibliográfica para el general de hombres libres, y también enriquece nuestro patrimonio cultural. Ojalá que los lectores nacionales y extranjeros tengan la oportunidad de leerla.

El Editor.

barrio
La Reynaga.

#.4

3
da

hacia
Cedamuro
hacia
la república

#.5

#.7

#.6

hospicio
Zacarías.

Ferrocarril

hacia



ISBN 99924-59-50-6



9 789992 459508